



se

PATRICIA BRIGGS

Vínculos sangrientos



Lectulandia

En la era de la ciencia, no se permiten quemas de brujas, ordalías como juicios del agua ni linchamientos públicos. A cambio de ello, el honrado y formal ciudadano medio ya no debe preocuparse de con qué pueda toparse de repente en mitad de la noche. A veces me gustaría ser una ciudadana más...

La mecánica Mercy Thompson tiene amigos en los bajos fondos, en lugares oscuros. Y ahora le debe un favor a uno de ellos. Puesto que puede cambiar de forma a voluntad, accede a echarle una mano a Stefan, su amigo vampiro, cuando este va a darle un mensaje a otro de su especie. Pero este nuevo vampiro no es precisamente normal, ni tampoco el demonio que lleva dentro...

Lectulandia

Patricia Briggs

Vínculos sangrientos

Mercy Thompson - 2

ePub r1.0

Titivillus 27.12.2018

Título original: *Blood Bound*
Patricia Briggs, 2007
Traducción: Zulema Erika Couso Ben-Mizzian

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado
con todo mi cariño
a la gente de Tri-Cities, Washington,
que nunca supo lo que habitaba entre ellos.

Capítulo 1

Como le pasa a la mayoría de la gente que lleva su propio negocio, mi jornada laboral empieza a primera hora de la mañana y se extiende durante largas horas. Así que si alguien me llama en mitad de la noche, más le vale que se esté muriendo.

—Hola, Mercy —sonó la amable voz de Stefan en mi oído—. Me preguntaba si podrías hacerme un favor.

Stefan ya había muerto hacía mucho tiempo así que no vi razón alguna para contestarle de forma agradable.

—Me estás llamando a las... —Miré los números rojos del reloj de la mesita con los ojos llorosos—. Tres de la mañana.

Vale, eso no es exactamente lo que dije. Puede que añadiera alguna de las palabras que utilizamos los mecánicos para referirnos a un tornillo recalitrante o a un alternador que se te cae en el pie.

—Podría hacerte hasta dos favores —continué—, pero preferiría que colgaras y volvieras a llamarme a una hora más civilizada.

Soltó una carcajada. Tal vez pensó que intentaba sonar graciosa.

—Tengo que hacer un trabajo y me parece que tu talento particular podría ser una gran baza para asegurar el éxito de la empresa.

A las criaturas antiguas, al menos según mi experiencia, les gusta ser un tanto imprecisas cuando te piden que hagas algo. Soy una mujer de negocios y creo en que hay que ceñirse a los detalles lo antes posible.

—¿Necesitas una mecánica a las tres de la mañana?

—Soy un vampiro, Mercedes —dijo amablemente—. Las tres de la mañana es casi primera hora para mí. Pero no necesito un mecánico, te necesito a ti. Me debes un favor.

Tenía razón, maldita sea. Me había ayudado cuando secuestraron a la hija del licántropo alfa. Ya me advirtió que tendría que devolvérselo.

Bostecé y me incorporé; no quedaba ninguna esperanza de que pudiera volver a dormir.

—Muy bien. ¿Qué tengo que hacer por ti?

—Debo hacerle llegar un mensaje a un vampiro que está aquí sin el permiso de mi Señora —dijo, centrándose en el asunto—. Necesito un testigo que no pueda detectar.

Colgó sin esperar respuesta y sin decirme cuándo pasaría a buscarme. No le estaría mal que me volviera a la cama.

Me vestí mientras hablaba entre dientes. Me puse unos vaqueros, la camiseta del día anterior con mancha de mostaza incluida y un par de calcetines con un solo

agujero entre los dos. Una vez estuve más o menos vestida, arrastré los pies hasta la cocina y me serví un vaso de zumo de arándanos.

Había luna llena y mi compañero de piso, un licántropo, estaría por ahí corriendo con la manada local, así que no tendría que explicarle por qué salía con Stefan. Aquello me venía de perlas.

Samuel no era un mal compañero de piso en sí, pero tenía tendencia a ponerse posesivo y dictatorial. No le dejaba salirse con la suya, pero discutir con licántropos requiere cierta sutileza que a mí me faltaba a las, miré el reloj, tres y cuarto de la mañana.

Por mucho que me haya criado entre ellos, no soy una mujer lobo, ni una mujer nada. No soy esclava de las fases de la luna y cuando me convierto en coyote, que es mi segunda forma, me parezco a cualquier otro *Canis latrans*: tengo cicatrices de disparos en la espalda que lo demuestran.

A los licántropos no se les puede confundir con los lobos: los hombres lobo son mucho más grandes que sus homólogos naturales, y mucho más aterradores.

Yo soy una cambiante aunque estoy segura de que alguna vez hubo otro nombre para designarlo, un nombre indio que se perdió cuando los europeos arrasaron el Nuevo Mundo. Tal vez mi padre podría haberme contado cuál ora de no haber muerto en un accidente de coche antes de saber que mi madre estaba embarazada. Así que lo único que sé es lo que los licántropos pudieron decirme, y no fue mucho.

Lo de cambiante procede de los cambiantes de las tribus indias del suroeste, pero tengo menos en común con un cambiante, al menos por lo que he leído, que con los licántropos. No hago magia y no necesito una piel de coyote para cambiar de forma. Ni tampoco soy malvada.

Me bebí el zumo y me asomé por la ventana de la cocina. No pude ver la luna, solo su luz plateada que acariciaba el paisaje nocturno. De alguna forma, los pensamientos malignos parecían apropiados mientras esperaba a que el vampiro viniera a buscarme. Por lo menos así conseguiría mantenerme despierta; el miedo me afecta bastante, y el mal me da miedo.

En el mundo moderno, la palabra parece... anticuada. Cuando se presenta tras esconderse brevemente detrás de un Charles Manson o un Jeffrey Dahmer, intentamos explicarlo con excusas como el abuso de drogas, una niñez infeliz o alguna enfermedad mental.

Los estadounidenses en particular son extrañamente inocentes en su fe en que la ciencia tiene explicaciones para todo. Cuando por fin los licántropos admitieron lo que eran abiertamente en público hace unos meses, los científicos empezaron a buscar de forma inmediata un virus o una bacteria culpable del Cambio; la magia es algo que sus laboratorios y ordenadores no pueden explicar. Lo último que supe fue que Johns Hopkins tenía a todo un equipo trabajando en el asunto. Sin duda encontrarán algo, pero apuesto a que no serán capaces de explicar cómo un hombre

de ochenta kilos puede convertirse en un licántropo de ciento veinte. En la ciencia, la magia no tiene cabida, ni tampoco el mal.

La creencia devota en que el mundo es explicable indica tanto una tremenda vulnerabilidad como un escudo firme. El mal prefiere que la gente no crea. Los vampiros, por poner un ejemplo no al azar, rara vez salen y matan a alguien en la calle. Cuando van de caza, buscan a alguien a quien nadie echará de menos y lo llevan a su casa donde le cuidan y le ofrecen todo tipo de comodidades, como a una vaca en el cebadero.

Según las leyes de la ciencia, 110 se permiten las quemas de brujas ni las pruebas de agua ni los linchamientos públicos. A cambio, el ciudadano de a pie, de creencias sólidas y respetuoso de la ley no tiene que preocuparse por lo que pueda encontrarse de repente en la calle por la noche. A veces, yo desearía ser un ciudadano de a pie más.

Los ciudadanos de a pie no reciben visitas de vampiros.

Ni tampoco se preocupan por una manada de licántropos, al menos, no de la misma forma que yo.

Salir a la luz pública fue un movimiento inteligente de los hombres lobo, pero también podría salirles el tiro por la culata fácilmente. Mientras observaba la noche bañada por la luz de la luna, me preocupaba por lo que pasaría si la gente sintiera miedo de nuevo. Los licántropos no son malos, pero tampoco son exactamente los héroes pacíficos y respetuosos de la ley que intentan parecer.

Alguien llamó a la puerta principal.

Los vampiros son malvados. Lo sabía, pero Stefan era algo más que un simple vampiro. A veces estaba bastante segura de que era mi amigo. Así que no sentí miedo hasta que abrí la puerta y vi lo que esperaba en el porche.

El vampiro llevaba el pelo negro echado hacia atrás para dejar que la luz de la luna bañara su palidísima piel. Vestía de negro de la cabeza a los pies; debería haberse parecido a un refugiado de una película mala de Drácula pero, de alguna forma, todo aquel atuendo, desde el abrigo de cuero negro hasta los guantes de seda, parecía mucho más auténtico en Stefan que los vaqueros mugrientos y la camiseta colorida que solía llevar. Daba la sensación de que se había quitado el disfraz y no lo contrario.

Parecía alguien que podía matar tan fácilmente como yo cambiaba una rueda, con la misma poca consideración o remordimiento.

Entonces, sus cejas terriblemente móviles se le subieron a la frente y, de repente, volvió a ser el mismo vampiro que había pintado su vieja furgoneta Volkswagen para que se pareciera a la Máquina del Misterio de Scooby Doo.

—No pareces muy contenta de verme —me dijo con una rápida sonrisa con la que no enseñó los colmillos. En la oscuridad, sus ojos parecían más negros que marrones, pero también los míos.

—Pasa. —Me aparté para que pudiera entrar—. Si quieres una bienvenida más calmada, ven a una hora decente —añadí, molesta porque me había asustado.

Dudó ante el umbral, me sonrió y dijo:

—Me has invitado. —Entonces entró en casa.

—¿De verdad funciona la cosa esa de la invitación? —le pregunté.

Volvió a sonreír ampliamente, esta vez vi un atisbo de blanco.

—Una vez me has invitado, no.

Pasó a mi lado, se dirigió al salón y después se dio la vuelta como una modelo en la pasarela. Las solapas del abrigo se extendieron con el giro casi como si fuera una capa.

—¿Qué te parece mi estilo Nosferatu?

Suspiré y lo admití.

—Me has asustado. Pensaba que evitabas todo lo gótico. —Rara vez le había visto llevando algo que no fueran vaqueros y una camiseta.

Sonrió aún más ampliamente que antes.

—Normalmente, sí. Pero esta vez el estilo Drácula tiene su razón de ser. Por extraño que parezca, si se utiliza con moderación, consigue asustar a otros vampiros casi tanto como a la extraña chica coyote. No te preocupes, también he traído un disfraz para ti.

Metió la mano por debajo del abrigo y sacó un arnés de cuero con tachuelas de plata.

Me lo quedé mirando un momento.

—¿No pensarás ir a un club de *striptease* sado? No sabía que hubiera sitios así por aquí. —Y no los había, no que yo supiera. Eastern Washington era más mojigato que Seattle o Portland.

Soltó una carcajada.

—Esta noche, no, cielo. Esto es para tu otro yo. —Sacudió la correa para que viera que era un collar de perro.

Se lo cogí de la mano. Era cuero de calidad, suave y flexible y con tanta plata que parecía una joya. De haber sido totalmente humana, estoy segura de que me hubiera sorprendido llevar algo así. Pero cuando te pasas buena parte de tu tiempo corriendo por ahí como coyote, los collares y otras cosas por el estilo resultan bastante útiles. El Marrok, el líder de los licántropos norteamericanos, insiste en que todos los lobos, cuando vaguen por la ciudad, lleven un collar con chapitas que los identifique como la mascota de alguien. También insiste en que los nombres de las chapitas sean algo inofensivo como Fred o Spot, no parecido a Asesino o Colmillos. Así es más seguro, tanto para los licántropos como para los agentes de la ley con los que se puedan encontrar. No hace falta decir que es una medida tan popular entre los licántropos como la ley del casco lo fue entre los motociclistas cuando entró en vigor por primera vez. Además, a ninguno se le ocurriría desobedecer al Marrok.

Al no ser un licántropo, las leyes del Marrok no me afectan. Por otro lado, tampoco me gusta correr riesgos innecesarios. Tenía un collar en el cajón de los trastos de la cocina, pero no era de cuero negro.

—Entonces, ¿formo parte de tu disfraz? —le pregunté.

—Digamos que me parece que este vampiro puede necesitar más intimidación que la mayoría —respondió, despreocupado, aunque algo en sus ojos me dijo que pasaba algo más.

Medea salió de dondequiera que estuviera durmiendo. Probablemente, de la cama de Samuel. La pequeña ronroneaba sin parar cuando se enroscó alrededor de la pierna izquierda de Stefan para después frotar la cara contra su bota y así marcarlo como suyo.

—A los gatos y a los fantasmas no les gustan los vampiros —dijo Stefan, mirándola.

—A Medea le gusta cualquier cosa que pueda darle de comer o acariciarla —le dije—. No es muy tiquismiquis.

Se agachó y la cogió. Pero a Medea no le gusta especialmente que la cojan, así que maulló varias veces antes de volver a ronronear tras clavarle las uñas en la cara manga de cuero.

—No estás utilizando el favor que te debo para parecer más intimidatorio —le dije al levantar la vista del suave arnés de cuero para mirarle a los ojos. No era muy sensato hacerle eso a un vampiro, él mismo me lo había dicho, pero lo único que vi fue una oscuridad opaca—. Me has dicho que querías un testigo. ¿Un testigo de qué?

—No, no te necesito para intimidar —confesó Stefan, en voz baja, tras aguantarle la mirada unos segundos más—. Pero él creerá que voy acompañado de un coyote para intimidar. —Dudó y después se encogió de hombros—. Este vampiro ya ha estado antes por aquí y creo que consiguió engañar a uno de los jóvenes. Debido a lo que eres, muchos de los poderes vampíricos no surten efecto sobre ti, especialmente si el vampiro en cuestión no sabe que lo eres. Si cree que eres un coyote, probablemente ni siquiera desperdiciará su magia en ti. No es probable pero quizá también consiga encantarme a mí como hizo con Daniel. De todas formas, no creo que pueda hacerlo contigo.

Acababa de enterarme de algo tan estupendo como que podía resistir la magia de los vampiros. Aunque tampoco resultaba particularmente útil, ya que un vampiro tiene la fuerza suficiente como para romperme el cuello con el mismo esfuerzo que a mí me costaría partir un trozo de apio.

—No te hará daño —me dijo Stefan al notar que permanecía callada demasiado tiempo—. Tienes mi palabra de honor.

No sabía lo viejo que era Stefan pero utilizó la expresión como alguien que lo decía muy en serio. A veces él conseguía que se me hiciera difícil recordar que los vampiros son malvados. No importaba demasiado. Se lo debía.

—Muy bien —dije.

Al mirar al arnés, pensé mejor en ponerme mi collar. Podría cambiar de forma aún llevándolo, mi cuello no era mucho más ancho siendo humana que coyote. El arnés, apto para un coyote de unos quince kilos, me quedaría muy apretado al volver a transformarme en humana sin habérmelo quitado. Por otro lado, la ventaja del arnés era que Stefan no me llevaría atada del cuello.

Mi collar era morado brillante con flores rosas bordadas. No muy Nosferatu.

Le pasé el arnés a Stefan.

—Tendrás que ponérmelo después de que me transforme —le dije—. Ahora vuelvo.

Cambié de forma en mi habitación porque tenía que quitarme la ropa para hacerlo. No es que sea muy modesta, un cambiante supera esa fase bastante rápido, pero intento no quedarme desnuda delante de alguien que pueda malinterpretar mi desnudez ocasional con despreocupación en otros asuntos.

Aunque Stefan tenía tres coches, al menos que yo supiera, aparentemente había optado por un «camino más rápido», como decía él, para llegar a mi casa, así que cogimos mi Golf para llegar a su cita.

Durante unos minutos, no tuve tan claro que fuera capaz de ponerlo en marcha. Al viejo diésel le gustaba levantarse a esas horas de la noche tan poco como a mí. Stefan murmuró algunas palabras subidas de tono en italiano antes de que por fin lo arrancara y nos pusiéramos en marcha.

Nunca hay que subir a un coche con un vampiro que tiene prisa. No sabía que mi Golf podía volar así. Llegamos a la autopista con el contador de revoluciones en rojo, las cuatro ruedas tocaban el asfalto, pero por poco.

Parecía que el Golf disfrutaba del viaje más que yo; hacía años que intentaba acabar con los ruidos del motor que entonces se transformaron en un suave ronroneo. Cerré los ojos y deseé que las ruedas permanecieran en su sitio.

Cuando Stefan cruzó el río por el puente que nos llevaría hasta Pasco, conducía setenta kilómetros por hora por encima del límite de velocidad. No aminoró de forma notable cuando cruzó la zona industrial en dirección a un grupo de hoteles que se elevaban en el extremo de la ciudad cercano a la entrada de la autopista que llevaba hacia Spokane y otros lugares del norte. Milagrosamente, ayudados por la hora que era, no nos detuvieron por exceso de velocidad.

El hotel al que se dirigió Stefan no era ni el mejor ni el peor de todos. Albergaba a camioneros, aunque en el aparcamiento solo había un enorme camión. Quizá las noches de los martes eran tranquilas. Stefan aparcó el Golf junto al único coche que había en el aparcamiento, un BMW negro, a pesar del amplio espacio libre.

Salté al suelo por la ventana abierta del coche y en seguida me golpeó el olor a vampiro y a sangre. Tengo muy buen olfato, especialmente cuando soy un coyote, pero, como el resto del mundo, no siempre me doy cuenta de lo que estoy oliendo. La

mayoría del tiempo es como intentar escuchar todas las conversaciones en un restaurante abarrotado. Pero resultaba imposible no percibir aquel olor.

Tal vez fuera lo suficientemente fuerte como para repeler a los humanos normales y por eso el aparcamiento estaba prácticamente vacío.

Miré a Stefan para ver si él también lo había percibido pero él centraba su atención en el coche aparcado a nuestro lado. En cuanto atrajo mi atención hacia él, me di cuenta de que el olor procedía del BMW. ¿Cómo era posible que el coche oliera más a vampiro que el propio Stefan?

Percibí otro aroma más sutil que provocó que enseñara los dientes aunque no pudiera descifrar a qué pertenecía aquel olor amargo y oscuro. En cuanto me llegó a la nariz, me envolvió y borró el resto de los olores hasta que no pude captar nada más.

Stefan rodeó el coche en un segundo, cogió la correa y tiró de ella con fuerza para sofocar mi gruñido. Me sacudí e intenté morderle. No era un maldito perro, podía haberme pedido que guardara silencio.

—Cálmate —dijo, pero no me miraba a mí. Observaba el hotel. Entonces, olí algo más, la sombra de un aroma que pronto desapareció bajo el otro olor. Pero incluso ese breve instante me bastó para identificar el perfume familiar del miedo, el miedo de Stefan. ¿Qué podía asustar a un vampiro?

—Vamos —dijo al girarse en dirección al hotel y tirar de la correa sacándome de mi confusión.

Cuando dejé de resistirme a sus tirones, me habló rápidamente y en voz baja.

—No quiero que hagas nada, Mercy, no importa lo que veas u oigas. No serías capaz de sobrevivir a una pelea con este. Solo necesito un testigo imparcial que no haga que la maten. Así que compórtate como un coyote con todas tus fuerzas y, si no salgo de esta, ve y cuéntale a la Señora lo que te pedí que hicieras por mí y lo que hayas visto.

¿Cómo esperaba que escapara de algo que podía matarle? Antes no me había hablado así, ni tampoco había sentido miedo. Quizá él también había olido lo mismo que yo, y sabía lo que era. No podía preguntarle porque un coyote no está capacitado para hablar.

Lideró la marcha hasta una puerta de cristal ahumado. Estaba cerrada pero había una cerradura para tarjetas con una pequeña luz roja que parpadeaba. Puso el dedo sobre la caja y la luz se volvió verde, igual que si hubiera pasado una tarjeta magnética por la ranura.

La puerta se abrió sin problemas y se cerró a nuestras espaldas con un clic. En la entrada no había nada espeluznante, pero aun así me inquietó. Tal vez se me estaban pegando los nervios de Stefan. ¿Qué podía asustar a un vampiro?

En algún lugar, alguien cerró una puerta de golpe y yo pegué un salto.

O sabía dónde estaba el vampiro o ese otro olor no obstaculizaba su olfato como me pasaba a mí. Me llevó rápidamente a través del largo pasillo y se detuvo a mitad

de camino. Llamó a la puerta con la mano aunque yo, y presumiblemente también Stefan, escuché cómo quienquiera que nos esperara dentro de la sala se dirigió hacia la puerta en cuanto nos paramos delante.

Después de tantas expectativas, el vampiro que abrió la puerta resultó casi bochornoso, como esperar escuchar a Pavarotti cantar a Wagner y ver en su lugar a Bugs Bunny y a Elmer Gruñón.

El nuevo vampiro iba perfectamente afeitado y llevaba el pelo recogido hacia atrás en una corta y arreglada coleta. Vestía de forma cuidada y limpia, aunque un poco arrugada, como si acabara de sacar la ropa de la maleta. Aun así, en general me dio una impresión desaliñada y sucia. Era bastante más bajo que Stefan y mucho menos intimidatorio. Primer punto para Stefan, lo que no estaba mal después de todo el esfuerzo que había puesto para parecerse al Príncipe de la Oscuridad.

La camisa de punto de manga larga del extraño le colgaba como si la llevara puesta sobre un esqueleto en vez de sobre piel. Cuando se movió, una de las mangas se le subió hacia arriba mostrando un brazo tan escuálido que los huecos entre los huesos del antebrazo podían verse. Iba ligeramente encorvado, como si no tuviera la fuerza suficiente para mantenerse erguido.

He conocido a otros vampiros aparte de Stefan, vampiros que dan miedo, con los ojos brillantes y colmillos. Este parecía más un drogadicto tan consumido que ya no quedaba nada de la persona que una vez fue, como si fuera a desaparecer en cualquier momento dejando atrás solo el cuerpo.

Sin embargo, a Stefan no le tranquilizó la apariencia frágil del otro sino que incluso se puso más tenso. No ser capaz de oler más allá de aquella desagradable amargura me inquietaba más que el vampiro que no parecía poder ofrecer demasiada resistencia.

—Mi Señora ha sabido de tu llegada —empezó Stefan con voz firme, más breve de lo habitual—. Le ha decepcionado mucho que no consideraras oportuno avisarla de que visitarías su territorio.

—Pasa, pasa —dijo el otro vampiro al apartarse de la puerta para dejar entrar a Stefan—. No hay necesidad de que te quedes en el pasillo y despiertes a la gente que intenta dormir.

Era incapaz de saber si el otro era consciente o no de que Stefan tenía miedo. Nunca he estado muy segura de la capacidad de olfato de los vampiros, aunque claramente tienen ese sentido más desarrollado que los humanos. No parecía intimidado por Stefan y su negro atuendo; en vez de eso, se le veía más bien distraído, como si hubiéramos interrumpido algo importante.

Pasamos por delante de la puerta del baño, que estaba cerrada. Levanté las orejas pero no pude escuchar nada al otro lado. Mi nariz resultaba inútil. Stefan se dirigió al otro extremo de la habitación, cerca de las puertas correderas de cristal que apenas se escondían tras unas pesadas cortinas que llegaban del techo hasta el suelo. La

habitación estaba desnuda y resultaba totalmente impersonal excepto por la maleta que descansaba cerrada sobre la cómoda.

Stefan esperó hasta que el otro vampiro hubo cerrado la puerta antes de volver a hablar con una voz fría.

—No hay nadie que intente dormir esta noche en el hotel.

Parecía un comentario inapropiado, pero el extraño parecía saber lo que quería decir Stefan porque soltó una risita y se tapó la boca tímidamente con la mano en un gesto más propio de una niña de doce años que de un hombre de cualquier edad. Fue lo suficientemente extraño como para que me costara un tiempo valorar el comentario de Stefan. No podía haber querido decir lo que parecía. Ningún vampiro en su sano juicio habría matado a todos los ocupantes del hotel. Los vampiros eran tan despiadados como los licántropos a la hora de hacer cumplir sus leyes destinadas a no atraer demasiada atención sobre ellos, y no cabía duda de que una matanza semejante de humanos llamaría la atención. Incluso si no había demasiados huéspedes, estaba el personal del hotel.

El vampiro apartó la mano de la cara dejando a la vista una expresión carente de alegría. Aquello no me hizo sentir mejor. Era como ver al doctor Jekyll y a Mr. Hyde, el cambio de actitud fue espectacular.

—¿Nadie a quien despertar? —preguntó como si aquella fuera su primera reacción al comentario de Stefan—. Tal vez tengas razón. Aun así, es de mala educación dejar a alguien esperando en la puerta, ¿no? ¿Cuál de sus subordinados eres? —Levantó una mano—. No, espera, no me lo digas. Deja que lo adivine.

Mientras Stefan aguardaba, su ánimo habitual había desaparecido por completo, el extraño nos rodeó y se detuvo detrás de nosotros. Solo estaba sujeta por la correa, así que me giré a mirarle.

Cuando estuvo justo detrás de Stefan, el otro vampiro se agachó y me rascó detrás de las orejas.

Normalmente, no me molesta que me acaricien pero, en cuanto sus dedos me rozaron, supe que no quería que me tocara. De forma involuntaria, me encorvé para apartarme de su mano y me acerqué a la pierna de Stefan. El pelaje mantenía alejada su piel de la mía pero eso no evitó que notara su contacto como algo sucio, impuro.

Su olor permaneció en mi pelaje, me di cuenta de que el desagradable aroma que me había taponado la nariz procedía de él.

—Ten cuidado —le dijo Stefan sin darse la vuelta—. Muerde.

—Los animales me quieren. —El comentario provocó que se me encogiera el estómago, las palabras sonaban totalmente inapropiadas en boca de aquel monstruo espeluznante. Se puso de rodillas y volvió a rascarme detrás de las orejas. No sabía si Stefan quería que le mordiera o no. Decidí que no porque no quería sentir su sabor en la lengua. De todas formas, siempre podría morderle más tarde si quería.

Stefan no hizo ningún comentario ni desvió la mirada del frente. Me preguntaba si perdería puntos de autoridad si se giraba. Los licántropos también tenían juegos de

poder, pero yo conocía las reglas. Un hombre lobo jamás dejaría que otro al que no conocía se pusiera detrás de él.

Dejó de acariciarme, se levantó y rodeó a Stefan para ponerse cara a cara con él.

—Así que eres Stefan, el pequeño soldadito de Marsilia. He oído hablar de ti, aunque tu reputación ya no es lo que era, ¿me equivoco? Huir de Italia de esa forma mancillaría el honor de cualquiera. Aun así, esperaba algo más. Después de todas esas historias... Esperaba encontrarme a un monstruo entre los monstruos, a una criatura de pesadilla que asustara incluso al resto de vampiros y lo único que veo es a una vieja gloria, seca. Supongo que eso es lo que pasa cuando te escondes durante siglos en un diminuto pueblo estancado.

Hubo una pequeña pausa tras las últimas palabras del vampiro.

Entonces, Stefan lanzó una carcajada antes de hablar.

—Bueno, tú no tienes ninguna reputación. —Su voz sonó más ligera de lo habitual, casi apresurada, como si lo que decía careciera de importancia. Me alejé un paso de él de forma inconsciente, asustada por su voz ligera, divertida. Sonrió amablemente al otro vampiro y suavizó el tono aún más—. Eso es lo que pasa cuando acaban de crearte y te abandonan.

Aquello debía ser algún tipo de insulto grave entre vampiros porque el otro estalló, reaccionó como si las palabras de Stefan le provocaran una descarga eléctrica. No atacó a Stefan.

En vez de eso, se agachó, cogió el somier por la parte de abajo y lo levantó de golpe sobre la cabeza con todo lo que tenía encima. Le dio la vuelta hacia la puerta de la habitación y luego le dio otra vuelta más hasta que el somier, el colchón y la ropa de cama quedaron en equilibrio durante un segundo. Lo cogió por otro lado y después lo tiró todo, atravesó la pared y aterrizó entre una nube de polvo de aglomerado. Uno de los marcos de la pared colgaba astillado, quedó suspendido de algún lugar dándole al agujero el aspecto de la sonrisa de la calabaza de Halloween. La falsa cabecera, incrustada de forma permanente en la pared donde había estado la cama, tenía un aspecto triste y estúpido colgada a unos centímetros sobre los pies de la cama.

La velocidad y la fuerza del vampiro no me sorprendieron. He visto a algunos licántropos enrabiados, los suficientes como para saber que si el vampiro estuviera realmente enfadado, no habría tenido el control que se necesita para sujetar el somier y el colchón juntos y tirarlos a través de la pared a la vez. Aparentemente, igual que ocurre en las peleas de licántropos, en los enfrentamientos entre vampiros se dan muchos e impresionantes fuegos artificiales antes del espectáculo principal.

En el silencio que siguió, escuché algo, un lloriqueo ronco procedente de detrás de la puerta cerrada del baño, como si lo que fuera que lo producía hubiera llorado tanto ya que solo era capaz de emitir un débil sonido, aunque más cargado de terror que un grito desgarrador.

Me preguntaba si Stefan sabía qué había en el baño y si era por eso por lo que se había asustado en el aparcamiento; hay cosas que incluso un vampiro debería temer.

Respiré profundamente pero lo único que pude oler fue la amarga oscuridad, cada vez más intensa. Estornudé para aclararme la nariz pero no funcionó. Ambos vampiros permanecieron sin moverse hasta que el sonido cesó. Entonces, el extraño se sacudió el polvo de las manos suavemente con una pequeña sonrisa en la cara, como si no hubiera sufrido un ataque de ira segundos antes.

—Qué negligente —dijo, pero aquellas palabras tan pedantes sonaron totalmente falsas salidas de su boca, como si fingiera ser un vampiro al estilo de los vampiros de otro tiempo que intentaban parecer humanos—. Obviamente, no sabes quién soy.

Le dedicó a Stefan una leve reverencia. Resultaba evidente, incluso para mí, que aquel vampiro había crecido en una época y en un lugar en el que las reverencias se hacían en las películas de Kung Fu más que en la vida diaria.

—Soy Asmodeus —dijo con grandilocuencia, aunque sonaba más bien como un niño que fingía ser un rey.

—He dicho que no tienes reputación —respondió Stefan con la misma voz suave y despreocupada—. No he dicho que no supiera cómo te llamas, Cory Littleton. Asmodeus fue destruido hace siglos.

—Kurfel, entonces —dijo Cory; esta vez no había nada infantil en su forma de hablar.

Conocía esos nombres, Asmodeus y Kurfel, y en cuanto me di cuenta de dónde los había escuchado, supe qué era lo que había estado oliendo. Una vez me vino a la cabeza la idea, entendí que aquel olor no podía ser de otra cosa. De repente, el miedo de Stefan no me resultaba ni sorprendente ni desconcertante. Los demonios podían asustar a cualquiera.

«Demonio» es una palabra que sirve como cajón de sastre, como «hada», que se utiliza para describir a los seres que son incapaces de manifestarse en nuestro mundo de forma física. En vez de eso, poseen a sus víctimas y se alimentan de ellas hasta que no queda nada. Kurfel no podía ser el nombre de este, ni tampoco Asmodeus; conocer el nombre de un demonio te otorga poder sobre él. Nunca había oído hablar de un vampiro poseído por un demonio. Intenté abrir mi mente para abarcar el concepto.

—Tampoco eres Kurfel —dijo Stefan—. Aunque algo semejante a él te permite utilizar algunos de sus poderes cuando le diviertes lo suficiente. —Miró hacia la puerta del baño—. ¿Qué has estado haciendo para divertirle, hechicero?

Hechicero.

Pensaba que eso eran simples historias. ¿Quién sería tan tonto como para invitar a un demonio a que entrara en él? Y, ¿por qué un demonio, que puede poseer cualquier alma corrompida (aunque ofrecerse uno mismo a un demonio presupone en cierto modo un alma corrompida), haría un trato con alguien? No creía en hechiceros, y desde luego no creía en vampiros hechiceros.

Supongo que alguien criada por licántropos debería ser un poco más abierta de mente, pero tenía que trazar el límite en algún punto.

—No me gustas —dijo Littleton con frialdad, se me erizó el pelo del cuello cuando la magia se arremolinó a su alrededor—. No me gustas en absoluto.

Extendió la mano y tocó a Stefan en mitad de la frente. Esperé a que Stefan se le apartara pero no hizo nada para defenderse, se limitó a dejarse caer de rodillas provocando un sonido sordo.

—Pensaba que serías más interesante, pero no lo eres —le dijo Cory pero la dicción y el tono de su voz eran diferentes—. No resultas nada divertido. Tendré que ocuparme de eso.

Dejó a Stefan arrodillado y se dirigió a la puerta del baño.

Le lloriqueé y me estiré sobre las patas traseras para poder lamerle la cara, pero ni siquiera me miró. Tenía los ojos perdidos, como nublados; no respiraba. Los vampiros no lo necesitan, ya, pero Stefan solía hacerlo.

El hechicero le había encantado de alguna forma.

Tiré de la correa pero la mano de Stefan seguía cerrada en torno a ella. Los vampiros son fuertes, incluso cuando tiré con mis quince kilos, su mano no se movió. De haber tenido media hora, podía haber roto el cuero a mordiscos pero no quería que el hechicero me encontrara allí cuando volviera.

Jadeando, miré al otro lado de la habitación, a la puerta abierta del baño. ¿Qué nuevo monstruo esperaba dentro? Si salía de aquella con vida, nunca dejaría que nadie volviera a ponerme una correa. Los licántropos tenían fuerza, garras semiretráctiles y colmillos de tres centímetros, Samuel no se habría quedado atrapado con un estúpido arnés de cuero y una correa. Se habría liberado de un mordisco. Lo único que yo tenía era velocidad y la correa me limitaba eficazmente.

Estaba preparada para una visión horrible, para algo que podría destruir a Stefan. Pero lo que Cory Littleton sacó del baño me sorprendió con un tipo de horror totalmente diferente.

La mujer llevaba uno de esos uniformes al estilo de los cincuenta que los hoteles les dan a sus camareras. Este era color verde menta con un delantal azul eléctrico. La combinación de colores encajaba con la de las cortinas y la de las alfombras de pasillo, pero la cuerda que le ataba las muñecas, empapada de sangre, no.

Aparte de las muñecas sangrantes, parecía no haber sufrido más daño, aunque los sonidos que emitía me hacían dudar. Respiraba agitadamente tras el esfuerzo de los gritos pero, incluso sin la separación de la puerta, no producía muchos sonidos, eran más bien una serie de gruñidos.

Me retorcí en el arnés de nuevo, pero al ver que Stefan seguía sin moverse, le mordí fuerte y le hice sangrar. Ni siquiera pestañeó.

No podía soportar escuchar el terror de la mujer. Respiraba con roncosp jadeos y se resistía al agarre de Littleton, estaba tan centrada en él que creo que ni siquiera nos vio a Stefan y a mí.

Ataqué de nuevo el extremo de la correa. Cuando eso tampoco funcionó, gruñí e intenté morderla retorciéndome para intentar llegar al cuero. Mi collar tenía un cierre

de seguridad que podía haber roto, pero el arnés de cuero de Stefan estaba atado con viejas hebillas de metal.

El hechicero dejó caer a su víctima al suelo delante de mí pero fuera de mi alcance, aunque no estoy segura de qué podría haber hecho si llegara a tocarla. Ella no se percató de mi presencia, estaba demasiado ocupada intentando no ver a Littleton. Pero mi pelea atrajo la atención del hechicero que se agachó para ponerse a mi nivel.

—No sé qué harías si te soltara —me preguntó—. ¿Tienes miedo? ¿Saldrías corriendo? ¿Me atacarías o el olor de la sangre te atrae tanto como a un vampiro? —Entonces, miró a Stefan—. Veo tus colmillos, soldado. El rico aroma de la sangre y del miedo. Nos llama, ¿verdad? Nos tiene atados tan fuerte como tú a tu coyote. —Utilizó la pronunciación española, tres sílabas en vez de dos—. Nos piden que solo tomemos un sorbo de cada uno cuando nuestro corazón se muere por mucho más. La sangre no llega a satisfacer sin la muerte. Eres lo suficientemente viejo como para acordarte de Antes de los Tiempos, ¿no, Stefan? Cuando los vampiros se alimentaban a voluntad y se regodeaban en el terror y en la agonía última de la presa. Cuando nos alimentábamos de verdad.

Stefan emitió un sonido y yo me arriesgué a mirarle. Sus ojos habían cambiado. No sé por qué fue eso lo primero que noté cuando en realidad era prácticamente diferente en todo. Sus ojos solían ser oscuros, del color de la nuez, pero ahora brillaban como dos rubíes rojo sangre. Los labios retraídos dejaban ver unos colmillos más cortos y más delgados que los de un licántropo. De las puntas de los largos dedos de la mano, que seguía apretando fuertemente la correa, sobresalían uñas curvas. Tras un rápido vistazo, tuve que apartar la vista casi tan aterrorizada de él como del hechicero.

—Sí, Stefan —dijo Littleton tras soltar una carcajada como el malo de una película en blanco y negro antigua—. Ya veo que recuerdas el sabor de la muerte. Benjamín Franklin dijo una vez que aquellos que entregan su libertad a cambio de seguridad no se merecen ninguna de las dos. —Se inclinó aún más cerca—. ¿Te sientes seguro, Stefan? ¿O echas de menos lo que una vez tuviste, lo que dejaste que nos robaran a todos?

Entonces, Littleton se giró hacia su víctima. Hizo muy poco ruido cuando la tocó, sus quejidos eran tan ahogados que resultarían inaudibles para cualquier humano fuera de la habitación. Luché contra el arnés hasta que se me clavó en los hombros, pero no conseguí nada. Hice agujeros en la alfombra con las garras pero Stefan era demasiado pesado para que pudiera moverlo.

Littleton se tomó todo el tiempo del mundo para matarla. Ella dejó de resistirse antes que yo. Al final, el único sonido que se oía en la habitación era el de los vampiros, uno enfrente de mí, alimentándose, empapado, y el otro, a mi lado, emitía ansiosos sonidos de impotencia pero tampoco se movía.

El cuerpo de la mujer se convulsionó y sus ojos se cruzaron con los míos, solo durante un momento, antes de que la muerte los dejara vidriosos. Noté la oleada de magia mientras se quedaba rígida y cómo la fétida amargura, el olor del demonio, se retiraba de la habitación dejando atrás un ligero rastro.

Recuperé el olfato aunque casi deseé no haberlo hecho. El olor de la muerte no es mucho mejor que el de un demonio.

Me dejé caer al suelo jadeando, temblando y tosiendo porque casi me estrangulo a mí misma. Ya no había nada que pudiera hacer para ayudarla, si es que lo hubo en algún momento.

Littleton siguió alimentándose. Miré disimuladamente a Stefan, que había dejado de hacer ruidos inquietantes. Había recuperado su mirada helada. Aún sabiendo que había observado la escena con más deseo que horror, prefería a Stefan infinitamente antes que a Littleton así que reulé hasta que choqué con su pierna.

Me acurruqué contra él cuando Littleton —el blanco de su camisa había desaparecido bajo el rojo de la sangre de la mujer que acababa de matar— levantó la vista de su víctima para examinar la cara de Stefan. Sufría pequeñas convulsiones debido a una risita nerviosa. Tenía tanto miedo de él, de la cosa que le había manejado, que casi no podía respirar.

—Lo estabas deseando —canturreó al levantar una mano y restregársela a Stefan en la boca. Un momento después, Stefan se lamió los labios hasta dejarlos limpios—. Deja que lo comparta contigo —dijo el otro vampiro con voz suave. Se inclinó sobre Stefan y le besó apasionadamente. Cerró los ojos y en ese momento supe que finalmente estaba fuera de mi alcance.

La ira y el miedo suelen estar a un pelo de distancia. Salté con la boca abierta y me colgué de la garganta de Littleton. Primero noté el sabor de la sangre humana de la mujer sobre su piel, después, algo más, amargo y horrible, que me entró por la boca y viajó por todo mi cuerpo como un relámpago. Luché por cerrar la mandíbula pero perdí la sujeción y los colmillos superiores chocaron contra su columna y rebotaron.

No era ni un licántropo ni un bulldog, no podía romper huesos, así que atravesé la piel todo lo que pude hasta que el vampiro me cogió por los hombros y me arrancó de él para liberarse. Mientras peleaba, soltó la correa de la mano de Stefan.

Sangre, esta vez la suya, manaba a borbotones de él pero la herida empezó a cerrarse inmediatamente, el vampiro se curaba incluso más rápido de lo que lo habría hecho un licántropo. Desesperada, me di cuenta de que no le había herido de gravedad. Me tiró al suelo y se apartó con las manos tapando la herida que le había hecho. Sentí un destello de su magia y cuando apartó las manos del cuello, la herida había desaparecido.

Me gruñó enseñando los colmillos y yo le gruñí a él. No recuerdo verle moverse, solo la sensación momentánea de sus manos sobre mi lomo durante el breve instante en el que me lanzó por los aires. Después, nada.

Capítulo 2

Me desperté en mi sofá con los lametones continuos en la cara y el ronroneo particular de Medea. El sonido de la voz de Stefan me proporcionó un gran alivio porque eso significaba que estaba vivo, igual que yo. Pero cuando Samuel le respondió, aunque su tono meloso se parecía bastante al sonido que hacía mi gata, no había nada reconfortante en la fría amenaza que escondía su suave voz.

La adrenalina me recorrió el cuerpo ante aquel sonido y aparté a un lado los terrores pasados. Lo que importaba en ese momento es que era noche de luna llena y había un licántropo enfurecido a menos de un metro.

Intenté abrir los ojos y levantarme pero me encontré con varios problemas. Primero, no podía abrir un ojo. Segundo, puesto que rara vez dormía como coyote, intenté incorporarme como humano. Mis intentos por levantarme fueron aún peores porque mi cuerpo, rígido y dolorido, no reaccionaba muy bien a ningún tipo de movimiento. Finalmente, en cuanto moví la cabeza, mi recompensa fue un dolor punzante acompañado de náuseas. Medea me reprendió en el lenguaje de los gatos y saltó del sofá, enfurruñada.

—Shh, Mercy. —Todo indicio de amenaza desapareció de la voz de Samuel al agacharse junto al sofá y reconfortarme. Sus suaves y sabias manos se deslizaban sobre mi cuerpo dolorido.

Abrí el ojo sano y le miré con recelo; no me fiaba del buen humor que reflejaba ahora su tono de voz. Sus ojos se escondían tras las sombras, pero pude ver su suave boca bajo la larga y aristocrática nariz. Noté distraídamente que necesitaba visitar al peluquero, el pelo moreno ceniza le tapaba las cejas. Había tensión en sus anchos hombros y, ahora que estaba totalmente despierta, pude oler la agresividad que había inundado la habitación. Giró la cabeza para seguir el movimiento de las manos mientras las pasaba suavemente sobre mis patas traseras. Entonces, le vi los ojos.

Eran de un azul pálido, casi blanco, del color que adquirirían cuando el lobo estaba demasiado cerca de la superficie.

Me relajé lo suficiente como para alegrarme con sinceridad de estar tumbada, por muy maltrecha y abatida que me encontrara, en mi sofá y no muerta, o peor, aún en compañía de Cory Littleton, vampiro y hechicero.

Las manos de Samuel me acariciaron la cabeza y gemí.

Además de ser licántropo, mi compañero de piso era médico, un médico estupendo. Al menos, eso suponía yo. Ejercía desde hacía muchísimo tiempo y tenía como mínimo tres títulos obtenidos en tres siglos diferentes. Los licántropos podían ser criaturas muy longevas.

—¿Está bien? —preguntó Stefan. Algo en su voz me preocupó.

Samuel apretó la mandíbula.

—No soy veterinario, sino médico. Puedo decirte que no tiene ningún hueso roto pero, hasta que no me hable, es lo único que sé.

Intenté moverme con la esperanza de ayudar, pero lo único que conseguí fue que un dolor terrible me recorriera el pecho y las costillas. Dejé escapar un pequeño sonido asustado.

—¿Qué pasa? —Samuel me pasó un dedo suavemente por la mandíbula.

También me dolió. Me estremecí y retiró las manos.

—Espera —dijo Stefan desde el otro extremo del sofá.

Algo en su voz sonaba extraño. Después de lo que el vampiro poseído le había hecho, tenía que asegurarme de que Stefan se encontraba bien. Me retorcí, quejándome de dolor, hasta que pude ver al vampiro con el ojo sano.

Estaba sentado en el suelo a los pies del sofá, pero cuando le miré, se levantó hasta ponerse de rodillas, en la misma posición de cuando el hechicero le tenía.

Vi la repentina embestida de Samuel por el rabillo del ojo, pero Stefan desapareció de la mano del licántropo. Se movía de forma extraña. Al principio pensé que estaba herido, que Samuel ya le había golpeado, pero después me di cuenta de que se movía como Marsilia, la Señora del nido local, como una marioneta o un vampiro muy viejo que se había olvidado de cómo ser humano.

—Paz, lobo —dijo Stefan y me di cuenta de qué le pasaba a su voz. Estaba muerta, vacía de emociones—. Intenta quitarle el arnés. Creo que quería transformarse pero no podrá mientras lo lleve puesto.

No me había dado cuenta de que aún lo llevaba. Samuel bufó al tocar las hebillas.

—Son de plata —dijo Stefan sin acercarse—. Yo puedo abrirlas si me dejas.

—Parece que ahora tienes mucho que decir, vampiro —gruñó Samuel.

Samuel era el licántropo más tranquilo y sereno que conocía, aunque eso no era decir mucho, pero la promesa de violencia que escuché bajo el tono de su voz hizo que me vibrara el pecho.

—Antes me has preguntado cosas a las que no puedo responder —contestó Stefan, con calma, pero su voz se había templado con una cadencia más humana—. Espero que Mercedes sea capaz de satisfacer tu curiosidad y la mía. Pero primero alguien tiene que quitarle el arnés para que pueda recuperar la forma humana.

Samuel dudó y se apartó de mí.

—Hazlo. —Su voz sonó más a gruñido que a palabra.

Stefan se movió despacio, esperó a que Samuel se apartara del todo antes de tocarme. Olía a mi champú y tenía el pelo mojado. Debía haberse dado una ducha, encontraría la ropa limpia en algún lado. Nada en aquella habitación de motel había escapado a la sangre de la mujer asesinada. Yo misma aún tenía las patas manchadas.

Tuve un recuerdo inmediato y visceral de cómo había chapoteado la alfombra, saturada del fluido oscuro y viscoso. Habría vomitado, pero la repentina y profunda

oleada de dolor que me recorrió la cabeza detuvo las arcadas. Fue una distracción bienvenida.

Stefan no tardó mucho en desabrochar las hebillas y, en cuanto me quitó el arnés, me transformé. Stefan se apartó y dejó que Samuel recuperara su posición a mi lado.

Al tocarme el hombro, Samuel apretó la mandíbula, enfurecido. Bajé la mirada y vi que tenía moratones y heridas en el cuerpo debidas al contacto con el arnés, además de estar cubierta de manchas de color oxidado de sangre seca. Parecía que acababa de salir de un accidente de coche.

Al pensar en coches, me acordé del trabajo. Miré por la ventana, pero el cielo seguía oscuro.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz ronca.

Fue el vampiro quien respondió.

—Las seis menos cuarto.

—Tengo que vestirme —dije al incorporarme de forma brusca, gran error. Me llevé las manos a la cabeza, maldije, y me senté antes de caerme.

Samuel me apartó las manos de la cara.

—Abre los ojos, Mercy.

Lo intenté con todas mis fuerzas pero el ojo izquierdo se resistía a abrirse. En cuando conseguí abrir los dos, me cegó con un bolígrafo linterna.

—Joder, Sam —dije e intenté soltarme de su mano.

—Solo una vez más. —Era implacable, esta vez incluso me abrió el 010 dolorido con sus propias manos. Acto seguido, dejó la luz a un lado y me examinó la cabeza con las manos. Gruñía cuando sus dedos se topaban con una zona magullada—. No hay conmoción, Mercy, aunque tienes un chichón considerable en la parte de atrás de la cabeza, un ojo muy morado y, si no me equivoco, la parte izquierda de tu cara se pondrá del mismo color antes de que salga el sol. A ver, ¿por qué dice el chupasangre que llevas inconsciente los últimos cuarenta y cinco minutos?

—Ya hace casi una hora —dijo Stefan. Volvía a estar sentado en el suelo, más lejos de mí que antes, pero me observaba con la intensidad de un depredador.

—No lo sé —respondí; sonó más débil de lo que pretendía. Samuel se sentó a mi lado en el sofá, tiró de la mantita que tapaba el destrozo que había hecho Medea en la parte de atrás del sofá y me tapó con ella. Hizo ademán de echarse sobre mí, pero me aparté. El deseo de protección de un lobo dominante es un instinto muy fuerte, y Samuel era muy dominante. Si le dabas un dedo, te tomaba el cuerpo entero, o la vida si le dejabas.

Aun así, olía a río, a desierto y a pelaje, y a ese aroma dulce que le pertenecía solo a él. Dejé de resistirme y apoyé la cabeza dolorida sobre su brazo. Su capacidad de recuperación y la calidez de su piel contra mis sienes aliviaron el dolor. Quizá si no me movía, no se me caería la cabeza. Samuel emitió un sonido dulce y tranquilizador mientras me acariciaba el pelo con sus diestros dedos, evitando la zona dolorida.

Ni se me había olvidado ni le había perdonado por la luz cegadora, pero ya arreglaríamos cuentas cuando me hubiera recuperado. Hacía mucho tiempo que no dependía de nadie y, aunque sabía que era una estupidez dejar que Samuel me viera tan débil, no conseguí reunir las fuerzas suficientes para apartarme.

Escuché a Stefan ir a la cocina, abrir la nevera y rebuscar entre los estantes. Entonces, el olor del vampiro me llegó más de cerca.

—Haz que se beba esto —dijo—. Le ayudará.

—¿Le ayudará a qué? —La voz de Samuel sonó mucho más profunda de lo normal. Si la cabeza me doliera un poco menos, me habría apartado.

—Con la deshidratación. La han mordido.

Stefan tuvo suerte de que estuviera apoyada en Samuel. El licántropo hizo ademán de ponerse de pie, pero se detuvo cuando me quejé de dolor ante el repentino movimiento.

Vale, jugué sucio, pero conseguí que Samuel no atacara. Stefan no era el malo. Si se alimentó de mí, estaba segura de que había sido necesario. No estaba en condiciones de mediar entre los dos así que decidí hacerme la indefensa. Solo deseé haber tenido que actuar un poco más.

Samuel volvió a sentarse y me apartó el pelo del cuello. Rozó con los dedos una herida lateral que se había confundido con el resto de dolores y magulladuras. Sin embargo, cuando la tocó, me quemó y el dolor se extendió por todo el cuello.

—No fui yo —dijo Stefan, pero había algo dudoso en su voz como si no estuviera del todo seguro de lo que acababa de decir. Levanté la cabeza para poder mirarle pero fuera lo que fuese lo que había notado en su voz, no le afectó a la expresión—. No le causará ningún daño aparte de anemia —le dijo a Samuel—. Se necesita más que una mordedura para transformar a un humano en vampiro. Y, aun así, no estoy seguro de que se pudiera convertir a Mercy. Si ella fuera humana, tendríamos que preocuparnos de que él la llamara y la obligara a obedecerle, pero los cambiantes no son tan vulnerables a nuestra magia. Solo necesita rehidratarse y descansar.

Samuel miró al vampiro con dureza.

—Ahora pareces un libro abierto. Si no la has mordido tú, ¿qué ha sido?

Stefan sonrió ligeramente, no como si lo hubiera sentido de verdad, y le pasó el vaso de zumo de naranja que había intentado darle antes. Sabía por qué le daba el vaso a Samuel y no a mí. El licántropo estaba en plan territorial; me impresionó que un vampiro pudiera leerle tan bien.

—Creo que Mercy será una mejor narradora —dijo Stefan. Su voz denotaba una ligera ansiedad nada característica en él que me distrajo de preocuparme por la posesividad de Samuel.

¿Por qué tenía tantas ganas de escuchar lo que tenía que decir? Él también estuvo allí.

Cogí el vaso que me pasó Samuel y me incorporé hasta que ya no me apoyaba en él. No me había dado cuenta de la sed que tenía hasta que empecé a beber. No me

gusta mucho el zumo de naranja, es Samuel quien lo bebe, pero me supo como algo exquisito.

Aunque no era mágico. Cuando terminé, me seguía doliendo la cabeza y no deseaba más que meterme en la cama y taparme hasta las cejas con las mantas, pero sabía que no podría descansar hasta que Samuel escuchara toda la historia. Y, aparentemente, Stefan no pensaba hablar.

—Stefan me llamó hace un par de horas —empecé—. Le debía un favor porque nos ayudó cuando secuestraron a Jesse. Ambos escuchaban embelesados, Stefan incluso asentía alguna que otra vez. Cuando llegué a la parte en la que entramos en la habitación del hotel, Stefan se sentó en el suelo, cerca de mis pies. Apoyó la espalda en el sofá, ladeó la cabeza evitando mirarme y se tapó los ojos con la mano. Tal vez se sintiera cansado; las persianas de la ventana empezaban a aclararse con los primeros rayos de luz cuando terminé de contar mi intento chapucero de matar a Littleton y el impacto posterior contra la pared.

—¿Estás segura de que es eso lo que pasó? —preguntó Stefan sin apartar la mano de los ojos.

Me erguí aún más y fruncí el ceño.

—Claro que estoy segura. —Él también estuvo allí, no entendía por qué sonaba como si creyera que me inventaba algo.

Se frotó los ojos y me miró, esta vez su voz sonaba aliviada.

—No quería ofenderte, Mercy. Es que tus recuerdos de la muerte de la mujer son muy diferentes a los míos.

Fruncí el ceño.

—¿Diferentes, cómo?

—Dices que lo único que hice fue arrodillarme en el suelo mientras Littleton asesinaba a la camarera.

—Eso es.

—No es lo que yo recuerdo —dijo, su voz era un leve susurro—. Recuerdo que el hechicero sacó a la mujer, que su voz me llamaba y que respondí a esa llamada. —Se lamió los labios y la combinación de hambre y horror en sus ojos hizo que apartara la vista de él. Continuó en un susurro, casi como si hablara para sí mismo—. La sed de sangre no me había superado en mucho, mucho tiempo.

—Bueno —dije, no muy segura de si lo que tenía que decirle le ayudaría o le haría más daño—, no estabas precisamente guapo. Te brillaban los ojos y sacaste los colmillos, pero ni siquiera la tocaste.

Durante un momento, un tenue reflejo del fulgor color rubí que había visto en la habitación del hotel le brilló en el iris.

—Recuerdo deleitarme con la sangre de la mujer, mancharme las manos y pintarme la cara con ella. Aún estaba sobre mí cuando te traje a casa, tuve que lavarme para quitármela. —Cerró los ojos—. Existe una antigua ceremonia que ha estado prohibida durante largo tiempo pero recuerdo... —Negó con la cabeza y

centró la atención en sus manos, que tenía entrelazadas alrededor de la rodilla—. Aún puedo saborearla.

Esas últimas palabras permanecieron suspendidas en el aire durante unos segundos incómodos antes de que continuara.

—Me perdí en la sangre. —Pronunció esas palabras como si fuera una frase hecha que pudiera significar algo más complejo que el sentido literal—. Cuando volví a ser yo mismo, el otro vampiro había desaparecido. La mujer seguía como recordaba haberla dejado y tú estabas inconsciente.

Tragó y se quedó mirando a la ventana cada vez más iluminada, su voz se agravó una octava, como a veces hacen también los lobos.

—No podía recordar lo que te había pasado.

Alargó una mano y me tocó el pie, era la parte de mi cuerpo que le quedaba más cerca. Cuando volvió a hablar, su voz era casi normal.

—Un lapso en la memoria no es incompatible con la sed de sangre. —Movié la mano y me rodeó con cuidado los dedos de los pies, sentía el frío de su piel contra la mía—. Pero la sed de sangre solo borra las cosas poco importantes. Eres importante para mí, Mercedes, pero se me ocurrió que no lo eras para Cory Littleton, eso me dio esperanzas mientras conducía hacia aquí.

¿Era importante para Stefan? Lo único que nos unía es que yo era su mecánico. Me había hecho un favor y anoche se lo devolví. Puede que fuéramos amigos, aunque no creía que los vampiros tuvieran amigos. Lo pensé durante un momento y me di cuenta de que Stefan también era importante para mí. Si le hubiera pasado algo esta noche, algo permanente, me habría dolido. Quizá él sentía lo mismo.

—¿Crees que ha interferido en tu memoria? —preguntó Samuel mientras yo seguía pensando. Se me acercó un poco más y me rodeó con el brazo. Me sentía bien. Demasiado bien. Me deslicé en el sofá, alejándome de Samuel, y Stefan dejó que su mano cayera de mi pie al moverme.

Stefan asintió.

—Obviamente, o me falla la memoria a mí o a Mercy. No creo que pudiera hacerle nada a ella, incluso siendo un hechicero. Ese tipo de encantamientos no funciona con los cambiantes como ella, no a menos que se esforzara de verdad.

Samuel emitió un pequeño zumbido.

—No veo por qué querría hacer que Mercy pensara que eres inocente de un asesinato, especialmente si creía que solo era un coyote. —Miró a Stefan que se limitó a encogerse de hombros.

—Los caminantes solo representaron una amenaza para nosotros durante un par de décadas, y de eso hace siglos. Littleton es demasiado nuevo, me sorprendería que hubiera escuchado hablar de algo como Mercy. Puede que el demonio lo sepa, nunca se puede estar del todo seguro de lo que saben ellos. Pero la mejor prueba de que Littleton cree que Mercy solo era un coyote es que sigue viva.

Bien por mí.

—Muy bien. —Samuel se frotó la cara—. Será mejor que llame a Adam. Tendrá que enviar al equipo de limpieza al hotel antes de que alguien vea aquel desastre y empiece a gritar licántropo. —Arqueó una ceja mirando a Stefan—. Aunque supongo que también podríamos decirle a la policía que fue un vampiro.

Habían pasado menos de seis meses desde que los licántropos siguieron los pasos de las hadas y salieron a la luz pública. No les habían contado todo a los humanos y solo se dieron a conocer aquellos licántropos que así lo desearon, la mayoría formaban parte del ejército, así que ya estaban separados de la población general. De momento, aguantábamos la respiración a la espera de ver qué saldría de todo aquello, pero hasta la fecha no se habían producido los disturbios que marcaron la revelación de la existencia de las hadas hacía unas décadas.

Parte de la tranquila reacción había sido cuidadosamente planeada por el Marrok. Los estadounidenses se sienten seguros en el mundo moderno. Bran hacía todo lo posible para proteger esa ilusión, presentaba a los licántropos reconocidos como víctimas que utilizaban su desgracia para proteger a los demás. Quería que la gente creyera, al menos por un tiempo, que los licántropos eran personas a las que les salía pelo con luna llena. Los primeros lobos que salieron a la luz pública eran héroes que arriesgaban la vida para proteger a los humanos, más débiles. El Marrok, como las hadas antes que él, decidió esconder lo mejor que pudo los aspectos más oscuros de los licántropos.

Pero creo que gran parte del crédito de la aceptación pacífica de la revelación se lo deben llevar las hadas. Durante más de dos décadas, las hadas consiguieron mostrarse como seres débiles, amables y dulces; cualquiera que haya leído a los hermanos Grimm o a Andrew Lang sabe la proeza que es eso.

Daban igual las amenazas de Samuel, su padre, el Marrok, jamás accedería a exponer a los vampiros. No había forma de suavizar el hecho de que los vampiros se alimentan de humanos. Si la gente se daba cuenta de que en realidad eran monstruos, pensarían que los licántropos también lo eran.

Stefan sabía lo que diría el Marrok tan bien como Samuel. Le sonrió de forma incómoda al licántropo, dejando ver los colmillos.

—Ya se han encargado del desastre. Llamé a mi Señora antes de traer a Mercy a casa. No necesitamos que los licántropos vayan limpiando detrás de nosotros. —Stefan solía ser más educado, pero también había pasado una mala noche.

—El otro vampiro te dio falsos recuerdos —le dije para distraerlos de su hostilidad—. ¿Pudo hacerlo porque es hechicero?

Stefan inclinó la cabeza, como avergonzado.

—Podemos hacer eso con los humanos —dijo; era algo que no quería saber. Se explicó al ver mi reacción—. Eso significa que podemos dejar con vida a aquellos de los que nos alimentamos alguna vez, Mercedes. Aun así, los humanos son una cosa y los vampiros otra. Se supone que no podemos hacernos eso los unos a los otros. A ti,

ningún vampiro puede rehacerte la memoria, probablemente ni siquiera uno que también sea hechicero.

Me sentí aliviada. Si tenía que confeccionar una lista de las cosas que no quería que un vampiro me hiciera, que revolvieran mis recuerdos estaría entre los primeros puestos. Me toqué el cuello.

—Por eso querías que estuviera contigo. —Me incorporé un poco más—. Me dijiste que ya se lo había hecho a otro vampiro. ¿Qué le hizo creer al otro vampiro?

Stefan se mostró cauteloso y culpable.

—Ya sabías que mataría a alguien —le acusé—. ¿Es eso lo que le hizo al otro vampiro, que creyera que había matado a alguien? —El recuerdo de la muerte lenta que no había podido evitar me hizo apretar los puños.

—No sabía lo que iba a hacer. Pero sí, pensaba que había matado antes y había hecho creer a mi amigo que había sido él. —Hablaba como si las palabras le dejaran un gusto amargo en la boca—. Pero no podía actuar sin pruebas. Así que ha muerto alguien más que no debería.

—Eres un vampiro —dijo Samuel—. No nos hagas creer que te importa que mueran inocentes.

Stefan miró a Samuel a los ojos.

—He tragado la suficiente muerte durante muchos años como para que más me ponga enfermo, pero cree lo que desees. Demasiadas muertes amenazan nuestros secretos, licántropo. Incluso si las muertes humanas no me importaran, no habría deseado que murieran tantos y que pusieran en peligro nuestros secretos.

¿Qué murieran tantos?

Su seguridad de que el ruido no molestaría a nadie en el hotel cuando Littleton nos hizo pasar me quedó clara de repente. La cosa que vi matar a la mujer no dudaría en matar a tantos como pudiera.

—¿Quién más ha muerto esta noche?

—Cuatro. —Stefan no apartó la mirada de Samuel—. El recepcionista nocturno y tres huéspedes. Por suerte, el hotel estaba prácticamente vacío.

Samuel maldijo.

Yo tragué.

—Entonces, ¿los cuerpos van a desaparecer sin más?

Stefan suspiró.

—Intentamos que no desaparezcan personas a las que se echará en falta. Nos ocuparemos de los cuerpos de forma que causen el menor escándalo posible. Un intento de robo, una pelea amorosa que se les fue de las manos.

Abrí la boca para decir algo precipitado pero me contuve. Las reglas a las que nos teníamos que ceñir no eran culpa de Stefan.

—Has puesto en peligro a Mercy —gruñó Samuel—. Si ya había obligado a otro vampiro a matar contra su voluntad, podría haberte hecho matar a Mercy.

El recuerdo de la muerte lenta que no había podido evitar me hizo apretar los puños.

—No sabía lo que iba a hacer. Pero sí, pensaba que había matado antes y había hecho creer a mi amigo que había sido él. —Hablaba como si las palabras le dejaran un gusto amargo en la boca—. Pero no podía actuar sin pruebas. Así que ha muerto alguien más que no debería.

—Eres un vampiro —dijo Samuel—. No nos hagas creer que te importa que mueran inocentes.

Stefan miró a Samuel a los ojos.

—He tragado la suficiente muerte durante muchos años como para que más me ponga enfermo, pero cree lo que desees. Demasiadas muertes amenazan nuestros secretos, licántropo. Incluso si las muertes humanas no me importaran, no habría deseado que murieran tantos y que pusieran en peligro nuestros secretos.

¿Qué murieran tantos?

Su seguridad de que el ruido no molestaría a nadie en el hotel cuando Littleton nos hizo pasar me quedó clara de repente. La cosa que vi matar a la mujer no dudaría en matar a tantos como pudiera.

—¿Quién más ha muerto esta noche?

—Cuatro. —Stefan no apartó la mirada de Samuel—. El recepcionista nocturno y tres huéspedes. Por suerte, el hotel estaba prácticamente vacío.

Samuel maldijo.

Yo tragué.

—Entonces, ¿los cuerpos van a desaparecer sin más?

Stefan suspiró.

—Intentamos que no desaparezcan personas a las que se echará en falta. Nos ocuparemos de los cuerpos de forma que causen el menor escándalo posible. Un intento de robo, una pelea amorosa que se les fue de las manos.

Abrí la boca para decir algo precipitado pero me contuve. Las reglas a las que nos teníamos que ceñir no eran culpa de Stefan.

—Has puesto en peligro a Mercy —gruñó Samuel—. Si ya había obligado a otro vampiro a matar contra su voluntad, podría haberte hecho matar a Mercy.

—No, no podría haberme obligado a hacerle daño. —La voz de Stefan cargaba tanta ira como la de Samuel lo que dejó poco margen de duda en cuanto a la firmeza de su respuesta. Él también debió escucharlo porque dirigió su atención hacia mí—. Te juro, por mi honor, que no sufrirás más a causa de esta noche. Subestimé al enemigo y tú has salido herida. No romperé mi promesa.

—«Para que triunfe el mal, solo es necesario que los buenos no hagan nada» —murmuré. En la universidad, tuve que leer tres veces *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*; algunas de sus posiciones me parecían especialmente relevantes al haber crecido con el conocimiento de cuánto mal existe en realidad en el mundo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Stefan.

—¿Mi presencia en el hotel te ayudará a destruir a ese monstruo? —pregunté yo.

—Eso espero.

—Entonces, el daño que he sufrido merece la pena —dijo firmemente—. Deja de atormentarte por eso.

—El honor no se satisface tan fácilmente —dijo Samuel mirando a Stefan a los ojos.

Parecía que Stefan estaba de acuerdo, pero no había nada más que yo pudiera hacer al respecto.

—¿Cómo sabías que pasaba algo raro con Littleton? —pregunté.

Stefan interrumpió la competición de miradas con Samuel y bajó la vista para observar a Medea, que se le subió al regazo y se acurrucó allí, ronroneando. Si fuera humano, habría dicho que parecía cansado. De haber bajado la mirada delante de otro licántropo menos civilizado, habría tenido problemas, pero Samuel sabía que un vampiro que bajaba la mirada no admitía sumisión.

—Tengo un amigo llamado Daniel —dijo Stefan un momento después—. Es muy joven, al menos para nuestra especie, y se podría decir que es un buen chico. Hace un mes, cuando un vampiro se registró en un hotel local, enviaron a Daniel a comprobar por qué no se había puesto en contacto con nosotros para los permisos habituales.

Stefan se encogió de hombros.

—Es algo que hacemos muy a menudo, no tenía por qué resultar peligroso o fuera de lo normal. Era una misión apropiada para un vampiro nuevo. —Un atisbo de desaprobación en la voz de Stefan me dijo que él no habría enviado a Daniel a encontrarse con un vampiro desconocido—. De alguna forma, Daniel se entretuvo, no recuerda cómo. Algo despertó su sed de sangre y nunca llegó al hotel. Había un pequeño grupo de trabajadores inmigrantes que acampaban en un cerezal a la espera de empezar la recogida. —Intercambió una mirada con Samuel por encima de mi cabeza—. Al igual que esta noche, el desastre fue importante pero pudimos contenerlo. Nos llevamos sus camiones y vehículos y nos deshicimos de ellos. El dueño del cerezal pensó que se habían cansado de esperar y que se habían marchado. Daniel fue... castigado, aunque no de forma muy severa; es joven y su sed de sangre es muy fuerte. Pero ahora, por propia voluntad, se niega a comer. Se está muriendo de culpa. Como ya os he dicho, es un buen chico.

Stefan respiró profundamente, como si se purificara. Me dijo una vez que la mayoría de vampiros respiraban porque el no hacerlo atraía la atención de los humanos. De todas formas, creo que algunos lo hacen porque el no respirar les resulta igual de inquietante que al resto de nosotros. Sea como sea, si hablan, tienen que respirar un poco.

—Con todo el escándalo —continuó Stefan—, nadie investigó al vampiro que estaba de visita y que, después de todo, solo pasó una noche en la ciudad. Ni siquiera se me ocurrió preguntar sobre lo ocurrido hasta que intenté ayudar a Daniel hace unos días. Me contó lo que había pasado y algo no me encajaba en la historia. Conozco la

sed de sangre. No recordaba por qué había decidido dirigirse hasta Benton City, a treinta kilómetros del hotel al que debía ir. Daniel es muy obediente, como uno de vuestros lobos sumisos. No se habría desviado de las órdenes sin ninguna provocación. Él no puede volar como yo, así que tuvo que conducir todo el camino y conducir no es algo que se haga bien con la agonía de la sed.

»Decidí investigar un poco sobre el vampiro al que tenía que ver. No me resultó difícil conseguir su nombre del recepcionista del hotel en el que se había alojado. No encontré nada de ningún vampiro llamado Cory Littleton, pero había un hombre en internet que ofrecía sus servicios sobrenaturales. No creía que pudiera hacerme nada. Después de todo, Daniel es muy nuevo. Se suponía que serías mi salvaguarda, pero no pensé que te necesitaría.

—Littleton era un brujo —dije— y algún vampiro estúpido decidió convertirle. ¿Quién fue? ¿Alguien de por aquí? Y si no es así, ¿por qué ha venido?

Stefan volvió a sonreír.

—Esas preguntas se las haré a mi Señora. Puede que la conversión fuera un error, como la de nuestra hada Lilly.

Conocía a Lilly. Estaba loca cuando era humana y el convertirse en vampiro no había cambiado eso. También era una pianista increíble. Su creador estaba tan embelesado con su música que no se tomó el tiempo necesario para darse cuenta de nada más. Como los licántropos, los vampiros suelen alejarse de cualquiera que atraiga demasiada atención hacia ellos. El extraordinario don de Lilly la había protegido, aunque su creador perdió la vida por ser tan descuidado.

—¿Cómo pudo ser un error? —pregunté—. Vi tu reacción. Oliste al demonio antes de que entráramos en el hotel.

Negó con la cabeza.

—Los demonios no son tan comunes estos días. A los poseídos por los demonios se les encierra rápidamente en instituciones mentales donde se les domina a base de drogas. La mayoría de los vampiros más jóvenes nunca se han topado con un hechicero; tú misma dijiste que no sabías lo que habías oído hasta que te lo he dicho.

—¿Por qué el demonio no evitó que el hechicero fuera víctima del vampiro? —preguntó Samuel—. Suelen proteger a la otra parte de la simbiosis hasta que han terminado con ella.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dije mientras desempolvaba mentalmente todo lo que sabía sobre la brujería, que no era mucho—. El único deseo de los «demonios» es crear tanta destrucción como puedan. El vampirismo de Littleton aumentaría su capacidad para sembrar el caos.

—¿Sabes algo de demonios, Samuel Cornick? —preguntó Stefan.

Samuel negó con la cabeza.

—No lo suficiente como para poder ayudar. Pero puedo llamar a mi padre. Si él no lo sabe, seguro que conoce a alguien que sí.

—Es un asunto de vampiros.

Samuel arqueó las cejas de repente.

—No si ese hechicero va por ahí dejando desastres sangrientos por donde pasa.

—Nosotros nos ocuparemos de él y de sus desastres. —Stefan se dirigió a mí—. Tengo que pedirte dos favores más, aunque ya no me debes nada.

—¿Qué necesitas? —Esperaba que no fuera nada inmediato. Estaba cansada y más que lista para limpiarme la sangre de las manos, tanto figurada como literalmente, aunque me temía que lo primero resultaría difícil.

—¿Vendrás ante mi Señora para contarle lo que me has dicho a mí sobre lo sucedido esta noche? No querrá creer que un vampiro nuevo puede hacer lo que ha hecho. El resto del nido tampoco recibirá con agrado la noticia de un hechicero entre nosotros.

No tenía un interés especial en volver a ver a Marsilia. Debió notarlo en mi expresión porque siguió hablando.

—Hay que detenerle, Mercy. —Volvió a respirar profundamente, más de lo que necesitaba para, simplemente, hablar—. Me preguntarán sobre esta noche con todo el consejo presente. Les diré lo que he visto y oído y ellos sabrán si lo que les cuento es cierto o no. Puedo hablarles de lo sucedido según tú, pero no podrán saber si es verdad a menos que tú en persona hables por mí. Sin ti allí, tomarán como un hecho mis recuerdos de la muerte de la camarera y lo que tú me has contado les parecerá un cuento.

—¿Qué te harán si no te creen? —le pregunté.

—No soy un vampiro recién creado, Mercedes. Si deciden que he puesto en peligro a nuestra especie al matar a esa mujer, me destruirán, igual que el líder de tu manada acabaría con un lobo para proteger al resto.

—Muy bien —accedí en voz baja.

—Solo si yo puedo ir con ella —corrigió Samuel.

—Un acompañante de su elección —asintió Stefan—. Tal vez Adam Hauptman o uno de sus lobos. Doctor Cornick, no te ofendas, pero no creo que debas venir. Mi Señora la tomó contigo la última vez y el autocontrol en estos asuntos no es su punto fuerte.

—Dime cuando me necesitas —dije antes de que Samuel tuviera tiempo de rebatirle—. Encontraré un acompañante.

—Gracias —respondió Stefan, pero luego dudó—. Es peligroso que sigas recordándoles a los vampiros lo que eres.

Los cambiantes no son muy populares entre los vampiros. Deduje que, cuando los vampiros vinieron por primera vez a esta parte del Nuevo Mundo, los cambiantes de aquí se habían convertido más bien en una plaga, tanto que los vampiros mataron a la mayoría. Stefan no quería darme más detalles. Algunas cosas las supuse yo, como que gran parte de la magia de los vampiros no funcionaba sobre nosotros. Pero no entendía cómo podíamos representar una amenaza para ellos, a diferencia de, digamos, un licántropo.

Hacía años que Stefan sabía lo que yo era, pero se lo había ocultado a su nido hasta que recurrí a ellos en busca de ayuda. Aquello le creó problemas.

—Ya saben lo que soy —le dije—. Iré. ¿Cuál es el segundo favor?

—Ya hay demasiada luz fuera para que viaje —dijo al señalar vagamente la ventana—. ¿Tienes algún sitio oscuro donde pueda pasar el día?

El único lugar en el que Stefan podía dormir era mi armario. Los armarios de la habitación de Samuel y de la otra habitación tenían puertas de listones por las que se filtraba demasiada luz. Todas mis ventanas tienen persianas, pero no proporcionaban la oscuridad suficiente para que un vampiro estuviera seguro.

Mi habitación ocupaba un extremo de la caravana, la de Samuel se encontraba en el otro. Abrí mi puerta y le hice un gesto a Stefan para que entrara, pero Samuel también vino. Suspiré pero no dije nada. Samuel no me dejaría sola con Stefan sin pelear, y yo estaba demasiado destrozada como para disfrutarla.

Mi habitación estaba llena de ropa, alguna limpia y otra sucia. La limpia estaba doblada y apilada en montones que aún no había guardado en los cajones. Desperdigados sobre la ropa había libros, revistas y correo que aún no había clasificado. De haber sabido que tendría a un hombre en mi habitación, habría recogido.

Abrí el armario y saqué dos cajas y dos pares de zapatos. Excepto por los vestidos que colgaban a un lado, se quedó vacío. Era un armario grande, lo suficientemente largo como para que Stefan se tumbara con comodidad.

—Samuel te traerá una almohada y una manta —dije mientras cogía algo de ropa. La necesidad de limpiarme creció desde que me desperté y ahora era una urgencia desesperada. Tenía que quitarme de encima el olor de la muerte de la mujer ya que no podía sacármelo de la cabeza.

—Mercedes —dijo Stefan en tono amable—. No necesito una manta, no estaré dormido, estaré muerto.

No sé por qué pero esa fue la gota que colmó el vaso. Tal vez fue la implicación de que no entendía lo que era cuando acababa de ver un ejemplo gráfico de lo que los vampiros eran capaces de hacer. Estaba a mitad de camino del baño, pero me di la vuelta y me los quedé mirando a los dos.

—Samuel te traerá una manta —le dije con firmeza—. Y una almohada. Vas a dormir durante todo el día en mi armario. No dejes que gente muerta se quede en mi habitación.

Cerré la puerta del baño detrás de mí y dejé caer al suelo la mantita con la que me cubría.

—Te traeré ropa de cama —escuché decir a Samuel antes de abrir el agua de la ducha para que se calentara.

Tengo un espejo de cuerpo entero en la puerta del baño, uno de esos baratos de imitación con el marco de madera. Cuando me di la vuelta para poner la ropa sobre el lavabo para que no se mojara, me miré atentamente de arriba abajo.

Al principio, lo único que veía era sangre seca. En el pelo, en la cara, en el hombro, en el brazo y en la cadera. En las manos y en los pies.

Vomitó en el baño. Dos veces. Después me lavé las manos y la cara y me aclaré la boca con agua.

No es que la sangre me resulte algo extraño, después de todo, soy medio coyote. He matado bastantes ratones y conejos. El invierno pasado maté a dos hombres, a dos licántropos. Pero esta muerte era diferente. Maligna. No la había matado para alimentarse, por venganza o en defensa propia. Había acabado con su vida y con la de otras cuatro personas porque aquello le gustaba. Y yo no fui capaz de detenerle.

Volví a mirarme en el espejo.

Me estaban saliendo moratones en las costillas y en el hombro. Unas marcas morado oscuro señalaban las zonas en las que el arnés me había cubierto el pecho y las costillas. Me las debí hacer mientras luchaba por soltarme del agarre de Stefan. El cardenal en el extremo exterior del hombro derecho era más negro que morado. Tenía la parte izquierda de la cara hinchada, desde los pómulos hasta la mandíbula, y enrojecida como la promesa de un futuro moratón espectacular.

Me incliné hacia delante y me toqué el ojo hinchado. Parecía la víctima de una violación, excepto por las dos marcas oscuras del cuello.

Parecía el mordisco de una serpiente de cascabel, dos costras oscuras a medio formar rodeadas de piel hinchada y enrojecida. Las cubrí con la mano y me pregunté cuánto me fiaba de las palabras de Stefan que afirmaban que ni me convertiría en vampiro ni estaría bajo el control de Littleton.

Saqué el agua oxigenada y me limpié las heridas con ella. Silbaban y escocían. No me sentí más limpia. Me llevé la botella a la ducha y vertí todo el contenido sobre el cuello hasta que la botella quedó vacía. Entonces me restregué.

La sangre desapareció rápido aunque tiñó el agua a mis pies del color del óxido durante unos segundos. Pero por mucho jabón y champú que utilizara, seguía notándome sucia. Cuanto más me frotaba, más desesperada me sentía. Littleton no me había violado, pero había mancillado mi cuerpo del mismo modo. La idea de su boca sobre mí me revolvió el estómago de nuevo.

Me quedé bajo el chorro caliente hasta que el agua salió fría.

Capítulo 3

Cuando por fin salí del baño, mi habitación estaba vacía y la puerta del armario cerrada. Miré el reloj. Tenía quince minutos para llegar al garaje si quería abrir a la hora.

Me alegré de que no hubiera nadie allí que me escuchara gruñir y quejarme mientras me vestía. Bueno, al menos, nadie vivo.

Me dolía cada músculo del cuerpo, especialmente el hombro derecho, y en cuanto me agaché para ponerme los calcetines y los zapatos, la parte magullada de mi cara latió con fuerza. Me dolería aún más si perdía clientes por no abrir a la hora habitual.

Abrí la puerta de la habitación y Samuel levantó la vista desde donde estaba sentado en el sofá. También llevaba toda la noche despierto, debería haberse acostado en vez de esperar para fruncirme el ceño. Se levantó y sacó una cubitera del congelador.

—Toma, ponte esto en la cara.

Fue una sensación agradable, me dejé caer contra la puerta para disfrutar del entumecimiento de mi mejilla latiente.

—He llamado a Zee y le he contado lo ocurrido —me dijo Samuel—. Puedes irte a la cama, él trabajará por ti hoy. También me ha dicho que puede hacerlo mañana, si le necesitas.

Siebold Adelbertsmiter, conocido por sus amigos como Zee, era un buen mecánico, el mejor. Me enseñó todo lo que sé y después me vendió el taller. También era un hada, y la primera persona a la que pretendía acudir en busca de información sobre hechiceros.

Aunque a veces me sustituía cuando estaba enferma, ni siquiera se me había ocurrido llamarle para pedirle ayuda con el taller, lo que demostraba que probablemente estaría mejor si no iba a trabajar hoy.

—Te estás balanceando —dijo Samuel un momento después—. Vete a la cama. Te sentirás mejor cuando te levantes.

—Gracias —murmuré antes de volver a encerrarme en mi habitación.

Me dejé caer boca abajo sobre la cama y me quejé porque volví a hacerme daño en la cara. Rodé hasta encontrar una postura más cómoda, me tapé la cabeza con la almohada y dormité un rato, puede que media hora entera.

Podía oler a Stefan.

No es que oliera mal, olía a él, a una mezcla de vampiro y palomitas. Pero no podía quitarme de la cabeza su frase sobre estar muerto durante el día. Agh. Me resultaba imposible dormir con un hombre muerto en mi armario.

—Gracias, Stefan —le dije con desánimo mientras sacaba con esfuerzo mi cuerpo dolorido fuera de la cama. Si no podía dormir, bien podría ir a trabajar. Abrí la puerta del salón con la esperanza de encontrarlo vacío, Samuel también había pasado toda la noche en vela.

Pero no, allí estaba, sentado en la mesa de la cocina tomándose un café con Adam, el licántropo alfa local, que casualmente vivía al otro lado de la verja de detrás de casa.

No había escuchado llegar a Adam. Desde que Samuel empezó a compartir piso conmigo, me había vuelto descuidada. Debería haberme dado cuenta de que vendría en cuanto Samuel le llamara y, por supuesto, tenía que llamarle después del baño de sangre en el hotel. Adam era el Alfa y el responsable de todos los licántropos de la zona.

Ambos me miraron cuando abrí la puerta.

Tuve la tentación de darme la vuelta y volver a mi habitación con el hombre muerto del armario. Ahora no soy muy presumida. De haberlo sido alguna vez, vivir rodeada de diversas mezclas de grasa y suciedad me habría curado rápidamente. Aun así, no me veía en condiciones de estar frente a dos hombres *sexys* con un ojo hinchado y prácticamente cerrado y la mitad de la cara negra y azul.

No era probable que Stefan, al estar muerto, se fijara en mi aspecto, y nunca había salido con él. Tampoco salía ni con Adam ni con Samuel, al menos actualmente.

No salía con Samuel desde que tenía dieciséis.

Conocía a Samuel desde que podía recordar. Crecí entre la manada del Marrok al noroeste de Montana, una manada de licántropos fue lo más parecido a mí que mi madre adolescente pudo encontrar. Fue casualidad que su tío abuelo perteneciera al Marrok. Una casualidad afortunada, me parece ahora. Muchos licántropos me habrían matado en el acto igual que un lobo acabaría con un coyote que invadiera su territorio.

Bran, el Marrok, además de ser el líder de todos los lobos de Norteamérica, era un buen hombre. Me instaló con uno de sus lobos y me crio casi como si perteneciera allí. Casi.

Samuel era el hijo del Marrok. Siempre estuvo a mi lado cuando le necesité mientras luchaba por sobrevivir en un mundo que no tenía lugar para mí. Me crio la manada, pero no era uno de ellos. Mi madre me quería, pero yo tampoco pertenecía a su mundo humano.

Cuando cumplí dieciséis, creía que había encontrado mi sitio en Samuel. Solo cuando el Marrok me hizo ver que Samuel quería hijos, y no mi amor, entendí por fin que tendría que buscarme mi propio camino en la vida en vez de unirme al de otro.

Dejé a Samuel y a la manada y no los volví a ver durante más de quince años, casi la mitad de mi vida. Todo eso cambió el invierno pasado. Ahora, tenía el número de móvil del Marrok en mis llamadas rápidas y Samuel había decidido mudarse a Tri-Cities. Para ser más exactos, se había mudado conmigo.

Aún no estaba muy segura de por qué. Por mucha ilusión que me hiciera, mi casa es una caravana de anchura simple tan vieja como yo. Samuel, al ser médico, está acostumbrado a un nivel de vivienda algo superior. Fue una larga pesadilla que le concedieran los papeles, consiguió la licencia para ejercer la medicina en Washington, así como en Montana y en Texas, justo hacía un mes. Dejó su trabajo como dependiente nocturno en una pequeña tienda de alimentación y empezó a trabajar en urgencias del hospital de Kennewick. A pesar del aumento de sueldo, no había mostrado ninguna señal de marcharse. Su estancia temporal en mi casa se había convertido en seis meses y algún que otro cambio.

Al principio, le rechacé.

—¿Por qué no con Adam? —le pregunté. Como Alfa de la manada local de licántropos, Adam estaba acostumbrado a tener huéspedes temporales y disponía de más habitaciones que yo. No le pregunté por qué no se compraba su propia casa; Samuel ya me había dicho que había pasado demasiado tiempo solo en los últimos años. A los licántropos no les va mucho estar solos. Necesitan a alguien, manada o familia, o empiezan a comportarse de forma extraña. Los licántropos que se vuelven raros suelen terminar muertos, y a veces se llevan a bastante gente con ellos cuando caen.

Samuel había arqueado las cejas y me había dicho:

—¿De verdad quieres que nos matemos el uno al otro? Adam es el Alfa, pero yo soy un dominante más fuerte que él. Los dos hemos vivido lo suficiente como para controlarnos hasta cierto punto. Pero si viviéramos juntos, antes o después, saltaríamos el uno al cuello del otro.

—La casa de Adam está solo a unos metros de la mía —le dije, cortante. Las palabras de Samuel habrían servido para cualquier otro lobo, pero él se creaba sus propias normas. Si quisiera vivir en paz con Adam, lo conseguiría.

—Por favor. —Su tono era lo más lejano posible a una súplica.

—No —le respondí.

Hubo otra pausa, más larga.

—¿Cómo vas a explicarles a tus vecinos que hay un tipo extraño durmiendo en tu porche?

Lo hizo de verdad, así que le dejé mudarse.

Le advertí que como flirteara una sola vez conmigo le pondría de patitas en la calle. Le dije que ya no le quería, aunque hubiera causado más efecto si yo misma hubiera estado segura de eso. Ayudó el saber que él tampoco me quería entonces ni cuando intentó escaparse conmigo cuando yo tenía dieciséis y él no sé cuántos años.

En realidad, la cosa no fue tan mal como suena. Él creció en una época en la que las mujeres se casaban mucho antes de los dieciséis.

A los licántropos más viejos les cuesta adaptarse al modo de pensar moderno.

Ojalá pudiera echarle eso en cara. Me ayudaría a no olvidar que seguía queriéndome solamente por lo que podía darle: hijos que vivieran.

Los licántropos se crean, no nacen. Para convertirse en licántropo, hay que sobrevivir a un ataque tan salvaje que te deje al borde de la muerte, lo que permite a la magia del licántropo vencer al sistema inmune. Muchos, muchísimos familiares de licántropos que intentan convertirse en uno ellos mismos mueren en el intento. Samuel había sobrevivido a todas sus mujeres e hijos, todos sus descendientes que atentaron convertirse habían muerto.

Los licántropos hembra no pueden tener hijos; sus embarazos terminan en aborto espontáneamente con el cambio de la luna. Las mujeres humanas pueden tener hijos con licántropos, pero solo pueden dar a luz bebés que tengan únicamente ADN humano.

Pero yo no era ni humana ni licántropa.

Samuel estaba convencido de que conmigo sería diferente. Al no seguir los impulsos de la luna, mis cambios no son violentos, ni siquiera necesarios. Una vez pasé tres años sin convertirme en coyote. Los lobos y los coyotes pueden cruzarse en estado salvaje, ¿por qué no los licántropos y los cambiantes?

No sé cuál es la respuesta biológica a todo esto, pero la mía es que no me interesaba ser una yegua de cría, menos mal. Así que nada de Samuel.

Debí haber ordenado y aclarado mis sentimientos hacia Samuel en el pasado, solo que no fui del todo capaz de convencerme de que lo único que sentía por él era el cariño persistente que cualquiera sentiría por un viejo amigo.

Quizá habría llegado a alguna conclusión sobre Samuel quien, después de todo, llevaba viviendo en mi casa más de medio año, de no haber sido por Adam. Adam ha sido la cruz de mi existencia desde que me vine a vivir a Tri-Cities, donde él gobierna con mano de hierro. Como el Marrok, tenía una marcada tendencia a tratarme como uno de sus subordinados cuando le convenía y como un perro callejero cuando no. Era arbitrario, por no decir algo peor. Proclamó que yo era su compañera delante de la manada, y después tuvo la cara de decirme que era por mi propia seguridad, para que sus lobos no me molestaran ya que era un coyote viviendo en su territorio. En cuanto lo dijo, fue así, y nada de lo que pudiera decir cambiaría eso a ojos de la manada.

El invierno pasado me necesitó, y eso cambió las cosas entre nosotros.

Salimos tres veces. Durante la primera cita, yo tenía un brazo roto y él fue muy cuidadoso. En la segunda, él y su hija adolescente, Jesse, me llevaron a la presentación de *Los piratas de Penzance* de la Compañía de Ópera Richland Light. Me lo pasé muy bien. En la tercera cita, casi se me había curado el brazo y no había ninguna Jesse ni ningún auditorio de primaria que calmara los impulsos apasionados que sintiéramos. Fuimos a bailar y lo único que evitó que nos quitáramos la ropa fue la idea de su hija esperándole en casa y de Samuel esperándome a mí en la mía.

Una vez en casa, me repuse lo suficiente como para asustarme. Enamorarse de un licántropo no es nada seguro, pero enamorarse del Alfa es mucho peor.

Especialmente para alguien como yo. Había luchado durante mucho tiempo para ser independiente como para permitirme acoplarme a las normas del resto de la manada.

Así que, la siguiente vez que me llamó para salir, estaba inesperadamente ocupada. Evitar a alguien que vive al lado requiere mucho esfuerzo, pero lo conseguí. Me ayudó que los licántropos salieran a la luz pública porque Adam se vio absorbido de repente con viajes entre Washington D. C. y Tri-Cities.

Aunque era uno de los cientos de licántropos que se habían dado a conocer al público, Adam no era uno de los hombres destacados de Bran, no tenía el temperamento para ser una celebridad. Pero, después de trabajar con el gobierno durante cuarenta extraños años, primero en el ejército y más tarde como consejero de seguridad, desarrolló una red de contactos así como un entendimiento de la política que le convirtió en una pieza de gran valor para el Marrok, y para el gobierno, que intentaba decidir cómo tratar con otro grupo de criaturas sobrenaturales.

Entre su agenda y mis inteligentes tácticas de evasión, no le había visto en casi dos meses.

Aún ante mi visión monocular, era guapo, mucho más de lo que recordaba. Quería quedarme mirando sus pómulos eslavos y su boca sensual, joder. Aparté los ojos de él bruscamente y miré a Samuel, lo que no era mucho más seguro. No era tan guapo, pero eso no pareció importarle a mis estúpidas hormonas.

Samuel fue el primero en romper el silencio.

—¿Por qué no estás en la cama, Mercy? —dijo con acento sureño—. Tienes peor aspecto que la víctima de un accidente que se me murió en la camilla la semana pasada.

Adam se puso de pie y cruzó la sala en cuatro pasos mientras yo esperaba como un conejo atrapado que sabía que debía huir pero que era incapaz de moverse. Se detuvo delante de mí silbando suavemente mientras examinaba las heridas. Cuando se acercó aún más y me tocó el cuello, escuché un ruido en la cocina.

Samuel había roto su taza de café. Ni siquiera me miró mientras recogía el estropicio.

—Horrible —dijo Adam, que atrajo mi atención de nuevo hacia él—. ¿Puedes ver por ese ojo?

—No tan bien como con el otro —le respondí—. Pero veo lo suficiente como para darme cuenta de que no estás de camino a D. C. como deberías. —Tenía que volver para la Noche de la Luna, pero sabía que había regresado ayer por la tarde y que debía marcharse otra vez hacía una hora.

Levantó un lado de la boca, deseé haberme mordido la lengua cuando me di cuenta de que le acababa de revelar que seguía sus movimientos.

—Mi agenda ha cambiado. Tenía que volar hacia Los Ángeles hace unas horas. Fui a D. C. la semana pasada y también iré la próxima.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

Se le borró la sonrisa de la cara y entrecerró los ojos.

—Mi exmujer ha decidido que está enamorada otra vez —comentó bruscamente—. Ella y su nuevo novio se dirigen a Italia para un periodo de tiempo indefinido. Cuando llamé, Jesse llevaba sola tres días. —Jesse era su hija de quince años que se había ido a pasar el verano a Eugene con su madre—. Le compré un billete de avión, llegará en un par de horas. Le dije a Bran que no contara conmigo. Tendrá arreglárselas con los políticos él solo durante un tiempo.

—Pobre Jesse —dije. Ella era una de las razones por las que siempre había respetado a Adam, incluso cuando más me frustraba. Nunca dejaba que nadie, ni los negocios ni la manada, se interpusiera entre él y su hija.

—Así que estaré por aquí durante una temporada. —No fueron las palabras sino la forma en que me miró cuando las pronunció lo que me hizo dar un paso atrás. Odio que me pase eso.

Decidí cambiar de tema.

—Estupendo. Darryl es un buen tío pero es muy duro con Warren cuando tú no estás.

Darryl era el segundo de Adam y Warren el tercero. En la mayoría de las manadas, los dos rangos estaban tan cerca que solía haber cierta tensión entre los lobos que ostentaban los puestos, especialmente en ausencia del Alfa. Las preferencias sexuales de Warren hacían que la tensión fuera peor.

Ser diferente entre humanos es difícil. Ser diferente entre lobos suele resultar mortal. No hay muchos licántropos homosexuales que sobrevivan demasiado tiempo. Warren era fuerte, independiente y el mejor amigo de Adam. La combinación era suficiente para mantenerle con vida, pero no para que se sintiera siempre cómodo entre los demás.

—Lo sé —dijo Adam.

—Ayudaría si Darryl no fuera tan atractivo —dijo Samuel en tono despreocupado mientras cruzaba el salón para colocarse junto a Adam.

Técnicamente, debería haberse quedado detrás, puesto que Adam era el Alfa y Samuel un lobo solitario, fuera de la jerarquía de la manada. Pero Samuel no era cualquier lobo solitario, era el hijo del Marrok y más dominante incluso que Adam si quería apretar las tuercas.

—No eres capaz de decirle eso a Darryl —le reté.

—No lo hagas. —Adam sonrió pero su voz era seria. Aunque se dirigió a Samuel, no apartó los ojos de mí—. Samuel dice que necesitarás un acompañante para ir al nido de los vampiros en algún momento no muy lejano —me dijo—. Llámame y buscaré a alguien que vaya contigo.

—Gracias, lo haré.

Me acarició suavemente la mejilla dolorida con un dedo.

—Iría yo mismo pero no creo que fuera una buena idea.

Estaba completamente de acuerdo con él. Un acompañante licántropo serviría tanto de guardaespaldas como para demostrar que tenía amigos. Que me acompañara

el Alfa convertiría todo el asunto en un juego de poderes entre él y los líderes de los vampiros con Stefan atrapado en medio.

—Lo sé —le dije—. Gracias.

No podía seguir en aquella habitación con los dos ni un minuto más. Incluso una mujer humana se habría ahogado con la testosterona que flotaba en el aire, era demasiado fuerte. Si no me marchaba, empezarían a pelearse; me había percatado de cómo los ojos de Samuel se volvieron blancos cuando Adam me tocó la mejilla.

Además, la necesidad que sentía de hundir mi nariz en el cuello de Adam para empaparme del exótico aroma de su piel no calmaría los ánimos. Aparté la vista de él y me encontré mirando fijamente los ojos blancos de Samuel. Estaba tan cerca de convertirse que el disco negro distintivo de sus pupilas se veía claramente. Debería haberme asustado.

Samuel movió las ventanas de la nariz, yo también lo olí. Excitación.

—Tengo que irme —dije, muerta de miedo.

Me despedí precipitadamente y me escabullí a toda prisa cerrando la puerta a mis espaldas. El alivio al estar separada de los dos hombres por una puerta fue intenso. Me costaba respirar, como si hubiera corrido una maratón, la adrenalina borró el dolor de las heridas del ataque del hechicero. Cogí aire para intentar limpiar todo rastro de licántropo de mis pulmones antes de dirigirme hacia el coche. Abrí la puerta del Golf y una bocanada de olor a sangre me hizo dar un paso atrás bruscamente. El coche estaba aparcado donde solía dejarlo, se me había olvidado que Stefan debió utilizarlo para traerme a casa. Había manchas en los asientos delanteros, los dos debíamos ir cubiertos de sangre de arriba abajo. Pero lo que más me llamó la atención fue la abolladura con forma de puño en el salpicadero, justo encima de la radio.

Stefan estaría alterado.

Entré en el taller y aparqué al fondo del aparcamiento, junto al viejo camión de Zee. Nunca confíes en un mecánico que conduce un coche nuevo. Eso significa que, o te cobrará demasiado por su trabajo, o no tiene ni idea de cómo arreglar un coche antiguo. Quizá las dos cosas.

Los Volkswagen son buenos coches. Antes eran buenos coches baratos, ahora son buenos coches caros. Pero todas las marcas tienen algún cacharro. Volkswagen tenía el Safari (que al menos tenía un aspecto chulo), el Fox y el Golf. Me imaginaba que en un par de años más, mi Golf sería el único que seguiría circulando en Tri-Cities.

Dejé el coche parado un momento pensando si entrar o no. Me había pasado por la tienda de recambios más cercana para comprar fundas de asiento para sustituir las que había tirado y, a juzgar por la mirada enfermiza del dependiente, mi cara destrozada no favorecería al negocio en un tiempo.

Pero había cuatro coches en el aparcamiento, lo que significaba que teníamos bastante trabajo. Si me quedaba en el taller, nadie me vería la cara.

Bajé del coche, despacio. El calor seco de aquellas horas de la mañana me envolvió y cerré los ojos durante un momento para disfrutarlo.

—Buenos días, Mercedes —dijo una dulce y vieja voz—. Precioso día.

Abrí los ojos y sonreí.

—Sí, señora Hanna, lo es.

En Tri-Cities, a diferencia de Portland o Seattle, no hay mucha población sin techo permanente. La temperatura en verano suele sobrepasar los cuarenta grados y en invierno baja a cifras negativas, así que la mayoría de sin techo que hay aquí están solo de paso.

La señora Hanna parecía una sin techo con su carrito de la compra abollado lleno de bolsas de plástico con latas u otros objetos útiles, pero alguien me dijo una vez que vivía en una pequeña caravana en el parque junto al río y que había sido profesora de piano hasta que la artritis se lo impidió. Después de eso, se paseaba por las calles de Kennewick recogiendo latas de aluminio y vendiendo dibujos de libros de colorear que pintaba para poder comprar comida para sus gatos.

Llevaba el pelo gris recogido en una trenza y metido bajo la gorra de béisbol hecha polvo con la que se tapaba la cara del sol. Vestía una falda acampanada de lana, calcetines cortos y unas zapatillas de deporte de una talla de más. Su camiseta era recuerdo de un festival de las lilas de Spokane celebrado hacía mucho tiempo y su color lila formaba un curioso contraste con el negro y el rojo de los cuadros escoceses de la camisa de franela que llevaba sobre los hombros.

La edad la había doblado hasta que su altura fue prácticamente la misma que la del carrito que empujaba. Las uñas de sus manos morenas y de grandes nudillos, lucían un descascarillado esmalte de color rojo que combinaba con el tono de su lápiz de labios. Olía a rosas y a sus gatos.

Frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—A los chicos no les gustan las chicas que tienen más músculos que ellos, Mercedes. A los chicos les gustan las chicas que saben bailar y tocar el piano. El señor Hanna, que Dios le guarde en su gloria, me decía que flotaba sobre la pista de baile.

Aquella era una vieja discusión entre nosotras. Ella había crecido en una época en la que el único lugar de la mujer era junto a un hombre.

—Esta vez no ha sido por el karate —le dije al tocarme ligeramente la cara.

—Ponte una bolsa de guisantes congelados ahí, cariño —comentó—. Bajaré la hinchazón.

—Gracias —respondí.

Me saludó enérgicamente con la cabeza y siguió su camino con su carrito chirriante. Hacía demasiado calor para la franela y la lana, pero había muerto hacía unos meses, en una fría noche de primavera.

La mayoría de los fantasmas desaparecen con el tiempo, así que probablemente en unos días ya no podría charlar más. No sé por qué se acercó a hablar conmigo; tal

vez aún la preocupaba que no me hubiera casado.-

Seguía sonriendo cuando entré en la oficina.

Gabriel, mi recepcionista y manga-herramientas a media jornada, trabajaba todo el día en verano. Levantó la vista cuando entré y volvió a mirarme por segunda vez, sorprendido.

—Karate —mentí inspirada por la suposición de la señora Hanna y vi cómo se relajaba.

Era un buen chico, no podía ser más humano. Sabía que Zee era un hada, por supuesto, porque hacía unos años fue obligado por los Señores Grises que gobiernan a las hadas a revelar que lo era (al igual que los licántropos, las hadas fueron saliendo a la luz poco a poco para evitar alarmar a la gente).

Gabriel sabía de la existencia de Adam porque también era un asunto de dominio público. Pero no tenía ninguna intención de abrirle más los ojos, era demasiado peligroso así que, si podía evitarlo, no escucharía ninguna historia de vampiros ni hechiceros, especialmente porque había varios clientes pululando por el taller.

—Joder —dijo—, espero que el otro tío tenga peor aspecto.

Negué con la cabeza.

—Un cinturón blanco idiota.

Había un par de hombres sentados en las sillas, cómodas pero hechas polvo, que había en un rincón de la oficina.

—Prefiero enfrentarme a varios cinturones negros al mismo tiempo que a uno blanco —comentó uno de ellos al escuchar mis palabras.

Iba tan bien arreglado que incluso resultaba atractivo a pesar de la nariz demasiado ancha y los ojos demasiado hundidos.

Le dediqué mi mejor sonrisa de mujer de negocios.

—Yo también —respondí con sinceridad.

—Supongo que eres Mercedes Thompson —comentó al ponerse de pie y acercarse al mostrador con la mano tendida.

—Exacto. —Le estreché la mano y él me devolvió el apretón con una firmeza que habría afianzado a cualquier político.

—Tom Black. —Sonrió y dejó ver unos dientes blancos como perlas—. He oído hablar mucho de ti, Mercedes, la mecánica de Volkswagen.

Como si fuera la primera vez que escuchaba eso. Aun así, no sonó desagradable como un ligero flirteo.

—Encantada de conocerte. —No me interesaban los flirteos así que volví a centrar mi atención en Gabriel—. ¿Algún problema esta mañana?

Sonrió.

—¿Con Zee aquí? Oye, Mercy, mi madre me pidió que te preguntara si querías que las chicas vinieran este fin de semana a limpiar otra vez.

Gabriel tenía un montón de hermanas generosas, todas chicas, la más pequeña estaba en preescolar y la mayor acaba de empezar el instituto. La madre viuda las

mantenía a todas con su trabajo como operadora en el departamento de policía de Kennewick, un puesto que no daba demasiado dinero. Las dos mayores venían de forma medio regular a limpiar la oficina. Hacían un buen trabajo. No me había dado cuenta de que la ventana principal estaba cubierta por una capa de grasa; pensaba que era algún tratamiento que le había aplicado Zee para que no entrara tanto sol.

—Me parece bien —le dije—. Si no estoy yo aquí, pueden usar tu llave.

—Se lo diré.

—Estupendo. Voy a meterme en el taller y hoy no voy a estar visible; no quiero asustar a los clientes.

Le dediqué a Tom Black un rápido saludo, amable pero distante. También crucé algunas palabras con el otro hombre que esperaba. Era un viejo cliente al que le gustaba charlar. Entonces, me escabullí en el taller antes de que entraran nuevos clientes.

Me encontré a Zee tumbado boca arriba debajo de un coche, así que lo único que veía de él era de cintura para abajo. Siebold Adelbertsmiter, mi antiguo jefe, es una vieja hada, un metalista, algo fuera de lo común porque la mayoría de las hadas no soportan el hierro. Se llama a sí mismo gremlin, aunque es mucho más viejo que el nombre acuñado por los aviadores de la primera guerra mundial. Soy licenciada en Historia, así que conozco datos inútiles como ese.

Era un hombre gruñón, con aspecto de cincuentón y delgado (aunque con un poco de panza). Lo único de verdad era su carácter gruñón. Gracias al *glamour*, un hada puede adquirir el aspecto que quiera. El *glamour* es lo que diferencia a un hada de, digamos, una bruja o un licántropo.

—Hola, Zee —le dije al ver que no se había percatado de mi presencia—. Gracias por venir esta mañana.

Se deslizó de debajo del coche y me frunció el ceño.

—Tienes que alejarte de los vampiros, Mercedes Athena Thompson. —Al igual que mi madre, solo utilizaba mi nombre completo cuando estaba enfadado conmigo. Nunca se lo había dicho, pero en cierto modo me gusta cómo suena con acento alemán.

Me examinó la cara de un vistazo y continuó.

—Deberías estar en la cama durmiendo. ¿De qué sirve tener a un hombre en casa si no puede cuidarte durante un tiempo?

—Mmm —respondí—. Me rindo. ¿Para qué sirve tener a un hombre en casa?

No sonrió, pero ya estaba acostumbrada a eso.

—Da igual —continué rápidamente, aunque hablé en voz baja para que la gente de la oficina no escuchara nada—. Hay dos licántropos y un vampiro muerto en mi casa. Pensé que ya había demasiada gente y que se las arreglarían sin mí un tiempo.

—¿Has matado a un vampiro? —Me dedicó una mirada llena de respeto, lo que me sorprendió bastante puesto que seguía tumbado de espaldas sobre la tabla.

—No, ha sido el sol. Pero Stefan se recuperará a tiempo para ver a Marsilia esta noche.

Al menos, yo suponía que sería esa noche. No sabía mucho de vampiros, pero los juicios de los licántropos solían convocarse al momento y no seis meses después de un crimen. También se resuelven en cuestión de horas —a veces en minutos— y no en meses. ¿No puedes convencer al Alfa de tu manada de que le causarás menos problemas vivo que muerto? Mal asunto. Las leyes de la manada, brutales por necesidad, eran una de esas cosas horribles que Bran mantenía en secreto por el momento.

—Samuel me ha contado que tenías que estar presente en el juicio del vampiro.

—Te ha llamado —dije, cabreada—. ¿Qué quería, que le avisaras cuando llegara aquí sana y salva?

Zee me sonrió por primera vez y sacó el móvil. Marcó mi número de casa con los dedos llenos de grasa.

—Está aquí —dijo—. Ha llegado bien.

Colgó sin esperar una respuesta y sonrió aún más mientras marcaba otro número. Ese también lo conocía. Pero, para asegurarse de que me enteraba, utilizó el nombre.

—Hola, Adam —dijo—. Ha llegado. —Permaneció un momento a la escucha, yo también, pero debía tener el volumen al mínimo porque lo único que conseguí escuchar fue el ruido sordo de una voz masculina. La sonrisa de Zee se transformó en una mueca maligna. Me miró—. Adam quiere saber por qué has tardado tanto —me preguntó.

Hice ademán de entornar los ojos pero eso agravó el dolor de la cara así que me detuve.

—Dile que me he parado a tener sexo salvaje y apasionado con un completo desconocido.

No me quedé para comprobar si Zee le daba mi mensaje o no. Arranqué el mono de donde estaba colgado y me metí enfadada en el baño.

Mientras me vestía para trabajar, tuve que recordarme que los licántropos son unos maniáticos del control, lo que les permite encargarse de sus lobos, y eso es positivo. Si no me gustaban los efectos secundarios, no debería tratar con licántropos, cosa que no haría si uno de ellos no viviera conmigo y un segundo al otro lado de mi verja.

Sola en el baño, admití ante mí misma que, aunque estaba muy, muy enfadada, me habría sentido decepcionada si no lo hubieran hecho. ¿Tan ilógico resulta?

Cuando salí, Zee me asignó mi siguiente trabajo de reparación. Puede que le hubiera comprado el negocio, pero cuando trabajábamos juntos, él seguía dando las órdenes. En parte, lo hacía por costumbre, supongo, pero sobre todo porque, aunque soy buena mecánica, él es mágico. Literal y figuradamente.

Si no fuera por su tendencia a aburrirse con las cosas fáciles, nunca me habría contratado. Entonces tendría que haber cogido mi título de Humanidades y haber

buscado trabajo en McDonald's o en Burger King como el resto de los especializados en historia.

Trabajamos en silencio durante un rato hasta que me encontré con algo que requería cuatro manos en vez de dos.

—He echado un vistazo debajo de esa cubierta —me dijo Zee mientras yo giraba el trinquete y él me sujetaba una pieza en su sitio. Con un gesto señaló un rincón de la tienda donde descansaba mi último proyecto de restauración.

—Bonito, ¿verdad? —comenté—. O al menos lo será cuando lo haya terminado. —Era un Karmann Ghia de 1968 en condiciones casi perfectas.

—¿Vas a restaurarlo o a convertirlo en un coche de carreras?

—No lo sé —dije—. Tiene la pintura original y solo hay unas pequeñas rayas en el capó. Odio tener que tocarlo si no le hace falta. Si puedo hacer que ande con las piezas originales y Kim cose los asientos, lo dejaré como está.

Hay tres tipos de aficionados a los coches antiguos: los que creen que un coche debe conservar lo máximo del original posible; los que los restauran y los dejan mejor que recién salidos de fábrica y los que los abren y sustituyen los frenos, el motor y la suspensión por otras piezas más modernas. Zee pertenece sin duda al último grupo.

No es un sentimental; si algo funciona mejor, eso es lo que se debería utilizar. Supongo que cuarenta o cincuenta años no significan lo mismo para él que para el resto de nosotros; la antigüedad de uno puede ser un trasto oxidado para otro. Puesto que la mayor parte de mis ingresos proceden de restaurar trastos oxidados, no soy muy quisquillosa. Estoy asociada con un genio de la tapicería, Kim, y con un pintor al que le gusta conducir por ahí y enseñar los coches para que podamos venderlos. Después de deducir el coste real del material de la restauración y de las muestras, dividimos los beneficios según las horas que hayamos invertido en el proyecto.

—La refrigeración requiere mucho mantenimiento —dijo Zee.

—A alguien que quiera el Ghia en condiciones originales no le importará —le respondí. Gruñó, nada convencido, y volvió a su trabajo.

Gabriel se llevó mi Golf para ir a buscar bocadillos y luego se sentó con nosotros a comer en el taller. Descubrí el Ghia y los tres comimos hasta que llegó la hora de volver a trabajar, mientras debatíamos qué era lo mejor que podíamos hacer con el coche.

—Zee —le pregunté mientras levantaba un Passat para echarle un vistazo al tubo de escape.

Gruñó al tocar con el dedo índice el tubo donde tenía varias abolladuras, justo delante del primer silenciador.

—¿Qué sabes sobre brujos?

Dejó de dar golpecitos y suspiró.

—Los viejos gremlins se apartan de su camino para no cruzarse con los huéspedes de los demonios, y hace mucho que los humanos no creen en el Diablo lo

suficiente como para venderle sus almas.

Me mareé un poco. No es que no creyera en el demonio, más bien era lo contrario. Tenía amplias pruebas de la existencia de Dios, así que aceptaba que Su oponente también existía. Pero no quería saber que alguien que había hecho un pacto con Satán acechaba a escasos kilómetros de mi casa matando camareras de hotel.

—Pensaba que era solo un demonio —dije débilmente.

—*Ja* —comentó y entonces se giró para mirarme a la cara—. Diablo, demonio, el inglés es una lengua imprecisa para estos asuntos. Hay criaturas que sirven a la Gran Bestia de las escrituras cristianas, espíritus mayores y menores, demonios o diablos, pero todos ellos sirven al mal. Sus mayores sirvientes viven lejos de nuestro mundo, pero se les puede invitar a venir, al igual que los vampiros no pueden entrar en una casa si no los invitan.

—Muy bien. —Respiré profundamente—. ¿Qué más sabes?

Zee estiró la mano y rodeó con ella el tubo.

—No mucho, *Liebchen*. Los pocos hombres que he conocido que afirmaban ser hechiceros no eran más que un cebo para los demonios cuando los conocí.

—¿Qué diferencia hay??

—La diferencia es quién lleva las riendas. —El tubo de escape brilló con un tono rojo cereza luminoso bajo la mano de Zee—. Los demonios solo sirven bien a un amo; los que se olvidan de eso suelen esclavizarse rápidamente. Los que sí lo recuerdan suelen mantener el control durante algo más de tiempo.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿todos los poseídos por algún demonio empiezan como hechiceros?

Zee negó con la cabeza.

—Hay muchos tipos de invitaciones, intencionadas o no. Hechicero, poseído por el demonio, no importa. Finalmente, el demonio es quien tiene el control.

El tubo de escape hizo un fuerte ruido y volvió a adquirir su forma original. Zee me miró a los ojos.

—Esta criatura está jugando con los vampiros, Mercy. No te metas en sus asuntos. El nido está mejor preparado para afrontar esta situación que tú.

Sobre las cinco y media, estaba metida hasta los codos en una Vanagon así que le dije a Gabriel que cerrara la oficina e intenté mandarlos a él y a Zee a casa. Con la cara como la tenía, les costó más de lo normal dejarme sola trabajando, pero al final conseguí convencerlos.

Hasta que Zee se fue, tuve el aire acondicionado encendido y todas las puertas cerradas pero, a diferencia de los licántropos, a mí me gusta el calor del verano. Así que, una vez sola, apagué el aire acondicionado y abrí las persianas.

—¿Eso ayuda?

Levanté la vista y vi que el cliente con el que había charlado antes estaba de pie en la puerta.

—Tom Black —me recordó.

—¿Si ayuda el qué? —le pregunté mientras me limpiaba las manos y daba un trago de la botella de agua que no guardaba demasiado el equilibrio sobre el capó del coche.

—Tararear —dijo—. Me preguntaba si ayudaba.

Algo en la forma en la que lo dijo me incomodó, como si fuera un viejo amigo mío en vez de alguien con el que solo había intercambiado algunas palabras. El comentario anterior sobre los cinturones blancos no le convertía en experto en artes marciales, pero el movimiento de su cuerpo al entrar en el garaje, sí.

Mantuve una expresión educada aunque el coyote que hay en mí quería enseñarle los dientes. Estaba invadiendo mi territorio.

—No me había dado cuenta de que tarareaba —le dije—. Es el último coche en el que tengo que trabajar hoy. —Sabía que no era su coche porque este era uno en el que trabajaba habitualmente—. Si Gabriel no te ha llamado es que probablemente no tendremos tu coche hasta mañana.

—¿Cómo una chica tan guapa como tú se ha hecho mecánica? —preguntó.

Incliné la cabeza para poder verle mejor con mi ojo sano. Gabriel me dijo que si me hubiera dejado más tiempo el hielo no se me habría hinchado tanto. En mis días buenos, mi aspecto era pasable pero hoy «horrible» y «espantosa» eran adjetivos más apropiados.

De haber estado en territorio neutral, probablemente le habría respondido algo parecido a «¿Cómo un hombre tan atractivo como tú puede ser un cabrón empalagoso?». Pero estábamos en mi lugar de trabajo y él era un cliente.

—Igual que el resto de mecánicas guapas, supongo —dije—. Escucha, tengo que terminar esto. ¿Por qué no llamas mañana por la mañana y Gabriel podrá decirte cuándo estará listo tu coche?

Mientras lo decía, avancé hacia él. El gesto debía haberle obligado a retroceder pero no se movió, así que tuve que pararme si no quería acercarme demasiado. Oía a crema bronceadora de coco y a humo de cigarro.

—En realidad, ya he recogido mi coche antes —dijo—. Ahora he venido para hablar contigo. Era humano pero en sus ojos vi la misma mirada de depredador que tienen los lobos cuando van de caza. Estar en mi propio garaje me había hecho sentirme demasiado segura y me había acercado demasiado a él. Disponía de una gran variedad de armas en forma de llaves inglesas y palancas, pero todas quedaban fuera de mi alcance.

—¿En serio? —comenté—. ¿Por qué?

—Quería preguntarte qué tal es salir con un licántropo. ¿Sabías que lo era cuando empezaste a salir con él? ¿Has tenido relaciones sexuales con él? —De repente, su voz adquirió un tono afilado.

Fue un cambio de tema tan radical que me quedé parpadeando un momento.

Aquel hombre no olía a fanático, el odio tiene su propio olor. Cuando Zee salió a la luz por primera vez, un grupo de gente marchó alrededor del taller con pancartas. Algunos vinieron de noche y pintaron PAÍS DE LAS HADAS con letras rojas llenas de furia en las persianas del garaje.

Tom Black olía intenso, como si las respuestas a aquellas preguntas le importaran de verdad.

Fuera, un Chevrolet 350 de bloque pequeño entró en el aparcamiento, reconocí su sonido. Al desaparecer mis temores, me di cuenta de que solo había un motivo para las preguntas que me hacía.

Le miré entrecerrando los ojos.

—Joder —dije, disgustada—, eres periodista.

Siguiendo las órdenes del Marrok, algunos de los licántropos que salieron a la luz atrajeron la atención deliberadamente: héroes del ejército, de la policía o del cuerpo de bomberos y alguna que otra estrella de cine. Adam no pertenecía a ninguno de esos grupos pero entendía por qué podían enviar a alguien a husmear sobre él. No solo era el Alfa, sino que era un Alfa atractivo. Me moría de ganas de saber qué diría Adam cuando le contara que investigaban su vida amorosa.

—Puedo hacerte rica —me dijo Black animado, creo, por mi sonrisa—. Cuando acabe contigo, serás tan famosa como él. Puedes venderle tu historia a los medios.

—Lárgate —resoplé.

—¿Algún problema, Mercy? —El profundo acento de Texas hizo que el periodista girara sobre sí mismo. Supongo que no había escuchado entrar en el taller a Warren y a su compañero.

—Ningún problema —le dije a Warren—. El señor Black estaba a punto de marcharse.

Warren parecía sacado de un anuncio del Oeste con las botas gastadas y el maltrecho sombrero de paja. Tenía todo el derecho a vestir así, era un vaquero de verdad en el viejo Oeste cuando le convirtieron. De los lobos de Adam, era mi favorito. Ben iba a su lado, una importación reciente de Gran Bretaña, y el candidato principal al honor de ser mi lobo menos favorito. Ninguno de los dos estaba entre los lobos «expuestos», aún no. En el caso de Ben, probablemente no lo sería nunca. Escapó por los pelos de que le arrestaran en su tierra y le habían enviado discretamente a Estados Unidos para que desapareciera.

El periodista sacó la cartera y me tendió su tarjeta. Se la acepté porque mi madre me enseñó a ser educada.

—Estaré por aquí —dijo—. Llámame si cambias de opinión.

—Lo haré —respondí.

Los dos licántropos se dieron la vuelta para verle marchar. Solo volvieron a centrarse en mí cuando el coche estuvo bien lejos.

—Me gusta lo que te has hecho en la cara —comentó Ben tocándose un ojo.

Vale que me había salvado la vida en una ocasión y que se había llevado una bala por Adam, pero eso no significaba que tuviera que gustarme. Tampoco era el hecho de que le hubieran enviado a la manada de Adam para evitar que le interrogaran en relación con una serie de violentas violaciones en Londres. Creo en la inocencia de alguien hasta que se demuestre lo contrario. No me gustaba por las cualidades que habían llevado a la policía de Londres a mirar en su dirección: era un hombre atractivo, desagradable y violento. Todo lo que decía sonaba a desprecio o a amenaza con su ingenioso acento británico. De haber sido solo un pelo más agradable, incluso habría hablado con él solo por escuchar su voz, me gustara o no.

—No he sido yo quien ha decorado mi cara, pero gracias de todas formas. — Volví a la furgoneta para dejarlo todo atado por hoy. Había perdido el impulso que me mantenía trabajando y lo único que quería era encontrar un lugar para dormir, algún sitio sin un vampiro muerto en el armario. Joder. ¿Dónde iba a dormir?

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le pregunté a Warren mientras cerraba la puerta trasera de la furgoneta.

—Adam nos ha dicho que nos quedemos contigo hasta que sepas algo de los vampiros. Cree que será en algún momento después del anochecer. No quiere que te enfrentes a ellos sola.

—¿No tienes que trabajar? —Warren trabajaba en el turno de noche de una tienda de alimentación no muy lejos de mi casa. Le consiguió trabajo allí a Samuel cuando se mudó conmigo.

—No, lo dejé la semana pasada. Cambiaron de encargado y este quería hacer limpieza así que pensé en dejarlo antes de que me echaran. —Hizo una pausa y luego continuó—. He estado haciendo algunas cosas para Kyle. Gano más por media jornada de lo que ganaba en la tienda por la jornada completa.

—¿Con Kyle? —pregunté, esperanzada.

Conocía a Warren desde hacía mucho tiempo y me había presentado a algunos de sus novios. La mayoría no merecían la pena, pero Kyle me gustaba. Era todo un abogado, vestía estupendamente y era muy divertido. Llevaban un tiempo viviendo juntos cuando Kyle descubrió que Warren era un licántropo. Se marchó de casa. Sabía que habían salido algunas veces desde entonces, pero nada serio.

Warren bajó la mirada.

—Sobre todo he hecho de vigilante y, una vez, de guardia para una mujer que tenía miedo de su futuro exmarido.

—Kyle nos tiene miedo —dijo Ben mostrando los dientes en una repentina sonrisa.

Warren le miró y Ben dejó de sonreír.

—Obviamente, no conoces a Kyle —le dije a Ben—. Cualquiera que haya sido abogado de divorcios durante tanto tiempo como Kyle no le tiene miedo a casi nada.

—Le mentí —me dijo Warren—. Y algo así a un hombre se le queda grabado.

Era hora de cambiar de tema. Puede que Ben estuviera controlado por un momento, pero no duraría mucho.

—Voy a lavarme y a cambiarme —dije—. Volveré en seguida.

—Samuel nos dijo que no habías dormido nada anoche —comentó Warren—. Aún te quedan unas horas hasta que los vampiros puedan venir a buscarte. ¿Quieres que paremos a buscar algo de cenar y después pasemos por tu casa para que duermas un poco?

Negué con la cabeza.

—No puedo dormir con un hombre muerto en mi armario.

—¿Has matado a alguien? —preguntó Ben, interesado.

Warren sonrió y se le marcaron algunas arrugas en el raballo de los ojos.

—No, esta vez no. Samuel me ha dicho que Stefan ha tenido que pasar el día en el armario de Mercy. Se me había olvidado. ¿Quieres echar una cabezadita en mi casa? Allí no hay gente muerta. —Miró a Ben—. Al menos, aún no.

Estaba cansada, me dolía la cara y se me estaba pasando el subidón de adrenalina que me había provocado el periodista.

—No se me ocurre nada mejor que hacer. Muchas gracias, Warren.

La casa de Warren estaba en Richland, era la mitad de un dúplex que había conocido días mejores. El interior se encontraba en mejores condiciones que el exterior, pero seguía teniendo ese aura de estudiante universitario que dan los montones de libros y los muebles de segunda mano.

La habitación en la que me instaló Warren olía a él; seguramente había preferido dormir allí y no en la que había compartido con Kyle. Su perfume me pareció reconfortante, él no estaba tumbado muerto en un armario. No me costó quedarme dormida con los tranquilos sonidos de los dos licántropos jugando al ajedrez en el piso de abajo.

Me desperté a oscuras al percibir el aroma de pimienta y aceite de sésamo. Alguien había ido a buscar comida china. Había pasado mucho tiempo desde la comida.

Me deslicé fuera de la cama y bajé con dificultad las escaleras con la esperanza de que no se lo hubieran comido todo. Cuando llegué a la cocina, Warren seguía repartiendo la comida del envase de cartón en tres platos.

—Mmm —dije al apoyarme sobre Warren para ver mejor la comida—. Ternera estilo Mongolia. Creo que me he enamorado.

—Su corazón está ya en otro sitio —dijo Ben a mis espaldas—. Y aunque no lo estuviera, las de tu tipo no le interesan. Pero yo estoy disponible y listo.

—No tienes corazón —le dije—, solo un agujero donde debería estar.

—Razón de más para que me des el tuyo.

Di con la frente en la espalda de Warren.

—Dime que Ben no está tonteando conmigo.

—Oye —dijo Ben en tono molesto—, hablaba de canibalismo, no de amor.

Casi me pareció gracioso. Si me cayera mejor, hasta me habría reído.

Warren me dio un toquecito en la cabeza.

—No pasa nada, Mercy —me dijo—. Es solo una pesadilla. Desaparecerá en cuanto comas.

Sirvió el resto del arroz en uno de los platos.

—Adam ha llamado hace un momento. Le he dicho que estabas durmiendo y no ha querido que te despertara. Me ha dicho también que Stefan se ha ido de tu casa hace una media hora.

Miré por la ventana y vi que ya estaba oscureciendo.

Warren se percató de mi expresión.

—Algunos de los vampiros más viejos se despiertan pronto —me dijo—. No creo que manden a buscarte hasta que sea totalmente de noche.

Repartió los platos llenos y nos pasó los cubiertos y las servilletas. Acto seguido nos hizo pasar de la cocina al comedor.

—Dime —comentó Ben cuando llevábamos un rato comiendo—, ¿por qué no te gusto, Mercy? Soy guapo, inteligente, ingenioso. Por no mencionar que te salvé la vida.

—No saques otra vez ese tema —le dije mientras movía la carne especiada—. Me van a dar arcadas.

—Odias a las mujeres —añadió Warren.

—No es cierto. —Ben sonaba indignado.

Tragué, arqueé una ceja y me quedé mirándole fijamente hasta que apartó la vista. En cuanto se dio cuenta de lo que había hecho, levantó bruscamente la barbilla y me miró a los ojos otra vez. Pero era demasiado tarde, yo había ganado y los dos lo sabíamos. Con los lobos, esas cosas importaban. Si alguna vez me lo encontraba sola en un callejón oscuro, aún podría comerme, pero al menos se lo pensaría dos veces.

Le sonreí, engreída.

—Cualquiera que haya hablado contigo durante más de dos minutos sabe que odias a las mujeres. Creo que se pueden contar con los dedos de una mano las veces que has dicho la palabra «mujer» y no la has reemplazado con un epíteto que se refiriera a los genitales femeninos.

—Oye, tampoco es tan malo —dijo Warren—. A veces las llama zorras o vacas.

Ben señaló a Warren, supongo que su madre no le enseñó buenos modales.

—Mira quien habla, alguien a quien no le gustan... —Tuvo que hacer una pausa y cambiar la palabra que iba a utilizar—. Las mujeres.

—Me gustan mucho las mujeres —respondió Warren mientras reunía el arroz desperdigado que le quedaba en el plato para poder cogerlo con el tenedor—. Me gustan más que muchos hombres. Es solo que no quiero acostarme con ellas.

Me sonó el móvil y aspiré, un grano de pimienta se me quedó atascado en la tráquea. Tosí y casi me ahogué, con los ojos llorosos, hasta que encontré el móvil y se lo pasé a Warren para que respondiera mientras bebía agua.

—Sí —dijo—. Está aquí con nosotros. ¿Sabe dónde es eso? —Me miró y pronunció «nido» sin hablar.

Asentí con la cabeza y se me encogió el estómago. Sabía dónde estaba.

Capítulo 4

Pasamos con el coche a través de las abiertas puertas de hierro forjado y entramos en un patio bien iluminado que se extendía frente a una casa enorme de adobe, al estilo de una hacienda, que hacía las funciones de sede del nido de Tri-Cities. Warren aparcó su camión abollado detrás de un BMW en el camino de entrada circular que ya estaba lleno de coches.

La última vez que estuve allí, había ido con Stefan. Nos llevó por la parte trasera hasta una casa de invitados más pequeña en el patio de atrás. Esta vez subimos hasta la puerta delantera de la casa principal y Warren llamó al timbre.

Ben olfateaba el ambiente, nervioso.

—Nos están observando. —Yo también podía olerlos.

—Sí. —De los tres, Warren era claramente el menos alterado. No era del tipo de personas que se preocuparían por lo que aún no había sucedido.

Lo que me molestaba no era que me observaran. ¿Qué pasaría si los vampiros no me creían? Si determinaban que Stefan había perdido el control, que lo que él recordaba era cierto, le ejecutarían. Esta noche. Los vampiros no tolerarían a nadie que amenazara su seguridad y el secreto de su nido.

Al no ser un vampiro, mi palabra no serviría de mucho aquí, puede que ni siquiera me escucharan.

Nunca había estado segura de lo que Stefan pensaba de mí en realidad. Me habían enseñado que los vampiros no son capaces de sentir afecto por nadie excepto por ellos mismos. Pueden fingir que les caes bien, pero siempre tendrán una segunda motivación para sus actos. Aunque no fuera mi amigo, yo sí era la suya. Si moría por mi culpa, porque no decía o hacía lo correcto... Tenía que hacerlo todo bien, conseguir que me escucharan.

La puerta se abrió de par en par con un curioso crujido. No había nadie en la entrada.

—La música espeluznante llega justo a tiempo —dije.

—Parece que se están dejando llevar —añadió Warren—. Me pregunto por qué intentan intimidarte tanto.

Ben se había tranquilizado un poco, probablemente al ver a Warren tan relajado.

—Tal vez nos tengan miedo.

Me acordé de los vampiros que había visto la última vez que vine y pensé que Ben se equivocaba. Samuel no les había dado miedo. Había visto a Stefan levantar su Volkswagen Bus sin gato y el nido estaba lleno a rebosar de vampiros. Si querían hacerme pedazos, podían, y no había nada que Warren o Ben (si le apetecía) pudieran hacer para evitarlo. No nos tenían miedo. Quizá solo les gustara asustar a la gente.

Warren debió pensar lo mismo.

—No, solo están jugando con nosotros —dijo.

Entramos en la casa con cautela, Warren primero, después yo, y Ben cerrando la marcha. Me habría sentido mejor con Ben delante de mí. Puede que no le importara parar una bala por Adam, pero estaba bastante segura de que a mí hubiera preferido comerme.

No había nadie en la entrada ni en la pequeña sala de estar a la que conducía, así que seguimos avanzando por el pasillo. A un lado, había tres puertas arqueadas, todas cerradas, pero el otro lado se abría a una enorme sala bien aireada con los techos muy altos y las luces empotradas. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de vivos colores —algunos se extendían del techo al suelo— y pintadas de un tono amarillo pálido que daba una sensación luminosa y alegre aun no habiendo de ventanas. El suelo estaba cubierto de baldosas oscuras de arcilla en una amplia gama de tonos marrones rojizos. Las alfombras tejidas de colores claros y neutros se extendían casi al azar. Tres sofás y cinco sillas de aspecto cómodo, todos de un asombroso color coral que alguien había conseguido fundir con el resto del ambiente del suroeste, estaban colocados en un amplio semicírculo alrededor de una gran silla de madera que debería estar en una mansión gótica y no rodeada de los alegres colores de aquella sala.

Warren siguió avanzando por el pasillo pero yo no le seguí. Había algo en aquella silla.

La madera era oscura pero las vetas me parecían de roble. Estaba cubierta de tallas, desde las patas en forma de garra de león hasta la gárgola que se agachaba en la parte superior del alto respaldo. Cada una de las patas tenía un aro de metal a un tercio de altura. Los brazos estaban hechos totalmente de latón tallado con la delicada forma de vides y pequeñas flores y espinas. Al final de cada brazo, una de las espinas sobresalía, afilada.

Cuando estuve tan cerca que casi podía tocarla, me di cuenta de que había sentido la presencia de su magia incluso desde la entrada, solo que entonces no sabía lo que era. Sentía la magia como un cosquilleo, como si sumergiera mi piel en agua con gas. Aquel era un sonido monótono, sordo y grave, como si alguien golpeará un enorme tambor mientras yo me tapaba las orejas para poder sentirlo, no oírlo.

—¿Mercy? —me llamó Warren desde la puerta—. No creo que debamos curiosear.

—¿Lo oléis? —preguntó Ben a la altura de mi rodilla. Bajé la mirada y le vi agachado, a cuatro patas, con la cabeza estirada y algo ladeada. Cerró los ojos y respiró profundamente—. Hay sangre antigua en esta silla.

Iba a preguntarle justo cuando entró el primer vampiro. Era uno al que no había visto antes. Vivo, habría sido un hombre de tamaño medio, irlandés, suponía por el pelo rojo. Sus movimientos eran rígidos y gráciles al mismo tiempo, me recordaba al movimiento de esas arañas de patas largas y finas. El vampiro pasó rozando a Warren

y cruzó la sala sin mirarnos a ninguno. Se sentó en un pequeño banco, cerca de la pared del fondo, que no había visto.

La llegada del vampiro parecía responder a cualquier duda que tuviera Warren puesto que siguió al vampiro y ocupó su puesto de guardaespaldas, a mi derecha. Ben se puso de pie y se colocó ligeramente detrás de mí, a la izquierda. Los dos licántropos me flanqueaban.

Durante los minutos que siguieron, el resto de los asientos de la sala se ocuparon con más vampiros. Ninguno nos miró al entrar. Me lo habría tomado como un insulto pero tampoco se miraban entre ellos.

Conté en voz baja, quince vampiros. Formaban un elenco impresionante, a expensas de la ropa. Sedas, satenes y brocados de todos los tonos del arcoíris. Uno o dos vestían trajes más modernos, pero la mayoría llevaba trajes de época, desde la Edad Media hasta el presente.

De algún modo, esperaba más colores oscuros, pero no vi nada gris o negro. Los licántropos y yo vestíamos de forma inapropiada. Tampoco me importaba.

Reconocí a la mujer que había confiscado la cruz de Samuel cuando entró a la sala la última vez que estuve aquí. Estaba sentada en una de las sillas coral como si fuera un taburete, con la espalda recta como una dama victoriana con un apretado corsé, aunque llevaba un vestido de seda de color acuoso con tiras de flecos de cuentas de 1920 que resultaba un tanto frívolo con su pose rígida. Busqué a Lilly, la pianista, pero no apareció.

Desvié la mirada hasta un hombre mayor con mechones canosos adornándole el pelo. A diferencia de los licántropos, los vampiros mantenían la apariencia con la que habían muerto. Aunque parecía viejo, podía estar observando al vampiro más joven de la sala.

Le miré a la cara y me di cuenta de que, a diferencia del resto de los ocupantes de la habitación, él me observaba. Se lamió los labios y di un paso en su dirección antes de ser capaz de bajar la mirada al suelo.

Puede que los licántropos mantuvieran la mirada por cuestiones de dominación, pero ellos no podían controlar tu mente si se la aguantabas. Al ser una cambiante, aquello no debería afectarme, pero no cabía duda de que había sentido la atracción de su mirada. Un hombre de aspecto joven, cabello oscuro y hombros estrechos había entrado en la sala mientras yo jugaba a las miraditas con el anciano. Al igual que Stefan, parecía más humano que la mayoría. Recordaba más su ropa que su cara. Si Andre no llevaba la misma camisa pirata que la noche en que le conocí, era una igual. Una vez se sentó en una de las cómodas sillas cerca del centro de la sala, él, a diferencia del resto de vampiros, me miró directamente y me sonrió con amabilidad. No lo conocía lo suficiente como para saber si era amigo o enemigo.

Antes de que me diera tiempo a decidir cómo responder a su saludo, Marsilia, Señora del Nido de Mid-Columbia, entró en la sala. Vestía una falda de amazona rojo

brillante, al estilo español, con una blusa blanca de volantes y un mantón negro que combinaba con el pelo rubio y los ojos oscuros mejor de lo que habría imaginado.

Caminaba con una gracia fluida, a diferencia de la última vez que la había visto. De todos los vampiros de la sala, Marsilia era la única guapa. Se tomó su tiempo para arreglarse la falda antes de sentarse en la silla que se encontraba en el centro del semicírculo. La falda roja desentonaba con la tela color coral de la silla. No sé por qué pero eso me hizo sentirme mejor.

Nos miró fijamente. No, mejor dicho, se quedó mirando a los licántropos con ojos ávidos, casi voraces. Recordé su comportamiento con Samuel y me pregunté si sentía debilidad por los licántropos. Stefan me contó que la habían exiliado de Italia a causa de un hombre lobo. Los vampiros no tenían normas acerca de alimentarse de un licántropo, pero el que había tomado pertenecía a un vampiro más poderoso y de mayor rango.

Ben y Warren tuvieron el buen juicio de apartar la vista de ella. Les habría resultado casi instintivo mantenerle la mirada para intentar que la retirara ella primero, instintivo y desastroso.

Por fin, la voz de Marsilia, profunda y con un ligero acento, rompió el silencio.

—Id a buscar a Stefan. Decidle que su mascota ha llegado y que estamos cansados de esperar.

No sabía a quién hablaba porque seguía mirando fijamente a Warren, en quien se había centrado gradualmente mostrando su preferencia por él y no por Ben. Andre se levantó y habló.

—Querrá traer a Daniel —dijo.

—Daniel está recibiendo su castigo. No se le puede sacar de la celda. —El vampiro que habló estaba sentado justo a la izquierda de Marsilia. Vestía un traje de chaqueta *beige* del siglo diecinueve rematado con un reloj de bolsillo y un chaleco de seda a rayas azules. El bigote tenía rayas al igual que el chaleco, solo que de color marrón y plateado. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y tenía una pequeña calva en la parte superior de la cabeza.

Marsilia apretó la mandíbula.

—Aunque aspire a lo contrario, sigo siendo yo quien manda aquí, Bernard. Andre, trae también a Daniel. —Miró a su alrededor—. Estelle, ve con él. Daniel puede resultar un poco difícil.

La mujer de mediana edad con el vestido de vuelo con cuentas se levantó de golpe, como si alguien hubiera tirado de una cuerda que colgara encima de ella. Mientras se movía, las cuentas emitían un suave castañeteo que recordaba al de una serpiente de cascabel. No recordaba que hubiera hecho ningún ruido al entrar en la sala.

Cuando pasó a mi lado, Andre me dedicó una leve y reconfortante sonrisa que nadie más pudo ver. Estelle volvió a ignorarnos al pasar. Decidí que era un gesto de

mala educación premeditado, aunque lo prefería a la mirada hambrienta de Marsilia. Tuve que resistir la tentación de dar un paso adelante y taponarle la vista de Warren.

De no haber estado allí por Stefan, habría salido a buscar unas sillas para nosotros, o tal vez me hubiera sentado en el suelo, pero no quería enemistarme con nadie antes de que Stefan estuviera seguro. Así que me quedé donde estaba y esperé a que llegara.

Los minutos pasaron despacio. No se me da muy bien esperar y me costó mucho trabajo estar quieto. Había pensado que Ben sería peor que yo, pero ni a él ni a Warren parecía molestarles demasiado tener que aguardar allí quietos, ni siquiera bajo la férrea mirada de Marsilia.

Pero los lobos no solían permanecer tan quietos como los vampiros. Ningún vampiro se hubiera tomado la molestia de fingir los pequeños gestos que Stefan simulaba para que los humanos se sintieran más cómodos, como parpadear o respirar. Uno a uno, como si la marcha de Andre fuera algún tipo de señal, los vampiros se giraron a mirarme, sin ningún tipo de expresión. Las únicas excepciones eran Marsilia y el vampiro que se sentaba a su derecha, quien parecía un chico de quince años, así que los miré a ellos.

Marsilia observaba a Warren y de vez en cuando mostraba sus largas y muy decoradas uñas. El chico miraba a la nada y se balanceaba ligeramente. Me preguntaba si él, como la musical Lilly, tenía algún problema mental. Al darme cuenta de que se balanceaba al ritmo de los latidos de mi corazón, me acerqué más a Warren. El chico se meció algo más rápido.

Para cuando escuché movimiento en el pasillo detrás de nosotros, el chico se movía ya con bastante rapidez. No hay nada como sentirse una presa en una sala llena de vampiros para que el corazón se acelere en un segundo.

Escuché acercarse a Stefan y a su séquito mucho antes de que llegaran a la sala.

Estelle pasó rozándonos la primera y volvió a su asiento. Andre se situó en un sofá cerca de la extraña silla de madera. No tuve que girarme para saber que Stefan se había detenido a escasos centímetros detrás de mí, podía olerle. Me di la vuelta de todas formas.

Llevaba la misma ropa que cuando le vi por última vez pero se le veía ileso. Cargaba con un chico joven en los brazos; no podía ser otro que su joven amigo, Daniel, la primera víctima de Littleton.

Los vaqueros y la camiseta con la frase «*Got Milk?*» que llevaba no era la ropa apropiada para alguien que parecía recién salido de un campo de concentración nazi. Le habían afeitado la cabeza, pero el pelo incipiente de tres días le teñía el pálido cuero cabelludo de un tono azul. Me hizo preguntarme si a los vampiros les crecía el pelo.

Las mejillas de Daniel estaban tan hundidas que casi podía verle los dientes a través de ellas. Tenía los ojos de un ciego con los iris sorprendentemente blancos y

sin pupilas. Era difícil juzgar con exactitud a qué edad había muerto, pero no podía tener más de veinte.

El hombre del chaleco de rayas, Bernard, se levantó y Marsilia por fin dejó de mirar a Warren para centrar su atención en el asunto por el que nos habíamos reunido.

Bernard se aclaró la garganta como si se encontrara en una reunión de negocios.

—Nos hemos reunido porque esta mañana Stefan nos llamó para que limpiáramos su desastre en un motel en Pasco —dijo—. Cinco humanos han muerto y hay daños materiales considerables. Nos vimos obligados a llamar a Elizaveta Arkadyevna. —No sabía que Elizaveta trabajaba tanto para el nido como para la manada de Adam, pero supongo que tenía sentido. La vieja bruja rusa era la médico más poderosa de la costa noroeste del Pacífico—. No había ninguna posibilidad de que la policía no fuera puesta al corriente. Las autoridades locales han aceptado la historia que confeccionamos y, según nuestros contactos, no se harán más investigaciones relacionadas con el caso. Aparte de los costes económicos de tener que recurrir a la bruja, el nido no ha sufrido daños permanentes. —Despachó la última parte de forma un tanto brusca, como si quisiera mostrar su desacuerdo con la afirmación.

—Stefan —dijo Marsilia—, has puesto en peligro al nido. ¿Cómo respondes a eso?

Stefan dio un paso adelante, luego dudó al mirar al vampiro que sujetaba entre sus brazos.

—Yo puedo cogerle —se ofreció Warren.

Stefan negó con la cabeza.

—Daniel no se ha alimentado en mucho tiempo, podría ser peligroso para ti. ¿Andre?

Andre frunció el ceño, pero se levantó para coger al vampiro muerto de hambre entre sus brazos para que Stefan pudiera ponerse delante de los demás. Esperaba que Stefan se colocara donde había estado Bernard, pero en cambio se sentó en la silla de madera. Se deslizó hasta que tocó el respaldo y entonces sujetó los dos brazos grabados de metal que se curvaban grácilmente. Cerró las manos alrededor de los extremos como si no hubiera visto las espinas que sobresalían.

O tal vez sí. El mágico retumbar que había sentido aumentó de ritmo y fuerza, mi caja torácica vibraba con potencia. Intenté contener un grito ahogado, pero Marsilia me miró como si hubiera hecho algo interesante.

Su mirada no duró más de un instante y después centró su atención en Stefan.

—¿Eliges libremente ofrecernos la Verdad?

—Sí.

De alguna forma, la silla reaccionó ante su afirmación. Pero antes de que me diera tiempo a decidir qué significaba la oleada de energía, el vampiro de aspecto joven, el que seguía balanceándose al ritmo de los latidos de mi corazón, habló.

—Verdad —dijo.

La mayoría de los licántropos sabían cuando alguien mentía, pero se basaban en el olor del sudor y en los latidos del corazón, cosa que los vampiros no podían captar. Sabía que también existían formas mágicas de reconocer si alguien mentía. Tenía sentido que los hechizos de la verdad de los vampiros requirieran sangre.

—Habla. —No pude saber por el tono de voz de Marsilia si esperaba que pudiera excusarse del baño de sangre del hotel o no.

Stefan empezó diciendo que sospechaba que había algo extraño en el relato de la sed de sangre de Daniel. Explicó que cuando volvió el vampiro con el que Daniel debía contactar, lo consideró como una oportunidad para descubrir algo más.

—Se me ocurrió —dijo en un tono narrativo nada acelerado— que si mis sospechas eran acertadas, me encontraría con un vampiro capaz de cautivar a uno de los nuestros, aunque Daniel es muy joven. Pensé que tal vez el vampiro pudo ser un brujo antes de que le convirtieran.

—¿Era tan peligroso que la llevaste a ella antes que a otro vampiro? —El tono de Bernard estaba cargado de desprecio.

Stefan se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, pensé que Littleton era un brujo, nada con lo que no me hubiera enfrentado antes. No pensaba encontrarme con algo que no pudiera manejar. Mercedes era mi seguro, pero no creí que fuera a necesitarla.

—Sí —dijo Marsilia bruscamente—. Deja que la sala escuche por qué Mercedes Thompson es alguien a quien llevarías para que te ayudara. —Sus ojos se entrecerraron y jugueteó con los flecos del mantón español que llevaba. No sabía por qué se mostraba tan molesta, ya sabía lo que yo era.

—Mercedes es una cambiante —dijo Stefan.

El nivel de energía de la sala se elevó notablemente, aunque ninguno se movió. Esperaba que les hubieran hablado de mí a todos aquellos vampiros, pero aparentemente no había sido así. Quizá estaba furiosa porque Stefan la había obligado a revelar mi existencia al resto. Desearía saber exactamente por qué se preocupaban tanto por mí, tal vez así no me sentiría como un pollo en una guarida de zorros.

El chico que estaba junto a Marsilia dejó de mecerse. Cuando me miró, lo sentí, como un rayo helado que recorrió mi piel expuesta.

—Qué interesante —comentó.

Stefan ahora hablaba apresuradamente, como si quisiera distraer la atención del chico hacia mí.

—Aceptó venir conmigo como coyote para que el vampiro pensara que era simplemente un accesorio más de mi vestuario. Creí que la artimaña la protegería y que su inmunidad parcial me ayudaría. Acerté y me equivoqué al mismo tiempo.

La narración a partir de ese momento fue muy detallada. Cuando les contó que había percibido el olor del demonio y que gracias a él supo que Littleton era un hechicero en cuanto aparcó mi coche en el hotel, Bernard le interrumpió.

—Los hechiceros no existen —afirmó.

El chico junto a Marsilia negó con la cabeza y habló con un tono de tenor ligero que nunca llegaría a los tonos de los adultos.

—Existen —afirmó—. Yo he conocido algunos, al igual que la mayoría de los que tenemos varios siglos de edad. Sería algo terrible, Señora, si uno de nosotros fuera un hechicero.

Hubo una pausa poco sutil, una reacción al comentario del chico, pero no conseguí descifrar qué significaba.

—Continúa, por favor —dijo finalmente Marsilia.

Stefan obedeció. Supo que todos los ocupantes del hotel estaban muertos cuando entró en el edificio. Así es como encontró tan fácilmente a Littleton, ocupaba la única habitación en la que aún permanecía alguien con vida. Stefan supo que la mujer estaba en el baño antes que yo. Parecía que los sentidos de los vampiros eran mejores que los míos.

Esperaba que Stefan finalizara el relato de sus acciones cuando Littleton le detuvo y alteró su memoria, pero no fue así. Continuó como si los recuerdos falsos fueran los verdaderos hasta que el chico de al lado de Marsilia intervino.

—Aguarda —dijo.

Stefan se detuvo.

El chico inclinó la cabeza y cerró los ojos, murmurando en voz baja. Finalmente, habló, sin abrir los ojos.

—Eso es lo que recuerdas, pero no crees que sea cierto.

—Sí —afirmó Stefan.

—¿Qué es esto? —preguntó Bernard. Me daba la clara impresión de que Bernard no era muy amigo de Stefan—. ¿Cuál es el objetivo de presentarse voluntario a la silla si piensas mentir?

—No está mintiendo. —El chico se inclinó hacia delante—. Continúa. Cuéntanoslo como lo recuerdas.

—Como lo recuerdo —puntualizó Stefan y continuó. Lo que él recordaba del asesinato de la camarera era peor de lo que nos había contado por la mañana, peor incluso de lo que yo había visto porque, en su versión, él era el asesino bañado en su muerte y en su sangre. Parecía que le dolía recordar cada momento. A mí me hubiera valido la versión corta que me había contado antes. Algunas de las imágenes que rememoró volverían a mí en mis pesadillas.

Cuando terminó, Marsilia se le quedó mirando, daba golpecitos con los dedos en el brazo de la silla aunque el resto del cuerpo permanecía rígido.

—Esos son tus recuerdos de lo ocurrido, aunque Wulfe dice que tú ya no crees que sean ciertos. Entonces, ¿tenemos que creer que ese... hechicero interfirió en tus recuerdos así como en los de Daniel? Tú, que nunca has respondido ni siquiera ante tu creador, ¿crees que un vampiro nuevo, perdón, que un hechicero fue capaz de esclavizarte?

—¿Y por qué no te dio también recuerdos del resto de la gente que murió en el hotel? —añadió Bernard—. Si quería que cargaras con la culpa, también te habría cargado esas muertes.

Stefan inclinó la cabeza.

—No sé por qué no me dio recuerdos de las otras muertes —comentó Stefan, pensativo—. Tal vez tendría que haber estado presente en los otros asesinatos. Tengo algunas pruebas de su habilidad para interferir en los recuerdos de otros vampiros. Quisiera que Daniel hablara.

Marsilia entrecerró los ojos hasta casi cerrarlos, pero asintió con la cabeza.

Stefan apartó con cuidado las manos de la silla. Las espinas se habían teñido de un negro brillante con su sangre.

Andre se acercó y depositó el cuerpo escuálido de Daniel en la silla en lugar de Stefan. Daniel se colocó en posición fetal, escondiendo las manos de los brazos de la silla en un gesto protector y apartó el hombro de Stefan cuando este intentó tocarle.

—¿Andre? —preguntó Stefan.

Andre le dedicó una mirada sucia, pero se dirigió a Daniel.

—Daniel, ¿puedes incorporarte y tomar posición en el Asiento Interrogatorio?

El joven vampiro empezó a llorar. Con la velocidad de un anciano lisiado, se incorporó en el asiento. Intentó levantar las manos dos veces antes de que Andre se las cogiera y se las clavara él mismo en las espinas. Daniel se echó a temblar.

—Está demasiado débil para esto —le dijo Andre a Stefan.

—Tú eres su creador. —La voz de Marsilia era fría—. Arréglalo.

Andre apretó la mandíbula pero puso su muñeca delante de la boca de Daniel.

—Aliméntate —le ordenó.

Daniel apartó la cabeza.

—Daniel, aliméntate.

Nunca había visto a un vampiro hacer huelga de hambre. El rápido movimiento de la cabeza de Daniel hizo que me llevara la mano sobre la venda que cubría las marcas de los colmillos de Littleton de mi cuello. Andre puso una mueca de dolor cuando el otro vampiro le mordió, pero no se retiró. Daniel tardó un tiempo en alimentarse. Durante todo ese rato, ninguno de los demás se movió excepto la impaciente Marsilia, que con sus uñas brillantes seguía dando golpecitos en los brazos acolchados de su silla. Nadie se agitó en sus asientos ni movió un pelo. Yo retrocedí, me acerqué más a Warren, que me puso una mano en el hombro. Miré a Stefan; normalmente vibraba como un cachorrito, pero parecía atrapado por el mismo encantamiento que todos los demás.

—Basta. —Andre hizo ademán de apartar el brazo, pero los colmillos de Daniel seguían clavados en su muñeca. Daniel arrancó las manos de la silla provocándose una herida que incluso yo podía ver, y rodeó el antebrazo de Andre.

—Daniel, detente.

El vampiro gimoteó, pero apartó la cara. Seguía sujetando a Andre con las manos. Temblaba mientras observaba con los ojos que le brillaban como diamantes la sangre que brotaba de las heridas de colmillos. Andre apartó el brazo, volvió a cogerle de las manos y se las clavó de nuevo en la silla de un golpe.

—Quédate ahí —bufó.

Daniel jadeaba profundamente por lo que el pecho le subía y bajaba de forma dispar.

—Stefan, ya puedes preguntarle —dijo Marsilia—. Me estoy cansando de este circo.

—Daniel —comenzó Stefan—, quiero que recuerdes la noche en la que crees que mataste a aquella gente.

La voz de Stefan fue amable, pero los ojos de Daniel volvieron a llenarse de lágrimas. Me habían enseñado que los vampiros no podían llorar.

—No quiero —dijo.

—Verdad —comentó Wulfe.

—Lo entiendo —dijo Stefan—. Sin embargo, cuéntenos lo último que recuerdas antes de que sintieras la sed de sangre.

—No —repitió el chico.

—¿Prefieres que sea Andre el que te interrogue?

—Aparqué en el hotel. —La voz de Daniel era ronca, como si no la hubiera utilizado en mucho tiempo.

—El de Pasco, donde se alojaba Cory Littleton, el vampiro al que tenías que interrogar.

—Sí.

—La sed de sangre se despierta por un motivo. ¿Te habías alimentado esa noche?

—Sí —afirmó Daniel—. Andre me dio una de sus ovejas cuando me desperté.

No creo que se refiriera al tipo de oveja con cuatro pezuñas.

—Entonces, ¿qué te despertó el hambre? ¿Te acuerdas?

Daniel cerró los ojos.

—Había mucha sangre. —Sollozó una vez—. Sabía que aquello estaba mal. Stefan, era un bebé, un bebé que lloraba. Olía tan bien...

Miré al grupo a mi alrededor justo a tiempo para ver al vampiro anciano lamerse los labios. Volví la vista hacia Daniel rápidamente. No quería saber a cuántos de los vampiros allí presentes se les había despertado el hambre con las palabras de Daniel.

—¿El bebé al que mataste en el huerto? —preguntó Stefan.

Daniel asintió con la cabeza y susurró.

—Sí.

—Daniel, el huerto está a las afueras de Benton City, a media hora de coche de Pasco. ¿Cómo llegaste hasta allí?

Marsilia dejó de dar golpecitos. Recuerdo que Stefan me había dicho que un vampiro poseído por la sed de sangre sería incapaz de conducir. Aparentemente,

Marsilia compartía su opinión.

—¿Por qué fuiste a Benton City, Daniel?

El chico no respondió durante un momento.

—No lo sé —dijo finalmente—. Lo único que recuerdo es sangre.

—¿Cuánta gasolina llevabas en el depósito cuando llegaste al hotel en Pasco? —preguntó Stefan.

—Estaba en reserva —respondió Daniel en voz baja—. Lo recuerdo porque pensé en llenarlo... Después.

Stefan se giró hacia su público silencioso.

—Bernard, ¿cuánta gasolina había en el coche de Daniel cuando lo encontraste?

No quería responder.

—Estaba medio lleno.

Stefan miró a Marsilia y esperó.

De repente, sonrió con un gesto dulce que le dio el aspecto de una niña inocente.

—Muy bien, creo que había alguien con Daniel aquella noche. Supongo que tú podrías conducir treinta kilómetros y llenar el depósito con la carga de la sed de sangre, pero un vampiro nuevo como Daniel jamás lo conseguiría.

Daniel giró bruscamente la cabeza hacia Stefan.

—Eso no significa que no matara a esa gente. Lo recuerdo, Stefan.

—Ya lo sé —accedió—. Ya puedes dejar el asiento, si Wulfe está satisfecho con tu verdad. —Levantó la vista.

El adolescente que se encontraba junto a Marsilia, y que se había estado limpiando algo de la uña con los dientes, asintió con la cabeza.

—¿Maestro? —susurró Daniel.

Andre miraba al suelo, pero reaccionó ante las palabras de Daniel.

—Puedes levantarte del asiento, Daniel.

—Eso no prueba nada más que había alguien con Daniel esa noche. Alguien que condujo el coche y llenó el depósito de gasolina —comentó Bernard.

—Exacto —respondió Stefan suavemente.

Cuando Daniel intentó levantarse, las piernas no le aguantaron. También parecía que se le habían quedado pegadas las manos. Stefan le ayudó a liberar las manos y después le levantó de la silla al comprobar que, a pesar de haberse alimentado, estaba demasiado débil para mantenerse de pie.

Stefan se acercó un paso a Andre, pero dudó y lo llevó de nuevo adonde estábamos los lobos y yo.

Le colocó en el suelo a unos centímetros de Warren.

—Quédate aquí, Daniel —le dijo—. ¿Puedes hacer eso?

El joven asintió con la cabeza.

—Sí. —Sin embargo, permaneció agarrado al brazo de Stefan, que se vio obligado a abrir los dedos del vampiro antes de poder volver a la silla. Sacó un

pañuelo de un bolsillo y limpió los brazos de la silla hasta que las tachuelas estuvieron relucientes. Nadie se quejó del tiempo que tardó.

—Mercy —dijo Stefan mientras se guardaba el pañuelo de nuevo en el bolsillo—. ¿Puedes acercarte y revelarles tu Verdad a mi señora?

Quería que clavara las manos en las afiladas espinas. No solo me parecía un acto sacrílego con las espinas y las palmas atravesadas, sino que me iba a doler. Aunque tampoco fue una sorpresa tan terrible, no después de ver a Stefan y Daniel.

—Ven —dijo—. Las he limpiado para que no te contamines.

La madera estaba fría y el asiento me quedaba un poco grande, como la silla favorita de mi padre adoptivo. Después de su muerte, me pasé horas en esa silla, oliendo su aroma del que se había impregnado la madera tras años de uso. Pensar en él me tranquilizó, necesitaba todo el valor que pudiera reunir.

Las espinas eran más largas y estaban más afiladas de lo que parecían cuando no había pensado en clavármelas en las manos. Mejor hacerlo rápido y dejar de darle vueltas. Cerré las manos en torno a los extremos de los brazos y apreté fuerte.

Al principio no dolió. Entonces, unos cálidos tentáculos de magia se me metieron por los poros de la piel, me recorrieron las venas de los brazos hasta que llegaron al corazón y se cerraron fuerte a su alrededor, como un puño abrasador.

—¿Te encuentras bien, Mercy? —preguntó Warren; en su voz sonaron las primeras notas desafiantes.

—Los lobos no tienen voz en nuestro juicio —soltó Bernard—. Si no podéis guardar silencio, tendréis que marcharos.

Me alegró que Bernard interviniera porque así tuve tiempo de comprender que la magia no me hacía daño. Resultaba incómoda pero no dolorosa. No era tanto como para provocar la pelea que Warren estaba dispuesto a desatar. Adam le había enviado para que me protegiera, no para que empezara una guerra por un poco de incomodidad.

—Estoy bien —respondí.

El adolescente se estremeció.

—No es cierto.

Quería la verdad, ¿no? Muy bien.

—Me duele la cara, me duele el hombro, me duele el cuello donde me mordió el maldito demonio posee-vampiros y la magia de esta silla es tan agradable como que te recorra un rayo, pero no me pasa nada que pueda causarme daños irreparables.

El chico, Wulfe, reanudó sus balanceos catatónicos.

—Sí —dijo—. Verdad.

—¿Qué pasó anoche? —me preguntó Stefan—. Por favor, empieza por mi llamada de teléfono.

Me encontré contando la historia con más detalles de los que pretendía. No necesitaban saber que la forma de conducir de Stefan me había asustado ni tampoco el olor de la muerte de la mujer. Pero me sentía incapaz de abreviar, los recuerdos

brotaban de mi boca a la misma velocidad que se me pasaban por la cabeza. Parecía que parte de la magia de los vampiros no tenía ningún problema con mi sangre de cambiante.

Eso no detuvo a Bernard, quien hizo un comentario argumentando lo contrario.

—Las dos cosas no pueden ser —dijo cuando terminé—. No podemos creer que el asiento ejerce poder sobre ella y al mismo tiempo que fue capaz de resistirse a un vampiro que consiguió alterarle los recuerdos a Stefan. A Stefan quien, de todos nosotros, es capaz de oponer resistencia a las órdenes de la Señora, su creadora.

—El asiento no depende de nuestros poderes —argumentó Stefan—. Funciona a través de la sangre, pero fue una bruja quien le otorgó su poder. Y no sé si el hechicero pudo hacerle lo mismo que a mí a Mercedes. No sabía qué era ella, así que ni siquiera lo intentó.

Bernard hizo ademán de añadir algo más, pero Marsilia levantó una mano.

—Ya basta. Incluso hace quinientos años, los hechiceros no eran muy comunes —le dijo a Stefan—. No he visto a uno desde que vinimos a este desierto. El asiento nos ha mostrado que crees que hay un hechicero que algún vampiro convirtió, pero tendrás que perdonarme si no comparto tu opinión.

Bernard casi sonrió. Deseé saber más sobre cómo funcionaba la justicia en el nido. No sabía qué podía decir para que Stefan estuviera seguro.

—El testimonio de la cambiante es convincente pero, al igual que Bernard, debo cuestionarme cómo funciona la magia sobre ella. He visto a cambiantes a los que no les han afectado hechizos aún más peligrosos.

—Puedo sentir sus verdades —susurró el chico mientras se mecía—. Más claras que las de los demás. Amargas y cortantes. Si matáis a Stefan esta noche, será mejor que la matéis a ella también. Los coyotes cantan durante el día al igual que durante la noche. Esas son las verdades que ella lleva consigo.

Marsilia se levantó y se acercó hasta mí, que seguía prisionera de la silla.

—¿Harías algo así? ¿Vendrías a por nosotros mientras dormimos?

Abrí la boca para negarlo pero, como cualquier persona en su sano juicio que se enfrentaba a un vampiro, volví a cerrarla. El asiento me aferraba a la verdad.

—Eso sería una estupidez por mi parte —dije finalmente, lo pensaba de verdad—. No voy de caza para buscarme problemas.

—¿Wulfe? —Miró al muchacho que se limitó a mecerse—. Da igual —dijo finalmente desechándome con un gesto de la mano al darse la vuelta para observar a su gente—. Wulfe cree lo que ella dice. Verdad o no, no podemos permitir que un vampiro, cualquier vampiro —miró brevemente a Stefan para reforzar sus palabras— vaya por ahí asesinando sin permiso. No podemos permitirnos correr ese riesgo. —Se quedó mirando fijamente a los vampiros sentados durante un momento, después se volvió hacia Stefan—. Muy bien, creo que ese vampiro perpetró las matanzas, no tú. Te doy cuatro semanas para que encuentres a ese hechicero y le presentes, a él o a su

cuerpo, ante nosotros. Si no lo consigues, supondremos que es porque no existe y te señalaremos a ti como el responsable de poner en peligro al nido.

—Conforme. —Stefan hizo una reverencia mientras yo sopesaba cuánto tiempo tenía.

—Puedes elegir a alguien para que te ayude.

Los ojos de Stefan recorrieron a todos los vampiros que seguían sentados sin detenerse.

—Daniel —dijo finalmente.

Andre se sorprendió y protestó.

—Daniel no puede casi ni andar.

—Así será —dijo Marsilia. Se frotó las manos como si quisiera desentenderse de todo el asunto, se levantó y salió de la sala.

Intenté quitar las manos de la silla, pero no pude despegarlas, estaban bien sujetas y me dolían si las movía. No conseguía tirar con la fuerza suficiente para liberarme. Stefan se percató de mi problema y separó mis manos con cuidado igual que había hecho con Daniel. La repentina calidez que sentí al desconectarme de la magia me hizo soltar un grito ahogado.

Al ponerme de pie, fijé la mirada en Wulfe, el único vampiro que quedaba sentado en la habitación. Me observaba con ojos hambrientos. Pensé que sangrar en una sala llena de vampiros no era una acción muy inteligente.

—Gracias por venir —me dijo Stefan mientras me cogía con una mano por el codo y me daba la vuelta para apartarme de los ojos de Wulfe.

—Creo que no te he servido de mucha ayuda —respondí. La silla, o la mirada de Wulfe, me dejaron un poco mareada y me apoyé en Stefan más de lo que pretendía—. Aún tienes que atrapar a un hechicero tú solo.

Stefan me sonrió.

—Lo habría hecho de todas formas, pero así ahora tengo ayuda.

Andre, que se había quedado un tanto apartado, se nos acercó.

—No demasiada. Daniel, aunque estuviera recuperado, no es mucho mejor que un humano. Y con la huelga de hambre está tan débil como un cachorrito.

—Podías haberlo evitado. —No había reproches en la voz de Stefan, pero algo me dijo que estaba enfadado con Andre por el estado de Daniel.

Andre se encogió de hombros.

—Tenía alimento a su disposición. Si él no lo tomaba, no iba a forzarlo. Al final, habría terminado por comer.

Stefan me pasó a los brazos de Warren y ayudó a Daniel a ponerse de pie.

—Puesto que tú lo has convertido, es tu deber protegerlo, incluso de sí mismo.

—Pasas demasiado tiempo entre licántropos, amigo mío —comentó Andre—. Los vampiros no son tan frágiles. Si querías haberlo convertido tú, tuviste mucho tiempo para hacerlo.

Stefan dejó de mirar a Andre mientras ayudaba a Daniel a mantenerse en pie, pero pude ver el brillo rojizo que se escondía en la profundidad de sus ojos marrón chocolate.

—Era mío.

Andre se encogió de hombros.

—Esa es una vieja disputa. Además, creo que nunca te he llevado la contraria. Fue un accidente. No pretendía convertirte, pero no me quedaba otra opción si no quería dejarle morir. Me parece que ya me he disculpado lo suficiente.

Stefan asintió.

—Siento haber sacado el tema otra vez. —No lo parecía—. Te devolveré a Daniel cuando haya cumplido con los deseos de mi Señora.

Andre no salió con nosotros. No sabía a ciencia cierta si estaba enfadado o no. Me resultaba difícil leer a los vampiros puesto que carecían de los olores corporales normales.

Warren esperó hasta que estuvimos junto a su camión para hablar.

—Stefan, me gustaría ayudarte. Creo que Adam estará de acuerdo en que el asunto del vampiro poseído por un demonio no debe tomarse a la ligera.

—A mí también —comentó Ben, de forma inesperada. Se dio cuenta de mi expresión y soltó una carcajada—. Últimamente, todo está muy aburrido por aquí. Adam está demasiado en el punto de mira. Desde principios de año, no nos deja hacer nada más que ir de caza una vez al mes con la luna llena.

—Gracias —dijo Stefan, su tono de voz indicaba que hablaba en serio.

Abrí la boca pero antes de que pudiera decir nada, Stefan me puso uno de sus fríos dedos en los labios.

—No —dijo—. Samuel tiene razón. Anoche casi consigo que te maten. Si Littleton tuviera la más mínima sospecha de lo que eres, no te habría dejado vivir. Eres demasiado frágil y no deseo empezar una guerra con Adam, o peor, con el propio Marrok.

Puse los ojos en blanco. Ni que yo fuera tan importante para el Marrok como para enfrentarse al nido mientras intentaba conseguir que los licántropos fueran aceptados. Bran era demasiado pragmático para eso. Pero Stefan tenía razón; además, no había nada que yo pudiera hacer que un par de vampiros y dos licántropos no hicieran mejor.

—Atrápalo por ella —le dije—. Por la camarera y por las otras víctimas que deberían estar con sus seres queridos esta noche y no enterradas en la fría tierra.

Stefan me cogió la mano y se inclinó sobre ella hasta que la rozó con los labios. Su gesto elegante me hizo darme cuenta de lo áspero de mi piel; el trabajo de mecánico no favorece a las manos.

—Como desee mi señora —dijo en un tono totalmente serio.

Capítulo 5

—¿Diga? —La voz de Adam sonó enérgica.

—Ha pasado casi una semana —le dije—. Littleton no va a venir a buscarme, está entretenido jugando con Warren y Stefan. —Warren me mantenía más o menos al día de la búsqueda del vampiro hechicero. De algún modo, Littleton iba siempre un paso por delante de ellos—. Puedes retirar a los guardaespaldas.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea telefónica.

—No —respondió Adam finalmente—. No vamos a discutir esto por teléfono. Si quieres comentarme algo, ven y habla conmigo. Trae ropa deportiva, estoy entrenando en el garaje. —Y colgó.

—¿Y qué tal otros guardaespaldas? —le pregunté al teléfono vacío en tono lastimero—. No es pedir demasiado que me asigne a alguien que al menos me caiga bien.

Colgué el teléfono y me quedé mirándolo.

—Vale, me las apañaré con ella.

Cuando llegué a casa del trabajo al día siguiente, me puse mi *gi* sombríamente y lo volví a llamar por teléfono.

—Tú ganas —dije.

—Quedamos en mi garaje. —A su favor, debo decir que no sonó presumido, prueba de su tremendo autocontrol.

Mientras caminaba con desgana a través de mi jardín trasero, me dije que era estúpido estar tan preocupada por hablar con él. No se me iba a echar encima sin permiso, lo único que tenía que hacer era mantener el encuentro dentro de unos límites serios.

Encontré a Adam practicando patadas contra un saco en el *dojo* que había montado en mitad del garaje. También había puesto una pared de espejos, un tatami y aire acondicionado. Sus patadas eran perfectas, de foto; las mías también lo serían si llevara practicándolas treinta o cuarenta años. Tal vez.

Al terminar sus repeticiones, se me acercó y me tocó la mejilla. Su olor, más fuerte tras el ejercicio, me envolvió; tuve que resistirme para no apoyar la cara contra su mano.

—¿Qué tal la cabeza? —me preguntó. Los moratones se habían aclarado un poco, lo suficiente como para que los clientes no se sintieran avergonzados al mirarme.

—Bien. —Era la primera mañana que me había despertado sin un profundo dolor de cabeza.

—Me alegro. —Se alejó de mí hacia el centro del suelo acolchado—. Entrena un poco conmigo.

Llevaba unos años practicando karate en el *dojo* que hay junto a las vías del tren cerca del taller, pero aun así no soy muy buena. Ni por asomo soy tan fuerte como un licántropo. Sin embargo, él resultó ser el compañero de entrenamiento perfecto.

Mi maestro, el *Sensei* Johanson, no enseña el karate «bonito» que aprenden la mayoría de los estadounidenses para las exhibiciones y los torneos. *Shisei kai kan* es una rara y antigua rama del karate que al *Sensei* le gusta llamar «coge a alguien y rómpelo». Originariamente, estaba destinado a los soldados que se enfrentaban a más de un oponente. La idea es dejar fuera de la pelea a tus atacantes lo antes posible y asegurarte de que no vuelvan. Yo era la única mujer de mi clase.

El mayor problema que se me presentó fue disminuir mi velocidad lo suficiente como para no levantar sospechas, pero no tanto como para dejar que me hicieran daño. Aquello no me suponía un problema si me enfrentaba a Adam. Por primera vez pude luchar a toda velocidad y me encantó.

—¿También utilizas aikido? —le pregunté mientras retrocedía tras un rápido intercambio.

El aikido es un tipo de lucha más suave y moderado. También se puede utilizar para romper a alguien, pero la mayoría de los movimientos tienen una versión más relajada. Se puede bloquear el codo e inmovilizar al oponente o aplicar un poco más de fuerza y romper la articulación.

—Al dirigir un negocio de seguridad con un grupo de exsoldados, es necesario tener un *sparring* de vez en cuando. Aclara las cosas —comentó—. El aikido me permite reducir sin hacer daño o, antes de este año, no revelar que ya no soy exactamente humano.

Se cerró de nuevo sobre mí sonriendo al interceptar mi golpe y esquivarlo por encima del hombro. Caí al suelo y le barrí la pierna con lo que le obligué a alejarse rodando de mí antes de que pudiera hacerme nada malo. Cuando se puso de pie, noté que jadeaba. Me lo tomé como el cumplido que representaba.

Aunque luchábamos a toda velocidad, teníamos cuidado de cuánta fuerza utilizábamos. Los licántropos se curan rápido, pero eso no quiere decir que no se les rompan los huesos o que no les duelan los golpes. Si Adam me golpeará con todas sus fuerzas, sospechaba que tardaría mucho en levantarme, si es que lo hacía.

—¿Querías que te quitara los guardaespaldas que te he puesto? —me preguntó Adam en mitad de un rápido intercambio de puñetazos y bloqueos.

—Sí.

—No.

—El hechicero cree que soy un coyote —le expliqué con impaciencia—. No va a venir a buscarme.

—No.

Le solté un golpe que le hizo perder el equilibrio, pero no caí en la trampa de acercarme demasiado a él. Forcejear con un licántropo es una estupidez, particularmente con uno que practicaba aikido.

—Mira, no me importó cuando fueron Warren o Mary Jo. Mary Jo incluso distingue los dos extremos de una llave inglesa y me ayudó. Pero Honey... ¿Su pareja no la necesita desesperadamente para que se quede sentadita toda mona para los clientes?

La pareja y marido de Honey, Peter Jorgenson, tenía una empresa de fontanería. Era un hombre fuerte, casero y tranquilo que trabajaba más en una hora que la mayoría de la gente en toda su vida. A pesar de ser una chica guapa y tonta a quien no le importaba nada más que lo que podía ver en un espejo, Honey amaba a su marido. Aunque cada vez que lo decía, siempre empezaba la frase con lo poco que le importaba que, a diferencia de ella, él no fuera un lobo dominante. Tampoco es que me hubiera hablado nunca, yo le gustaba tan poco como ella a mí.

—Peter obedece mis órdenes —me respondió Adam.

Adam era el Alfa, así que Peter obedecía sus órdenes. Honey era la mujer de Peter, así que Peter daba órdenes que ella acataba. Los licántropos machos trataban a sus compañeras como esclavas queridas. Esta idea me despertó.

No era culpa de Adam o de Peter que los licántropos todavía tuvieran que superar la Edad de Piedra. De verdad. Pero, por suerte, yo no era una de ellos porque, de lo contrario, habría una rebelión de esclavas.

Lancé una patada a la rodilla de Adam que interceptó y utilizó para tirar de mí y desequilibrarme. Entonces hizo algo complicado y terminé boca abajo sobre la colchoneta, retorcida como una serpiente mientras él me sujetaba con una mano y una rodilla.

Olía como el bosque por la noche.

Rápidamente, le di un golpe al tatami y me soltó.

—Adam, cierra los ojos e imagínate a Honey en mi taller. Hoy llevaba tacones de ocho centímetros. —Pensar en ella fue como un chorro de agua helada en la cara. Lo necesitaba.

Soltó una carcajada.

—Está un poco fuera de lugar, ¿no?

—Se ha pasado todo el día de pie porque no quería arriesgarse a mancharse la falda en alguna de las sillas. Además, Gabriel está colado por ella. —Fruncí el ceño cuando volvió a reírse—. Gabriel es un macho de dieciséis años y medio. Si su madre se entera de que tontea con una licántropa, no le dejará que vuelva a trabajar conmigo.

—No se enterará de que Honey es una licántropa. Aún no se ha expuesto. Y está acostumbrada a atraer la atención de los hombres, no se tomará en serio a Gabriel —dijo Adam como si con eso lo solucionara todo.

—Yo lo sé, Gabriel lo sabe y a su madre eso no le importará. Lo descubrirá. Es lo que siempre pasa con la suerte que tengo. Si Gabriel se marcha, tendré que encargarme yo del papeleo. —No tenía pensado lloriquear tanto pero odiaba el papeleo y él me odiaba a mí.

Sylvia, la madre de Gabriel, acababa de enterarse de que Zee era un hada. No le pareció mal porque ya conocía a Zee y le caía bien cuando lo descubrió, pero dudó que fuera tan comprensiva con los licántropos, especialmente con una muy guapa que pudiera estar interesada en su hijo.

—No quiero perder a Gabriel solo porque tú estés paranoico. Se acabaron los guardaespaldas, Adam. Además, no creo que Honey fuera una gran defensa de todas formas.

Suspiró, triste.

—Stefan anda por ahí buscando a ese hechicero todo el día. Con Warren, Ben y otros lobos ayudándole, no debería tardar mucho más en ocuparse de él y entonces tú serás libre. En cuanto a la capacidad de Honey como guardaespaldas, es una excelente luchadora. Ha vencido a Darryl en un par de ocasiones en los entrenamientos. —La mayoría de manadas no tienen «entrenamientos». A veces, se nota mucho el pasado militar de Adam—. Si no fuera una mujer, sería la segunda o tercera de alguien.

No me sorprendió que Honey fuera buena luchadora, lo que no me esperaba era que fuera lo suficientemente buena como para poder con Darryl, incluso si solo fueron un par de veces. Como segundo, tendría mucha experiencia en luchas reales, no solo en entrenamientos.

Sabía por qué Adam solo me asignaba guardias femeninas, por la misma razón que envió a Warren y a Ben a que me acompañaran al nido. Warren no se me insinuaría sexualmente porque yo no le interesaba, y Adam sabía cuánto detestaba a Ben.

Los licántropos son muy territoriales y puesto que, supuestamente como protección, Adam afirmó que yo era su pareja delante de la manada, era su territorio. Por lo que respecta a la manada, la palabra de Adam es la ley. El hecho de que yo no estuviera de acuerdo no cambiaba lo que la manada aceptaba como su verdad. Adam había conseguido llegar a alguna especie de acuerdo al respecto con Samuel. No tenía ninguna gana de saber en qué consistía porque solo conseguiría cabrearme.

Me tocó Honey porque Mary Jo trabajaba en turnos de veinticuatro horas en el departamento de bomberos y la compañera de Darryl, Auriele, la única hembra que quedaba en la manada de Adam, se encontraba en Ellensburg tomando clases para mantener actualizado su título de enseñanza. Quejarme sobre Honey no conseguiría que me asignara otro guardaespaldas, no había nadie más a quien Adam pudiera enviar.

—Littleton es un vampiro —dije con la esperanza de infundir algo de lógica a la situación—. No me va a atacar durante el día. Podría asegurarme de llegar a casa

antes del anochecer hasta que le atrapen. No puede entrar en casa a menos que le invite, aunque no creo que viniera pues no tiene motivos para pensar que era algo más aparte de un elemento del atuendo de Stefan.

—Tuve una charla con el Marrok sobre hechiceros —comentó Adam delicadamente—. Fue él quien me dijo que te pusiera escolta, día y noche. Nadie sabe qué tipo de monstruo puede llegar a ser un vampiro poseído. Son palabras suyas.

—Ya lo sé —le solté. Si Bran había ordenado que me vigilaran, estaba condenada. Adam también lo sabía.

—Elizaveta me ha dicho que la llamaste y le preguntaste sobre hechiceros —comentó.

—Sí, bueno, estarás contento. Lo único que me dijo fue que le habías dado órdenes de que no me contara nada. —Lo que no era del todo cierto.

Lo que la bruja me dijo fue: «Adam dice que debes dejarlo correr. Es un hombre inteligente. Deja que los lobos atrapen al hechicero, Mercedes Thompson. Un coyote no es rival para un demonio».

—Warren y Stefan se ocuparán de Littleton —dijo Adam. Había compasión en su voz. Podía permitirse ese lujo porque sabía que me había robado cualquier posibilidad de réplica.

—Stefan y Warren están cazando tigres con tirachinas —le dije—. Tal vez tengan suerte y den en el blanco o tal vez el tigre los mate a los dos, mientras Honey lleva pantalones blancos y me observa poner coches a punto.

Me acerqué a uno de los sacos y empecé a practicar puñetazos. No pretendía decir eso, no me había dado cuenta de lo preocupada que estaba. Adam podía sentirse seguro pero no había estado en la misma habitación que esa cosa.

—Mercy —dijo Adam tras observarme un momento.

Cambié a las patadas.

—Un destornillador es una herramienta muy útil pero no sirve cuando lo que necesitas es un soplete —comentó—. Sé que te sientes frustrada. Sé que quieres acabar con él después de presenciar lo que hizo. Pero si les acompañaras, alguien podría morir intentando protegerte.

—¿Crees que no lo sé? —le espeté. Daba miedo pensar que me conocía lo suficiente como para entender que lo que más me inquietaba era esperar mientras otros iban en busca de Littleton. Dejé de dar patadas y me quedé mirando al saco negro que se balanceaba; contenía las ganas de pegarle una patada a Adam.

Podía convertirme en coyote. Era más rápida que un humano y parcialmente inmune a cierta magia de los vampiros, aunque no estaba segura ni siquiera de a qué. Esas eran todas mis habilidades sobrenaturales. No bastaba para salir en busca de Littleton.

De haber sido capaz de soltarme del arnés aquella noche, el hechicero me habría matado. Lo sabía, pero eso no disminuía la culpa que sentía por haber visto a la camarera luchar sola. Quería ir a buscar al hechicero yo misma.

Quería sentir su cuello entre mis colmillos y saborear su sangre. Respiré profundamente y me estremecí. Lo que realmente quería, lo que ansiaba, era matar a ese sonriente y cadavérico hijo de puta.

—Elizaveta no irá a por él —dijo Adam—. Aparentemente, los demonios tienen un efecto extraño sobre la brujería. No eres la única que se ha quedado sentada en las bandas.

—¿Sabes? Esta mañana en un canal de la tele entrevistaban a la hermana del hombre que los vampiros incriminaron por los asesinatos. —Le di dos patadas al saco—. Lloraba. Admitió que su hermano tenía problemas conyugales, pero dijo que jamás se habría imaginado que haría algo así. —Pateé de nuevo y gruñí por el esfuerzo—. ¿Sabes por qué nunca se lo habría imaginado? Porque el pobre infeliz no hizo nada excepto estar en el lugar equivocado en el puto momento equivocado.

—Ninguno de nosotros puede permitirse que los vampiros salgan a la luz ahora —dijo Adam.

Sabía que las mentiras también le inquietaban a él. Adam era una persona franca, pero comprendía la necesidad. Yo también. Eso no significaba que tuviera que gustarme.

—Sé que los vampiros tienen que ocultar su existencia —le dije al saco—. Sé que la gente no está preparada para descubrir todo lo que se oculta en la oscuridad. Entiendo que guardando su secreto nos evitaremos la histeria colectiva que provocaría la muerte de muchas más personas. Pero ese camionero, ¿te acuerdas?, al que incriminaron como el asesino, tenía hijos. Los niños tendrán que crecer con la idea de que su padre mató a su madre. —Me había apuntado sus nombres. Algún día, cuando resultara seguro, me encargaría de que supieran la verdad.

Su dolor, los asesinatos, cada vez que me despertaba con el recuerdo del olor de la muerte de aquella pobre mujer, el sonido de la risa burlona de Littleton, todo aquello era culpa del hechicero. Quería formar parte del equipo de búsqueda.

—Jugó con ella. —Dejé el saco balanceándose de una patada circular, mi mejor golpe, con la esperanza de que si contaba lo peor de aquella noche, desaparecería de mis sueños—. Apuesto a que ella ya sabía que también había matado a los demás. Apuesto a que sabía que iba a matarla. La torturó, la hirió poco a poco para que tardara más en morir.

—Mercy. —La voz de Adam sonó como un ronroneo, estaba listo para consolarme, pero no tenía intención de caer por ese agujero. Todo significaba mucho para los licántropos, o demasiado poco. Si dejaba que Adam me consolara, podría, y probablemente lo haría, tomárselo como la admisión de que le reconocía como mi líder, quizá como mi compañero. No era culpa suya, los instintos de los licántropos son muy fuertes. Con Samuel era más seguro; era muy dominante, pero no el Alfa de la manada.

Ser el Alfa implicaba más que ser solo dominante. Existe cierta magia en los vínculos de una manada que otorga poder al líder, él puede coger de tu fuerza y dar

parte de la suya. He visto a la manada de Adam curarle y darle el poder para dominar a la fuerza a otro grupo de licántropos.

Ser el Alfa también le otorga a un lobo la necesidad de proteger, y controlar, a cualquiera que crea que está bajo su mando. Yo no lo estaba. Pero Adam me había reconocido como su compañera, por lo que su opinión no coincidía con la mía. No podía permitirme relajar mi posición lo más mínimo.

Retrocedí hasta el final del garaje para después correr hacia el saco. Una patada por detrás en el aire es uno de los movimientos que, según mi *sensei*, tenían un objetivo: intimidar. Sin duda, si daba en el blanco, la patada destrozaba, pero cualquiera que fuera bueno en artes marciales no golpearía así porque los golpes espectaculares son lentos. Normalmente.

Me lancé lo más fuerte que pude girando lo suficientemente rápido como para marearme. El talón de mi pie golpeó el saco justo por debajo del borde superior, como pretendía. Si el saco hubiera sido una persona, le habría roto el cuello. Podría incluso haber caído de pie.

La cadena de la que colgaba el saco evitó que cayera hacia atrás como lo habría hecho una persona; yo no estaba preparada para la fuerza que generé y caí de golpe de culo.

Me tumbé rápidamente en el suelo, pero Adam cogió el saco antes de que pudiera volver en su balanceo y golpearme. Silbó despacio mientras observaba cómo caía arena de una pequeña raja en la costura.

—Buena patada.

—Adam —le dije mirando al techo—, la reservó de postre.

—¿Qué? ¿Reservar a quién?

—A la camarera. Littleton la reservó como un niño que atesora su conejito de Pascua de chocolate. Metió a la camarera en el baño, fuera de su vista, porque no quería matarla demasiado pronto. Estaba esperando a Stefan. —Había otras razones por las que podía haberla metido en el baño, como que ya se hubiera alimentado del resto de las víctimas, pero había algo en su cara cuando la sacó que decía «por fin».

—¿Estaba esperando a Stefan en particular? ¿O a quienquiera que enviara Marsilia? —preguntó Adam, que se percató de la implicación importante antes que yo.

Pensé en todo lo que Littleton parecía saber de Stefan, cosas íntimas, aunque no se hubieran visto nunca. Pero había algo más aparte de lo que dijo que me hizo estar segura, fue la manera en la que parecía tan satisfecho, como si todo le saliera según lo planeado.

—A Stefan —dije y luego seguí con la pregunta obvia—. Me pregunto quién le diría que era Stefan el que acudiría.

—Llamaré a Warren y le comentaré que crees que alguien le dijo a Littleton que Stefan iba a por él —dijo Adam—. Stefan sabrá mejor cómo pudo enterarse Littleton y también si eso significa que entre los suyos se esconde un traidor.

Me quedé donde estaba mientras Adam se acercó al teléfono colgado en la pared y marcó el número.

Llevábamos años siendo adversarios, dos depredadores que compartían territorio y una cierta atracción un tanto molesta. De alguna forma, durante aquellos años en los que aparentemente consentí sus peticiones mientras me aseguraba de mantener las mías, me gané su respeto. Los licántropos me habían odiado o amado, pero nunca antes me habían respetado. Ni siquiera Samuel.

Adam me respetaba lo suficiente como para hacer algo movido por mis sospechas. Eso significaba mucho.

Cerré los ojos y dejé que el flujo de su voz me rodeara y alejara las frustraciones. Adam tenía razón. No estaba capacitada para perseguir a un vampiro, a cualquiera, y mucho menos a uno ayudado por un demonio. Tendría que sentirme satisfecha si Warren o Stefan lo conseguían. Pero si Ben mataba a Littleton... No sabía si aquello me dejaría satisfecha. Odiaba deberle a Ben más aún.

Adam colgó el teléfono. Escuché el leve sonido de sus pasos sobre el suelo acolchado acercándose a mí y el silbido del material cuando se sentó a mi lado. Un momento después, me desabrochó la parte de arriba del *gi* y me la quitó, me quedé con la camiseta y los pantalones blancos del *gi*. Le dejé que lo hiciera.

—No te pega ser pasiva —dijo.

Le gruñí aunque sin abrir los ojos.

—Cállate. Me estoy sumiendo en el dolor. Ten un poco de respeto.

Soltó una carcajada y me dio la vuelta, quedé con la cara pegada al tatami que olía a sudor. Noté cómo sus manos cálidas y fuertes se clavaban en los músculos tensos de la parte baja de mi espalda. Cuando pasó a los hombros, me derretí.

Al principio, se concentró seriamente en todas las contracturas dejadas por las noches sin dormir y el trabajo físico. Después, sus manos se suavizaron y el masaje se convirtió en ligeras caricias.

—Hueles a aceite quemado y a WD-40 —dijo con voz alegre.

—Pues tápate la nariz —le repliqué. Para mi desgracia, sonó más dulce que agrio.

Qué fácil era. Un masaje y ya me había ganado. Mi debilidad hacia él era una de las razones por las que le evitaba. De alguna forma, tumbada boca abajo con sus manos en mi espalda, no me parecía una razón suficiente.

Él no olía a aceite quemado sino a bosque, a lobo, y a ese aroma salvaje y exótico que solo le pertenecía a él. Deslizó las manos bajo la camiseta, las extendió sobre mi espalda y después buscó el cierre del sujetador. Podía haberle dicho que los sujetadores deportivos no tienen cierre pero entonces tendría que tomar parte activa en mi propia seducción. Quería que él fuera el atacante y una parte de mí, la pequeñísima parte que no se estaba derritiendo entre sus manos, se preguntó por qué.

No quería delegar responsabilidades, decidí con pereza. Estaba más que dispuesta a aceptar la responsabilidad de mis acciones, permitirle que deslizara sus cálidas y

fieras manos hasta mi pelo fue ciertamente una acción por mi parte. Me encantaban las manos de un hombre en el pelo. Me encantaban las manos de Adam.

Me mordió en la nuca y gemí.

La puerta que separaba el garaje de la casa se abrió de repente.

—Hola, papá. Hola, Mercy.

El agua helada no habría sido más efectiva.

Las manos sobre mi culo se inmovilizaron cuando los rápidos pasos de la hija de Adam se detuvieron. Abrí los ojos y la miré. Se había cambiado el pelo desde la última vez que la vi, había dejado de estar sorprendente para estarlo aún más. No tenía ni tres centímetros de largo y se lo había teñido de amarillo, no rubio, sino amarillo narciso. El efecto era encantador pero un poco extraño. No era el aspecto que debía tener un salvador.

Se quedó blanca al darse cuenta de lo que había interrumpido.

—Yo, emm, me iré arriba a ver la tele —dijo. No sonó en absoluto a ella.

Me escabullí de debajo de Adam.

—Salvados por Jesse —dije en voz baja—. Gracias, esto se nos estaba yendo de las manos.

Se detuvo con expresión de sorpresa.

Me pregunté de forma injusta cuántas veces se habría encontrado con su madre en la misma situación y cuál habría sido la reacción de esta. Nunca me había gustado la madre de Jesse y me alegraba pensar cualquier maldad sobre ella. Dejé que el enfado ante los posibles juegucitos de su madre me rodeara. Cuando has vivido con licántropos, aprendes trucos para esconderles lo que sientes. La ira, por ejemplo, tapa muy bien el miedo y yo estaba aterrorizada entre las sensuales manos de Adam.

Adam resopló.

—Es una forma de decirlo. —Para mi alivio, se quedó donde estaba, de cara al tatami.

—Incluso con mi gran fuerza de voluntad, su atracción era demasiado abrumadora —comenté de forma melodramática mientras me pasaba la muñeca por la frente. Si lo decía en plan broma, él nunca sabría cuánto de verdad había en mis palabras.

Una lenta sonrisa se le dibujó en la cara y ya no parecía que fuera a entrar corriendo en casa.

—Sí, papá es todo un semental.

—Jesse —le advirtió Adam. El tatami amortiguó ligeramente su voz. Ella soltó una risita.

—Estoy de acuerdo —dije en un tono demasiado serio—. Igual le daría un siete o un ocho.

—Mercedes —bramó Adam al ponerse de pie. Le guiñé un ojo a Jesse, me eché la parte de arriba del *gi* al hombro izquierdo y salí de forma despreocupada por la

puerta trasera del garaje. No tenía intención de hacerlo, pero al girarme para cerrar la puerta, miré dentro y vi la cara de Adam. Su expresión me provocó escalofríos.

No estaba enfadado ni herido. Se lo veía pensativo, como si alguien le acabara de revelar la respuesta a una pregunta que llevaba tiempo preocupándole. Lo supo.

Seguía temblando cuando salté con cuidado el alambre de espinos que separaba la parcela de Adam de la mía.

Toda la vida me había mezclado con los que me rodeaban. Es el don del coyote, lo que nos ayuda a sobrevivir.

Pronto aprendí a cómo intimar con los lobos. Jugaba según sus reglas mientras ellos también lo hicieran. Si se pasaban de la raya porque me consideraban menos que ellos, por ser un coyote en vez de un lobo, o por celos al no tener que preocuparme por la llamada de la luna, entonces todo se acababa. Jugaba mis puntos fuertes contra sus debilidades. Mentía con el cuerpo y con los ojos, les lamía el culo, y después los atormentaba de cualquier forma que se me ocurriera.

El protocolo de los lobos se había convertido en un juego para mí, entendía sus reglas. Pensaba que era inmune a la estúpida historia del dominio-sumisión, inmune al poder del Alfa. Acababa de enterarme de lo contrario mediante una lección muy visceral y eso no me gustaba. En absoluto.

Si Jesse no hubiera entrado, me habría rendido ante Adam, como las heroínas de las novelas románticas de los 70 que solía leerme mi madre adoptiva a todas horas. Puag.

Crucé el patio de atrás hasta que llegué junto al decrepito Golf que me servía para sacarle piezas de repuesto y para vengarme de Adam cuando se ponía demasiado dictatorial. Si miraba por su ventana de atrás, se topaba con el coche justo en medio de su campo visual.

Lo saqué del garaje unos años antes cuando Adam se quejó de que mi caravana le estropeaba las vistas. Entonces, cada vez que me molestaba, lo ponía más feo. Ya le faltaban tres ruedas y el parachoques trasero, todo estaba almacenado y seguro en mi garaje. En el capó, con grandes letras rojas, había escrito «Si quieres pasar un buen rato, llama al» seguido del número de Adam. El grafiti fue idea de Jesse.

Me dejé caer en el suelo, al lado del Golf, y apoyé la cabeza en el parachoques intentando descifrar por qué de repente me había visto abrumada por el deseo de rendirme ante Adam. ¿Por qué no me había sentido así antes, o había sido ese el motivo por el que había corrido tan rápido? Intenté recapitular, pero lo único que me venía a la cabeza eran las preocupaciones que se derivaban de implicarme tanto con otro licántropo.

¿Me habría obligado a rendirme a propósito? ¿Era algo fisiológico o parapsicológico, ciencia o magia? De haber sabido lo que iba a ocurrir, ¿podría haberme resistido?

¿A quién podía preguntarle?

Miré al coche aparcado en la entrada. Samuel había vuelto de su turno en urgencias.

Si alguien lo sabía, ese era Samuel. Solo tenía que averiguar cómo preguntárselo. Prueba de lo alterada que estaba fue que me levanté y me dirigí a casa con la intención de preguntarle a un licántropo, que había dejado bien claro que solo esperaba el momento oportuno para intentar algo conmigo, sobre la forma en la que otro licántropo me había hecho desearle. No suelo ser tan tonta.

Empecé a dudar de la inteligencia de mi plan cuando llegué al porche delantero. Abrí la puerta y me recibió un golpe de aire helado.

Mi viejo mueble modular mantenía mi habitación unos diez grados más fresca que el exterior, suficiente para mí. Me gusta el calor, pero la mayoría de los licántropos no se sienten cómodos, así que Samuel instaló una nueva bomba de calor que pagó él mismo. Era un compañero de piso considerado, siempre dejaba la temperatura que yo ponía.

Eché un vistazo al termostato y vi que Samuel lo había bajado al mínimo. Si dentro no hacía cinco grados, poco le faltaba. Suponía un gran esfuerzo para el aparato considerando que fuera hacía casi cuarenta grados y la caravana fue construida en 1978, antes de la época en la que las casas prefabricadas tuvieran un buen aislamiento. Lo subí a una temperatura más razonable.

—¿Samuel? ¿Por qué has puesto la temperatura tan baja? —le pregunté y tiré la parte de arriba de mi *gi* sobre el sofá.

No obtuve respuesta aunque tuvo que haberme escuchado. Avancé hacia la cocina y llegué al pasillo. La puerta de Samuel estaba casi cerrada pero aún quedaba una rendijita abierta.

—¿Samuel? —Toqué la puerta y la abrí unos centímetros, lo justo para poder ver a Samuel tumbado sobre la cama, aún con la ropa del hospital puesta; olía a productos de limpieza y sangre.

Se cubría los ojos con el brazo.

—¿Samuel? —Me detuve en el umbral para darle una oportunidad a mi nariz de decirme qué sentía, pero fue incapaz de percibir los aromas corporales habituales. No estaba enfadado ni asustado. Había algo... Olía a dolor.

—Samuel, ¿estás bien?

—Hueles a Adam. —Bajó el brazo y me miró con ojos de lobo, blancos como la nieve y rodeados de ébano.

Samuel no está hoy aquí, pensé mientras intentaba no asustarme ni cometer ninguna otra estupidez. Había jugado con el Samuel lobo de pequeña, junto con los demás niños en Aspen Springs. No me había dado cuenta de lo peligroso que habría sido eso con cualquier otro lobo hasta que fui mucho mayor. Me habría sentido mejor si esos ojos fueran acompañados del cuerpo de lobo. Los ojos de lobo en cuerpo humano significan que es el lobo quien está al mando.

Había visto a lobos nuevos perder el control. Si les ocurría demasiado a menudo, eran eliminados por el bien de la manada y de cualquiera que entrara en contacto con ellos. Solo había visto a Samuel perder el control una vez, y fue después del ataque de un vampiro.

Me dejé caer al suelo para asegurarme de que mi cabeza estaba por debajo de la suya. Mostrarme indefensa ante alguien que podía abrirme la garganta resultaba siempre una sensación interesante. Al pensarlo, me di cuenta de que la última vez que lo había hecho fue también con Samuel. Al menos, me movía el instinto de supervivencia, no la obligación de someterme ante un lobo dominante; fingía, no me sometía por ningún maldito instinto oculto.

Después de convencerme a mí misma de eso, me di cuenta de que era cierto. No sentía ningún deseo de encogerme delante de Samuel. En otras circunstancias menos preocupantes, me habría animado.

—Lo siento —susurró Samuel que volvió a cubrirse los ojos con el brazo—. Mal día. Ha habido un accidente en la 240, cerca del antiguo enlace. Había un par de chicos en un coche, de dieciocho y diecinueve años. En el otro, una madre con un bebé. Todos siguen en estado crítico, tal vez lo superen.

Llevaba mucho tiempo siendo médico. No podía imaginar qué era lo que le había afectado de este accidente en particular. Emití un sonido alentador.

—Había mucha sangre —dijo finalmente—. El bebé se cortó gravemente con el cristal, necesitó treinta puntos para que dejara de sangrar. Una de las enfermeras de urgencias es nueva, acaba de graduarse en la universidad. Tuvo que marcharse a mitad, después me preguntó cómo era capaz de soportarlo cuando las víctimas eran bebés. —Se le oscureció la voz antes de continuar hablando con una amargura que rara vez le había escuchado—. Casi le digo que había visto cosas peores, y comido. El bebé solo habría sido un aperitivo.

Podía haberme marchado en ese momento. Probablemente, Samuel tenía el control suficiente para no venir a por mí. Pero no podía dejarle así.

Gateé con cuidado por el suelo sin dejar de observarle para captar cualquier mínimo movimiento muscular que me avisara de que estaba listo para saltar. Levanté la mano lentamente hasta tocar la suya. No reaccionó en absoluto.

De haber sido un lobo nuevo, sabría qué decirle. Pero ayudar a los lobos nuevos en este tipo de situaciones había sido una de las tareas de Samuel en la manada en la que crecí. No había nada que pudiera decir que no supiera ya.

—El lobo es prácticamente una bestia —le dije, finalmente, pensando que tal vez fue la idea de comerse al bebé lo que le inquietaba tanto—. Tienes cuidado con lo que comes. No saltarías sobre la mesa de operaciones y te lo zamparías a menos que tuvieras hambre. —Era casi palabra por palabra el discurso que le había escuchado utilizar con los nuevos lobos.

—Estoy muy cansado —dijo; se me erizó el pelo de la nuca—. Demasiado cansado. Ha llegado la hora de descansar. —No hablaba del aspecto físico.

Los licántropos no son inmortales, solo inmunes al envejecimiento. Pero el tiempo también es su enemigo. Después de demasiado tiempo, me dijo un lobo, nada les importa ya y prefieren la muerte a vivir un día más. Samuel era muy viejo.

El Marrok, el padre de Samuel, últimamente me llamaba una vez al mes para «ver cómo iba todo», decía. Por primera vez, se me ocurrió que no se preocupaba por mí sino por su hijo.

—¿Cuánto hace que te sientes así? —le pregunté mientras me subía poco a poco a la cama para no sorprenderle—. ¿Te fuiste de Montana porque no podías escondérselo a Bran?

—No. Te quiero —dijo de forma cruda al apartar el brazo para que pudiera ver que los ojos ya no estaban blancos, sino del color azul grisáceo humano.

—¿En serio? —le pregunté a sabiendas de que no era del todo cierto—. Puede que tu lobo aún me quiera, pero creo que tú no. ¿Por qué dejaste al Marrok para venir aquí?

Se giró y me dio la espalda. No me moví, no quería agobiarle. Tampoco retrocedí, me limité a esperar una respuesta.

Al final, me habló.

—Fue horrible, después de Texas. Pero cuando volviste con nosotros, la sensación desapareció. Estaba bien. Hasta el bebé.

—¿Hablaste del tema con Bran? —Fuera lo que fuese. Apoyé la cara en su región lumbar reconfortándole con mi aliento. Samuel consideraría el suicidio como un acto de cobardía. Intenté consolarme a mí misma, Samuel odiaba a los cobardes. Puede que no quisiera querer a Samuel, no después del daño que nos hicimos una vez, pero tampoco quería perderle.

—El Marrok lo sabe —susurró—. Siempre lo hace. El resto pensaba que yo era el mismo, el de siempre. Mi padre sabía que algo iba mal, que no estaba bien. Pensaba marcharme, pero entonces llegaste tú. Si Bran no era capaz de hacer algo por él, ¿qué podía hacer yo?

—Dejaste la manada durante mucho tiempo —dije, tanteando el terreno. Se marchó poco después que yo, hacía unos quince años. Permaneció separado la mayor parte de ese tiempo—. Bran me dijo que te fuiste solo a Texas. —Los lobos necesitan a su manada o, de lo contrario, se vuelven un tanto extraños. En general, los lobos solitarios son algo raros, peligrosos para ellos y para los demás.

—Sí. —Cada músculo de su cuerpo se tensó a la espera de la caída del golpe. Decidí que eso significaba que no iba mal encaminada.

—No es fácil estar solo, y menos durante años. —Me escabullí un poco hasta que pude rodearle, puse mis piernas detrás de las suyas. Deslicé el brazo en el que no me apoyaba por su lado y le puse la mano sobre el estómago para mostrarle que no estaba solo, no mientras viviera en mi casa.

Empezó a temblar y toda la cama vibró. Le abracé más fuerte, pero no dije nada. Llegué lo más lejos que quería llegar. Hay que pinchar algunas heridas para que

puedan drenarse, otras simplemente hay que dejarlas estar. Yo no era capaz de distinguir una de la otra.

Cubrió mis brazos con los suyos.

—Me escondí de los lobos, me escondí entre los humanos. —Hizo una pausa—. Me escondí de mí mismo. Lo que te hice estuvo mal, Mercedes. Me dije que no podía esperar, no podía arriesgarme a que otro te alejara de mí. Tenía que hacerte mía para que mis hijos vivieran, pero sabía que me estaba aprovechando de ti. No eras lo suficientemente mayor para defenderte de mí.

Le froté la espalda con la nariz para reconfortarle pero no hablé. Tenía razón y le respetaba demasiado como para mentirle.

—Abusé de tu confianza y de la de mi padre también. No podía vivir con eso, tuve que marcharme. Me fui al rincón más alejado del país y me convertí en otra persona: Samuel Cornick, estudiante de primer año de la universidad, recién salido de una granja con un diploma del instituto nuevito. Solo me permitía recordar quién era las noches de luna llena.

Los músculos bajo mis manos se convulsionaron dos veces.

—En la Escuela de Medicina, conocí a una chica. Me recordaba a ti, era callada con un fino sentido del humor. También se parecía un poco a ti. Sentía que se me presentaba una segunda oportunidad, una ocasión de hacer las cosas bien. O tal vez me olvidé. Al principio, éramos amigos, íbamos al mismo programa. Después, se convirtió en algo más. Nos fuimos a vivir juntos.

Sabía lo que venía a continuación porque era lo peor que se me ocurría pensar que le podía haber pasado. Olí sus lágrimas aunque intentaba controlar la voz.

—Tomamos precauciones, pero no tuvimos el cuidado suficiente. Se quedó embarazada. —Habla con dureza—. Los dos estábamos de prácticas. Estábamos tan ocupados que apenas teníamos tiempo de decirnos «hola». No se dio cuenta de que estaba embarazada hasta casi el tercer mes porque asumió que eran síntomas del estrés. Yo estaba muy feliz.

A Samuel le encantaban los niños. En algún sitio, tenía una foto de él con una gorra de béisbol con Elise Smithers, de cinco años, montada sobre él como si fuera un *pony*. Tiró por la borda todo en lo que creía porque pensó que yo, a diferencia de una humana o una licántropa, podía darle hijos que vivieran.

Intenté que no se percatara de que yo también estaba llorando.

—Estábamos de prácticas. —Ahora habla en voz baja—. Es una época que se lleva todo tu tiempo, muy estresante. Son muchas y largas horas, una época muy irregular. Trabajaba con un cirujano ortopédico a casi dos horas de coche de nuestro apartamento. Una noche, llegué a casa y me encontré una nota.

Le abracé más fuerte, como si así pudiera evitar lo que ocurrió.

—Un bebé se habría interpuesto en sus estudios —dijo—. Podríamos volver a intentarlo, más tarde. Después de que... se hubiera establecido. Cuando tuviéramos

dinero. Después de que... —Siguió hablando pero en una lengua extraña cuyo tono líquido transmitía mejor su angustia que el inglés.

La maldición de vivir tanto tiempo es que todo el mundo a tu alrededor muere. Tienes que ser fuerte para sobrevivir, y más fuerte aún para querer hacerlo. Bran me dijo una vez que Samuel había visto morir a demasiados hijos.

—Ese bebé esta noche...

—Sobrevivirá —le dije—. Gracias a ti. Crecerá sano y fuerte.

—Viví como debería hacerlo un estudiante, Mercy —me contó—. Fingía ser pobre como todos los demás. Me pregunto si, de haber sabido que tenía dinero, habría matado a mi hijo de todas formas. Yo habría dejado de estudiar para cuidar al niño. ¿Fue culpa mía?

Samuel se enroscó entero alrededor de mi brazo como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Le abracé.

No había nada que pudiera decir para aliviarle. Sabía mejor que yo cuáles eran las posibilidades de que el bebé hubiera nacido sano. No importaba, su hijo nunca había tenido ninguna oportunidad.

Mientras se ponía el sol, abracé a Samuel consolándole lo mejor que podía.

Capítulo 6

Dejé a Samuel durmiendo y preparé sándwiches de atún para la cena; era algo que podía dejarle en la nevera por si se despertaba con hambre, pero no salió de la habitación hasta después de haberme acostado.

Puse el despertador dos horas más tarde de lo que solía hacerlo. Mañana era sábado, el día en el que cerraba oficialmente. Tenía trabajo que hacer, pero nada urgente, y Gabriel no vendría hasta las diez.

Cuando me arrodillé para rezar antes de acostarme, le pedí a Dios que Warren y Stefan atraparan al demonio; aquello se había convertido en mi petición habitual. Esta vez añadí un ruego por Samuel. Tras reflexionar durante un momento, recé por Adam también. En realidad, no pensaba que fuera culpa suya haberme convertido en una boba sumisa.

Aunque estaba concienciada para levantarme tarde (para mí), me desperté justo antes del amanecer porque alguien llamaba a mi ventana. Me puse la almohada sobre la cabeza.

—Mercy. —El aislante de la ventana mantuvo su voz en un susurro pero la reconocí de todas formas. Stefan.

Me froté los ojos.

—¿Ahora andas mendigando? No estoy para hacer muchas mercedes. —Yo puedo bromear con mi nombre, pero nadie más. A menos que esté de muy buen humor. O que empiece yo.

Le escuché reír.

—Tal vez necesite limosna pero tendré que marcharme si no consigo que cedas.

Una de las cosas buenas de Stefan es que suele coger mis chistes, por malos que sean. Mejor aún, me sigue la corriente.

—¿Necesitas dinero? —pregunté sorprendida en tono burlón—. Puedo extenderte un cheque, pero solo tengo un par de dólares sueltos.

—Necesito un lugar para pasar el día, encanto. ¿Me acoges?

—Muy bien. —Salí de debajo de las sábanas y me dirigí hacia la puerta principal. Se acabaron mis planes para dormir hasta tarde.

Cuando abrí la puerta, los primeros rayos de sol empezaban a aclarar el cielo.

—Te has quedado hasta muy tarde, Stefan —comenté añadiendo el nombre para que Samuel, que me habría escuchado abrir la puerta, no se alarmara.

Stefan no pareció darse mucha prisa, pero tampoco perdió tiempo en el umbral.

No le había visto desde la noche del juicio. Parecía cansado. Tenía los hombros caídos y no se movía con su energía efervescente habitual.

—Mandé a Daniel a casa, pero yo tenía una pista que quería seguir. Pensé que me daría tiempo, pero mis poderes se debilitan cuanto más se acerca el amanecer y me he encontrado en tu puerta —sonrió— con la esperanza de ganarme tu merced.

Le acompañé hasta la puerta de mi habitación.

—Creía que Warren y Ben estaban trabajando contigo. ¿Por qué no les dijiste que lo comprobaran ellos?

—Los había mandado a casa antes. Tenían trabajo que hacer hoy y hasta los licántropos necesitan dormir.

—¿Trabajan en sábado?

—Warren tiene que hacerle un trabajo a su amigo abogado y Ben tiene que acabar algo que no podía hacer mientras el resto estuviera trabajando.

Ben era informático, trabajaba en el Pacific Northwest Nation Laboratory que estaba afiliado de forma arcana con el emplazamiento nuclear de Hanford. Darryl, el segundo de Adam, le había conseguido el trabajo y, por lo que sabía, Ben era un friki informático bastante decente. Creo que sorprendió incluso a Darryl, que no estaba acostumbrado a las sorpresas.

Abrí la puerta del armario; la almohada y la manta de Stefan seguían allí desde la última vez que pasó el día en casa.

—¿Estás seguro de que el hechicero sigue aquí? Podría haberse marchado.

La expresión de Stefan se ensombreció.

—No te pierdas las noticias de la mañana —fue lo único que dijo antes de meterse en el armario y cerrar la puerta.

El accidente de coche que había alterado tanto a Samuel salió en las noticias de primera hora. También informaron de la muerte violenta de tres jóvenes que se habían visto envueltos en una disputa. Hacía dos semanas que sufríamos una ola de calor que no parecía dar signos de retirarse próximamente. Había otro festival artístico este fin de semana en el Howard Amon Park.

Supuse que Littleton no tendría nada que ver con el festival ni con el tiempo (al menos, esperaba que no tuviera el poder suficiente como para alterar el clima), así que presté especial atención a la noticia de los hombres muertos.

—Las drogas son un problema cada vez mayor —dijo el periodista mientras los servicios médicos cargaban cuerpos metidos en bolsas negras sobre unas camillas detrás de él—. Especialmente, las metanfetaminas. En los últimos seis meses, la policía ha cerrado tres laboratorios que las trataban en la zona de Tri-Cities. Según los testigos, la violencia de anoche aparentemente se desató en un laboratorio después de que uno de los hombres hiciera un comentario sobre la novia de otro. Los tres iban drogados y la pelea alcanzó unos niveles de violencia que han dejado tres muertos. Otros dos se encuentran en dependencias policiales en relación con las muertes.

Por el lado bueno, todos los pacientes de Samuel parecían seguir vivos, aunque el bebé se encontraba en situación crítica.

Apagué el televisor, me serví un tazón de cereales y en la habitación que quedaba libre me senté frente al ordenador para desayunar mientras navegaba por internet.

En la red se daban incluso menos detalles sobre la noticia que en televisión. Por curiosidad, busqué el nombre de Littleton y encontré la web en la que ofrecía lecturas del tarot por solo diecinueve dólares con noventa y cinco. Aceptaba las principales tarjetas de crédito. Nada de cheques. Nuestro hechicero no parecía fiarse.

Ya que Elizaveta no me contó nada, sentí el impulso de buscar en Google información sobre demonios y hechiceros y me encontré inmersa en un barrizal de basura contradictoria.

—Cualquier idiota puede crear una web —me quejé antes de apagar el ordenador. Medea maulló en un gesto de compasión al lamer lo que quedaba de leche del tazón de cereales. Después, se limpió la cara con la patita.

Con el tazón sucio en la mano, fui a ver cómo se encontraba Samuel, pero la habitación estaba vacía. Al no levantarse cuando llegó Stefan, debí suponer que había salido. No tenía que trabajar hoy.

Me preocupó, pero no era su madre. No tenía que decirme adónde iba igual que yo normalmente tampoco le contaba mis planes. No podía entrometerme por muy preocupada que estuviera. Con ese pensamiento en mente, le dejé una nota.

*S está durmiendo en mi armario.
Estaré trabajando hasta las ¿?
Pásate por allí si necesitas algo.*

Yo

Se la dejé sobre la cama, aclaré el tazón y lo metí en el lavavajillas. Me dirigí a la puerta pero me detuve al ver el teléfono en la mesita del fondo.

Samuel se sentía muy mal anoche; estaba segura de que su padre querría saberlo. Me quedé mirando el teléfono. No era una chivata. Si Samuel quisiera que el Marrok se enterara de sus problemas, se habría quedado en Aspen Creek. Samuel tenía móvil, podía llamar a Bran si necesitaba ayuda. Aunque eso ocurriría cuando se helara el infierno. Samuel me había enseñado mucho sobre independencia, un rasgo poco común en un licántropo.

Bran podía ayudar, pero no estaría bien que le llamara a espaldas de Samuel. Dudé y entonces me acordé de que Samuel había llamado a Zee para que me vigilara.

Cogí el teléfono y realicé la llamada de larga distancia a Montana.

—¿Diga?

A menos que él quisiera, la voz de Bran no sonaba como si perteneciera al licántropo más poderoso de Norteamérica, parecía más bien la de un joven agradable. En ese sentido, Bran llevaba a engaño, tan amable y educado. De esa forma había conseguido tenderles una trampa a muchos lobos estúpidos. Yo sabía qué escondía detrás.

—Soy yo —dije—. Se trata de Samuel.

Esperó.

Empecé a decir algo, pero la culpa me ató la lengua. Sabía perfectamente que lo que Samuel me había contado era una confidencia.

—Mercedes. —Esta vez, Bran no sonó como un joven amable.

—Tuvo algunos problemas anoche —dije finalmente—. ¿Tienes idea de lo que le pasó en Texas?

—No quiere hablar del asunto.

Di golpecitos con los dedos sobre la encimera de la cocina, pero me detuve cuando me recordó a la señora de los vampiros.

—Tienes que preguntarle sobre Texas —comenté. Por lo general, Bran no le hacía preguntas a la gente por su pasado. Tenía algo que ver con ser muy mayor, pero más con ser un lobo. Los lobos se centran mucho en el aquí y el ahora.

—¿Está bien?

—No lo sé.

—¿Hay algún cuerpo? —preguntó de forma seca.

—No, no es nada de eso. No debería haberte llamado.

—Samuel es mi hijo —dijo Bran con voz suave—. Has hecho bien en llamarme. Mercy, vivir en una ciudad con un hechicero no le convierte en el compañero de piso más seguro si algo le preocupa. Tal vez deberías pensar en mudarte con Adam hasta que encuentren al portador del demonio.

—¿Portador del demonio? —pregunté aunque estaba pensando en lo que había dicho.

—Hechicero, a diferencia de controlado por el demonio, el poseído. Aunque no hay mucha diferencia entre uno y otro, bueno, el controlado por el demonio es más fácil de localizar. Está en el centro de la carnicería, no en sus márgenes.

—¿Quieres decir que los hechiceros atraen la violencia? —pregunté. Debí haber llamado a Bran antes para pedirle información sobre el hechicero.

—¿El azúcar atrae a las moscas? La violencia, la sangre y el mal de cualquier tipo. ¿Crees que le dije a Adam que enviara a sus lobos a ayudar a los vampiros en esta caza porque les tengo simpatía? —Pensaba que Warren y Ben se habían presentado voluntarios—. Si hay un hechicero suelto, todos los lobos tendrán que controlarse fuertemente. Así que no vayas por ahí apretando las tuercas, cielo. Sobre todo con los lobos más jóvenes. Solo conseguirás que te hagan daño o que te maten.

Llevaba advirtiéndome sobre «apretar las tuercas» desde que puedo recordar. No sé por qué. No soy estúpida. Siempre tengo cuidado cuando atormento a algún

licántropo. Entonces recordé los ojos de Samuel de anoche.

—No lo haré —respondí, y lo dije en serio.

—Buena chica —comentó él, y me colgó.

Como si nunca hubiera dudado de que hacía justo lo que él me decía. Bran raras veces tenía que preocuparse de que no se siguieran sus órdenes, excepto conmigo. Supongo que se le había olvidado.

Me alegré de que no hubiera ningún licántropo cerca molestando. Me gustaba pensar que era lo suficientemente madura como para no meterme en líos solo porque me lo había dicho Bran, pero aun así... No habría pinchado a Samuel, no en su estado actual, pero me alegraba de que Ben no estuviera por allí.

Aunque aún no eran las ocho de la mañana, había un coche esperándome en el aparcamiento, un Miata descapotable azul cielo. Incluso después de la charla de anoche, Adam había enviado a Honey para que me hiciera de niñera otra vez.

En ocasiones te preguntas qué les pasa a los padres a la hora de ponerles nombre a sus hijos. Conocí a una chica llamada Helga que medía metro y medio y pesaba poco más de cuarenta kilos. Sin embargo, a veces los padres lo hacían bien.

Honey tenía el pelo de un dorado brillante que le caía en ondas sobre los hombros hasta la cadera. Los rasgos de la cara eran suaves, con los labios como si pusiera morritos continuamente, era la cara típica que esperarías ver vistiendo un traje de animadora, aunque nunca había visto a Honey llevar nada que no tuviera clase.

—Llevo esperándote una hora y media —me dijo en tono ofendido cuando se bajó del coche. Llevaba unos *shorts* de lino color crema en los que se veía el más mínimo rastro de suciedad. Si me irritaba demasiado, siempre podía mancharla con un poco de grasa.

—Es sábado —le respondí amablemente, animada por mis pensamientos—. Los sábados trabajo las horas que quiero. Sin embargo, creo que hay que ser justos. Como has tenido que esperarme, ¿por qué no lo consideras un esfuerzo suficiente y te vas a casa?

Arqueó una ceja.

—Porque Adam me ha mandado aquí para vigilar que no se te coma el hombre del saco. Y por mucho que me gustara que eso ocurriera, no desobedezco al Alfa.

Había muchos motivos por los que Honey no me caía bien.

El coche en el que estaba trabajando necesitaba un nuevo motor de arranque. Así empezó todo. Tres horas más tarde, seguía buscando entre cajas polvorientas sin etiquetar dentro del almacén al que no había llegado el reino del orden que Gabriel había impuesto sobre mis piezas de repuesto.

—En algún lugar, por aquí dentro, debería haber motores de arranque que encajen en el Golf de 1987 —le dije a Gabriel mientras me secaba la frente con la manga. Normalmente, puede que no me importe el calor, pero el termómetro de fuera del almacén marcaba más de cuarenta grados.

—Si me dijeras que aquí dentro guardas Excalibur o el Santo Grial, también te creería. —Me sonrió. Solo vino tras haber terminado con el pedido de piezas de repuesto así que aún le quedaban energías para estar contento—. ¿Estás segura de que no quieres que vaya a la tienda y compre uno?

—Vale —dije al dejar caer al suelo del almacén una caja de tornillos variados. Cerré la puerta y eché la llave aunque quizá, si la dejaba abierta, algún ladrón agradecido vendría y la limpiaría por mí—. ¿Por qué no compras también algo de comer mientras estás fuera? Hay un buen puesto de tacos junto al lavado de coches, en la Primera.

—¿Para Honey también?

Miré hacia su coche, donde seguía sentada cómodamente con el aire acondicionado puesto desde que yo llegué. Tenía la esperanza de que hubiera cambiado el aceite hacía poco tiempo; estar así durante horas podía destrozar un motor.

Me vio mirándola y sonrió, incómodamente, con el pelo aún perfectamente colocado. Yo había estado toda la mañana sudando en un almacén lleno de polvo y grasa y los moratones que me dejó Littleton en la cara hoy tenían un encantador tono amarillo.

—Sí —dije a regañadientes—. Coge dinero para la comida de la caja. El motor págalo con la tarjeta del taller.

Gabriel se metió en la oficina y se puso en marcha para cuando yo llegué a la puerta. El aire acondicionado me sentó estupendamente, me bebí dos vasos de agua antes de volver al trabajo. El taller no estaba tan fresco como la oficina, pero el ambiente era mucho más agradable que la calle.

Honey me siguió por la oficina hasta la tienda, consiguió ignorarme al mismo tiempo. Con cierta satisfacción, me di cuenta de que, poco después de salir de la oficina, empezó a sudar.

Me dio el tiempo justo a empezar a trabajar en un freno cuando habló.

—Hay alguien en la oficina.

No había escuchado a nadie, pero tampoco estaba prestando atención. Me limpié las manos rápidamente y me dirigí de nuevo a la oficina. No estaba abierto oficialmente, pero muchos de mis clientes habituales saben que estoy allí la mayoría de los sábados.

Dio la casualidad de que la cara me resultaba familiar.

—Señor Black —dije—. ¿Más problemas con el coche?

Empezó mirándome a mí pero sus ojos se pusieron a cuadritos cuando se posaron sobre Honey y se negaron a apartar la mirada de ella. No era una reacción inusual.

Otro motivo más para odiar a Honey, aunque tampoco necesitaba ninguno más.

—Honey, él es Tom Black, un periodista que quiere conocer todos los detalles sobre cómo es salir con Adam Hauptman, príncipe de los licántropos —dije para cabrearla, pero Honey me decepcionó.

—Señor Black —dijo tendiéndole la mano fríamente.

Se la estrechó, sin dejar de mirarla, y entonces pareció recuperarse. Se aclaró la garganta.

—¿Príncipe de los licántropos? ¿En serio?

—No puede hablar con usted, señor Black —le dijo Honey aunque me miró para dejar claro que sus palabras iban dirigidas a mí. Si no tenía más cuidado, se descubriría como licántropa ella misma. Si no fuera tan corta de miras, se habría dado cuenta de que no acepto órdenes. Ni de Bran ni de Adam ni de Samuel, mucho menos de Honey.

—Nadie me ha dicho nunca que no hablara con periodistas —le respondí con sinceridad. Todo el mundo asumía simplemente que era lo bastante inteligente como para no hacerlo. Estaba tan ocupada atormentando a Honey que se me escapó la promesa implícita que mi afirmación le ofrecía al periodista.

—Haré que merezca la pena —dijo Black en una frase clásica utilizada por los vendedores de coches de segunda mano. Metió la mano en la chaqueta del traje y sacó un fajo de billetes sujetos con un clip de oro y lo colocó sobre el mostrador. De no estar tan cabreada con Honey —y con Adam por no quitármela de encima—, me habría reído. Pero Honey estaba presente, así que me mordí el labio y puse cara de interesada.

—Bueno... —empecé.

Honey me miró; temblaba de rabia.

—Espero que Adam me deje ser quien te rompa tu escuálido cuello.

Sí. No pasaría mucho tiempo hasta que todo el mundo supiera que Honey era licántropa. Era demasiado fácil. Debería haberme sentido culpable por pincharla.

En vez de eso, puse los ojos en blanco. «Por favor».

Black ignoró a Honey.

—Quiero saber qué piensa de él personalmente. ¿Cómo es salir con un licántropo? —Me dedicó una sonrisa encantadora aunque sus ojos seguían vigilantes—. El público quiere saber.

La última frase fue demasiado de periodista de cómic, no pude ignorarla. Distrajo mi atención de Honey. Consideré a Black durante un momento, olía a nervios y a enfado. No eran las emociones que debería sentir un periodista a punto de conseguir la historia que buscaba.

Empujé el fajo de billetes hacia él.

—Guarde eso. Ahora mismo, estoy bastante enfadada con Adam así que escúcheme. —Especialmente, con Honey presente—. No quiero que me cite, pero la verdad es que, para alguien tan dominante y obsesionado con el control, resulta ser un

tipo muy majo. Es sincero, trabajador y generoso, un buen padre. Es leal a los suyos y cuida de ellos. Con esto no conseguirá una historia muy interesante, pero ese es su problema, no el mío. Si busca historias oscuras sobre Adam Hauptman, deje que le ahorre un esfuerzo inútil. No hay nada oscuro.

No sé qué tipo de reacción esperaba, pero no fue la que obtuve. Ignoró los billetes del mostrador y se inclinó sobre él, invadiendo mi espacio.

—¿Es un buen padre? —preguntó con intención. La sonrisa falsa le desapareció de la cara. Podía oler cómo su ansiedad superaba al enfado.

No respondí. No pensaba ser la responsable de dirigir los ojos de la prensa sobre Jesse cuando Adam había tenido tanto cuidado de mantenerla al margen. Además, las extrañas reacciones del periodista me llevaron a pensar que pasaba algo más.

Black cerró los ojos brevemente.

—Por favor —dijo—, es importante.

Respiré profundamente y pude oler la verdad de sus palabras. La primera verdad completa que había dicho en mi presencia. Aquello era muy importante para él.

Barajé las posibilidades antes de responder.

—¿A quién conoce que sea licántropo?

—¿Es usted una licántropa? —me preguntó.

—No. —Tampoco podía saber si mentía porque él era indudablemente humano. El mismo pensamiento se le debió ocurrir a él. Esquivó su última pregunta con impaciencia.

—No importa. Si me dice por qué afirma que es un buen padre, le hablaré de los licántropos que conozco.

Miedo. No el tipo de miedo que se siente cuando te topas con un monstruo en la oscuridad sino el miedo más lento y más fuerte ante algo terrible que va a ocurrir. Miedo y dolor de una vieja herida, el tipo al que Samuel olía la noche anterior. No fui capaz de ayudarlo, no lo suficiente.

Me quedé pensando en el señor Black que podía ser periodista... o no.

—Quiero su palabra de que no lo utilizará para un artículo —le dije ignorando las cejas arqueadas de Honey.

—La tiene.

—¿Es periodista? —pregunté.

Asintió con la cabeza, fue un movimiento rápido seguido de una mirada de «empieza ya a hablar».

Me lo pensé durante un momento.

—Deje que le ponga un ejemplo. Adam tiene que hablar con las autoridades del gobierno sobre la legislación relacionada con los licántropos. Está metido hasta el cuello en complicadas negociaciones. Cuando su hija le ha necesitado, lo ha dejado todo y ha vuelto aquí aunque contaba con varias personas de confianza a las que podía haber recurrido para que cuidaran de ella.

—Pero ella es humana, ¿no? Su hija. He leído que no se pueden tener hijos licántropos.

Le fruncí el ceño intentando averiguar cuál era el objetivo de la pregunta.

—¿Acaso importa?

Se frotó la cara en un gesto de cansancio.

—No lo sé. ¿Importa? ¿La trataría de forma diferente si fuera licántropa?

—No —respondió Honey. Black se estaba poniendo tan interesante que me había olvidado de ella—. No. Adam se preocupa de los suyos, lobo, humano o lo que sea.

—Me miró deliberadamente—. Aunque ellos no quieran.

Me sentí extraña al intercambiar una sonrisa con Honey así que la borré de mi cara en cuanto pude. Creo que ella sintió lo mismo porque apartó la vista para mirar por la ventana.

—O cuando no le pertenecen —le dije antes de volver con Black—. Ahora hábleme de sus licántropos.

—Hace tres años, mi hija sobrevivió al ataque de un licántropo malvado —empezó. Hablaba rápido, como si eso le resultara más fácil—. Tenía diez años.

—¿Diez? —susurró Honey—. ¿Y sobrevivió?

Como Honey, yo tampoco había escuchado nunca hablar de alguien tan joven atacado y que sobreviviera, especialmente una niña. Las mujeres no sobreviven al cambio tanto como los hombres. Por eso en la manada de Adam había solo tres y casi diez veces más hombres.

Black, perdido en su trágica historia, pareció no escuchar el comentario de Honey.

—Había otro licántropo que mató a su atacante antes de que pudiera terminar con ella. Nos la trajo y nos dijo qué hacer por ella. Me dijo que la escondiera, que una chica joven podía... podía pasarlo mal en una manada.

—Sí —dijo Honey fervorosamente. Tras percatarse de mi mirada inquisitiva, siguió hablando—. Las hembras sin aparear le pertenecen al Alfa. Aquí entran en juego los instintos del lobo, así que no resulta tan terrible. —Sus ojos decían lo contrario—. Incluso si no te gusta demasiado el Alfa. Pero con una niña tan joven... No estoy tan segura de que un Alfa prescindiera de ella. —Respiró profundamente y después susurró, casi para sí misma—. Sé que algunos incluso lo disfrutarían.

Black asintió, como si aquello no le viniera de nuevas, aunque para mí sí lo era. Pensaba que sabía todo lo que hay que saber sobre los licántropos.

—¿Qué pasó cuando se transformó por primera vez? —pregunté. Los humanos no están preparados para tratar con un lobo recién convertido.

—Construí una jaula en el sótano —dijo—. Cada luna llena, la encadenaba y la encerraba allí.

¿Cada luna llena desde hacía tres años?, pensé. Ya debería haber aprendido a controlar su lobo.

—Hace dos meses, rompió la cadena del collar. —Black parecía encontrarse mal—. Conseguí una más gruesa pero esta vez... Mi mujer me dijo que la arrancó e hizo

un agujero en el cemento. Yo estaba en Portland en una conferencia de comercio. Llamé al licántropo que la salvó. Me dijo que se estaba haciendo más fuerte, que tenía que encontrarle una manada. Me dijo que nuestro Alfa local no sería una buena elección. Cuando se enteró de que estaba en Portland, me dio el nombre de Hauptman y el suyo.

Lo sentí por su hija y por él. Lo sentí más aún porque encontrar a un Alfa que no abusara de ella podía ser el menor de sus problemas si aún no había aprendido a controlar a su lobo. Los licántropos que están fuera de control acaban muertos a manos de su Alfa para que no hagan daño a nadie más.

No quería cargar a Adam con la responsabilidad de la muerte de una niña.

—Tal vez haya alguien más cerca de donde vive —dije—. Deje que haga una llamada.

—No —respondió Black retrocediendo dos pasos. Puede que no fuera un licántropo pero sí era rápido. No me di cuenta del arma hasta que la tuvo en las manos—. Está cargada con plata —dijo. La punzada de miedo que noté en él me dio ganas de darle una palmadita en la espalda y decirle que todo saldría bien, eso si no me disparaba y Honey no le mataba.

No creo que estuviera acostumbrado a tales enfrentamientos porque ignoró a Honey y no dejó de apuntarme.

—No va a disparar a nadie, Honey —le dije cuando esta empezó a moverse—. No pasa nada, señor Black. No mencionaré su nombre. ¿Su contacto le ha dicho algo sobre el Marrok?

Negó con la cabeza.

Honey esperó con los ojos fijos en el arma.

—Vale.

El Marrok es algo así como el Alfa de todos los Alfas.

Que había un licántropo principal era una especie de secreto conocido. Todo el mundo sabía que alguien tiraba de los hilos y había grandes especulaciones sobre quién sería. Así que no había desvelado ningún secreto.

Bran no se había dado a conocer ante el público; si las cosas salían mal, quería asegurarse de que el santuario que había establecido en Montana seguía siendo un refugio seguro. Incluso si hubiera salido a la luz, nadie pensaría que él era el Marrok. Pasar desapercibido era uno de los talentos favoritos de Bran, se le daba muy bien.

—Él sabrá mucho mejor que cualquier lobo solitario qué Alfas cuidarán de su hija y de cuáles alejarse. Su trabajo es cuidar de los licántropos, señor Black, asegurarse de que los que son como su hija estén seguros.

Para asegurarse de eso, los que no eran capaces de controlar su parte lobuna perdían la vida de manera rápida e indolora antes de que comenzaran a matar a gente, a personas como sus padres o sus familias.

—Muy bien —dijo por fin—. Llámelo. Pero si dice algo que no me gusta, la mataré.

Le creí, tenía la mirada de un hombre entre la espada y la pared. Honey se acercó lentamente un poco más, probablemente lo suficiente como para detenerle antes de que apretara el gatillo. Probablemente. Eso si realmente quería pararle los pies.

Saqué el móvil e hice la llamada.

—¿Diga? —Era la voz de una mujer.

Mierda. No me caía bien a la mujer de Bran, no de la misma forma que Honey sino más bien del tipo te-mataré-en-cuanto-tenga-la-oportunidad. Ella era la razón por la que siempre llamaba a Bran al móvil y no al teléfono de casa.

—Soy Mercedes —dije—. Llamo por un asunto oficial. Tengo que hablar con tu marido. —Escuché la voz de Bran pero hablaba demasiado bajo como para que pudiera entender nada excepto el tono de mando de su voz. Oí varios clics y otros ruidos que no pude identificar antes de que Bran se pusiera al teléfono.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó con voz tranquila aunque pude escuchar de fondo el tono cortante de su compañera.

Le expliqué brevemente la situación. No le dije que me preocupaba una loba que no sabía controlarse después de tres años pero debió notármelo en el tono porque me interrumpió.

—No pasa nada, Mercy. Una niña encadenada en un sótano no aprende a controlarse porque no se espera que lo haga. Con un poco de ayuda, estará bien. Cualquier niño que sobreviva al ataque de un licántropo antes de la adolescencia tiene fuerza de voluntad de sobra. ¿Dónde vive?

Comuniqué la pregunta de Bran.

Black negó con la cabeza. Aún me apuntaba con la pistola.

Suspiré de forma exagerada.

—Nadie quiere hacerle daño a su hija.

—Vale —dijo la voz de Bran en mi oído—. ¿Hace unos tres años? Un licántropo renegado al que mató un lobo solitario. Hubo dos incidentes que pueden encajar, pero solo uno de los lobos solitarios se preocuparía de ayudar a una niña. Dile a ese hombre que es de algún lugar cerca de Washington D. C., probablemente Virginia, y que su amigo licántropo es Josef Riddlesback.

—No es una buena idea —le dije a Bran mientras miraba a Black a los ojos. Resultaba difícil culparle por la pistola cuando lo único que podía leer en su cara era miedo—. Está preocupado por su hija. Tiene trece años y no quiere que le hagan daño. —Tuve que utilizar el tono de voz para expresar lo preocupado que estaba Black, demasiado como para sorprenderse con los poderes de deducción de Bran.

—Ya veo. Está un poco paranoico, ¿no?

—Totalmente —respondí.

Hubo una breve pausa antes de que Bran hablara.

—¿Tienes papel a mano?

—Sí.

—Bien. Josef tiene razón, ninguno de los líderes de manada de esa zona son del tipo a los que les confiaría una niña. Te daré los nombres con los que la criatura estará a salvo. Son líderes a los que no les importará que un periodista conozca su identidad. Son muy pocos y ninguno está cerca de Virginia. También hay otros. ¿Crees su historia?

—Sí.

—Entonces, también te diré los lugares en los que los Alfas aún no han salido a la luz pública y no tienen intención de hacerlo pero que se ocuparían de una niña. Si quiere arriesgarse, podía ir e intentar que el Alfa se encuentre con él.

Escribí los nombres que me dio, cuatro hombres, incluido Adam, junto con sus números de teléfono. Entonces escribí quince ciudades. Bran pensaba que en estos diecinueve Alfas, de un total de unos ciento cincuenta, se podía confiar para ayudar a una niña sin abusar de ella.

Me hizo darme cuenta de la suerte que tuve de que el pariente licántropo al que acudió mi madre en busca de ayuda cuando se dio cuenta de que podía convertirme en coyote perteneciera al Marrok y no a otra manada.

—También puedes enviármelos a mí —dijo cuando terminó.

—Pero... —Me mordí la lengua. No pensaba decirle al periodista que el Marrok era uno de los lobos que aún no se habían expuesto.

—Confío en tu juicio, Mercy. Ya he criado antes a algún otro inadaptado, por así decirlo. —Como yo.

—Lo sé.

Debió notar la gratitud en mi voz porque yo escuché una sonrisa en la suya.

—A uno o dos. De todas formas, Mercy, dile a ese señor que necesita encontrar a alguien que le ayude lo antes posible. A menos que utilice plata, cosa que le hará daño, dudo que sea capaz de mantenerla dentro de esa jaula para siempre. Por no mencionar que no necesita la luna para transformarse. Algún día, se transformará si le hacen daño o si se asusta y entonces matará a alguien. —Bran colgó.

Le di la lista a Tom Black y le expliqué lo que quería decir. También le transmití el aviso de Bran. Tras digerir las palabras, bajó el arma pero no creo que lo hiciera a propósito. Fue más bien que, sumido en la desesperación, nada más le importaba.

—Escuche —le dije—, ya no puede evitar que sea una licántropa...

—Intentó suicidarse —me confesó con los ojos llenos de lágrimas—. El día después de la luna llena. Le preocupa hacerle daño a alguien. Utilizó un cuchillo para cortarse las venas, pero las heridas cicatrizan demasiado rápido. La llevaría a un maldito psicólogo, pero no quiero correr el riesgo de que le diga a alguien lo que es. Ya piensa que es un monstruo, no necesito que nadie más se lo diga.

Vi cómo Honey abría los ojos de par en par cuando dijo la parte del monstruo. Por la expresión de su cara, ella también pensaba que lo era.

Le fruncí el ceño. No quería sentir compasión por Honey; resultaba mucho más fácil que no me cayera bien. Ella también me frunció el ceño.

—Guarde el arma —le dije a Black con la voz firme que a veces funcionaba con los licántropos. Supongo que también da resultado con los padres apenados porque volvió a meterla en la funda del hombro.

—No necesita un psicólogo —le dije—. Todos los treceaños quieren suicidarse en algún momento u otro.

Recuerdo lo que era tener trece. A los catorce, mi padre adoptivo se suicidó y eso acabó con cualquier impulso posterior que yo pudiera sentir. Nunca le haría algo así a la gente que me importa.

—Imagino que el que te encierren en un sótano una vez al mes tampoco ayuda —continué—. El Marrok me dijo que es perfectamente posible que llegue a controlar su lobo si usted encuentra un Alfa que la guíe.

Se dio la vuelta y se llevó las manos a la cara. Cuando se giró de nuevo, las lágrimas habían desaparecido aunque tenía los ojos húmedos. Cogió el trozo de papel que había escrito y el fajo de billetes, pero solo cuando se lo tendí.

—Gracias por su ayuda.

—Espere —dije mirando a Honey—. Señor Black, el licántropo que habló con usted, ¿le enseñó su lobo alguna vez?

—No.

—¿Y a su hija?

—Solo lo vimos una vez, la noche que nos la trajo. La noche del ataque. Dejó un número en el que podríamos localizarle.

—Así que el único lobo que ha visto es su hija, encadenada y fuera de control en una jaula. Y el único lobo que ha visto ella es el que la atacó.

—Exacto.

Honey era, si cabe, más guapa como lobo de lo que lo era como humana. La miré. Los lobos se comunican muy bien sin palabras; entendió lo que le pedía que hiciera. Aunque, claramente, no comprendió el motivo pero tampoco se opuso estrictamente. Black tenía sus propios secretos, no le contaría a nadie que Honey era una licántropa.

Tras unos momentos de discusión silenciosa durante los cuales Black se desconcertó cada vez más, hablé.

—Honey, por mucho que odie admitirlo, tu loba es maravillosa. Nadie pensaría jamás que eres un monstruo, como tampoco lo es un tigre siberiano o un águila real.

Abrió y cerró la boca, se quedó mirando a Black.

—Muy bien —dijo con una curiosa voz que denotaba timidez—. ¿Puedo usar el baño?

—Tardará un poco —le dije a Black cuando ella se fue—. Unos quince minutos más o menos y puede que espere unos minutos más antes de salir. Transformarse resulta doloroso y, nada más hacerlo, los licántropos pueden estar un poco de mal humor.

—Sabe mucho de licántropos —comentó.

—Ellos me criaron —le conté. Esperé unos segundos, pero no me preguntó por qué. Supongo que le preocupaban más otros asuntos.

—Si yo fuera usted —le dije—, traería a su hija aquí, con Adam. —Bran creía que la chica lo conseguiría con un poco de ayuda, que no era un caso imposible. Adam era muy fuerte y contaba con Samuel, a quien se le daban muy bien los lobos jóvenes. Sus oportunidades en la manada de Adam eran mayores que en cualquier otra—. Adam vive en una casa grande porque otros lobos tienen la tendencia de dejarse caer por aquí sin previo aviso, lo bastante grande como para que usted y su mujer puedan quedarse un tiempo. —Adam aceptaría mi invitación, le conocía lo suficiente como para saber que ni siquiera le molestaría—. Con Adam cerca, su hija no tendrá que ser enjaulada, y creo que ella y toda la familia se beneficiarán al estar con una manada de lobos durante un tiempo. Son peligrosos y aterradores, pero también pueden ser hermosos. —Adam evitaría que su manada asustara a los humanos.

—Josef, el licántropo que conozco, me dijo que ser un licántropo tiene sus ventajas. Me dijo... —La voz de Black se tensó y tuvo que hacer una pausa—. Me dijo que cazando es como mejor se ha sentido nunca. La matanza. La sangre.

Licántropo estúpido, pensé. Menudo comentario que hacerle al padre de una chica de trece años, cierto o no.

—Los licántropos se curan increíblemente rápido —le conté—. Son fuertes, elegantes. Nunca envejecerá. Y la manada... No sé cómo explicárselo, ni siquiera sé si lo entiendo yo misma, pero un lobo en una buena manada nunca está solo.

Le miré directamente a los ojos.

—Puede ser feliz, señor Black. Sentirse segura y ser feliz, y no un peligro para ella y para los demás. Es horrible que la atacaran y un milagro que sobreviviera, nunca había oído hablar de una niña tan joven que superara un ataque. Ser un licántropo es diferente, pero no algo terrible.

Olí a pelaje y me di la vuelta para mirar la puerta antes de que Honey entrara. Era una loba pequeña, del tamaño de un pastor alemán grande, aunque de cuerpo y patas más pesadas. Tenía el pelo de color *beige* claro con una capa más oscura debajo y una línea plateada que le recorría el lomo, casi del mismo color que sus ojos grises cristalinos.

Los hombros de un licántropo son articulados como los de un tigre o un oso más que como los de un lobo, y esto los dota de movimiento lateral y de la capacidad de utilizar sus impresionantes garras. En algunos de los machos mayores, el efecto puede resultar hasta grotesco, pero Honey tenía un cuerpo proporcionado. Cuando se movía, lo hacía con gracia y fuerza, no de forma totalmente cánida.

Le sonreí, ella movió la cola y agachó la cabeza. Tardé un momento en darme cuenta de por qué lo hizo. Puesto que Adam me había declarado su compañera, estaba por encima de ella en la jerarquía.

No recordaba que ningún otro de la manada de Adam actuara ante mí de forma sumisa, pero también era cierto que no solía ver a los miembros de la manada como lobos, ni tampoco como humanos... Teóricamente, su comportamiento debería ser el mismo. Pero algunas cosas le resultaban más difíciles a un humano que a un lobo.

Supongo que a todos les costaba ser sumisos ante un coyote, especialmente porque sabían que solo era la compañera de Adam como un gesto de cortesía.

Aun así, sentí cómo sonreía todavía más al pensar en los estragos que podría causar si insistiera en que todos me trataran según la etiqueta establecida en la manada. No funcionaría; en realidad, me sorprendía que la afirmación de Adam hubiera calado tanto que había evitado que muchos me molestaran, pero tal vez merecía la pena solo por ver la expresión de Adam.

El pelaje de verano de Honey no era tan espléndido como el de invierno pero dejaba ver los músculos de una forma que el de invierno, más grueso, no permitía. Ella también lo sabía y encontró un lugar en el que posar bajo la luz del sol.

Black retrocedió un paso cuando ella se acercó pero, después del primero, permaneció en su sitio. Honey le dejó tiempo para que se acostumbrara antes de seguir avanzando y sentarse a una distancia en que la podía tocar.

—Es preciosa —dijo con la voz un poco tensa. De no haber sido capaz de escuchar la velocidad de su pulso, no habría sabido lo asustado que estaba. Si reaccionaba así ante su hija, no me extrañaba que tuviera problemas.

Honey, sin embargo, era licántropa desde hacía mucho tiempo y su control era excelente. No dejó ver en ningún momento cuánto la provocaba el olor de su miedo así que, unos minutos después, el temor del hombre empezó a remitir.

—¿Mi hija podría ser así? —me preguntó en un tono más descarnado de lo que debería sonar un hombre rodeado de extraños.

Asentí con la cabeza.

—¿En cuánto tiempo?

—¿Ella sola? Eso depende solo de ella. Pero en presencia de un Alfa, inmediatamente.

—No más jaulas —susurró.

No podía dejarle que creyera eso.

—No de metal —le dije—. Pero una vez sea miembro de una manada, estará fuera de su control y pasará a obedecer al Alfa. Ese puede ser un tipo de jaula, pero es mucho más cómoda.

Respiró profundamente, inseguro.

—¿Puede entenderme? —me preguntó señalando a Honey con la cabeza.

—Sí, pero no puede hablar.

—Muy bien. —La miró directamente a los ojos sin darse cuenta de que la estaba desafiando. Casi le digo algo, pero a Honey no parecía molestarle así que lo dejé correr.

—Si tuviera una hija —le preguntó—, ¿la traería aquí? ¿Se la confiaría a Hauptman?

Ella le sonrió, pero no de forma tan amplia como para mostrar los afilados dientes, y movió la cola.

Él me miró.

—Si la traigo aquí, ¿se la llevará de nuestro lado?

No estaba segura de qué contestarle. Adam no lo vería de esa forma, para él, los lobos eran su familia, pero hacerle llegar eso a alguien que no había convivido con una manada era difícil, y me imagino que a un padre le costaría mucho más. ¿Cómo dejas a tu propio hijo, aunque sea por su bien? Era una pregunta que nunca le había planteado a mi madre.

—Él la acogerá —dije finalmente—. Será el responsable de su bienestar y no se tomará esa responsabilidad nada a la ligera. Nunca se negará a dejarle que la vea. Si es infeliz en la manada de Adam, hay otras opciones, especialmente cuando sepa controlarse a sí misma.

—Puede convertirse en una loba solitaria —comentó y se relajó.

Negué con la cabeza, no quería mentirle.

—No. Nunca dejarían a una hembra sola. Por un lado, hay muy pocos machos y, además, estos son demasiado protectores como para dejar a una hembra valerse por sí misma. Pero podría pedir un cambio de manada.

Las líneas de su cara se acentuaron y maldijo. Tres veces. Honey se quejó. Puede que solo fuera un gesto de compasión o una protesta por el pésimo lenguaje. Ya no confiaba en que supiera predecir a Honey.

—¿Qué otras alternativas tiene? —le pregunté—. Si mata a alguien, los lobos tendrán que perseguirla y acabar con ella. ¿Cómo se sentiría ella si hiciera daño a su madre o a usted?

Sacó el móvil y se lo quedó mirando.

—¿Quiere que le llame por usted? —le pregunté.

—No —respondió y rebuscó en el bolsillo el papel con el número de Adam. Se lo quedó mirando también un momento y después continuó, casi en un susurro—. Le llamaré esta noche.

Capítulo 7

—Hola, Mercy. ¿En qué estás trabajando? Parece un Corvette en miniatura.

Levanté la vista y vi a Tony, policía y viejo amigo, normalmente en ese orden, apoyado contra uno de mis bancos de trabajo. Hoy iba vestido informal con una fina camisa y unos pantalones cortos color caqui, una indumentaria apropiada para aquel caluroso día de verano. Tony parecía un tanto crispado. Habían pasado dos semanas desde que el hechicero llegó a la ciudad y, según las noticias locales, la tasa de criminalidad se había disparado como un cohete.

—Buen ojo —le dije—. Es un Opel GT del 71, diseñado por el mismo que diseñó el Corvette. Un amigo se lo compró a un tío que había cambiado el diminuto motor original por el de un Honda.

—¿No lo hizo bien?

—Sí, lo hizo bien. De hecho, hizo un gran trabajo para conseguir que encajara. Yo no podría haberlo hecho mejor. —Le sonreí—. El único problema es que el motor del Honda gira hacia la derecha y el Opel está diseñado para la izquierda.

—¿Y eso qué significa?

Le di un golpecito al elegante guardabarros y volví a sonreírle.

—Circula a solo treinta kilómetros por hora hacia delante, pero puede alcanzar los ciento sesenta hacia atrás si se utilizan las cuatro marchas.

Soltó una carcajada.

—Bonito coche. —Se lo quedó mirando durante un momento y entonces la sonrisa se le borró de la cara—. Escucha, ¿podemos salir a comer? Es un asunto oficial, así que pago yo.

—¿El Departamento de Policía de Kennewick necesita un mecánico? —le pregunté.

—No, pero creo que puedes ayudarnos.

Me limpié, me cambié la ropa de trabajo y me reuní con él en la oficina. Honey me miró cuando entré. La semana pasada, su segunda semana de servicio de guardia, se presentó en vaqueros ajustados con una silla plegable, una pequeña mesa, un portátil y el móvil. Según ella, trabajar en mi oficina estaba casi tan bien como trabajar por su cuenta. Desde el incidente de Black, nos tratábamos con una prudente simpatía.

—Salgo a comer con Tony —le anuncié—. Volveré en una hora o así. Gabriel, ¿puedes llamar a Charlie sobre su Opel y decirle el precio que conseguimos por el motor usado del Mazda RX7? No le hará gracia saber lo que costó, pero el RX encajará.

Honey me miró, pero no protestó ante mi marcha como me había imaginado.

—Espero que no te importe si vamos caminando —dijo Tony cuando salimos al calor sofocante—. Pienso mejor cuando estoy en movimiento.

—Por mí, bien.

Tomamos un atajo hasta el centro de Kennewick sobre las vías del tren y a través de un par de aparcamientos vacíos. Honey nos seguía los pasos, pero era tan buena que no creo que Tony se percatara.

El centro es una de las partes más antiguas de la ciudad, lleno de pequeños negocios en viejos edificios rodeados de casas de estilo neoclásico y victorianas, la mayoría construidas en los años veinte y treinta. Se realizaron muchos esfuerzos para que la zona comercial resultara atractiva pero había demasiadas tiendas vacías para que pareciera un lugar próspero.

Esperaba que me hablara mientras caminábamos, pero no lo hizo. Guardé silencio y le dejé pensar.

—Hace demasiado calor para caminar —dijo al final.

—Me gusta el calor —comenté—. Y el frío. Me gusta vivir en un lugar en el que se den las cuatro estaciones de verdad. Montana tiene dos. Nueve meses de invierno, tres meses en los que casi hace calor, y después el invierno otra vez. A veces, las hojas consiguen cambiar de color justo antes de que caiga la primera nevada. Recuerdo que una vez nevó el Cuatro de Julio.

No dijo nada más, así que supuse que su intención no había sido la de entablar una conversación trivial. Pero tampoco conseguí averiguar qué otra cosa podía pretender con aquel comentario.

Me llevó a una pequeña cafetería donde pedimos en la barra, después nos llevaron a una salita oscura y fresca llena de pequeñas mesas. Los dueños probablemente querían crear la atmósfera de un *pub* inglés. Puesto que nunca había estado en Inglaterra, no sabía si lo habían conseguido, pero el sitio me gustaba.

—Bien, ¿para qué he venido? —le pregunté finalmente después de que una sopa y un sándwich enorme aparecieran delante de mí y la camarera nos dejara solos. Era tarde para comer y pronto para cenar, así que teníamos la sala para nosotros.

—Mira —dijo un momento después—, ese viejo avinagrado que era tu jefe, el que sigue yendo de vez en cuando, es un hada, ¿verdad?

Zee había reconocido públicamente su herencia desde hacía mucho tiempo, así que asentí con la cabeza y le di un bocado al sándwich.

Bebió un trago de agua.

—He visto en tu taller a Hauptman, el licántropo, al menos un par de veces.

—Es mi vecino —le dije. El sándwich estaba muy bueno. Apostaría a que hacían su propio pan. Aunque había probado sopas mejores; demasiado salada.

Tony frunció el ceño y habló con intensidad.

—Eres la única que sabe siempre quién soy, lleve el disfraz que lleve. —Tony era policía de incógnito con un gran talento para cambiar de aspecto. Nos conocimos después de que le reconociera y casi echara a perder su tapadera.

—¿Mmm? —Tenía la boca llena a propósito porque no quería decir nada más hasta que llegara adonde quería.

—Se supone que las hadas pueden cambiar de apariencia. ¿Es por eso que me reconoces siempre?

—Yo no soy un hada, Tony —le dije después de tragar—. Zee sí lo es. Las hadas cambian de aspecto mediante magia, *glamour* lo llaman. No estoy del todo segura de que un hada pueda ver a través del *glamour* de otra; te aseguro que yo no puedo.

Hubo un breve silencio mientras Tony recapacitaba sobre lo que iba a decir a continuación.

—Pero sabes cosas sobre las hadas, y también sabes cosas sobre los licántropos.

—¿Porque Hauptman es mi vecino?

—Porque saliste con él. Un amigo mío os vio juntos en un restaurante.

Le miré y después, deliberadamente, a mi alrededor.

Lo pilló.

—Me dijo que a los dos se os veía bastante a tono.

Derrotada, cedí.

—Salí con él un par de veces.

—¿Seguís juntos?

—No. —Puse demasiado énfasis en la respuesta.

Me había propuesto mantenerme a distancia de Adam desde que casi nos lo montamos en su garaje. Al recordar aquello, me sentí como una cobarde. No quería hablar de Adam si podía evitarlo. La verdad era que no sabía qué hacer con aquella situación.

—No soy un hada. —Decidí no tomarme el resto de la sopa, pero abrí las galletitas y me las comí—. Ni tampoco una licántropa.

Me miró como si no quisiera creerme, pero decidió afrontar mi respuesta de forma directa.

—Pero conoces a algunos, tanto hadas como licántropos.

—Sí.

Tony dejó la cuchara y sujetó el borde de la mesa con las dos manos.

—Mira, Mercy, siempre se producen más crímenes violentos en verano. El calor no calma los nervios precisamente. Ya lo sabemos. Pero nunca había visto nada como esto. Empezó con aquel asesinato-suicidio en el hotel Pasco hace unas semanas, pero no se ha detenido ahí. Estamos haciendo turnos dobles para intentar capear tanto trabajo. Anoche arresté a un tío al que conozco desde hace años. Tiene tres hijos y una mujer que le adora. Ayer volvió a casa del trabajo e intentó matarla a golpes. Esto no es normal, ni siquiera en mitad de una ola de calor.

Me encogí de hombros, me sentía tan impotente como sin duda aparentaba. Sabía que la situación era grave, pero no me había dado cuenta de hasta qué punto.

—Le preguntaré a Zee, pero no creo que tenga nada que ver con las hadas. — Tuve que sofocar cualquier indicio que le hiciera pensar eso; podía resultar peligroso

para Tony si empezaba a husmear. A las hadas no les gusta que la policía meta las narices en sus asuntos—. Lo último que querrían es asustar a la población. Si una de ellas hiciera algo así, toda la comunidad la buscaría y se ocuparía del asunto.

Hacía unos días que no hablaba con Zee. Quizá debería llamarle y comentarle que la policía miraba en su dirección en busca de respuestas a los brotes de violencia, sin mencionar el nombre de Tony. No sé lo que podrían hacer contra un vampiro que era también un hechicero. Las hadas no se organizaban demasiado y tendían a ignorar los problemas del resto del mundo. Sabían lo de Littleton, porque Zee lo sabía, pero parecían satisfechas con que los vampiros y los licántropos se encargaran de buscarlo. Pero si la situación las salpicaba a ellas, quizá ayudaran a encontrarle; Warren y Stefan no habían avanzado demasiado. El movimiento maestro consistiría en conseguir que las hadas centraran sus esfuerzos contra el malo, y no contra la policía.

—¿Qué? —preguntó Tony bruscamente—. ¿En qué estás pensando?

¡Huy!

—Se me ha ocurrido que tal vez fuera una buena idea que Zee sepa lo que me acabas de decir, por si acaso pueden hacer algo. —Sé mentir, pero al vivir entre licántropos que pueden percibir el olor de la mentira, me había hecho adepta a utilizar la verdad en mi favor.

—¿Y los licántropos?

Negué con la cabeza.

—Los licántropos son criaturas bastante simples, por eso son tan buenos soldados. Si hubiera un licántropo renegado ahí fuera, encontraríais —tuve que encontrar rápidamente una palabra que sustituyera a «cadáveres»— animales muertos, no gente que se vuelve loca sin motivo aparente. Los lobos no tienen magia como las hadas.

Me di un ligero golpecito en los muslos y me incliné hacia delante.

—Escucha, estoy encantada de ayudarte con lo poco que sé sobre las hadas y los licántropos. Me encargaré de hablar con Zee, pero como tú has dicho, estamos en mitad de una ola de calor. Llevamos por encima de los cuarenta grados mucho tiempo y no hay signos de que vaya a refrescar. Es suficiente como para volver loco a cualquiera.

Negó con la cabeza.

—A Mike, no. Ni siquiera perdió los nervios cuando su mujer le destrozó su T-Bird del 57. Ya te lo he dicho, conozco a este hombre. Jugué a baloncesto en el instituto con él. Es un hombre de lo más tranquilo. No se le cruzarían los cables y apalearía a su mujer porque se le estropeará el aire acondicionado.

Odio sentirme culpable. Lo odio aún más si sé que no tengo motivos para ello. Yo no era responsable de lo de Littleton.

Aun así, ¿cómo debe ser hacerle daño a alguien que quieres? Me di cuenta de que la situación de su amigo se comía a Tony por dentro. Sentí una potente oleada de compasión y de culpa. Tampoco podía hacer nada.

—Consíguele un buen abogado a tu amigo y haz que él y su familia vayan a un terapeuta. Si necesitas nombres, tengo un amigo que es abogado de divorcios, sé que conoce a un par de consejeros que suele recomendar a sus clientes.

Tony sacudió la cabeza bruscamente y tuve que deducir que estaba asintiendo. Terminamos de comer en silencio. Me saqué un par de dólares del bolsillo y los metí debajo del plato como propina. Estaban empapados en sudor, pero esperaba que las camareras estuvieran acostumbradas a esas cosas este verano.

En cuanto salimos del restaurante, olí a licántropo, y no era Honey. Eché un vistazo a la gente que nos rodeaba y reconocí a uno de los lobos de Adam mirando el escaparate de una tienda de segunda mano. No parecía del tipo al que le interesaran de verdad los cochecitos de bebé antiguos, así que debía estar vigilándome. Me preguntaba qué le habría ocurrido a Honey.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Tony cuando pasamos por delante de mi destacamento de seguridad.

—Nada, me he quedado embobada —le respondí—. Supongo que el calor también me afecta.

—Escucha, Mercy —dijo—. Te agradezco que hayas venido conmigo hoy. Quisiera tomarte la palabra en cuanto a lo de ayudarnos. Seattle y Spokane cuentan con especialistas que tratan con las hadas; algunos de esos policías son hadas. Nosotros no tenemos a nadie así. Tampoco contamos con ningún licántropo. —Sí que lo tenían, al menos, en el Departamento de Policía de Richland, pero si no lo sabían ya, no se lo iba a decir yo—. No estaría mal dejar de ir dando palos de ciego para variar.

Mi intención no había sido ofrecirme para ayudar a la policía; eso resultaría demasiado peligroso. Abrí la boca para decirlo, pero no lo hice.

Según me había dicho Bran, el truco para no buscarse líos es no meter la nariz en los asuntos de los demás. Si se supiera que colaboraba con la policía, podría encontrarme con muchos problemas.

De Adam podía encargarme; lo que me preocupaban eran las hadas, ellas y los vampiros. Sabía demasiado y no esperaba que ellos confiaran tanto en mí como para fiarse de cuánto le contaría a la policía.

Aun así, no me parecía justo que la policía tuviera la responsabilidad de mantener la paz sabiendo solo lo que las hadas y los licántropos querían que supiera. Había muchas formas en las que eso podía resultar mortal. Si le pasara algo a Tony o a alguien de los buenos y yo pudiera haberlo evitado, nunca volvería a dormir una noche entera. Bueno, tampoco es que hubiera dormido muy bien últimamente.

—Vale —dije—. Te daré un consejo. Asegúrate de que tus colegas no atraigan demasiada atención de las hadas sobre este asunto.

—¿Por qué no? —me preguntó.

Di mi primer paso en dirección al abismo y le dije algo que quizá me metiera en problemas de verdad. Miré a mi alrededor, pero si el licántropo aún nos seguía, estaba

haciendo un trabajo estupendo. La gente de Adam era más que competente, así que bajé la voz hasta un susurro.

—Porque las hadas no son tan amables ni están tan indefensas como intentan hacer creer. No sería bueno que decidieran que alguien las culpa a ellas de los brotes de violencia.

Tony se tropezó y casi se cae sobre las vías del tren.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que no te pongas en una situación en la que, al hacerte daño, la comunidad de las hadas pasara a una posición más segura. —Le sonreí para tranquilizarle—. No les interesa hacerle daño a nadie, y suelen vigilarse a sí mismas para que vosotros no tengáis que hacerlo. Si una de ellas quebranta la ley, se ocuparán de solucionarlo. Solo ten cuidado de no convertirte en una amenaza para ellas.

Tardó media manzana en digerir las palabras.

—¿Qué puedes decirme sobre tratar con licántropos?

—¿Aquí? —le pregunté e hice un gesto con la mano para señalar la ciudad que nos rodeaba—. Habla con Adam Hauptman antes de intentar interrogar a alguien que creas que puede ser un licántropo. En otra ciudad, entérate primero de quién está al mando y habla con él.

—¿Necesito el permiso del Alfa antes de hablar con ellos? —me preguntó, incrédulo—. ¿Igual que debemos hacer con los padres de un menor? —Bran había hablado públicamente de los Alfas, pero no había contado exactamente lo rígida que es la estructura de la manada.

—Mmm. —Miré al cielo en busca de inspiración. No me llegó nada así que intenté arreglármelas yo sola—. Un niño no puede arrancarte un brazo, Tony. Adam puede garantizar que respondan a tus preguntas sin hacerle daño a nadie. Los licántropos pueden ser... imprevisibles. Adam puede ayudarte con eso.

—¿Quieres decir que nos dirán lo que él quiera que escuchemos?

Respiré profundamente.

—Es muy importante que entiendas esto: Adam es uno de los buenos. De verdad. No se puede decir lo mismo de todos los líderes de manada, pero Adam está de tu parte. Puede ayudarte y, siempre y cuando no le ofendas, lo hará. Hace mucho tiempo que es el líder de esta manada y por un motivo: es bueno en su trabajo. Déjale hacerlo. No sé si Tony decidió creerme o no, pero pensárselo le mantuvo ocupado hasta que llegamos junto a su coche en mi aparcamiento.

—Gracias, Mercy.

—No te he ayudado. —Me encogí de hombros—. Hablaré con Zee. Joder, quizá conozca a alguien que pueda darnos un respiro con este tiempo. —Lo dudaba. Alterar el clima era Magia Mayor, no algo que cualquier hada pudiera conseguir.

—Si fueras una india de verdad, podrías hacer la danza de la lluvia.

Tony podía tomarme el pelo con ese tema porque su mitad venezolana era en gran parte india, de un tipo o de otro.

Negué con la cabeza, solemnemente.

—En Montana, los indios no tienen danza de la lluvia pero sí tienen la danza de que-pare-este-maldito-viento-y-deje-de-nevar. Si has ido alguna vez a Browning, Montana, en invierno, sabrías que no funciona.

Tony soltó una carcajada mientras entraba en el coche y lo ponía en marcha. Dejó la puerta abierta para que saliera el calor y puso la mano delante de la rejilla para sentir el primer soplo de aire frío.

—Cuando se haya enfriado, ya habré llegado a la comisaría —dijo.

—Dale más potencia —le aconsejé.

Sonrió, cerró la puerta y se marchó. Fue entonces cuando me di cuenta de que el coche de Honey no estaba en el aparcamiento.

Gabriel levantó la vista cuando entré.

—El señor Hauptman ha llamado preguntando por ti —me dijo—. Dice que deberías escuchar los mensajes de tu móvil.

Encontré el teléfono justo donde lo había dejado, encima de una caja de herramientas en la tienda.

«Acabo de recoger a Warren». La voz de Adam tenía ese ritmo calmado y enérgico que utilizaba cuando algo iba muy mal. «Vamos a llevarlo a mi casa. Deberías venir allí».

Llamé a casa de Adam, pero saltó el contestador así que llamé al móvil de Samuel.

—¿Samuel?

—Voy de camino a casa de Adam —me dijo—. No sabré nada hasta que no llegue allí.

No le pregunté si Warren estaba herido. La voz de Adam ya me lo había dicho.

—Estaré allí en diez minutos. —Tampoco es que importara mucho, pensé al pulsar el botón de colgar. No había nada que yo pudiera hacer para ayudar.

Le dije a Gabriel que se quedara y cerrara a las cinco.

—¿Problemas de licántropos? —preguntó.

Asentí.

—Warren está herido.

—¿Estás bien para conducir? —preguntó.

Volví a asentir y salí corriendo por la puerta. A mitad de camino al coche, me di cuenta de que probablemente nadie habría pensado en llamar a Kyle. Dudé. Warren y Kyle ya no estaban juntos, pero no creía que el motivo fuera que ya no se preocupaban el uno por el otro. Encontré el número de la oficina de Kyle en la memoria del teléfono y contacté con su hipereficiente secretaria.

—Lo siento —me dijo—. Ahora mismo no está disponible. ¿Puede darme su nombre y su número?

—Soy Mercedes Thompson. —No resultaba fácil abrocharse el cinturón con una mano, pero lo conseguí—. Mi número es...

—¿Señorita Thompson? Un momento, en seguida le paso.

Hm. Kyle debía haberme incluido en su lista de gente importante. Escuché música clásica mientras yo ponía Chemical Drive y pisaba el pedal. Estaba casi segura de que el conductor del Taurus verde de detrás de mí era el licántropo que me había estado siguiendo.

—¿Qué pasa, Mercy? —La voz tranquilizadora de Kyle reemplazó a Chopin antes de llegar al cartel del BIENVENIDOS A FINLEY.

—Warren está herido, no sé si es grave o no, pero Adam ha avisado a las tropas.

—Voy en el coche, estoy cerca de la Veintisiete y 395 —dijo—. ¿Dónde está Warren?

Detrás de mí, vi unas ráfagas de luz cuando el coche de policía que solía esconderse en el paso elevado de las vías paró al Taurus. Pisé más a fondo el acelerador.

—En casa de Adam.

—Llegaré en seguida. —Al colgar, escuché cómo se abría la puerta de su Jaguar VI2.

No me ganó, pero yo seguía discutiendo con el idiota de la puerta principal cuando él derrapó al frenar lanzando grava por todas partes.

Saqué el móvil y le puse el mensaje de Adam al guardia de la puerta.

—Me está esperando —protesté.

El estúpido negó con la cabeza.

—Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie que no sea de la manada.

—Ella es de la manada, Elliot, eres un imbécil —dijo Honey, que apareció en la puerta detrás del enorme tío—. Adam la reclamó como su compañera, algo que ya sabes perfectamente. Déjala entrar. —Honey agarró a Elliot por el brazo y lo apartó de la puerta.

Cogí a Kyle del brazo y entré con él por delante del enorme y estúpido guardia. Había licántropos por todas partes. Sabía que la manada de Adam solo contaba con unos treinta lobos, pero habría jurado que el salón había casi el doble.

—Él es Kyle —le dije a Honey mientras avanzábamos hacia las escaleras.

—Hola, Kyle —dijo Honey en voz baja—. Warren me ha hablado de ti. —No me había dado cuenta de que era amiga de Warren; el rímel corrido denotaba que había estado llorando.

No nos siguió por las escaleras; sin duda pasaría algunos momentos desagradables con Elliot antes de poder hacer nada más. Idiota o no, Elliot era dominante y, por lo tanto, estaba más alto en la jerarquía que Honey, quien tomó el rango de su marido sumiso. ¿He mencionado ya que la etiqueta de los licántropos sigue estancada en otro siglo? Honey se había expuesto por nosotros.

La casa de Adam tiene cinco habitaciones, pero no necesité adivinar en cuál estaba Warren. Podía oler la sangre desde el final de las escaleras y Darryl, el segundo de Adam, hacía guardia en la puerta como un nubio protegiendo al faraón.

Al verme, frunció el ceño profundamente. Estaba casi segura de que era por meter a un humano en asuntos de la manada. En aquel momento yo no tenía paciencia para eso.

—Ve a rescatar a Honey del imbécil que no me dejaba pasar.

Dudó.

—Ve. —No pude ver a Adam, pero fue su orden la que empujó a Darryl escaleras abajo.

Kyle entró primero en la habitación, pero se detuvo de repente, tapándome la visión. Tuve que asomarme por debajo del brazo y escabullirme para poder echar un vistazo.

Su estado era grave.

Habían quitado toda la ropa de cama y dejado solo la sábana bajera, Samuel trabajaba frenéticamente sobre el cuerpo destrozado y cubierto de sangre que era Warren. No culpé a Kyle por dudar al entrar. Si no le hubiera oído, no hubiera podido saber quién era el hombre tumbado en la cama; quedaba muy poco de él que resultara reconocible.

Adam estaba apoyado contra la pared, apartado de Samuel. A veces, si un miembro de la manada está gravemente herido, la carne y la sangre del Alfa pueden ayudar a curarle. El brazo izquierdo de Adam estaba vendado. Nos miró pero se detuvo más tiempo en Kyle. Cuando se centró en mí, asintió una vez en un gesto de aprobación.

Samuel vio a Kyle e hizo un movimiento brusco con la barbilla para que se acercara a la cabecera de la cama, junto a Warren.

—Háblale —le dijo Samuel—. Podrá superarlo si tiene las ganas suficientes. Solo tienes que darle un motivo. —Entonces, se dirigió a mí—. Aléjate de mí a menos que te pida algo.

Kyle, vestido con unos pantalones de *sport* que costaban más de lo que yo ganaba en un mes, se sentó sin dudarle en el suelo manchado de sangre junto a la cama y empezó a hablar en voz baja de béisbol, de todo. Dejé de escucharle y me concentré en Warren, como si pudiera mantenerlo allí simplemente con mi fuerza de voluntad. Respiraba de forma poco profunda e inestable.

—Samuel cree que se lo hicieron anoche —me susurró Adam—. Tengo a gente buscando a Ben, que estaba con Warren, pero aún no hay ni rastro de él.

—¿Qué hay de Stefan? —pregunté.

Adam entrecerró ligeramente los ojos, pero le miré fijamente de todas formas; estaba demasiado alterada como para preocuparme por la maldita dominancia ni ningún otro tipo de juego.

—No hay ni rastro de ningún vampiro —dijo finalmente—. Quienquiera que le hiciera eso a Warren, le dejó en el Tío Mike. —El Tío Mike era un bar mediocre de Pasco, un lugar frecuentado por hadas—. El hombre que abrió hoy se lo encontró en el contenedor cuando sacaba la basura. Llamó al tío Mike que me llamó a mí.

—Si se lo hicieron anoche, ¿por qué no se regenera? —pregunté mientras me abrazaba con fuerza. Cualquier cosa capaz de hacerle algo así a Warren podría haberle hecho lo mismo o peor a Stefan. ¿Y si Warren moría? ¿Y si Stefan ya estuviera muerto, muerto de los que no se vuelven a levantar, abandonado en algún lugar, en cualquier otro contenedor? Pensé en la alegría con la que Littleton había matado a la camarera. ¿Por qué me había permitido creer que los licántropos y los vampiros serían rivales para él?

—La mayoría del daño se hizo probablemente con una cuchilla de plata —me dijo Samuel con voz ausente; estaba concentrado en su trabajo—. Las otras heridas, los huesos rotos, se curan más despacio porque el cuerpo está saturado intentando curarlo todo a la vez.

—¿Sabes adónde fueron anoche? —pregunté. Las manos de Samuel eran muy rápidas con la aguja. Me sorprendía que fuera capaz de saber dónde poner los puntos cuando Warren me parecía más bien una hamburguesa.

—No lo sé —dijo Adam—. Warren me llamaba para informarme de lo que habían hecho, no de lo que iban a hacer.

—¿Has llamado a casa de Stefan?

—Aunque estuviera allí, aún no se habría despertado.

Saqué el móvil y marqué el número de Stefan; esperé a que saltara el contestador.

—Soy Mercedes Thompson —dije claramente con la esperanza de que estuviera escuchando. Sabía que Stefan no vivía en el nido, pero seguramente no viviría solo. Los vampiros necesitaban donantes de sangre y los voluntarios eran mucho más seguros que saltar sobre alguien en la calle—. Anoche, Stefan salió de caza. Uno de sus compañeros está herido de gravedad y no sabemos dónde se encuentra el otro. Necesito saber si Stefan volvió anoche.

Se escuchó un clic cuando alguien, una mujer, cogió el teléfono.

—No —me susurró y colgó.

Adam estiró los dedos, como si los hubiera estado apretando demasiado.

—Littleton se encargó de dos licántropos y de un viejo vampiro...

—Dos vampiros —dije—. A Stefan le asignaron otro vampiro para que le ayudara.

—Warren dijo que el segundo vampiro no servía para mucho.

Me encogí de hombros.

—Dos licántropos y dos vampiros, entonces.

Adam parecía estar dándole vueltas a algo.

—Stefan ya había sucumbido ante él antes, eso convierte a Warren en el más fuerte del grupo. No es casualidad que sea él a quien nos ha devuelto. Parece que Littleton nos esté diciendo, «Me enviáis al mejor que tenéis contra mí y mirad lo que os devuelvo». Littleton no acabó con él porque quería que supiéramos que no considera a Warren una amenaza. No le importa si Warren sobrevive o no para salir a por él otra vez. Esa... —La voz de Adam se hizo más profunda hasta convertirse en

un áspero rugido—. Esa cosa ha dibujado una línea en la arena y me desafía a que la cruce.

Adam se manejaba bien con los juegos psicológicos. Supongo que es un requisito para ser Alfa. O quizá era herencia del tiempo que pasó en el ejército el cual, según sus historias, no era tan diferente, políticamente hablando, de la manada.

—¿Y los otros? —pregunté.

No dijo nada, simplemente negó con la cabeza. Volví a abrazarme; tenía frío.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —le pregunté.

Sonrió tristemente.

—Voy a jugar al juego de Littleton. No tengo otra opción. No puedo dejarle que se pasee por mi territorio libremente.

Justo entonces, Warren, al que parte de mí no había dejado de escuchar con total atención, dejó de respirar. Adam también lo escuchó y se puso en cuclillas como si hubiera un enemigo en la habitación. Quizá sí lo había. La muerte es un enemigo.

Samuel maldijo, pero fue Kyle quien se levantó del suelo, levanto la barbilla de Warren y empezó a reanimarle con una silenciosa desesperación.

No escuchaba tampoco su corazón, pero debió haberse parado también porque Samuel le dio un masaje cardíaco.

Observé su lucha para salvar la vida de Warren, sintiéndome inútil, otra vez. Estaba harta de no poder hacer nada mientras la gente moría.

Tras lo que pareció un largo tiempo, Samuel apartó a Kyle.

—Tranquilo, ya respira, puedes parar. —Tuvo que repetirlo varias veces antes de que Kyle le entendiera.

—¿Estará bien? —preguntó en un tono muy diferente de su despreocupación habitual.

—Respira por sí solo y le late el corazón —respondió Samuel.

No era exactamente una respuesta afirmativa, pero Kyle pareció no darse cuenta. Volvió a hundirse en la alfombra y empezó a contar una historia como si nunca se hubiera detenido. En su voz no se reflejaba la tensión que mostraba su cara.

—Cuéntame lo que necesito saber sobre los demonios —le dije a Adam, aunque no podía apartar los ojos de Warren; tenía la extraña sensación de que si dejaba de observarle, moriría.

Hubo una larga pausa. Sabía por qué quería saberlo. Si no me decía ahora lo que sabía, si no me ayudaba con lo que quería, entonces no era el hombre para mí.

—Los demonios son malignos, horribles, y no tienen poder a menos que consigan pegarse como un parásito a algún imbécil. O se los invita como huésped, que es lo que hace un hechicero, o se cuelan porque alguien débil de voluntad comete alguna maldad. Una posesión demoníaca simple no dura mucho porque el poseído no puede encontrar la armonía: si el que controla es el demonio, solo buscará una cesa, la destrucción. Un hechicero, alguien que controla al demonio mediante algún tipo de acuerdo, es mucho más mortífero. Un hechicero puede vivir durante años entre los

humanos sin ser detectado. Finalmente, el hechicero perderá el control y el demonio tomará el mando.

Nada que no supiera.

—¿Cómo se mata a un demonio? —le pregunté. Las manos de Samuel volvían a atravesar la carne sangrienta con la aguja y el hilo.

—No se puede —respondió Adam—. Lo único que se puede hacer es eliminar la amenaza matando al anfitrión, Littleton en este caso, un vampiro reforzado por la magia del demonio. —Respiró profundamente—. No es el tipo de presa apta para un coyote. Déjanoslo a nosotros, Mercy. Nos ocuparemos de acabar con él. —Tenía razón y yo lo sabía. Era inútil.

Me di cuenta de que Kyle nos miraba fijamente con los ojos bien abiertos, aunque seguía contando la historia del béisbol, algo de cuando jugó en las ligas menores.

—¿Pensabas que los licántropos eran los peores monstruos que existían en el mundo? —le pregunté a Kyle en un tono desagradable. Hasta que hablé, no me había dado cuenta de lo enfadada que estaba. No era justo que lo pagara con Kyle pero era como si no pudiera mantener la boca cerrada. Había rechazado a Warren por ser un monstruo, quizá debería saber más sobre monstruos de verdad—. Ahí fuera existen seres mucho peores. Vampiros, demonios y todo tipo de criaturas retorcidas. Lo único que se interpone entre ellos y los humanos es gente como Warren. —Mientras hablaba, sabía que no estaba siendo justa. Sabía que a Kyle le habían dolido tanto las mentiras como el enterarse de que Warren era licántropo.

—Mercy —dijo Adam—, shh.

Fue como si a sus palabras las acompañara un viento fresco de tranquilidad que me recorrió llevándose con él toda la ira, la frustración y el miedo, el Alfa que calmaba a uno de sus lobos, solo que yo no era su loba. Lo había vuelto hacer.

Me di la vuelta bruscamente para mirarle; observaba atento a Warren. Si me lo había hecho a propósito, no le preocupaba. Pero estaba prácticamente segura de que le había salido por la fuerza de la costumbre, porque no debería haber funcionado conmigo.

Mierda.

Warren emitió un sonido, el primero que le escuché desde que habíamos llegado a la habitación. Me habría alegrado más si no hubiera sonado asustado.

—Tranquilo, Warren —le dijo Adam—. Aquí estás seguro.

—Pero si te nos mueres, no lo estarás —dijo Kyle con un gruñido que habría dado crédito a cualquiera de los licántropos de la habitación.

Por muy machacado, destrozado o ensangrentado que estuviera, Warren aún podía sonreír. Aunque muy levemente.

Tras haber terminado su trabajo aparentemente, Samuel cogió la vieja mecedora de madera del vestíbulo y la colocó junto a los pies de la cama de Warren dejándole el

sitio junto a la cabecera a Kyle. Samuel se inclinó hacia delante en la mecedora con los codos apoyados en los brazos de la silla y la barbilla sobre las manos entrelazadas. Parecía que se estaba observando los zapatos, pero yo sabía que no era eso. Centraba su atención en el paciente, atento a cualquier cambio en su respiración o en los latidos del corazón que indicara problemas. Era capaz de quedarse allí sentado, sin moverse, durante horas. Samuel tenía la reputación de ser un cazador con mucha paciencia.

Los demás imitamos su silenciosa quietud mientras Warren se perdía en el sueño, excepto Kyle, que siguió con sus historias como bateador a los diez años.

Mientras Warren dormitaba inquieto, se produjo un constante aunque silencioso trasiego de visitantes durante la hora siguiente. Algunos eran amigos, pero la mayoría simplemente querían comprobar los daños que había sufrido. Si Adam o Samuel no hubieran estado allí, habría resultado peligroso para Warren. Los licántropos, fuera de una manada bien dirigida, matarían al herido o al débil.

Apoyado en la pared, Adam observaba a los visitantes con melancólica intensidad. Noté el efecto de su mirada cuando sus lobos (aunque estuvieran en su forma humana, seguían siendo sus lobos) entraban en la habitación. En cuanto le veían, pisaban con más cuidado aún. Agachaban la cabeza, escondían las manos bajo los brazos cruzados, echaban un rápido aunque exhaustivo vistazo a las heridas de Warren y se marchaban. Cuando entró Honey, lucía un moratón a un lado de la cara que se curaba notablemente rápido. Media hora después, no quedaba ni rastro. Miró a Adam brevemente desde el pasillo. Él asintió con la cabeza, era la primera reacción que mostraba ante cualquiera de los visitantes.

Pasó junto a la silla de Samuel y se sentó en el suelo al lado de Kyle. Volvió a mirar a Adam pero, al no objetar nada este, se presentó en voz baja a Kyle, le puso una mano en el hombro y se apoyó en la pared con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

Unos cuantos visitantes después, llegó un hombre rubio con barba rojiza. No le conocía ni siquiera de vista, pero reconocí su olor como uno de los integrantes de la manada de Adam. Había dejado de prestar atención a los visitantes y también habría ignorado a este de no ser por dos cosas.

No cambió su postura al entrar en la habitación, pero Adam sí. Se empujó con los hombros en la pared para erguirse totalmente. Entonces avanzó dos pasos para interponerse entre Warren y el extraño.

El hombre de la barba rojiza era una cabeza más alto que Adam y, por un segundo, intentó utilizar su mayor altura como ventaja, aunque no era rival para el Alfa. Sin una palabra ni un movimiento agresivo, Adam le obligó a echarse atrás.

Samuel parecía no darse cuenta de nada. Dudo que nadie más hubiera notado que estaba preparado en la lenta tensión de los músculos del hombro.

—Cuando se haya recuperado —dijo Adam—, si planteas un desafío justo, Paul, no pararé la pelea.

Según las normas del Marrok, se autorizaban muy pocas peleas, peleas de verdad, no solo un par de bofetadas y algún que otro mordisco. Esa era una de las razones por las que había más licántropos en el Nuevo Mundo que en Europa, de donde proceden los licántropos y las hadas.

Normalmente, puedo ordenar una manada del más dominante al menos (o al revés) simplemente por el lenguaje corporal. A los lobos se les da mejor que a mí. Los humanos, si prestan atención, hacen lo mismo, aunque para ellos no es tan importante como para los lobos. Para un humano, puede significar conseguir un ascenso o no, o ganar una discusión muy peleada. Para un licántropo, la supervivencia depende de la manada, y una manada es una compleja jerarquía social y militar que depende a su vez de que cada miembro sepa exactamente cuál es su lugar.

La dominación entre los lobos es la combinación de una personalidad fuerte, fuerza de voluntad, habilidad física y un componente de otra cosa que no puedo explicarle a nadie que no tenga los ojos, los oídos y la nariz para sentirlo, y aquellos que sí los tienen no necesitan que se lo expliquen. La predisposición a pelear es la definición más cercana que puedo dar. Es debido a esa otra cosa que, fuera de la manada, el dominio natural de un lobo cambia dentro de un rango bastante amplio. Como todos nosotros, hay días en los que están cansados, deprimidos o felices, todo eso afecta al dominio natural.

En una manada, estos cambios naturales se observan con detenimiento. Entre los lobos que son casi dominantes, a veces en una pelea entre ellos la fuerza puede determinar el rango en la manada. El segundo y el tercero de un Alfa son los siguientes dos machos más dominantes del grupo.

Entre enemigos, Warren permanecía en silencio, observando, en vez de adoptar la agresividad típica de un macho dominante. Su destreza en cuanto al lenguaje corporal no era tan buena como la mía porque pasó muy poco tiempo con una manada cuando le Convirtieron. Corría junto a la manada en vez de con ella. Debido a eso, era vulnerable a los desafíos de los lobos que pensaban podían ser más fuertes, mejores y más rápidos.

Sé que fue Adam quien les dijo a los demás que Warren era su tercero. Si Adam hubiera sido menos dominante, menos querido o respetado, se habría derramado sangre tras la declaración. Sabía que la determinación de Adam era la correcta, pero yo era una de las pocas personas ante las cuales Warren bajaba la guardia.

Una minoría importante de los lobos sentía que Warren no era lo suficientemente fuerte para la posición que ostentaba. Sabía, por Jesse más que por ninguno de los lobos involucrados, que algunos querían a Warren fuera de la manada o, incluso mejor, muerto.

Evidentemente, este Paul era uno de esos, lo suficientemente dominante como para desafiar a Warren, algo para lo que Adam acababa de darle permiso.

Paul asintió levemente, satisfecho, y salió de la habitación rápidamente, sin ser consciente de que Warren limpiaría el suelo con él. Eso si Warren sobrevivía porque,

por la atención cuidadosa de Samuel, sabía que eso aún no estaba tan claro.

Adam observó cómo se marchaba con una mirada que denotaba que le daba vueltas a algo. Por fin levantó la vista y se percató de que yo le miraba a él. Entrecerró los ojos, se acercó a mí y me cogió del brazo para llevarme detrás de él fuera de la habitación.

Fuimos hasta la habitación de Jesse, dudó y me soltó el brazo. Llamó una vez a la puerta, despacio, y después abrió. Ella estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la cama, con la nariz roja y lágrimas que le caían despacio por las mejillas.

—Está luchando —le dijo Adam.

Se puso de pie.

—¿Puedo ir a verle?

—Pero en silencio —le dijo.

Asintió y se dirigió a la habitación de Warren. Cuando me vio, dudó y después me dedicó una sonrisa tan brillante como el sol que se cuele a través de las nubes que eran el estado de Warren. Salió rápidamente de la habitación.

—Ven. —Adam me cogió otra vez del brazo —no me gustaba nada ese gesto— y me llevó hasta otra puerta cerrada. Esta vez abrió sin llamar.

Me aferré a mi enfado al soltarme de un gesto brusco y entrar en la habitación. Si estaba enfadada, no tendría miedo. Odiaba sentir miedo de Adam ahora.

Me crucé de brazos y no dejé de darle la espalda; entonces me di cuenta de que me había traído a su habitación.

La reconocí como su habitación aunque no olía a él. Le encantaban las texturas y los colores cálidos, la habitación reflejaba todo eso, desde la alfombra bereber marrón oscuro hasta el enlucido veneciano de las paredes color vainilla. Había un óleo tan alto como yo y el doble de ancho en una de las paredes, la escena de un bosque de montaña. El artista se había resistido al impulso de añadir un águila en el cielo o un ciervo en el arroyo.

Un humano habría encontrado el cuadro aburrido.

Toqué el lienzo antes de darme cuenta de que me había movido. No conocía al artista cuyo nombre estaba garabateado de forma casi ininteligible en la esquina derecha inferior y en una pequeña placa de metal colocada en mitad del marco. El título de la obra era *Santuario*.

Me separé del cuadro y vi a Adam mirándome fijamente. Tenía los brazos cruzados y las marcas blancas de las mejillas me dijeron que estaba furioso. Eso en sí no resultaba extraño. Él tenía un carácter fuerte y a mí se me daba bien cabrearle, aunque últimamente no lo había hecho. Y, precisamente hoy, habría jurado que tampoco.

—No tenía otra opción —me soltó.

Me lo quedé mirando sin la menor idea de qué hablaba.

Mi estúpida expresión pareció cabrearle aún más.

—Así evitaré que Paul le tienda una emboscada. Tiene que ser un desafío real, enfrente de testigos.

—Lo sé —respondí. ¿Es que me tomaba por estúpida?

Adam me observó unos segundos más y después se dio la vuelta para caminar rápidamente de un lado a otro de la habitación. Cuando se detuvo, volvió a mirarme y me habló.

—Warren tiene más control de su lobo que cualquiera de los demás y Ben, a pesar de su actitud, es casi igual de bueno. Era los mejores de mis lobos para enviar en busca del hechicero.

—¿Alguna vez he dicho lo contrario? —le solté. El cuadro me había distraído, pero Adam me recordó que intentaba estar enfadada con él. Por suerte, no resultaba muy difícil.

—Estás enfadada conmigo —me dijo.

—Me estás gritando —le respondí—. Claro que estoy enfadada.

Movió las manos, impaciente.

—No me refiero a ahora, sino a antes, en la habitación de Warren.

—Estaba enfada con el lobo estúpido que ha ido a desafiar a Warren en cuanto le ha visto debilitado. —Eso me recordó el miedo que me había dado Adam cuando utilizó esa cosa de los Alfas para tranquilizarme. Pero aún no tenía ganas de hablar de eso—. No estaba enfadada contigo hasta que me cogiste del brazo y me arrastraste hasta tu habitación para gritarme.

—Joder —dijo—. Lo siento. —Me miró y después apartó la vista. Despojada de su ira defensiva, parecía cansado y preocupado.

—No es culpa tuya lo de Warren y Ben —le dije—. Los dos fueron voluntarios.

—No habrían ido si no se lo hubiera permitido. Sabía que era peligroso —gruñó; la ira volvió tan rápido como había desaparecido.

—¿Crees que eres el único que tiene derecho a sentirse culpable por lo de Warren y Ben?

—Tú no les enviaste —dijo—. Fui yo.

—La única razón por la que supieron de la existencia del hechicero fue por mí —respondí. Después, al ver que realmente se sentía culpable, le confesé mi peor acción—. Recé para que ellos lo atraparan.

Me miró con incredulidad y después soltó una carcajada, un sonido áspero y amargo.

—¿Crees que rezar te hace responsable del estado de Warren?

Él no creía. No sé por qué me sorprendió tanto. Conocía a mucha gente que no creía en Dios, en ningún dios. Pero todos los licántropos con los que había crecido eran creyentes. Adam me miró a la cara y volvió a reírse de mi expresión.

—Qué inocente eres —dijo en un ronroneo levemente enfadado—. Aprendí hace mucho tiempo que Dios es un mito. Me pasé rezando cada hora durante seis meses en una ciénaga apestosa antes de abrir los ojos, y un licántropo chiflado me enseñó que

Dios no existe. —Mientras hablaba, sus ojos se aclararon de marrón cálido a un amarillo frío—. No lo sé. Quizá sí exista. Si es así, es un sádico que observa como Sus hijos se disparan los unos a los otros y se destrozan sin hacer nada al respecto.

Debía estar bastante afectado porque ya decía cosas sin sentido, y Adam siempre hablaba con propiedad incluso cuando gritaba con todas sus fuerzas. Él también se dio cuenta porque se giró bruscamente y se acercó al enorme ventanal que daba al Columbia.

El río tenía allí casi un kilómetro de ancho. A veces, cuando había tormenta, el agua se veía casi negra, pero hoy el sol le daba un tono azul brillante.

—Me has estado evitando —dijo con voz más calmada.

La otra ventana daba a mi casa. Me reconfortó ver que el Golf parcialmente diseccionado le tapaba el centro de la vista.

—Mercy.

Seguí mirando por la ventana. Mentirle resultaría inútil y decir la verdad solo conduciría a la siguiente pregunta, que no quería responder.

—¿Por qué? —preguntó de todas formas.

Miré por encima del hombro pero él seguía mirando por la ventana. Me di la vuelta y me senté sobre el alféizar. Él sabía por qué. Lo había visto en sus ojos cuando me marché del garaje. Y si no lo sabía... bueno, no iba a explicárselo.

—No lo sé —dije finalmente.

Se dio la vuelta y me miró, como si acabara de ver a una presa inesperada, los ojos seguían del color amarillo del cazador. Me equivoqué. Mentir era peor que inútil.

—Sí que lo sabes —afirmó—. ¿Por qué?

Me froté la cara.

—Mira, hoy no soy rival para pelear contigo. ¿No puedes esperar hasta que Warren esté fuera de peligro?

Me miró con los ojos ámbar entrecerrados, pero al menos dejó de presionarme.

Seguí hablando, desesperada por cambiar de tema.

—¿Se ha puesto en contacto contigo el periodista? El de la hija.

Cerró los ojos y suspiró profunda y prolongadamente. Cuando volvió a abrirlos, volvían a ser del color de una tableta de chocolate.

—Sí, gracias por echarme eso encima sin avisar. Pensó que ya me habrías dicho algo; a los dos nos costó un rato darnos cuenta de que no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Entonces, ¿vendrán aquí?

Adam señaló con la mano hacia la habitación de Warren.

—¿Cuando hay algo suelto por ahí que puede hacerle algo así a uno de mis lobos? Iban a venir pero tendré que llamarle y decirle que no es aconsejable. Pero no sé con quién mandarle. No conozco a ningún Alfa en quien confíe para que vigile a mi hija, y la suya es incluso más joven que Jesse.

—Mándalo con Bran —sugerí—. Dice que ha criado a más de un descarriado.

Adam me dedicó una mirada calculadora.

—¿Le confiarías una niña al Marrok?

—A mí no me hizo daño —respondí—. Y muchos otros Alfas lo habrían hecho.

Adam sonrió de repente.

—Eso ya es decir algo. ¿En serio estampaste su Lamborghini contra un árbol?

—No me refería a eso —dije, acalorada—. Muchos Alfas habrían matado a un cachorro de coyote que cayera así en sus manos.

Crucé la habitación en dirección a la puerta. Me detuve allí.

—Fue un Porsche —dije con dignidad—. Y la carretera estaba cubierta de hielo. Si fue Samuel quien te lo contó, espero que también te dijera que fue él quien me incitó para que lo hiciera. Voy a ver cómo está Warren.

Adam seguía riéndose por lo bajo cuando cerré la puerta a mis espaldas.

Conduje hasta casa sola unas horas después. Samuel se quedaría toda la noche para asegurarse de que nada salía mal, al menos nada más de lo que ya había ocurrido. Kyle también se quedó: estaba segura de que se necesitaría más que una manada de licántropos para sacarle de aquella habitación.

No había nada que yo pudiera hacer por Warren, ni por Stefan. O Ben. ¿Por qué la gente a la que quería no necesitaba solo a alguien que les arreglara el coche? Eso podría hacerlo. ¿Cuándo empecé a preocuparme por Ben? Era una rata asquerosa.

Pero la sensación desagradable de mi estómago era en parte por él también. Joder. A la mierda todo.

Tenía dos mensajes esperándome en el contestador cuando llegué a casa. Uno de mi madre y el otro de Gabriel. Le devolví la llamada a Gabriel y le conté que Warren estaba gravemente herido, pero que se recuperaría. No podía enfrentarme a mi madre. No sin llorar, y no quería hacerlo hasta que supiera seguro qué había ocurrido.

Cené ramen pero le di la mayor parte a Medea, que ronroneó al beberse el caldo. Recogí las cosas de la cena, pasé la aspiradora y limpié el polvo. Se puede saber cómo va mi vida según lo limpia que esté mi casa. Cuando me siento alterada, cocino o limpio. No podía comer nada más, así que limpié.

Apagué la aspiradora para mover el sofá y me di cuenta de que el teléfono había estado sonando. ¿Habría pasado algo más?

Cogí el auricular y pulsé el botón de HABLAR.

—Residencia Thompson.

—Mercedes Thompson, a la Señora le gustaría hablar contigo. —La voz femenina era educada, la de una secretaria. Miré por la ventana y vi que el sol se escondía bañando Horse Heaven Hills con una luz naranja brillante.

Toda la rabia frustrada que había intentado calmar reapareció con furia. Si la Señora de Stefan hubiera puesto a todos sus subordinados tras la pista del hechicero en vez de jugar a estúpidos juegos de poder, Warren no estaría luchando por su vida.

—Lo siento —dije sin fingir sinceridad—. Por favor, informa a tu Señora de que no me interesa visitarla. —Colgué el teléfono. Cuando sonó otra vez, apagué el timbre y quité los cojines del sofá para limpiar debajo.

Cuando me sonó el móvil, casi lo ignoro también porque no reconocí el número. Pero podía ser alguien de la manada de Adam, o Stefan.

—¿Diga?

—Mercedes Thompson, necesito que me ayudes a encontrar a Stefan y a matar al hechicero —dijo Marsilia.

Sabía lo que debería hacer. Si hubiera dicho cualquier otra cosa, le podría haber colgado, lo habría hecho sin importarme lo estúpido que resultaría colgarle a la Señora del nido de los vampiros. Pero me necesitaba, necesitaba que hiciera algo.

Matar al hechicero.

Pero eso era ridículo, ¿qué podía hacer yo que dos vampiros y un par de licántropos no habían sido capaces?

—¿Por qué yo?

—Te lo explicaré cara a cara.

Era buena, eso debía concedérselo. Si no hubiera estado esperando escucharla, no habría captado la satisfacción en su voz.

Capítulo 8

Aunque era casi medianoche, el aparcamiento del Tío Mike estaba lleno, así que tuve que aparcar en el almacén de al lado. Mi pequeño Golf no estaba solo, pero parecía inquieto entre tanta camioneta y tanto SUV. No sé por qué a las hadas les gustan tanto los coches grandes, pero nunca te encontrarás a una conduciendo un Geo Metro.

Hay varios bares cerca de la reserva de las hadas en Walla Walla, a unos cien kilómetros hacia el norte por la autopista, que se anuncian como locales frecuentados por las hadas para atraer publicidad. Había también un bar nuevo, no muy lejos de mi taller, que decía ser una guarida de licántropos. Pero el tío Mike no se anunciaría en busca de clientes, ni tampoco verás muchos humanos en su local. Si algún humano estúpido, atraído por el número de coches del aparcamiento, les hace una visita, un sutil hechizo le alejará de allí rápidamente. El Tío Mike es un local para las hadas, aunque tolera a la mayoría de las especies sobrenaturales, siempre y cuando no causen problemas.

Me negué a ir al nido sin Stefan. Podía ser cabezona, pero no estúpida. Tampoco pensaba invitarla a mi casa, es mucho más fácil invitar al mal que sacarlo fuera después. Ni siquiera estaba segura de cómo se desinvitaba a un vampiro, aparte de que sabía que era algo imposible. Así que sugerí que nos encontráramos en el Tío Mike, un sitio neutral.

Esperaba encontrármelo más vacío puesto que era una noche de trabajo. Aparentemente, a la clientela del Tío Mike no le preocupaba tanto como a mí levantarse pronto por la mañana.

Abrí la puerta y el sonido salió de golpe como el agua por una presa. Dudé ante el fuerte volumen y, entonces, una mano firme se posó en mi pecho y me empujó haciéndome tambalear hacia atrás. La puerta se cerró y me quedé sola con mi asaltante en el aparcamiento.

Di un segundo paso hacia atrás para poner más espacio entre los dos; deseaba haber cogido un arma. Entonces le miré bien y me relajé. Iba vestido con una túnica verde y mallas que no se diferenciaba mucho del atuendo de los hombres de Robin Hood: era el uniforme del personal del Tío Mike.

Parecía de unos dieciséis años, alto y delgado, con una leve sombra de pelo sobre el labio que en unos años se convertiría en bigote. Sus rasgos eran normales, ni muy pronunciados ni muy poco marcados, tampoco estaban distribuidos de forma que resultaran atractivos de forma evidente.

Me dedicó un ligero gesto y olí el fuerte aroma astringente de la magia de las hadas. Entonces, se dio la vuelta sobre sí mismo y se dirigió hacia la puerta. Era el portero. Joder, era la segunda vez hoy que alguien intentaba echarme de algún sitio.

—No soy humana —le dije, impaciente, mientras le seguía—. Al tío Mike no le importa que venga por aquí. —Bueno, tampoco es que el tío Mike se hubiera fijado mucho en mí.

El chico bufó y se dio la vuelta; el enfado le oscurecía los rasgos. Levantó las manos y las ahuecó. Esta vez, el olor de la magia era tan fuerte como el amoníaco y me despejó la nariz. Tosí ante la inesperada fuerza del olor.

No sé qué pretendía hacerme porque la puerta de detrás de él se abrió y salió el propio tío Mike.

—Tranquilo, Fergus, no quieres hacer eso, ¿me oyes? Déjalo ya. Por todos los... Pensaba que eras más listo. —Tenía un acento irlandés tan pegajoso como la miel y su voz debió ejercer algún tipo de magia también porque el portero bajó las manos al oír la primera palabra.

El tío Mike tenía el aspecto que debería tener cualquier dueño de taberna. Parecía que se hubiera metido en mi cabeza para captar todas las imágenes de los libros y películas que había leído y visto para crear la caricatura perfecta. Su expresión era agradable, pero más carismática que atractiva, de estatura media, hombros anchos, brazos gruesos y manos fuertes de dedos cortos. Tenía el pelo castaño rojizo, pero no había pecas en su piel morena. La oscuridad de la noche le robaba el color a sus ojos pero yo sabía que eran castaño-verdosos. Enfocó todo su poder en el desafortunado empleado.

—Ahora, Fergus, sé útil y dile a Bidy que tiene que vigilar la puerta el resto de la noche. Después, ve con Cook y dile que quiero que te mantenga ocupado hasta que te acuerdes de que matar a los clientes no es bueno para el negocio.

—Sí, señor. —Visiblemente intimidado, el portero se escabulló por la puerta y desapareció en el interior del local. Tal vez habría sentido lástima por él de no ser por la parte de «matar a los clientes».

—Bien —dijo el tío Mike dirigiéndose a mí—, tendrás que disculpar a mi empleado. Ese demonio está creando caos de todo tipo por aquí y mantiene las ganas de matar a flor de piel, como ya has visto. Creo que no es la mejor noche para que una de tu especie se una a la fiesta.

Puede que sonara más educado que una amenaza de muerte, pero resultó mucho más efectivo para mantenerme fuera. Mierda.

Me tragué mi gruñido e intenté que mi voz sonara tan educada como la suya.

—Si no soy bienvenida, ¿puedes hacer que alguien vaya a buscar a Marsilia y le diga que la espero aquí fuera?

Se quedó blanco de la sorpresa.

—¿A santo de qué has quedado con la reina de los vampiros? Juegas en aguas demasiado profundas como para que tardes en ahogarte, niña.

Creo que fue lo de «niña» lo que me disparó. O tal vez el cambio del viento que me trajo a la nariz el olor a basura, lobo y sangre junto con el aroma único de Warren

lo que me recordó que le habían dejado allí tirado, desangrándose y moribundo, solo unas horas antes.

—Quizá si las hadas movieran el culo de vez en cuando podría quedarme en aguas menos profundas —dije; todos los intentos de parecer educada habían desaparecido—. Conozco las viejas historias, joder, sé que tenéis poder. ¿Por qué os quedáis sentados mirando como el hechicero mata gente? —Intentaba no incluir a Stefan entre las víctimas, pero parte de mí ya estaba de luto y eso añadió un punto temerario a mi lengua—. Supongo que os da miedo que os ponga «las ganas de matar a flor de piel», tiene mucho más sentido quedarse esperando a que pase. —Warren también podía haber hecho lo mismo. Entonces, estaría seguro en casa y no desangrándose en la habitación de invitados de Adam—. Especialmente porque es un asunto de vampiros. La gente que muera por el camino es un simple efluvio, nada de que preocuparse.

Sonrió ligeramente, pero solo consiguió que me cabreara aún más.

—Vale, sonrío como si no pasara nada. Supongo que tú también habrás matado a los tuyos. Pues esto también te afecta. Los humanos no son estúpidos, saben que esto es algo fuera de lo normal, algo maligno, y los únicos que conocen capaces de hacer algo así sois vosotros.

Ahora sonreía de oreja a oreja, pero levantó una mano en un gesto para que me detuviera.

—Lo siento, cielo. Era solo la imagen. Uno no se imagina a un mecánico utilizando palabras como «efluvio», ¿verdad?

Me quedé mirándole fijamente. Quizá el ser viejo, y el tío Mike era muy viejo, le daba una perspectiva diferente pero...

—Lo siento —dije e incluso yo fui capaz de percibir la ira que impregnaba mi voz—. Intentaré ceñirme a palabras de uso común y más sencillas cuando discuta algo relacionado con la muerte de... —Intenté sumar mentalmente, pero me detuve porque no estaba segura de cuánta gente había muerto mientras Daniel estuvo bajo el control del hechicero—. ¿Quince personas?

La sonrisa se le borró de la cara por completo y el aspecto de dueño de taberna desapareció.

—Diría que unas cuarenta, más bien, aunque no dudo que encontraremos aún más. No todas aquí, en Tri-Cities. Los demonios tratan con la muerte y la podredumbre. No es nada para sonreír ni tampoco para dejarlo pasar. Mis disculpas. —Hizo una reverencia, un movimiento brusco que terminó tan rápido que no estaba segura de si lo había visto o no—. Me había hecho gracia yo mismo y tu uso del lenguaje. Incluso después de todo este tiempo, se me sigue olvidando que se pueden encontrar héroes en lugares y personas inesperados, como en mecánicas capaces de convertirse en coyotes. —Se me quedó mirando fijamente durante un minuto, una tímida sonrisa le cruzó la mirada; no era nada parecido a las expresiones que solía mostrar su cara—. Al ser una heroína a la que está a punto de explotarle una granada

en las manos por los demás, tienes derecho a que te cuente por qué no hemos movido un dedo al respecto. —Hizo un gesto con la cabeza señalando a la taberna—. La supervivencia de las hadas pende de un hilo, Mercedes Thompson. Morimos más rápido de lo que nos reproducimos, incluso si contamos a los media-sangres. Todo empezó la primera vez que los humanos forjaron la espada de hierro, pero las balas de plomo acaban con nosotros más rápido de lo que jamás pudo el acero, los diablillos como Siebold Adelbertsmiter son una excepción entre nosotros.

Se detuvo, pero yo esperé. Todo eso ya lo sabía, como cualquiera que se molestara en encender la televisión o leer el periódico.

—Aquí hay seres muy poderosos —dijo—. Seres capaces de incitar a la población humana a iniciar una ola genocida que borre de la faz de la tierra a todas las hadas cuya existencia se conociera. Si el hechicero centra su atención en nosotros, si nos obliga a matar a alguien delante de las cámaras, cosa que es capaz de hacer, será el fin de las hadas.

—Los licántropos se enfrentan al mismo problema —le dije—. Pero eso no ha detenido a Adam. Podía habérselo dejado todo a los vampiros. Apuesto a que en el bar hay al menos cuatro que podrían destruir al monstruo incluso antes de enterarse de que le estaban buscando.

Cerró los puños y me dio la espalda, pero no antes de que pudiera ver algo más en su cara, algo hambriento.

—No. Subestimas su poder, Mercedes. La mayoría de nosotros no somos más inmunes a la magia de los vampiros que cualquier humano, ni tampoco hay muchas almas lo suficientemente puras como para resistirse al demonio. No querrías que controlara a uno de nosotros. —Se giró de nuevo hacia mí con el aspecto que siempre había tenido, ese instante de algo más había desaparecido, como si nunca hubiera ocurrido.

Retrocedí un paso de todas formas porque mis instintos me decían que yo no era el mayor depredador del lugar.

—Pero, por si a alguien se le ocurría salir en busca del hechicero —dijo con voz suave y tranquila—, los Señores Grises han declarado este tema asunto de los vampiros, así que no podemos meternos. Los Señores Grises sí que consideran a los humanos un efluvio, Mercy. Un efluvio muy peligroso. No están dispuestos a preocuparse demasiado por unas cuantas muertes humanas.

Al mirarle a los ojos, supe tres cosas. La primera, que el tío Mike era uno de los pocos que habría perseguido al hechicero. La segunda, que odiaba y temía a los Señores Grises. La tercera, que no consideraba a los humanos un simple efluvio.

No estaba segura de qué era lo que más me sorprendía.

—Entonces —dije—, ¿eso significa que me dejas entrar a buscar a Marsilia?

Asintió despacio con la cabeza.

—No me interpondré en tu camino. —Me tendió el brazo en un gesto anticuado. Posé mis dedos ligeramente sobre él y le dejé que me llevara hacia el bar.

Justo antes de llegar a la puerta, se detuvo.

—Que no te acompañen los lobos cuando salgas a buscar al hechicero.

—¿Por qué no?

—Fergus ha trabajado para mí desde hace tres veces veinte años. Durante ese tiempo, nunca le había levantado la mano de forma violenta a ningún cliente. Ese demonio con el que carga el hechicero lleva la violencia como el río a los pececillos. Su mera presencia borra todo rastro de autocontrol e incita la furia y la violencia. El efecto de un demonio sobre un licántropo es como el vodka sobre el fuego. Me sonó como el relato de Tony de los disturbios crecientes a los que se enfrentaba la policía. Bran también había mencionado algo de eso pero sus palabras no denotaban tanta gravedad. Si me paraba a pensarlo, el repentino arrebato de Adam de unas horas antes podía explicarse fácilmente con una mezcla de mal carácter y preocupación, y Samuel se encontraba más inestable de lo normal últimamente.

—¿Por qué no le dijiste a Adam que Warren y Ben estaban en peligro? —le pregunté.

—No sabía que Adam había enviado a sus chicos de caza hasta que no vi a ese pobre muchacho tirado en mi puerta, aunque debería habérmelo imaginado.

¿Bran era consciente del peligro cuando Adam envió a Warren y a Ben con Stefan? Le di un par de vueltas. Probablemente. Pero Bran no era de los que les decía a los suyos dónde estaban sus límites. Es posible que no se hubiera equivocado. La preocupación y el miedo de saber que el demonio podía acabar con su autocontrol habría hecho la mitad del trabajo por él.

Decidí que yo tampoco se lo habría dicho. Lo que significaba que tampoco podía decirles que pensaba salir de caza, y fuera lo que fuera lo que Marsilia tenía en mente, estaba harta de quedarme sentada esperando. A los coyotes se les daba bien merodear sin ser vistos y podían atrapar una presa mucho mayor de lo que la mayoría se imaginaba. Si Marsilia me ofrecía ayuda, bien. Si no, iría en su busca yo sola.

Entré al bar con el tío Mike. Había un grupo de heavy metal tocando aquella noche y el sonido de la batería y de la guitarra distorsionada lograron que mi cabeza latiera al ritmo de la música y que mis sentidos se colapsaran. Conozco a algunos lobos a quienes les encantan los lugares como este, los encuentran relajantes. Yo no. Me ponen nerviosa porque no sé quién ni qué se me acerca por detrás.

El tío Mike me acompañó por delante de la mujer de la taquilla, que me miró sorprendida; él la ignoró. Se inclinó hasta que sus labios estuvieron bien cerca de mi oído.

—Tengo que ir a dirigir el bar, pero no te perderé de vista mientras estés aquí.

Abrí la boca para darle las gracias, pero me tapó los labios con un dedo antes de que pudiera decir nada.

—Nada de eso, muchacha. Sé que Zee te ha enseñado unas cuantas cosas. Nunca le des las gracias a un hada o te encontrarás lavándole los calcetines o pagándole el alquiler antes de que puedas decir efluvio diez veces.

Tenía razón. Sabía que no debía hacerlo y posiblemente me habría acordado antes de haber dicho nada. Pero aprecié el gesto de todas formas.

Arqueeé las cejas e hice un comentario con fingida inocencia.

—Pero tú no harías algo así.

Sonrió ante la broma y me despidió con la mano.

—Ve a buscar a tus vampiros, muchacha. Yo tengo que ganar dinero.

Nadie me molestó lo más mínimo, pero noté el peso de los ojos de las hadas sobre mí mientras avanzaba con cuidado entre la multitud. Era difícil no chocar con alguien en una sala tan llena como aquella, pero no me olvidé de la advertencia del tío Mike e intenté que mis extremidades permanecieran lo más cerca posible de mí. El humor de la multitud estaba bastante cargado. Mis oídos no me ayudaban mucho, pero las emociones que captaba mi nariz no eran muy felices.

Encontré a los vampiros en el extremo más apartado de la pista de baile. Marsilia llevaba un vestido blanco estilo años cincuenta que me evocaba imágenes de Marilyn Monroe, aunque la vampiresa no poseía ninguna de sus suaves curvas. Incluso bajo la tenue luz, su piel se veía demasiado pálida en contraste con el vestido blanco.

Alguien debería decirle a Marsilia que su estilo no la favorecía. Quizá, si me pinchaba lo suficiente, se lo soltaría yo misma.

Parecía que yo también tenía el mal genio a flor de piel.

Me detuve donde estaba, sorprendida ante mi pensamiento, y me di la vuelta despacio pero no vi a Littleton por ninguna parte. Ni tampoco lo oí. Empecé la marcha hacia los vampiros. Marsilia solo había llevado un escolta y no me sorprendió comprobar que era Andre, el amigo y rival de Stefan. Mientras zigzagueaba entre la gente tuve tiempo de pensar en cómo jugar mis cartas. Marsilia sabía que ya me había enganchado, lo único que faltaba era determinar quién estaba al mando. Puesto que era casi seguro que fuera yo quien arriesgara el pellejo, me interesaba asegurarme de dirigir la partida. Me saqué el colgante que siempre llevaba de dentro de la camiseta para que pudieran ver bien el estilizado cordero de plata al acercarme.

No llevo cruces. De niña, tuve una mala experiencia con una. Además, un crucifijo fue el instrumento en el que murió Nuestro Señor, no sé por qué la gente piensa que un elemento de tortura debería ser el símbolo de Cristo. Cristo fue un sacrificio consentido, un cordero, no una cruz en la que pudiéramos colgarnos, al menos esa es mi interpretación. Quizá otros piensan de forma diferente sobre la religión y Dios.

De todas maneras, mi pequeño corderillo me funciona igual de bien contra los vampiros como se supone que lo haría una cruz, y Marsilia lo sabía.

Cuando me acerqué a la mesa, les sonreí enseñándoles los dientes. Entonces, cogí la silla que me habían dejado y la giré para poder sentarme al revés con los brazos cruzados sobre el respaldo. En una manada de lobos, un poco de insolencia puede librarte de un montón de moratones.

Me dije a mí misma que no les mostraría debilidad a aquellos depredadores. No estaba en su territorio y no tenían poder sobre mí. Bueno, no a menos que considerara su superioridad en cuanto a fuerza, y que tenían más práctica que yo a la hora de matar. Así que intenté no pensar en eso. Al menos, el ruido evitaría que escucharan latir mi corazón como el de un conejo.

—¿Y bien? —dije—. ¿Quieres que vaya a la caza de un vampiro por ti?

La cara de Marsilia no podía permanecer más impasible, pero Andre arqueó una ceja.

—A la caza de un hechicero, por supuesto —murmuró. Vestía de blanco al igual que Marsilia. El color natural de su piel, aunque todos los vampiros estaban pálidos por la falta de sol, era lo suficientemente oscuro como para que el blanco le quedara bien. Llevaba una camisa de seda, de corte oriental, con bordados blancos sobre blanco. Le quedaba mucho mejor que la camisa de pirata.

—Hmm. —Le dediqué otra sonrisa a Marsilia—. Pero me necesitáis porque soy una cambiante y se supone que se nos da bien matar vampiros. Y este hechicero es eso exactamente. Un vampiro.

Marsilia me devolvió la sonrisa y la expresión parecía más humana de lo que nunca le había visto; probablemente le suponía un esfuerzo.

Le dio vueltas al vaso casi vacío entre las manos, haciendo girar el líquido negro como la tinta. No sabía si en el Tío Mike se servía sangre en copas de vino, pero puesto que lo único que olía eran diferentes sabores de alcohol, esperaba que no. Sin embargo, con todo el espectáculo que estaba montando, supongo que quería que creyera que podía ser sangre y que me pusiera nerviosa.

—Gracias por encontrarte aquí conmigo —dijo al final.

Me encogí de hombros y exageré un poco.

—Iba a salir a buscarlo de todas formas. —Me di cuenta después de decirlo de que era cierto—. Pero puesto que es un vampiro, contar con tu aprobación lo hace más... —Fingí que buscaba la palabra—. Seguro para todos.

Estaba jugando a un juego peligroso. Si le hacía pensar que representaba un peligro real para el nido, me mataría. Pero si no me respetaba, probablemente acabaría también muerta.

Suspiró y dejó la copa en la mesa.

—Te criaste con los lobos, Mercedes, así que entiendo la necesidad de jugar a juegos de poder, pero dos de los míos andan desaparecidos y temo por ellos. Stefan era de los más fuertes del nido, pero el regreso de los restos de uno de sus acompañantes me dice que ha fallado.

Su lenguaje corporal no era muy alentador. Quizá sí le preocupaban de verdad sus vampiros, pero su comportamiento me puso los pelos de punta. Para los lobos, el lenguaje corporal es más importante que las palabras, y el suyo era totalmente equivocado, enviaba mensajes que su voz contradecía. No era capaz de distinguir a cuál debería hacer caso.

—«Restos» es una palabra un poco fuerte —comenté—. Warren no está muerto.

No dijo nada más durante un momento mientras daba golpecitos en la mesa con el mismo ritmo que utilizó la última vez que la había visto. Pensé que no había reaccionado como ella esperaba, ¿acaso debía haber aceptado su ayuda de buena gana?

—Sé que crees que es culpa mía por haber enviado a Stefan solo —dijo al final—. Había razones para que pareciera un castigo, pero Stefan era un soldado. Reconocía una misión cuando se la encomendaban. Sabía que creía en él igual que sabía que no me quedaba otra opción que enviarle a perseguir a esa criatura.

Eso sí pude creerlo.

—Ella pretendía que me pidiera ayuda a mí —intervino Andre—. Es culpa mía que no lo hiciera. Stefan y yo éramos... Somos amigos desde hace mucho tiempo pero cometí un error y está enfadado conmigo. —Me miró y me sostuvo la mirada un momento, pero apartó los ojos cuando yo le evité. Me preguntaba qué habría hecho de haberle dejado atraparme.

Continuó como si nada hubiera pasado. Quizá así era.

—Daniel era de Stefan cuando aún era humano. Era más frágil de lo que parecía y murió mientras me alimentaba. Solo pasa un instante en el que se puede decidir traer a alguien de vuelta, Mercedes Thompson. Menos de cinco latidos humanos. Pensé que reduciría el coste para todos si le convertía en vampiro en vez de mandarlo de forma permanente bajo tierra.

Marsilia le tocó la mano y me di cuenta de que su discurso no iba dirigido a mí, sino a ella.

—Le diste un regalo a Daniel —dijo—. Es una amplia recompensa por tu error.

Andre agachó la cabeza.

—Stefan no pensó lo mismo. Al convertirlo, Daniel pasó a ser mío y Stefan está convencido de que lo hice a propósito.

Los vampiros eran tremendamente difíciles de leer, pero pensé que probablemente Stefan tendría razón. Andre se alegró demasiado por algo relacionado con Stefan y Daniel la noche del juicio de Stefan.

—Un gesto muy cruel por su parte —le dijo Marsilia.

—Se lo habría devuelto —siguió Andre—, pero estaba esperando a que Stefan me lo pidiera.

Ahí estaba. Los vampiros también tenían estúpidos juegos de dominación.

Marsilia negó con la cabeza.

—Tal vez no haya sido algo tan malo que Stefan no te eligiera a ti. Ahora podría estar aquí sola hablando con la cambiante y con mis dos mejores soldados muertos. —Centró su atención en mí otra vez—. Así es como pienso facilitarte el trabajo, Mercedes. Te dejaré a mi mano izquierda para que te guarde las espaldas —dijo al señalar a Andre— ya que mi mano derecha está desaparecida. Y compartiré contigo toda la información que tengo.

—¿A cambio de qué? —le pregunté aunque mi respuesta me salió de forma automática. Ella pensaba que Stefan estaba muerto.

Cerró los ojos durante un momento y después se me quedó mirando a la frente. La versión vampírica de la educación, supongo. Aunque a mí me hizo sentirme como si tuviera una mancha en la frente.

—A cambio de que encuentres a esa maldita cosa. Puesto que ha matado a Stefan, tengo que aceptar que cualquier otro vampiro que sea enviado será destruido del mismo modo. Eres la mejor esperanza que tenemos de acabar con él.

—Y además —añadí fríamente—, si no lo consigo, ¿qué habrás perdido? —No respondió pero tampoco fue necesario—. Ahora dime, ¿cómo puedo matar a ese hechicero?

—Igual que a cualquier otro vampiro —dijo.

—La mayor parte de lo que sé procede de *Drácula*, así que puedes empezar a contarme partiendo del punto de que no sé nada.

—Muy bien —accedió—. Una estaca de madera en el corazón funciona; también la inmersión en agua bendita o la exposición a la luz del sol. Se dice que los grandes santos podían matarnos con su fe pero no creo, a pesar del cordero —señaló con la mano mi colgante—, que tu fe sea lo suficientemente fuerte para eso. Pero llévate tu pequeño cordero contigo, Mercedes, porque puede que funcione tan bien con los demonios como con los vampiros.

—¿Qué era eso que podían hacer los cambiantes por lo que los vampiros les temían? —pregunté.

Ella y Andre se quedaron totalmente quietos. No pensaba que me respondería. Pero lo hizo. Más o menos.

—Lo primero ya lo sabes —dijo—. La mayoría de nuestros poderes no tienen efecto sobre vosotros. Gran parte de nuestra magia resulta inútil.

—El conjuro de la verdad funcionó —señalé.

—Esa silla no actúa con magia vampírica, Mercedes, no del todo. Aunque creo que sois una presa difícil para todo tipo de magia. Pero la magia de la sangre tiene poder en sí misma, al igual que las cosas muy antiguas. Y esa silla es muy antigua.

—No pretendía distraerte —comenté educadamente invitándola a que volviera al tema principal.

Me dedicó una falsa sonrisa.

—No, supongo que no. Los cambiantes también pueden hablar con los fantasmas. Parpadeé.

—¿Y? Mucha gente, incluso humanos perfectamente normales, pueden hablar con fantasmas.

Empujó la silla hacia atrás.

—Creo que te he respondido a suficientes preguntas. —Miró a Andre así que supe que él tampoco me aclararía nada—. Creo que deberías empezar por descubrir adónde fue Stefan anoche.

—Warren no puede hablar, al menos no por un tiempo —le dije. Tenía la garganta destrozada. Samuel creía que tardaría varios días en curarse.

—Stefan tiene la costumbre de hablar con su gente —me dijo—. Están asustados. No quieren hablar conmigo ni con los míos pero supongo que sí hablarán contigo. Andre te llevará a casa de Stefan donde podrás hablar con los animales salvajes.

Entonces desapareció. Supongo que podría haberse envuelto en sombras como hacen algunas de las hadas, pero no podía olería, no podía sentirla por ninguna parte.

—Odio cuando hace eso —comentó Andre antes de tomar un trago de su vaso—. Sobre todo es envidia, supongo. Stefan también podía hacerlo. Fue el único que consiguió ese regalo de ella. Me quedé en silencio durante un momento, reflexionando sobre Marsilia. Había hecho un esfuerzo por parecer humana aquella noche, aunque solo lo había conseguido en cierto modo. Aunque dudando, decidí que había sido prácticamente sincera sobre lo que quería de mí y por qué. Estaba casi segura de que creía que yo era la clave para encontrar al hechicero, ya fuera por mi resistencia a la magia de los vampiros o por mi «habilidad» para hablar con fantasmas.

Tampoco veía fantasmas a todas horas.

Ya era bastante bicho raro, una metamorfa que no respondía ante la luna y que se transformaba en coyote. No era humana ni licántropa ni hada. No me gustaba pensar que podía ser más rara de lo que creía.

Levanté la vista y vi a Andre observándome pacientemente. Para mis ojos acostumbrados a los licántropos, no me parecía uno de los mejores soldados de Marsilia. No tenía los hombros anchos, ni masa muscular. Tal vez le hubiera estado halagando porque estaba a su lado, pero lo dudaba.

—¿Se ha teletransportado? —le pregunté. Me habían dicho que los fuegos fatuos eran las únicas criaturas que podían teletransportarse de verdad.

Me sonrió y se encogió de hombros.

—No sé cómo se hace, pero es una de las razones por las que estamos seguros de que Stefan se ha marchado. Si aún estuviera con nosotros, no podrían encerrarle fácilmente.

—No pareces muy afectado —le dije. No quería pensar en que Stefan había muerto, de forma permanente, quiero decir.

Se encogió de hombros en un gesto que podría haber significado cualquier cosa.

—Creo que Stefan se ha ido, Mercedes Thompson; visto de blanco para honrarle, al igual que la Señora. Pero no hay nada que pueda hacer respecto de su muerte, excepto acabar con su asesino. —Hizo una pausa y dejó el vaso con mucho cuidado—. No nos conocemos lo suficiente como para que me ponga a llorar sobre tu hombro.

La sombra de ira en su voz hizo que le apreciara un poco más.

—Muy bien —dije—. Enséñame entonces cómo encontrar la casa de Stefan.

Estábamos a mitad de camino de la puerta cuando la multitud ya no nos dejó pasar. Andre fue más rápido que yo. Se detuvo donde estaba mientras yo intentaba rodear a una mujer particularmente grande que tenía justo delante de mí.

—Quietos ahí, pavos —dijo con una voz lo suficientemente profunda como para que me vibrara el pecho—. Huelo a humano en un bar de hadas. —Al terminar de pronunciar sus palabras, la música se detuvo y los sonidos de la gente hablando y moviéndose se apagaron.

Cuando me di cuenta de que se refería a mí, aunque se dirigía a la sala en general, se me ocurrieron varios comentarios ingeniosos pero estúpidos sobre su sentido del olfato; yo no era humana en absoluto, no en el sentido al que ella se refería. Sería una gran estupidez porque solo alguien muy tonto se pondría a saltar como un loco encima de un panal.

A veces, cuando un lobo cometía un terrible crimen, toda la manada impone un castigo y hace pedazos al que ha violado su ley. Pero antes de que todo empiece, se da un momento de quietud opresiva en el que el culpable está solo, rodeado por la manada. Entonces, uno de los lobos se mueve y empieza la frenética carnicería. Esta gente daba esa sensación, como si estuvieran esperando a que alguien empezara algo.

—Tengo permiso del tío Mike para estar aquí —dije en voz baja, para no enfrentarme a nadie. No tenía ni idea de qué tipo de hada era, ni qué hacer para evitar un enfrentamiento.

Abrió la boca visiblemente nada apaciguada justo cuando alguien gritó.

—Una prenda.

Pensé que el grito procedería del bar, pero en seguida fue secundado por una multitud de voces. Cuando se silenciaron, la mujer enfrente de mí miró a su alrededor y preguntó a la sala en general.

—¿Qué tipo de prenda, pavos?

Prenda, pensé, algún tipo de regalo, quizá. O de sacrificio.

El tío Mike se abrió paso a través de la multitud hasta que estuvo delante de mí con expresión pensativa. Todos esperaban su juicio, señal de su poder.

—Música —dijo finalmente—. Mi invitada nos brindará el regalo de la música por nuestra hospitalidad.

La enorme mujer suspiró cuando el tío Mike dio un paso hacia atrás y apartó al hada que tenía al lado para que yo pudiera ver el pequeño escenario donde seguían los músicos. Había dos guitarras y un bajo. No sé de dónde procedían los sonidos de la batería porque no había ninguna a la vista.

Uno de los guitarristas me sonrió, saltó del escenario y les hizo un gesto a los demás para que le imitaran. Me dejaron el escenario libre.

Arqueé una ceja al mirar al tío Mike y me dirigí al escenario. Me di cuenta de que Andre se había mezclado con la multitud. A él, un vampiro, no le molestarían como tampoco lo habrían hecho con uno de los licántropos. Yo, que no era ni licántropa ni vampiresa, era presa no vedada.

Me preguntaba si el tío Mike les habría dejado hacerme pedazos de no ser consciente de que, miembro de la manada o no, los lobos me habrían vengado; aunque de mucho no me habría servido la venganza. La ayuda del tío Mike resultaba mucho más útil.

Cuando me subí al escenario, uno de los guitarristas intentó pasarme su instrumento con una floritura.

—Aprecio el gesto —le dije educadamente—, pero no sé tocar. —Solo sabía tocar el piano, y tampoco demasiado bien. Tuve suerte de que las clases de piano también incluyeran lecciones vocales.

Miré a mi alrededor en busca de inspiración. La solución obvia era elegir una canción celta, pero la rechacé tan rápido como se me había ocurrido. Las canciones folk, al menos la mayoría, tienen varias versiones y un montón de gente que afirma que la suya es la verdadera. En un grupo compuesto mayoritariamente por hadas celtas que buscaban una razón para matarme, cantar una canción celta sería una estupidez.

Había también algunas hadas alemanas, los alemanes no eran tan tiquismiquis con su música pero la única canción alemana que conocía era *O Tannenbaum*, un villancico para niños que no impresionaría a nadie, aunque mi voz tampoco les impresionaría. Tenía tono y volumen, pero no demasiado talento.

Aquello convertía la elección de la canción en algo muy importante. Jugábamos a un juego y si me intimidaba demasiado, ni siquiera el tío Mike podría salvarme el pellejo. Un insulto sutil daría mejor resultado. No una bofetada en la cara sino un toquecito en el costado.

También necesitaba una canción potente porque mi voz no es ni bonita ni suave. Algo que sonara bien a capela. A pesar del aire acondicionado, en la sala hacía un calor sofocante y mi mente estaba lenta, aunque también podía ser por el miedo.

Deseé que fuera invierno y que el ambiente fuera fresco y me espabilara... Quizá fue eso, quizá fue el pensamiento recurrente de *O Tannenbaum*, pero supe lo que iba a cantar. Sentí como mis labios se movían.

Respiré profundamente ayudada del diafragma y empecé a cantar.

—Santa la noche, hermosas las estrellas...

Así, en una sofocante noche de julio canté un villancico para una sala llena de hadas a las que los cristianos y sus frías espadas echaron de sus tierras de origen.

Había escuchado cantar esa canción en voz baja hasta que la magia de esa primera Navidad acaba flotando en el aire. Ojalá pudiera cantarla de esa forma. En vez de eso, canté a voz en grito porque así es como suena mejor mi voz.

Cerré los ojos para no ver al público y dejé que la simple verdad de las palabras me recorriera como una oración hasta que llegué a «Postrados». Entonces abrí los ojos, miré fijamente a la mujer que había iniciado todo aquello y le canté el resto de la canción.

Cuando murió la última nota, la enorme mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Se giró hacia el tío Mike y le dio un golpe en el hombro que le hizo retroceder casi un paso.

—Buena prenda —dijo—. Hmm. —Entonces se alejó con sus fuertes pasos por el medio de la multitud hasta el fondo de la sala.

Si hubiera esperado un aplauso, me habría decepcionado. La sala se tranquilizó y las hadas volvieron a los asuntos que estaban tratando antes de que yo me volviera tan interesante. Aun así, no fue peor que cuando canté en una actuación un viernes por la noche delante de Bran en Aspen Springs.

Uno de los músicos, el que me había ofrecido su guitarra, me sonrió e intercambiamos posiciones.

—Te ha faltado un poco en las notas más altas —me comentó—. Pero no ha estado mal.

Le devolví la sonrisa con algo de desgana.

—Un público difícil.

—Sigues viva, muchacha, ¿verdad? —dijo imitando la cadencia de la voz de la mujer.

Le saludé con la mano y me dirigí hacia la salida. No vi a Andre, pero el tío Mike se reunió conmigo en la puerta y me la sujetó abierta.

En el porche, aguanté la puerta y le miré.

—¿Cómo sabías que podía cantar una nota?

Me sonrió.

—Te crio un galés, Mercedes Thompson. ¿No es Thompson un nombre galés? Además, al coyote también se le conoce como el cantor de las praderas. —Se encogió de hombros—. Aunque, claro, no era mi vida la que estaba en juego.

Bufé en un gesto de comprensión.

Se llevó un dedo a la frente y cerró la puerta con firmeza.

Capítulo 9

Andre me estaba esperando en el aparcamiento, de pie junto a uno de los Mercedes negros intercambiables del nido, listo para llevarme a casa de Stefan, como si yo fuera tan estúpida como para subirme al coche de un vampiro que no conocía.

A pesar de las objeciones de Andre, le seguí en mi coche en vez de dejar que él me llevara. Aparte de ir más segura, cuando termináramos, podría conducir directamente hasta casa en vez de tener que esperar a que me llevara de vuelta hasta el Tío Mike.

Él tenía razón, tal vez hubiera resultado útil hablar y trazar un plan de acción, si confiara en él un poco más o si no tuviera que madrugar para ir a trabajar. Las facturas no esperan porque mi amigo haya sido triturado como la carne de una hamburguesa o porque la señora de los vampiros quiera que encuentre a un hechicero que ha matado ya a más de cuarenta personas.

Apreté con fuerza el volante e intenté no mirar el salpicadero roto donde Stefan, el tranquilo y apacible Stefan, había clavado el puño. ¿Qué le había cabreado tanto? ¿Que el hechicero le hubiera vencido?

¿Qué había dicho Stefan? Que sabía que algo le pasaba a sus recuerdos porque no se acordaba de mí. Que yo era importante para él.

Stefan era un vampiro, me recordé. Los vampiros son malvados.

Estiré la mano y toqué el salpicadero. *Lo hizo porque yo estaba herida*, pensé.

Él también era importante para mí; no quería que desapareciera para siempre.

La casa de Stefan se encontraba en las colinas de Kennewick, en una de las nuevas subdivisiones del lado este de la autopista 395. Era una enorme casa de ladrillos en un amplio terreno y en cuya entrada había un camino circular, el tipo de casa que debería tener a generaciones de niños creciendo en ella. Rodeada por construcciones de columnas falsas y ventanas enormes que ocupaban dos pisos, debería dar la impresión de estar fuera de lugar. En vez de eso, parecía satisfecha con lo que era. Podía ver a Stefan en aquella casa.

—Será mejor que llames a la puerta —dijo Andre cuando bajé del coche—. Ya se han negado a dejarme entrar una vez esta noche... con todo tipo de excusas. Puede que Stefan me perdone por lo de Daniel, pero su rebaño no lo olvidará. —Sonaba ligeramente arrepentido, como un niño que ha tirado una pelota de béisbol por la ventana.

A pesar de la avanzada hora, había luces encendidas por toda la casa. Cuando me paré a pensarlo, me di cuenta de que tenía sentido que el personal de un vampiro trabajara a horas intempestivas.

El venir aquí me había parecido un paso lógico a dar cuando Marsilia nos lo dijo, pero no había pensado mucho en lo que aquello significaba.

Dudé antes de llamar. No quería conocer a la gente de Stefan, no quería saber que los tenía allí igual que un granjero el ganado. Me gustaba Stefan y quería que siguiera siendo así.

La cortina de la ventana de al lado de la puerta se movió un poco. Ya sabían que estábamos allí.

Llamé al timbre.

Escuché ruido detrás de la puerta, como si un montón de gente se moviera de un lado para otro, pero cuando se abrió, solo había una persona en la entrada.

Parecía tener unos años más que yo, entre treinta y cinco y cuarenta años. Llevaba el pelo negro y rizado justo por encima del hombro. Vestía de forma conservadora con una camisa a medida y pantalones de *sport*. Parecía una mujer de negocios.

Creo que sería muy atractiva, pero tenía los ojos y la nariz hinchados y rojos y la cara demasiado pálida. Se echó hacia atrás en un gesto que era una invitación silenciosa. Yo entré, pero Andre se detuvo de forma brusca justo en el umbral.

—Tendrás que volver a invitarme, Naomi —dijo.

Tomó aire, temblorosa.

—No. No hasta que él vuelva. —Me miró—. ¿Quién eres y qué quieres?

—Me llamo Mercedes Thompson —le dije—. Intento averiguar qué le ha pasado a Stefan.

Asintió con la cabeza y, sin decirle una palabra más a Andre, le cerró la puerta en las narices.

—Mercedes Thompson —repitió—. Sé que Stefan te aprecia. Diste la cara por él delante de los demás vampiros, y cuando creíste que estaba en apuros, nos llamaste. —Volvió a mirar a la puerta—. Stefan revocó el permiso de Andre para entrar en casa, pero no estaba segura de si aún funcionaría con Stefan... desaparecido. —Miró hacia la puerta un momento y después se giró hacia mí con un esfuerzo evidente por mantener la compostura. A su expresión le sentaba mejor el control que el miedo.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte, señorita Thompson?

—No pareces el tipo de persona que... —Sin duda había un término educado para referirse a alguien que deja voluntariamente que un vampiro se alimente de ella, pero yo no lo conocía.

—¿Qué te esperabas? —me preguntó, cortante—. ¿Niños pálidos llenos de tatuajes y marcas de colmillos?

—Mmm —respondí—. He conocido a Daniel.

Sus expresivos ojos se nublaron.

—Ya, Daniel. Sí. Tenemos a un par más como él. Contamos con algún estereotipo pero no abarcan a todos. Si conocieras al rebaño de otro vampiro, encontrarías algo más parecido a lo que esperabas. Stefan no es típico en nada. —Respiró

profundamente—. ¿Por qué no vamos a la cocina y te preparo un té mientras me preguntas lo que quieras saber?

Además de Stefan, había al menos otras diez personas viviendo en la casa: podía olerías. Se mantuvieron escondidos mientras Naomi me llevaba a la cocina, pero pude oír a alguien susurrando cerca de nosotras. Educadamente, no metí la cabeza en la habitación de la que procedían los susurros.

Una mesa de carnicero que no cabría en la mayoría de habitaciones de mi caravana dominaba desde el centro de la cocina. Naomi sacó un taburete alto, se sentó y me hizo un gesto para que la imitara. Al hacerlo, el pelo se le movió y dejó a la vista la piel inmaculada de su cuello.

Se percató de mi mirada y se apartó el pelo aún más para que pudiera comprobar que no había marcas rojas.

—¿Satisfecha? —me preguntó.

Respiré profundamente. Quería que me sintiera incómoda, pero el subidón de adrenalina del Tío Mike se me había pasado y solo me encontraba cansada.

Me eché el pelo hacia atrás yo también y me di la vuelta para que pudiera ver las marcas de colmillos del cuello. Ya se habían curado casi por completo así que ya no llevaba vendaje, pero la piel seguía roja y brillante. Probablemente me dejarían cicatriz.

Contuvo la respiración y se acercó para tocarme el cuello.

—Stefan no te ha hecho eso —dijo con menos convicción en el tono de voz que en las palabras.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté.

—Alguien te royó —comentó—. Stefan tiene más cuidado.

Asentí.

—Esto me lo hizo la misma criatura que Stefan perseguía.

Se relajó.

—Es verdad. Dijo que te atacó.

Stefan hablaba con ella. Eso era buena señal.

—Sí. —Saqué otro taburete y me senté en él—. ¿Sabes adónde fue Stefan anoche?

Negó con la cabeza.

—Le pregunté pero no quiso contármelo. Dijo que no quería que fuéramos a buscarlo si no volvía a casa.

—¿Estaba preocupado por vosotros?

—Sí, pero no en el sentido que tú piensas —respondió una nueva voz a mis espaldas.

Miré por encima del hombro y vi a una mujer joven con ropa ancha y el pelo largo y liso. No nos miró, simplemente abrió la nevera y estudió el contenido.

—¿Y eso por qué?

Levantó la mirada y le hizo una mueca a Naomi.

—Le preocupaba que ella provocara que nos mataran a todos intentando rescatarle. Si él muere, ella también. No inmediatamente, pero pronto.

—No estoy preocupada por eso —mintió Naomi, pude oírlo en su voz.

—Verás, aquí la profesora tiene leucemia. —La chica más joven sacó un cartón de leche y bebió de él directamente—. Mientras ella juegue a ser su banco de sangre, las donaciones de Stefan mantienen su cáncer bajo control. Si él lo deja... —Hizo un sonido como si le faltara el aire y se ahogara, después le dedicó una falsa mirada de satisfacción a Naomi—. A cambio, ella actúa como la administradora de Stefan, paga las facturas, se ocupa de los impuestos, hace las compras... Por cierto, Naomi, no queda queso. —Volvió a meter el cartón en la nevera y la cerró.

Naomi se bajó del taburete y se enfrentó a la chica.

—Si está muerto, se te acabó el vivir del cuento. Quizá deberías volver con tu madre y con su nuevo marido. Al menos, hasta que la Señora te encuentre y te entregue a otro vampiro. Quizá Andre te quiera.

La adolescente se limitó a mirarla fijamente con una fría expresión de burla. Naomi me miró.

—Ella no sabe más que yo —dijo.

Volvió a observar fijamente a la chica y se marchó indignada. Claramente, la joven se había llevado la victoria en aquel enfrentamiento. Pensé que sería una buena licántropa.

—Soy Mercedes Thompson —dije al girarme sobre el taburete para poder apoyar los codos sobre la mesa y recostarme en una posición nada amenazadora—. Estoy buscando a Stefan.

Miró a su alrededor como si también le buscara.

—¿Sí? Pues no está aquí.

Asentí y fruncí los labios.

—Lo sé. Uno de los lobos con los que estaba anoche volvió en muy mal estado.

Levantó la barbilla.

—Stefan nos dijo que tú no eres licántropa.

—No —accedí.

—Sea lo que sea lo que acabó con Stefan podría limpiar el suelo con ese viejo vampiro de ahí fuera. —Hizo un gesto con la barbilla señalando la puerta principal—. ¿Qué te hace pensar que tú puedes ayudar a Stefan?

—Marsilia cree que sí puedo. —Observé el impacto que le produjo el nombre. Durante un momento, incluso con el velo de pelo oscuro que le cubría la cara, capté un atisbo del miedo que se elevaba desde las profundidades de la casa. Todo el mundo allí estaba atemorizado. La casa apestaba a miedo.

—Si Stefan no vuelve —me dijo en voz muy baja, y de repente sonaba mucho más mayor—, creo que todos estamos muertos, no solo la doctora Pantalones ajustados. Antes o después, desapareceremos todos. La Señora no querrá que vayamos por ahí cotorreando sobre ellos así que nos repartirá entre el resto de sus

vampiros, nos pondrá en sus reservas de animales. La mayoría de ellos no son tan cuidadosos con su alimento como Stefan. No se controlan cuando tienen hambre.

No sabía qué decir que no sonara a obviedad así que cogí un hilo de sus palabras y tiré de él.

—¿Stefan os mantiene con vida más tiempo que los demás?

—Él no mata a los de su reserva —dijo. Me acordé de que al Zoo de Londres una vez lo calificaron como reserva de animales. Se encogió de hombros con una despreocupación estudiada—. A la mayoría, al menos. Cuando nos toma, debemos quedarnos un par de años pero después, excepto Naomi, y eso tampoco es culpa de Stefan, somos libres para marcharnos.

—¿Por qué un par de años? —le pregunté.

Me miró como diciendo «¿Por qué eres tan estúpida?».

—Él tarda ese tiempo en establecer una conexión lo suficientemente importante como para asegurarse de que no vayamos por ahí contando que nos relacionamos con vampiros.

—¿Cuánto tiempo llevas con Stefan?

—Este agosto hará cinco años —respondió aunque no podía tener más de veinte. Escondí mi sorpresa, pero no debí hacerlo muy bien porque me sonrió con suficiencia—. Doce. Tenía doce años. Pero Stefan era mucho mejor que estar con mis padres, te lo puedo asegurar.

Los vampiros son malvados. Es curioso como sigo intentando olvidar ese rasgo de Stefan.

—Probablemente tú sabes más de vampiros que yo —le dije cambiando de táctica para poder obtener más información—. Yo crecí con licántropos y, aunque hace mucho tiempo que conozco a Stefan, la mayoría de nuestras conversaciones giran en torno a coches. ¿Te importa que te haga algunas preguntas?

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué sabes de esa cosa a la que perseguía?

—No habla mucho con nosotros —me dijo—. No como hablaba con Daniel. Dijo que era un vampiro endemoniado.

Asentí.

—Más o menos. Aparentemente, si consigo matar al vampiro, el demonio desaparecerá y no habrá más vampiros endemoniados. Marsilia me dijo cómo matar a un vampiro. —Dejé de hablar y le dejé que lo pensara durante un minuto. Era bastante despierta; no tardó mucho en llegar a la misma conclusión que yo.

—¡Uf!, acojona bastante tener que ir a la guerra con la Señora como informadora. Te diré todo lo que necesitas saber. —Me recorrió con la mirada pero no se impresionó—. ¿De verdad cree que puedes matar a esa cosa?

Empecé a asentir pero me detuve.

—No tengo ni idea de lo que piensa Marsilia. —Al tío Mike no le pareció estúpida la idea de que yo fuera a la caza del hechicero. Pero no estaba segura de si

podía fiarme del hada mucho más que de la vampiresa—. Tampoco me importa mucho. Mataré al hechicero o moriré en el intento.

—¿Qué te dijo ella?

—Me dijo que podía matar al vampiro con una estaca de madera en el corazón, con agua bendita o con la luz del sol. Apoyó la cadera contra la nevera y negó con la cabeza.

—Mira, lo de la estaca de madera funciona, pero es mejor si es de roble, fresno o tejo. Si lo matas así, tienes que cortarle la cabeza o quemar el cuerpo después para asegurarte de que sigue muerto. Recuerda, un vampiro muerto es igual a ceniza. Si hay cuerpo, volverá, y volverá muy cabreado contigo. Cortarle la cabeza también es una buena idea pero resulta difícil. No es probable que se queden parados esperando a que te acerques con la sierra mecánica. La luz del sol también funciona, pero lo de la estaca y el sol es como darle a un tío una patada en las pelotas, ¿sabes?

Negué con la cabeza, fascinada.

—Todos saben que lo vas a hacer, no se pondrán en peligro si pueden evitarlo. Y si la cagas, lo único que conseguirás es cabrearlos más. El agua bendita puedes descartarla. Necesitarías una piscina entera llena de agua bendita para matar a uno.

—Entonces, ¿cómo se mata a un vampiro de forma permanente?

Frunció los labios.

—Lo mejor es el fuego. Stefan dice que arden muy bien una vez han empezado.

—¿Stefan te ha contado todo esto? —Intenté imaginarme la conversación.

Asintió.

—Claro. —Me observó a conciencia—. Mira, no sé adónde fue, pero sí sé que estaba muy atento a las noticias locales y a los periódicos. Tenía un mapa de Tri-Cities en el que marcaba dónde había violencia. Ayer estaba muy alterado por algo que había descubierto sobre el patrón que seguía.

—¿Tienes el mapa? —le pregunté.

—No, se lo llevó con él y tampoco nos lo enseñó a ninguno.

Me deslicé del taburete.

—Gracias...

—Rachel.

—Gracias, Rachel.

Asintió con la cabeza y volvió a abrir la nevera sin fijarse más en mí. Me dirigí despacio hacia la puerta principal, pero no apareció nadie más así que salí.

Andre me estaba esperando sentado sobre la capota de su coche. Se bajó de un salto.

—¿Saben algo? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No saben dónde está, pero he descubierto cómo decidía dónde buscar. Tal vez nos sirva de ayuda.

Miré a Andre y me pregunté si Marsilia había omitido a propósito la parte de cortar la cabeza al vampiro al que se le ha clavado la estaca. No me costó mucho decidir que así era.

—¿Cómo matarías a Littleton? —le pregunté.

—Quemándolo —me dijo sin pensárselo—. Es la manera más rápida. Lo de la estaca funciona, pero habría que decapitarlo después.

No significaba nada. De mi pregunta pudo deducir que se lo había preguntado a la gente de Stefan.

—Eso no es lo que me ha dicho Marsilia.

Me sonrió con falsedad.

—Si solo le clavaras la estaca, ella podría capturarlo, hacerlo suyo. No existen muchos vampiros, Mercy, y se tarda mucho tiempo en crearlos. Si Daniel no hubiera pertenecido a Stefan durante tanto tiempo, habría muerto de forma permanente. Marsilia no quiere desperdiciar a un vampiro, especialmente no a uno que posee todos los poderes de un demonio. Si resulta herido de gravedad, hay formas de traerle de vuelta bajo el control de un vampiro más poderoso, como Marsilia. Eso haría que su posición fuera inexpugnable.

—Entonces, ¿solo quieres capturarlo?

Andre negó con la cabeza.

—Quiero muerto a ese cabrón. Permanentemente muerto.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Stefan y yo somos amigos desde hace mucho tiempo. —Giró la cara hacia la luz que iluminaba el camino—. Tenemos nuestras diferencias, pero es más bien como una pelea familiar. Sé que Stefan estaba muy enfadado, pero se le habría acabado pasando. Por culpa del hechicero, nunca tendré la oportunidad de hacer las paces con él.

—¿Tan seguro estás de que Stefan se ha ido?

La furgoneta Volkswagen de Stefan seguía aparcada a un lado del garaje, cubierta con una lona para proteger su inusual pintura. ¿Qué tipo de vampiro conducía una furgoneta pintada como la Máquina del Misterio? Las Navidades pasadas, le regalé un Scooby Doo de tamaño real para que lo pusiera en el asiento del copiloto.

Debió escuchar en mi voz la respuesta que quería porque negó con la cabeza despacio.

—Mercedes, es difícil mantener prisionero a un humano. Y es casi imposible encerrar a un vampiro. Stefan es capaz de... No creo que pudieran encarcelarlo y aun así no ha vuelto a casa. Sí, creo que se ha ido. Haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que Littleton siga sus pasos.

Él y Adam hablaban con total sensatez. Tuve que creerme que Stefan se había ido, y que Ben y el joven vampiro al que solo había visto una vez estaban muertos también. Si no quería llorar frente a él, tendría que marcharme muy pronto.

Miré el reloj.

—Tengo que levantarme dentro de tres horas. —Si supiera cuánto tiempo nos costaría encontrar al hechicero, le habría dicho a Zee que se encargara del taller, pero no podía permitirme hacer eso durante más de unos días al mes, no si quería seguir pagando la hipoteca y la comida.

—Vete a casa y acuéstate. —Sacó una fina cajita forrada de cuero de la que me dio una tarjeta—. Ahí está mi número de móvil. Llámame mañana al anochecer y discutiremos por dónde seguir a partir de aquí.

Me metí la tarjeta en el bolsillo de atrás. Nos paramos delante de la puerta de mi coche, cuando la abrí e hice ademán de sentarme, se me ocurrió otra pregunta.

—Stefan dijo que Littleton era nuevo. ¿Eso significa que hay otro vampiro controlándole?

Andre inclinó la cabeza.

—Un nuevo vampiro está bajo el control de su creador. —Me sonrió con un ligero gesto de amargura—. No es un servicio que se haga de buen grado. Todos tenemos que obedecer a nuestro creador.

—¿Incluso tú?

Hizo una corta e incómoda reverencia.

—Incluso yo. Con el tiempo, acumulamos poder y el control disminuye. Eso o cuando mueren nuestros creadores.

—Entonces, ¿Littleton obedece a otro vampiro?

—Si el vampiro que le creó no está muerto, debería obedecerle.

—¿Quién fue el creador de Stefan?

—Marsilia. Pero Stefan nunca tuvo que obedecer como el resto de nosotros. —Se percibía una sutil envidia en su voz mientras hablaba—. Nunca fue un esclavo. A veces pasa, pero a esos vampiros suelen matarlos la primera vez que se rebelan. Cualquiera otro vampiro habría matado a Stefan en cuanto resultó evidente que no estaba bajo su control, pero Marsilia estaba enamorada. Sin embargo, él le juró obediencia y, por lo que yo sé, nunca rompió su promesa. —Miró al cielo nocturno.

Cerró la puerta de mi coche de golpe.

—Ve a casa y duerme un poco mientras aún puedas.

—¿Marsilia te creó a ti también? —le pregunté mientras arrancaba el coche.

—Sí.

Joder, todo esto era una estupidez. No sabía nada de vampiros y pensaba destruir a uno que ya había acabado con otros dos y con un par de licántropos. Más me valdría pegarme un tiro en la cabeza ahora mismo. Me ahorraría tiempo y esfuerzo.

—Buenas noches, Andre —le dije y me alejé por el camino de entrada de la casa de Stefan.

Estaba lo suficientemente cansada como para dormirme en cuanto apoyé la cabeza en la almohada. Soñé con el pobre rebaño de Stefan, condenados tras su muerte, si es

que debía creer las palabras de Rachel. Soñé con Stefan conduciendo su furgoneta con el estúpido muñeco de Scooby Doo en el asiento del copiloto. Soñé que intentaba decirme algo, pero no podía oírlo entre tanto ruido. Me di la vuelta y enterré la cabeza bajo la almohada, pero el ruido no cesó. No era mi despertador. Podía volver a dormirme. Estaba tan cansada que incluso soñar con gente muerta era mejor que estar despierta. Después de todo, Stefan estaría tan muerto y desaparecido cuando me despertara que mientras dormía.

Tampoco era un ruido tan fuerte. De haber sido menos irregular, creo que lo habría ignorado.

Scrich. Scrich. Scrich.

Procedía de la ventana de al lado de la cama. Sonaba como el rosal que había crecido fuera de la ventana de casa de mi madre en Portland. A veces, rozaba el cristal por la noche y me asustaba. Ya no tenía dieciséis años, ya no había nadie que se levantara y saliera para mover lo que hacía ruido a fin de que yo pudiera dormir. Solo yo.

Apreté aún más la almohada sobre mis oídos pero no conseguí dejar de escuchar el ruido. Entonces pensé, *¿Stefan?*

Me desperté en un instante. Tiré la almohada al suelo, me levanté de golpe y pegué la cara a la ventana para mirar a la calle.

Pero la cara de alguien más estaba pegada a mi ventana desde fuera. Alguien que no era Stefan.

Unos ojos brillantes e iridiscentes me miraban fijamente a través del cristal a unos quince centímetros de los míos. Grité el nombre de Samuel y salté de la cama alejándome de la ventana. Hasta que no me agaché temblando en el centro de mi habitación no me acordé de que Samuel seguía en casa de Adam.

La cara no se movió. Estaba pegado tan fuerte al cristal que los labios y la nariz se le deformaban, aunque no me costó nada reconocer a Littleton. Lamió el cristal y después inclinó la cabeza para hacer el sonido que me había despertado. Su colmillo dejó una marca blanca cuando rayó el cristal con él.

Me di cuenta de que estaba lleno de marcas blancas. Llevaba allí mucho tiempo observándome mientras dormía. Me dio escalofríos y me asusté más aún al darme cuenta de que, a menos que fuera muy, muy alto, estaba suspendido en el aire.

Todas mis armas estaban guardadas en la estúpida caja fuerte. Era imposible que pudiera cogerlas antes de que entrara rompiendo la ventana. Tampoco estaba segura de si habrían surtido algún efecto contra el vampiro. Tardé un tiempo en recordar que no podía entrar en casa sin mi invitación. Aunque con él mirándome fijamente a través del fino cristal de la ventana, esa idea no me tranquilizó demasiado.

Se apartó de la ventana de repente y desapareció de mi vista. Escuché pero no oí nada. Después de mucho rato, supuse que se había marchado.

No sería capaz de volverme a dormir en esa cama, no a menos que la apartara de la ventana. La cabeza me palpitaba por la falta de sueño así que me dirigí al baño,

saqué el bote de aspirinas y me tragué un par.

Me quedé mirándome en el espejo, se me veía pálida, sin color, en la oscuridad.

—Bueno —me dije—, al menos ahora ya sabes dónde está, ¿por qué no estás fuera siguiéndole?

Desprecié mi cara de cobarde pero parte del efecto se perdió en la oscuridad así que estiré la mano y le di al interruptor de la luz.

No pasó nada.

Le di dos veces más.

—Maldita caravana. —Los circuitos saltaban de vez en cuando; algún día tendría que cambiar toda la instalación.

La caja de fusibles estaba al otro lado de la caravana, más allá de los grandes ventanales del salón y de la ventana más pequeña de la cocina. Esta última no tenía cortina.

—Valiente cazavampiros, y una mierda —murmuré a sabiendas de que estaba demasiado asustada como para ir desarmada hasta la caja de fusibles. Salí despacio del baño y me dirigí a la caja fuerte. Dejé las pistolas y me decanté por el rifle Marlin 444 que había cargado con plata, aunque no sabía si la plata le haría más daño a un vampiro que una bala normal. Menos no le haría.

De cualquier forma, el Marlin me daría la seguridad necesaria para volver a dormir.

Metí las balas de un dedo de largo en el arma con impaciencia. Si esas cosas podían parar a un elefante, tenía que creer que conseguirían que un vampiro al menos notara algo. Sabía que no debía encender la luz de la habitación. En el improbable caso de que Littleton siguiera ahí fuera, anularía mi visión nocturna y dibujaría mi silueta en la luz convirtiéndome así en un objetivo fácil si Littleton, el vampiro y hechicero, decidía usar un arma, cosa poco probable teniendo en cuenta lo que disfrutó matando lentamente a la pobre camarera. Yo no suponía tanta amenaza como para privarle de esa diversión.

Encendí el interruptor de la habitación de al lado de la puerta del baño de todas formas. No pasó nada. La habitación y el baño tenían circuitos diferentes, no podían saltarse los dos a la vez. ¿Acaso Littleton había cortado la corriente de la caravana?

Seguía mirando el interruptor cuando escuché a alguien gritar el nombre de Samuel. No, no era cualquiera gritando, era yo. Solo que yo no había vuelto a pronunciar palabra.

Cargué el Marlin e intenté consolarme con su peso familiar y con la idea de que Littleton no podía entrar.

—Lobito, lobito, déjame entrar. —El susurro inundó la habitación; era incapaz de saber de dónde venía.

Respiraba profundamente por la nariz para controlar el miedo, me arrodillé sobre la cama y miré con cuidado por la ventana pero no pude ver nada.

—¿Sí, Mercy? —Esta vez era la voz de Samuel, ligera y juguetona—. Dulce Mercy. Sal a jugar, Mercedes Thompson. —También tenía la voz fría y profunda de Samuel. ¿Dónde le había escuchado hablar?

Algo arañó un lateral de la caravana, junto a la ventana, y se escuchó el chirrido inconfundible del metal al doblarse. Retrocedí de rodillas y apunté con el Marlin a la espera de que su sombra pasara por delante de la ventana.

—Lobito, lobito, sal, sal de dondequiera que estés. —Esta vez era la voz de Warren. Después gritó, un alarido de dolor insoportable al oído.

No me cabía duda de que Warren había emitido esos sonidos, pero esperaba que no estuviera gritando allí, fuera de mi caravana. Esperaba que siguiera seguro en casa de Adam.

Por suerte, había empezado con mi voz; si hubiera creído que Warren estaba gritando fuera de mi caravana, hubiera sido incapaz de quedarme dentro. Donde estaba segura. Quizá. El último de los gritos de Warren se apagó, pero Littleton aún no había acabado conmigo. Empezó a golpear la pared del final de la caravana mientras avanzaba. En esa pared también había una ventana pero no vi ni rastro de él aunque sonaba como si también golpeará el cristal.

No puede entrar, me recordé en silencio, pero aún me estremecía con los chirridos del metal de las paredes y el movimiento de mi casa. Se produjo un breve silencio.

Reanudó los golpecitos, aunque ahora eran mucho más fuertes. Cada vez que golpeaba, tanto mi casa como yo nos sacudíamos bruscamente. Continuó por la parte de atrás, los sonidos variaron cuando llegó a la pared del baño. Una de las baldosas se despegó de la ducha y se hizo pedazos.

Seguía apuntándole con el Marlin pero no tenía el dedo en el gatillo. No podía ver adonde disparaba y las casas de mis vecinos entraban dentro del alcance del Marlin. Incluso si conseguía no matar a ninguno, el sonido de los disparos atraería su atención. Mis amables vecinos no aguantarían ni dos segundos contra un vampiro, especialmente no contra este.

En cuanto a mis otros vecinos más fuertes... Me sorprendía que el ruido que hacía Littleton no les hubiera traído hasta aquí todavía. Aunque la casa de Adam estaba bien aislada. Puede que no escucharan la voz de Littleton con tanta claridad como para preocuparse, pero un disparo les haría venir corriendo.

Aunque los licántropos y los hechiceros eran una mala combinación, según el tío Mike. Le creí, por eso no intenté llamar pidiendo ayuda. Empezaba a pensar que Littleton realmente no podría entrar. Me asustaría, pero no podía entrar y hacerme daño a menos que yo le invitara.

—Cuando las ranas críen pelos —murmuré.

Salté cuando golpeó la pared con fuerza otra vez. Pasaron los segundos, un minuto, después dos, y no ocurrió nada. Ni gritos ni golpes ni arañazos. ¿Cómo iba a explicarle todo aquello a mi compañía de seguros?

—Sí, señorita —me imaginé que diría—. La reina de los vampiros me pidió que persiguiera a un híbrido de vampiro y demonio. No sé cómo pero se ha enterado, se ha cabreado y se ha cargado el exterior de mi casa. Me senté en mitad del suelo con el arma bajo el brazo.

—Supongo que tendré que arreglarlo yo sola. Me pregunto cuánto costarán los revestimientos. Eso y el resto de daños que haya causado ahí fuera.

No podía recordar si había metido dentro a Medea antes de irme a dormir. Normalmente lo hacía, pero estaba tan cansada... En cuanto me armara de valor otra vez, saldría y me aseguraría de que Medea estaba durmiendo en la habitación de Samuel donde prefería pasar la noche. Podía llamar a Andre pero...

Tenía los hombros rígidos por la tensión así que ladeé la cabeza para estirar los músculos. De repente, el suelo de debajo de la alfombra se combó hacia arriba con un ruido tremendo. Me puse de pie y disparé al suelo mientras aún vibraba. Puede que no sea muy fuerte, pero sí soy rápida, disparé dos más en rápida sucesión. Entonces esperé, mirando a los agujeros del suelo y a las manchas de pólvora de mi alfombra bereber de color crema.

Salté hacia atrás cuando algo se movió bajo uno de los agujeros y volví a disparar mientras intentaba meter por ellos varios objetos pequeños pero demasiado grandes para los agujeros del suelo. Un momento después, escuché cerrarse de golpe la puerta de un coche en mi camino de entrada y un motor alemán ronroneó al arrancar; era un BMW como el que había llevado a Littleton hasta el hotel. Se marchó conduciendo, despacio, como cualquier otro conductor de la carretera, y yo me quedé mirando los cuatro gusanos de plata deformes y cubiertos de sangre que me había devuelto.

Cuando sonó la alarma, estaba sentada en mitad del suelo de mi habitación con Medea acurrucada y ronroneando sobre mi regazo. ¿Por qué en todas las películas de acción la heroína no tiene que madrugar para ir a trabajar? Tardé una hora en enviar a mis vecinos de vuelta a su casa. Les dije que los daños debió causarlos algún cliente descontento o quizá alguna de las bandas locales. Sí, había disparado para asustarles y no, no creía que le hubiera dado a nadie. Quizá no sabían que había alguien en casa. Claro que llamaría a la policía, pero no tenía sentido hacerles venir a esas horas. Los llamaría por la mañana. De verdad.

De todas formas, tenía pensado hablar con Tony, aunque dudaba que le dijera algo sobre el ataque de Littleton. No había nada que la policía pudiera hacer.

Podía llamar a Zee para que me sustituyera, pero de todas formas no conseguiría dormir ese día. Apagué la alarma y dejé a Medea descontenta en el suelo para poder vestirme y a la luz de la mañana echar un vistazo a los daños que Littleton le había causado a mi caravana.

Los destrozos eran más graves de lo que me había parecido por la noche. No había despegado todo el revestimiento pero sí arrancado tiras desde el techo hasta

abajo con una separación de un dedo entre cada una. También descubrí cómo se había metido debajo. El bloque de hormigón de los cimientos de la parte de detrás tenía un agujero del tamaño de una persona.

Mi caravana era de 1978, el modelo de cuatro por veinte; sus mejores años ya quedaban lejos. No era una reliquia de exposición, pero al menos seguía de una pieza cuando me fui a dormir la noche anterior. Arreglarla me costaría los dos riñones y algún otro órgano más, eso si tenía arreglo.

Tal y como estaban las cosas, sería mejor que me preparara para ir a trabajar o no habría dinero para nada, incluyendo el desayuno.

Mientras me duchaba, pensé en todo lo que había descubierto y en lo que no. No sabía dónde estaba Littleton ahora ni si un arma resultaba útil contra un vampiro. Tenía tres balas que decían que quizá no, pero también estaban cubiertas de sangre, lo que significaba que algún daño habían hecho. No sabía por qué ver fantasmas me convertía en peligrosa para un vampiro capaz de hacer lo que le había hecho a mi caravana. Y después de la declaración de intenciones de Littleton, sabía que necesitaría a Andre para destruirle.

Llamé a casa de Adam antes de irme a trabajar para ver cómo se encontraba Warren. También me preguntaba por qué nadie había venido a ver qué pasaba tras los disparos. El teléfono sonó diez veces antes de que alguien respondiera.

—Hola, Darryl —dije—. ¿Qué tal está Warren?

—Está vivo —me dijo el segundo de Adam—. Inconsciente pero vivo. Escuchamos disparos anoche, pero el lobo que enviamos nos dijo que lo tenías todo bajo control. ¿Está Samuel por ahí?

—Samuel ha pasado la noche allí —le dije.

Hizo un sonido evasivo.

—Samuel no está aquí y parece ser que Adam salió de casa sobre las dos de la mañana. No se me ocurrió preguntar al guardia sobre Samuel.

Darryl debía estar muy preocupado si me contaba todo aquello. Me froté la frente. Las dos de la mañana, eso era unas horas antes de que llegara mi visitante.

—¿Alguien le ha preguntado a Kyle de qué hablaron antes de que se marchara?

—El... amigo de Warren estaba dormido. Warren entra y sale de su estado de inconsciencia, pero se pone muy nervioso cuando despierta. Sabe algo, pero tiene las cuerdas vocales dañadas y no entendemos lo que intenta decir.

Me respondía como si tuviera alguna autoridad, caí en la cuenta de que me hablaba como si en realidad fuera la compañera de Adam.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Creo que a Adam —y a Samuel si también se ha marchado— se le ocurrió dónde podría encontrar al maldito hechicero. No creo que por cualquier otra cosa Adam dejara a Warren solo estando tan mal.

Ni yo tampoco. Me pellizqué el puente de la nariz.

—Esto puede salir muy mal.

—¿Y eso?

—Anoche, el tío Mike me dijo que juntar a un licántropo con un demonio puede resultar muy peligroso. Los demonios ejercen una influencia muy mala sobre el autocontrol, lo cual es muy peligroso para los licántropos. El tío Mike estaba muy preocupado.

Absorbió la información durante un momento.

—Sí que podría resultar muy peligroso. No habría estado mal saberlo un poco antes.

—Mmm. —Me tragué más palabras. Había más información que debería saber pero no me hacía mucha gracia tener que contárselo. Aun así, con Adam y Samuel desaparecidos, no resultaría muy inteligente ocultar información a uno de los pocos aliados que aún me quedaban.

Era Darryl y, puesto que me trataba como si realmente estuviera por encima de él en la jerarquía de la manada, y dado que yo tampoco le importaba demasiado, no me prohibiría nada.

—Fui al Tío Mike para reunirme con Marsilia. Quiere que encuentre a Littleton y mate al hechicero por ella.

Hubo una pausa larga y reveladora.

—¿Cree que puedes hacerlo? —Su incredulidad podía no resultar halagadora, pero yo opinaba lo mismo así que no me lo tomé mal.

—Eso parece. Uno de sus vampiros de mayor rango va a ayudarme.

—Mmm —murmuró.

—Creo que no habrá problema. Es amigo de Stefan.

—Adam no te dejaría hacerlo.

—Lo sé, pero no está aquí ahora. Si Warren recupera el conocimiento, quiero que me llames. —Le di mi número de móvil, el de casa y el del taller—. Deberías llamar a Bran y contárselo todo —continué cuando apuntó los tres números.

—¿También lo tuyo? —me preguntó. Sabía lo que Bran pensaría de que fuera a buscar a un hechicero acompañada por un vampiro.

—Sí —respondí. No quería meterle en problemas y que Bran la tomara con él. Podía cabrearse conmigo. En otros tiempos, yo tenía mucha práctica en lidiar con sus enfados. Supuse que podía volver a acostumbrarme. También ayudaba que se encontrara a cientos de kilómetros y que mi móvil tuviera identificación de llamada.

Aun así...

—Pero solo si pregunta —añadí rápidamente.

Darryl se rio.

—Ya, recuerdo que utilizaba ese truco también con mi madre. Espero que te funcione mejor que a mí.

Colgué.

Adam y Samuel desaparecieron antes de que Littleton comenzara su pequeña actuación en mi caravana.

Littleton imitaba a la perfección la voz de Samuel. Tras cuatro horas, Adam no había llamado para ver cómo se encontraba Warren, quien aún no estaba fuera de peligro. Ni Samuel tampoco.

Littleton los tenía a los dos. Si era como cualquier otro vampiro, no estaría activo durante el día. Había una posibilidad de que siguieran con vida. A Littleton le gustaba saborear a su presa.

Tenía que encontrarle antes del anochecer.

Llamé a Elizaveta, pero me saltó el contestador.

—Ha llamado al número de Elizaveta Arkadyevna. En estos momentos no estoy disponible. Por favor, deje su mensaje y un número de teléfono y le devolveré la llamada.

—Soy Mercy —dije después de la señal—. Adam y Samuel han desaparecido. ¿Dónde estás? Llámame a mí o a Darryl en cuanto puedas.

No tenía conocimientos suficientes sobre brujería como para saber si ella me sería útil o no. Al menos, podría contarme todo lo que supiera sobre vampiros y hechiceros, si podía convencerla de que habían expirado las órdenes de Adam de que no hablara conmigo.

Llamé a los tres números de Tony y le dije que me llamara al móvil. Probé con Zee, pero solo conseguí hablar con su contestador. También le dejé un mensaje detallado. Así, tanto Darryl como Zee sabrían lo que me proponía.

Entonces, cogí el móvil y salí para el trabajo. Enviaría a Gabriel a casa y cerraría el taller.

Mi reloj me dijo que llegaba quince minutos pronto así que me sorprendió ver a la señora Hanna. Apareció horas antes de su horario habitual.

Cuando aparqué en el lugar de siempre, estaba junto a mi coche. Por muy desesperada que estuviera, la presencia de la señora Hanna requería que fuera educada.

—Hola, señora Hanna. Hoy llega pronto.

Hubo una pausa antes de que me mirara y durante un momento no me reconoció. En un mes o dos más, solo quedaría un vago recuerdo de ella.

Pero, hoy, al final se le iluminó la cara.

—Mercedes, hija. Esperaba verte hoy. Tengo un dibujo especial para ti.

Rebuscó sin éxito en su carrito y se puso más nerviosa.

—No pasa nada, señora Hanna —le dije—. Estoy segura de que lo encontrará después. ¿Por qué no me lo da mañana?

—Pero si estaba justo aquí —se inquietó—. Un dibujo de ese chico tan simpático al que le gustas. El moreno.

Adam.

—Me lo puede dar mañana, señora Hanna. ¿Qué la trae tan pronto por aquí?

Miró a su alrededor como desconcertada por la pregunta. Entonces, se relajó y sonrió.

—Es por Joe. Me dijo que cambiara de ruta si quería seguir visitándole.

Le sonreí. Cuando estaba viva, hablaba de John esto, Peter aquello. Nunca supe con seguridad si tenía novios o si solo le gustaba fingir que así era.

Se inclinó hacia delante en un gesto de confidencia.

—A las mujeres nos gusta cambiar por nuestros hombres, ¿verdad?

Me la quedé mirando, sorprendida. Tenía razón. Me sentía como si Adam estuviera cambiando quién era yo.

Se dio cuenta de que sus palabras habían dado en el clavo y asintió felizmente.

—Pero merecen la pena, que Dios los bendiga. Merecen la pena.

Se puso en marcha con su paso habitual arrastrando los pies por el suelo; avanzaba increíblemente rápido.

Capítulo 10

—No, señor, no está. —Gabriel levantó la vista cuando entré en la oficina—. Espere, acaba de llegar.

Cogí el teléfono pensando que podrían ser Tony o Elizaveta.

—Mercy.

—Soy John Beckworth, llamo desde Virginia. Lo siento, se me había olvidado que allí es mucho más temprano que aquí.

La voz me resultaba familiar pero el nombre no me decía nada.

—¿Señor Black? —le pregunté.

—Sí —respondió con un tono algo avergonzado—. Me llamo Beckworth en realidad. Acabo de hablar con Bran Cornick. Me ha dicho que hay algún problema en Tri-Cities.

—Sí, tenemos... una situación un poco complicada por aquí. —O Adam le había llamado el día anterior o Darryl se había acordado de los Black/Beckworth y había hablado con él por la mañana.

—Eso ha dicho el señor Cornick. Me ha sugerido que volemos a Montana a principios de la semana que viene. —Hizo una pausa—. Parecía menos intenso que Adam Hauptman.

Ese era Bran, tranquilo y sosegado hasta que te abría el pescuezo.

—¿Me llamas para asegurarte de que es seguro? —le pregunté.

—Sí, no estaba en la lista que me diste.

—Si yo tuviera una hija, no tendría ninguna duda de dejarla con Bran —respondí sinceramente ignorando la pregunta de por qué su nombre no estaba en la lista—. Cuidará muy bien de ti y de tu familia.

—Ha hablado con Kara, mi hija —comentó con una voz tremendamente aliviada—. No sé qué le diría, pero hacía años que no la veía tan feliz.

—Me alegro.

—Señorita Thompson, si puedo hacer algo por ti, no dudes en llamarme.

Estaba a punto de negarme de forma automática cuando me detuve.

—¿Eres periodista de verdad?

Se rio.

—Sí, pero no cubro la vida sexual de los famosos. Soy periodista de investigación.

—¿Sabes cómo encontrar a alguien?

—Sí. —Sonaba intrigado.

—Necesito toda la información que puedas conseguir sobre un hombre llamado Cory Littleton. Tiene una página web. Se anuncia como mago. Sería particularmente

útil si pudieras enterarte de si tiene alguna propiedad en Tri-Cities. —Sería mucha casualidad pero sabía que Warren había comprobado todos los hoteles y apartamentos de alquiler. Si Littleton estaba aquí, debía tener un sitio donde guarecerse.

Volvió a leerme el nombre.

—Haré lo que pueda, pero tardaré un par de días.

—Ten cuidado —le advertí—. Es peligroso. No querrás que descubra que le estás investigando.

—¿Tiene que ver con el problema del que me habló el señor Cornick?

—Eso es.

—Dime cómo contactar contigo. Probablemente el correo electrónico sería lo mejor.

Le facilité la información que necesitaba y me dio las gracias. Colgué el teléfono y me di cuenta de que Gabriel me miraba fijamente.

—¿Problemas? —me preguntó.

Quizá debería haberme esforzado más por mantener a Gabriel fuera de mi mundo. Pero tenía una buena cabeza sobre los hombros y no era estúpido. Decidí que resultaría más fácil decirle lo que pudiera, y más seguro que si decidía investigar por su cuenta.

—Sí, y muy serios.

—¿Tiene que ver con la llamada de anoche?

—En parte. Warren está muy mal herido y Samuel y Adam han desaparecido.

—¿Qué ha sido?

Me encogí de hombros.

—Eso no puedo decírtelo. —A los vampiros no les gustaba que la gente hablara de ellos.

—¿Es un licántropo?

—No, no es un licántropo.

—¿Un vampiro como Stefan?

Me quedé mirándole fijamente.

—¿Qué? ¿Es que creías que no me daría cuenta? —Negó con la cabeza, reprobándose—. El cliente misterioso que conduce una furgoneta superchula pintada como la Máquina del Misterio y que solo viene después del anochecer. No es Drácula, pero donde hay licántropos, está claro que también debe de haber vampiros.

Solté una carcajada, no pude evitarlo.

—Vale, sí. —Me puse más seria—. No le digas a nadie que sabes algo sobre los vampiros, especialmente no sobre Stefan. —Entonces recordé que eso no sería ningún problema. Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta y continué—. No sería seguro para ti ni para tu familia. Te dejarán tranquilo mientras no sepan que crees en ellos.

Se apartó el cuello para enseñarme una cruz.

—Mi madre me obliga a llevar esto. Era de mi padre.

—Eso ayudará —le dije—. Pero fingir que no sabes nada es más útil. Estoy esperando un par de llamadas. Una de Tony y la otra de Elizaveta Arkadyevna, la reconocerás por el acento ruso. —Pretendía cerrar el taller, pero no tenía nada que hacer hasta que me llamaran Tony o Elizaveta. Si a Stefan y a Warren les había costado dos semanas encontrar al hechicero, no creo que yo tuviera más suerte conduciendo al azar de un lado para otro. En Tri-Cities viven unas doscientas mil personas. No es Seattle pero tampoco Two Dot, Montana.

No podía concentrarme en el trabajo. Me costó el doble de tiempo de lo normal cambiar una bomba eléctrica porque a cada momento me paraba para mirar el móvil.

Finalmente, no pude aguantar más y llamé a Zee otra vez, pero no obtuve respuesta. Elizaveta tampoco respondía al teléfono, ni Tony.

Empecé con el siguiente coche. Solo llevaba unos minutos trabajando en él cuando entró Zee. Por la expresión de su cara, algo le preocupaba. Acabé de apretar la correa del alternador del Beetle de 1970 y me limpié las manos. Cuando me hube quitado casi toda la grasa, apoyé la cadera sobre un banco.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Solo un estúpido trataría con los vampiros —me respondió con una expresión de total desaprobación.

—Littleton ha dejado a Warren destrozado, Zee —le dije—. Probablemente también haya matado a Stefan, y Samuel y Adam han desaparecido.

—No sabía lo del Alfa y Samuel. —Su expresión se relajó ligeramente—. La situación es horrible, *Liebchen*. Pero aceptar las indicaciones de la Señora de los vampiros no es nada inteligente.

—Voy con cuidado.

Gruñó.

—¿Cuidado? He visto tu caravana.

—Yo también —dije, apesadumbrada—. Estaba allí cuando pasó. Littleton debió enterarse de que Marsilia me pidió que le buscara.

—Obviamente, le encontraste anoche, aunque no te hizo ningún bien.

Me encogí de hombros. Tenía razón, pero no podía quedarme sentada esperando a que Darryl me llamara para decirme que habían encontrado a Samuel y a Adam muertos.

—Marsilia cree que puedo acabar con él.

—¿Y tú le crees?

—El tío Mike, sí.

Eso le pilló por sorpresa y frunció los labios.

—¿Qué más te dijo el tío Mike?

El comentario de los héroes me parecía un tanto embarazoso así que le hablé de lo que me había contado sobre el efecto de los demonios sobre los licántropos.

—El tío Mike me ha hecho una visita esta mañana —me dijo Zee—. Los dos juntos fuimos a visitar a unos amigos. —Me tiró una mochila.

La cogí y la abrí. Dentro, encontré una estaca afilada tan larga como mi antebrazo y la daga que Zee me había prestado la primera vez que visité el nido. Funcionaba a la perfección para cortar cosas con las que un cuchillo no tendría nada que hacer, como cadenas, por ejemplo.

—La estaca me la dio un hada que tiene afinidad con los árboles y los seres vivos —me dijo—. Está hecha con madera de serbal, la madera de la luz. Se dice que es capaz de encontrar el camino hasta el corazón de un vampiro.

—Te agradezco las molestias que te has tomado —dije evitando un «gracias» directo.

Sonrió, fue una sonrisa tímida.

—Tú causas muchas molestias, Mercy. Normalmente, merece la pena. No creo que la daga te sirva de mucho con el vampiro si sigue teniendo su magia. Pero una vez le hayas clavado la estaca, será más vulnerable. Entonces podrás utilizarla para rebanarle el pescuezo. Swishhh.

Metí la mano hasta el fondo de la mochila donde había algo más escondido. Lo saqué a la luz y vi que era un disco de oro plano. En la parte de delante había un lagarto y en la de atrás, unas marcas que podían haber sido letras. Tanto el lagarto como las letras estaban estropeadas.

—Un vampiro no está muerto hasta que su cuerpo sea ceniza —dijo Zee—. Ponle esto sobre el cuerpo después de haberle cortado la cabeza, y pronuncia el nombre del medallón. —Lo cogió, frotó las letras con los dedos y, aunque no creo que cambiaran, pude leerlas. *Drachen*.

Fue hace diez años, pero seguí dos cursos de alemán en el instituto.

—¿Cometa? —pregunté con incredulidad.

Soltó una carcajada y la sonrisa le ocupó toda la cara.

—Dragón, Mercy. También significa dragón.

—¿En qué idioma tengo que decirlo? ¿Alemán? —le pregunté.

Me cogió la mano, depositó el medallón en mi palma reacia y me la cerró.

—*Macht nichts, Liebling*.

—No importa.

—Entonces, si alguien pronuncia esa palabra, ¿lo que esté tocando arde hasta convertirse en cenizas? —No quería sonar tan horrorizada. ¿Cuántas veces había escuchado esa palabra en la vida diaria?

—¿Crees que te daría algo así? —Negó con la cabeza—. No. El tío Mike le ha dado tu nombre, nadie más puede invocarlo y, aun así, se necesitan tanto la palabra como el deseo de que ocurra.

—Entonces, tengo que decirlo y sentirlo —comenté. Supuse que si lo utilizaba contra un vampiro, no sería difícil sentir el deseo de quemar a la criatura para convertirla en ceniza.

—Exacto.

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Esto me ayudará mucho.

Me frunció el ceño tras besarle.

—Me gustaría poder hacer más, pero es *verboten*. Existe riesgo incluso en lo que hemos hecho.

—Lo entiendo. El tío Mike me lo explicó.

—Si solo fuera yo quien se pusiera en peligro, te acompañaría a enfrentarte a esa cosa. Pero es toda la reserva de Walla Walla la que sufriría.

Debido a los brotes de violencia ocurridos después de que las hadas se dieran a conocer, la mayoría de las que no seguían ocultas, se trasladaron voluntariamente a una de las varias reservas de hadas donde podían vivir seguras. Zee formaba parte de Walla Walla, no sabía si el tío Mike también pero sí que los Señores Grises no estaban por encima de acabar con un hada para asegurar el buen comportamiento de las demás.

—Lo entiendo, de verdad —le tranquilicé—. Además, ¿no me dijiste una vez que tus habilidades no son útiles contra los vampiros?

Bajó las cejas aún más.

—Mi magia no ayudaría, pero soy fuerte, soy herrero. Me preocupas tú, que tienes la fragilidad de un humano.

—Por eso me acompañará uno de los vampiros de Marsilia —le dije.

Mi móvil sonó justo antes de que pudiera decir nada al respecto. Lo cogí y miré la identificación de llamada con la esperanza de que fueran Tony o Elizaveta. Era Bran. Se me pasó por la cabeza no contestarle, pero estaba en Montana; lo único que podía hacer era gritarme.

—Hola, Bran.

—No lo hagas. Estaré allí mañana por la mañana.

Bran afirmaba que no tenía poderes psíquicos, pero la mayoría de los licántropos estaban convencidos de lo contrario. Momentos como este me hacían estar de acuerdo con ellos.

Estuve a punto de fingir inocencia, pero eso me suponía mucho esfuerzo. Estaba cansada y dudaba que fuera capaz de dormir hasta que Adam y Samuel estuvieran en casa sanos y salvos, o hasta que Littleton muriera.

—Bien —le respondí—. Me alegro de que vengas, pero tanto tú como el tío Mike me habéis dicho que los demonios son muy malas noticias para los licántropos. ¿Qué pasaría si perdieras el control? —Ni siquiera se me ocurrió pensar que Bran no sabría quién era el tío Mike. Pero él lo sabía todo y conocía a todo el mundo.

No dijo nada.

—No tenemos tiempo de esperarte —le dije en un tono agradable—. Además, no puedes detenerme. Con Adam desaparecido, soy la licántropa de mayor rango de la ciudad puesto que me aceptó como su compañera. —Mira tú por dónde. Y ni siquiera

era licántropa; tampoco esperaba mantener mi rango mitológico mientras Adam no estuviera. Aun así, Bran más que nadie debía respetar sus propias leyes.

—Tengo mis recursos —le dije—. Cuento con mi propio kit de heroína cazavampiros/hechiceros, y los vampiros me han asignado a uno de los suyos para que me cubra las espaldas. —Ir a buscar a Littleton era probablemente una misión suicida, incluso con el apoyo de un vampiro, cosa que no ayudó nada a Warren, pero no pensaba quedarme sentada esperando a que el cuerpo de Adam apareciera entre la basura del Tío Mike.

—¿Confías en el vampiro?

No, pero no podía decirle eso, y también sabía que era mejor no mentirle a Bran.

—Quiere ver a Littleton permanentemente muerto. —De eso estaba segura; escuché la ira en la voz de Andre, el ansia de venganza—. Era amigo de una de las víctimas del hechicero. —Casi consigo decir «víctima del hechicero» lo suficientemente rápido como para no tener que pensar en «Stefan», «Adam» o «Samuel». Una víctima era alguien sin nombre y sin cara.

—Ten cuidado —me dijo finalmente—. Recuerda, los cambiantes pueden haberles dado motivos a los vampiros para que les teman, pero aun así existen muchos vampiros y una sola cambiante.

Colgó.

—Tiene razón —me dijo Zee—. No te pongas gallita.

Me reí. Sonó a risa cansada y triste.

—Ya has visto mi caravana, Zee. No me voy a poner gallita. ¿Ninguno de los tuyos sabe dónde está?

Zee negó con la cabeza.

—El tío Mike lo está investigando, pero tiene que ir con cuidado. Si descubrimos algo, te lo diremos.

El teléfono volvió a sonar y respondí sin mirar el número.

—Mercy. Te necesitamos aquí. —Kyle habló muy bajito, como si no quisiera que nadie le escuchara, pero estaba en una casa llena de licántropos.

—Pueden oírte —le dije. Escuché a Darryl decir algo en chino. Aquello era muy mala señal porque solo lo hacía cuando estaba muy alterado—. Iré en seguida.

Me giré hacia Zee.

—Yo me encargaré del taller hoy y mañana. Quizá más tiempo —me dijo—. Y no me pagarás nada.

Cuando fui a rechistar, levantó la mano.

—No. No puedo perseguir a Littleton, pero al menos deja que te ayude con esto. Arreglar la caravana ya me iba a obligar a pasar todo el mes comiendo macarrones con queso. Si Zee me donaba su tiempo, al menos no sería un mes de ramen. Volví a besarle en la mejilla y salí corriendo hacia el coche.

Al recordar el destino del lobo que me siguió ayer, conduje exactamente a diez kilómetros por encima del límite de velocidad por la carretera. Si me multaban, perdería mucho tiempo.

Me volvió a sonar el móvil al pasar por delante del policía de tráfico aparcado al otro lado del puente, junto a las vías del tren. Esta vez, la llamada era de Tony.

—Hola, Mercy —me dijo—. He recibido los seis mensajes. ¿Qué necesitas?

—¿Sería posible que me consiguieras una lista de todos los incidentes violentos registrados por la policía durante el último mes? Necesito la información de Tri-Cities, no solo de Kennewick.

—¿Por qué? —La amabilidad había desaparecido de su voz.

—Porque puede haber algo que lo esté causando y si descubro dónde tienen lugar los incidentes, tal vez pueda detenerlo. —Veía la televisión, sabía cómo la policía seguía a los asesinos en serie, al menos en los programas de detectives. Tenía sentido que el caos provocado por el demonio se produjera alrededor del demonio en sí. Aparentemente, Stefan había tenido éxito siguiendo esa pauta.

Si alguna vez me vuelvo una asesina en serie, me preocuparé de matar a gente siguiendo un patrón que rodee a una comisaría de policía, y no mi casa o mi trabajo.

—Tenemos un mapa —me dijo mientras yo entraba en la calle de Adam y pisaba el acelerador. El límite de velocidad marcaba cincuenta kilómetros por hora, pero nunca había visto a la policía por allí—. ¿Por qué no te pasas por comisaría y te lo enseño? Siempre y cuando contestes a unas cuantas preguntas.

—Muy bien —respondí—. Pero primero tengo que hacer algunos recados. ¿Puedo pasarme en una hora más o menos?

—Aquí estaré —me dijo y colgó.

Honey me abrió la puerta de casa de Adam antes de que llegara al porche.

—Están arriba —me dijo de forma innecesaria. Darryl seguía hablando en chino.

No, no hablo chino, pero hay cosas que no requieren traducción.

Corrí escaleras arriba con Honey pisándome los talones.

—Convencí a Darryl para que bajara después de que Kyle te llamara —me dijo Honey—. Pero hace unos minutos, Warren intentó salir de la cama y Kyle le gritó así que Darryl volvió a subir.

Le habría pedido más detalles —como por qué Warren y Darryl discutían, para empezar, suponiendo que no eran Kyle y Darryl—, pero no había tiempo.

La puerta de la habitación de invitados estaba abierta. Me detuve en el umbral y respiré profundamente. Cuando se entra en una habitación con dos licántropos enfadados (podía escuchar dos rugidos), tranquilizarse es una buena idea. El enfado solo empeora la situación, y el miedo puede provocar que los dos te ataquen.

Borré de mi mente el último pensamiento, intenté centrarme en imágenes tranquilas, y entré.

Warren se había transformado en lobo y no tenía mejor aspecto que la noche anterior. Manchas secas de su sangre formaban costras en las sábanas, las paredes y el suelo.

Darryl seguía con forma humana y forcejeaba con Warren. Parecía intentar que no se levantase de la cama.

—Túmbate —le rugió.

En la manada, Darryl superaba en rango a Warren, era el segundo de Adam y Warren el tercero. Eso significaba que Warren debía hacer lo que Darryl le dijera.

Pero Warren, herido y confuso, con su mitad humana sumergida bajo el lobo, había olvidado que debía someterse a la autoridad de Darryl. Eso debería ser algo instintivo. Que Warren no escuchara a Darryl significaba una cosa: Darryl no era más dominante; en realidad, Warren había fingido todo aquel tiempo.

La situación era muy, muy mala. Un licántropo herido es peligroso; la naturaleza del lobo domina al control humano, y un licántropo es una criatura muy retorcida. Mucho, mucho más que su homólogo natural.

La única razón por la que Warren no había matado a todo el mundo en la casa era porque estaba medio muerto y Darryl era muy, muy fuerte.

Kyle estaba pegado a una pared lo más lejos posible de la cama. Su traje de seda morado estaba hecho jirones y la piel rasgada de debajo sangraba. Su expresión era de preocupación, pero no olía a miedo ni a enfado.

—Eres el lobo de mayor rango —me susurró Honey—. Le dije a Kyle que te llamara cuando Darryl solo consiguió irritar más a Warren. Estuvo tranquilo con Kyle hasta hace unos minutos.

¿No acababa de decirle yo a Bran que superaba en rango a Darryl? Pero Honey, como el resto de lobos de Adam, sabía que no era en realidad la compañera de Adam; y aunque así fuera, mi autoridad debía ser la ley, una ley no real sin embargo. Al menos, no lo suficiente como para poder ayudar a Warren a controlar a su lobo. Pero Honey me miraba con fe en los ojos, así que tuve que intentarlo.

—Warren —dije con firmeza—. Túmbate.

Si yo era la persona más sorprendida de la sala cuando Warren se calmó inmediatamente, Darryl me seguía de cerca. Siempre había creído que era estúpido que las hembras de la manada tomaran el rango de su compañero. Pensé que esta era una de esas tonterías que la parte humana de los lobos añadía a su naturaleza para dificultar la vida, algo a lo que prestaba atención la parte humana de los licántropos, no el lobo.

Darryl soltó despacio a Warren y se sentó en el borde de la cama. Warren se quedó tumbado, laxo, con su precioso pelaje pardo enmarañado y cubierto de sangre, parte nueva y parte vieja.

—Bien —dije para intentar disimular mi confusión—, es una buena señal que pueda transformarse y se curará antes como lobo. —Miré a Kyle—. ¿Ha dicho algo sobre por qué se marcharon Samuel y Adam?

—No. —Kyle me frunció el ceño—. ¿Qué has hecho?

Me encogí de hombros.

—Política de licántropos —le dije.

—¿Cómo lo has conseguido tú y yo no? —me preguntó Darryl.

Le miré y vi que sus ojos oscuros se habían aclarado y ahora eran amarillos. Me miraba fijamente.

—No es culpa mía —le dije—. Adam ni siquiera me preguntó antes de nombrarme su compañera delante de la manada; no creía que fuera más que una medida para evitar que acabarais conmigo. En cuanto a la dominancia, Warren y tú deberéis aclarar las cosas cuando vuelva Adam. —Volví a mirar a Kyle—. ¿Qué hay de tus heridas? —le pregunté.

Kyle negó con la cabeza.

—Solo son arañazos. —Levantó la cabeza y me miró—. ¿Me voy a poner a aullarle a la luna yo también?

Negué con la cabeza.

—No es tan fácil convertirse en licántropo. Casi tendría que haberte matado. Por un arañazo no te pasará nada.

Kyle era abogado, su expresión no decía nada. No podía saber si estaba aliviado o decepcionado. Tal vez ni él lo supiera.

—Tendremos que llevarle abajo, a la habitación de seguridad —le dije a Darryl.

La habitación de seguridad era una sala del sótano reforzada para contener a un licántropo adulto. Si Darryl no era lo suficientemente dominante como para asegurar que Warren estuviera tranquilo, la celda era la única alternativa.

—Podemos dejarle en el colchón —sugirió Honey—. Darryl y yo le llevaremos abajo.

Eso es lo que hicimos. Kyle y yo les seguimos y le expliqué de qué iba aquello lo más rápido posible.

Warren no se opuso a que le encerráramos, pero nos costó bastante trabajo que Kyle no se quedara con él.

—No me ha hecho daño a propósito —dijo, de pie justo un paso dentro de la celda—. Yo intentaba ayudar a Darryl para que no se levantara.

—La situación empeorará antes de que mejore —le dije.

—No me había hecho daño antes.

Eso hizo que todos en la sala supieran, excepto Kyle, lo mucho que le importaba a Warren. Ni siquiera un lobo enloquecido haría daño a su compañero.

—No quiero tener que explicarle a Warren por qué le dejamos que te devorara —le dije—. Mira, puedes quedarte todo el día en este sofá de aquí. Fuera de la celda había una pequeña sala de espera con un sofá, una silla reclinable y un televisor de pantalla grande.

—Solo será durante el día —comentó Darryl con la voz aún un tanto afectada; me alegré de que no hubiera luna llena pronto—. Por la noche habrá mejorado lo

suficiente como para quedarse solo.

Puede que Warren y su lobo me hubieran aceptado como la compañera de Adam, pero dudaba que Darryl pensara lo mismo y, tras descubrir que Warren le dominaba, estaría un tanto susceptible durante un tiempo. Mucho tiempo.

Dejamos a Warren en la celda, Kyle se quedó apoyado en los barrotes recubiertos de plata. No era el lugar más seguro donde esperar, pero al menos no estaba dentro.

—Tengo que irme —le dije a Darryl una vez arriba—. Aún estoy intentando localizar a Adam y a Samuel. ¿Podrás arreglártelas a partir de ahora?

No me respondió; simplemente se limitó a mirar para abajo, hacia la celda.

—Estaremos bien —dijo Honey en voz baja. Acarició a Darryl en el brazo para consolarle.

—No le aceptarán como segundo —comentó Darryl.

Probablemente tenía razón. El hecho de que Warren hubiera sobrevivido tanto tiempo siendo un licántropo homosexual era un tributo a su fuerza y a su inteligencia.

—Ya lo arreglarás con Adam cuando vuelva —le dije. Miré mi reloj. Tenía el tiempo justo de llamar a Elizaveta antes de ir a la comisaría.

No le dejé un tercer mensaje en el contestador. Eso le habría molestado.

Cuando dejé el teléfono, Darryl habló.

—Elizaveta se marchó de la ciudad después de que Adam encontrara a Warren. Dijo que era demasiado peligroso para ella quedarse aquí. Si el demonio se le acercaba, tal vez fuera capaz de saltar de Littleton a ella y eso, según me dijo, supondría un desastre. Reunió a su familia y se marchó a California.

Sabía que Elizaveta no era una bruja wiccana. Sus poderes eran hereditarios y no tenían nada que ver con la religión. Que le tuviera tanto miedo a un demonio me dió que ya había tratado alguna vez con los poderes de la oscuridad; de lo contrario, el demonio no podría poseerla sin que lo invitara.

—Joder —exclamé—. Supongo que a ti no se te ocurrirá cómo matar a Littleton.

Me sonrió y dejó ver sus blanquísimos dientes en contraste con la oscuridad de su expresión.

—Cómetelo —me dijo.

—Muy gracioso. —Me di la vuelta dispuesta a marcharme.

—Mata al vampiro y el demonio desaparecerá —me dijo—. Eso es lo que la bruja le dijo a Adam. Y a un vampiro se lo mata clavándole una estaca, cortándole la cabeza y quemándolo después.

—Gracias —le respondí aunque no me había dicho nada que no supiera ya. Esperaba que Elizaveta me contara algo del demonio que me facilitara matar a Littleton.

—Claro que comérselo también funcionaría —escuché decir a Darryl cuando cerré la puerta a mis espaldas.

La comisaría de policía de Kennewick no estaba muy lejos de mi taller, justo al lado del instituto. Había un grupo de estudiantes reunidos en la pequeña entrada golpeando la máquina expendedora. Pasé por en medio de ellos hasta una cabina separada por un panel de cristal donde un hombre joven, que tenía aspecto de formar parte de aquel grupo de chicos, hacía papeleo.

Anotó mi nombre y el de Tony y me indicó la primera puerta que daba a una sala de espera vacía. Nunca antes había estado en una comisaría de policía y me sentía más intimidada de lo que esperaba. Los nervios siempre me daban claustrofobia, así que caminé de un lado a otro en la habitación congelada por el aire acondicionado. Olía fuerte al producto de limpieza que utilizaran, aunque supuse que no molestaría a cualquiera con un olfato menos sensible. Detrás del aroma antiséptico, olía a ansiedad, miedo e ira.

Cuando Tony entró a buscarme, debía tener una expresión un tanto alterada en los ojos porque me miró y me preguntó:

—Mercy, ¿qué pasa?

Iba a decir algo, pero levantó una mano.

—Espera, aquí no tenemos privacidad. Ven conmigo. —Me vino de perlas porque no sabía muy bien qué iba a decirle.

Mientras le seguía por el pasillo, decidí que el problema al quebrantar las normas era trazar el punto hasta dónde se podía llegar.

Las hadas no se enfrentarían a Littleton, al menos aún no. Los licántropos, según el tío Mike y Bran, no tenían nada que hacer. Si los vampiros me pedían ayuda, era una buena señal de que tampoco sabían qué hacer con él.

Bran me dijo que tarde o temprano los hechiceros son víctimas de sus demonios y se desata el infierno. Podía ocurrir que el Departamento de Policía de Kennewick se encontrara en primera línea de fuego cuando eso ocurriera.

Por otro lado, si el nido se enterara de que había hablado a la policía de su existencia, mejor sería que me suicidara ahora mismo.

Tony me llevó a una sala más bien pequeña y cerró la puerta a sus espaldas dejando afuera todos los sonidos del Departamento. No era su oficina. Incluso si no hubiera olido a alguien más, me habría dado cuenta por la foto de boda del escritorio. Tenía unos treinta años y los dos jóvenes que salían en ella eran rubios.

Tony se sentó en el borde del escritorio, dejó a su lado la carpeta de manila que llevaba y me hizo un gesto vago para que me acomodara en una de las sillas junto a la pared.

—Pareces un pobre animalillo al que ha cazado un gato —me dijo.

Me encogí de hombros.

—Una mañana difícil.

Suspiró y dio un golpecito con el dedo en la carpeta.

—¿Te ayudaría si te dijera que tengo un informe sobre un ciudadano preocupado que ha llamado esta mañana a las 7:23? Parece que su simpática vecina, una tal Mercedes Thompson, tuvo que disparar su rifle anoche o esta mañana temprano para asustar a un grupo de gamberros. Uno de nuestros hombres se pasó por allí para comprobar los daños. —Me miró de forma sombría—. Hizo fotos.

Le sonreí irónicamente.

—A mí también me sorprendieron los destrozos cuando los vi esta mañana.

—¿Ha sido porque alguien te vio ayer hablando conmigo?

Me habría evitado muchos problemas si le hubiera dejado creer eso, pero prefería no mentir. Especialmente cuando la mentira podría provocar una caza de hadas.

—No, les dije a mis vecinos que probablemente fueron unos críos o alguien descontento con mi trabajo.

—¿Y fueron hasta tu caravana con palancas para abrir coches? ¿Cuánto tiempo estuvieron antes de que les dispararas con el rifle?

—¿Estoy detenida? —le pregunté alegremente. Puede que disparar un rifle allí fuera ilegal, no se me había ocurrido comprobarlo.

—Todavía no —dijo con cautela.

—Bien. —Me eché hacia atrás en la incómoda silla—. Chantaje, qué divertido. —Intenté buscar la mejor salida a todo aquello, la sinceridad era lo que mejor funcionaba siempre—. Vale —dije finalmente tras decidir cuánto podía contarle—. Tenías razón. Hay algo que provoca que la gente se vuelva violenta. Sin embargo, si te digo lo que es, no viviré para ver amanecer mañana. Además, aunque lo supieras, no podrías hacer nada para detenerlo. No es un licántropo ni un hada. Tampoco es humano, aunque pueda parecerlo.

Parecía... sorprendido.

—¿Teníamos razón?

Asentí con la cabeza.

—Ahora deja que te diga una cosa. Anoche vino a mi casa y me destrozó la caravana, pero no pudo entrar porque no le invité. Tienes que invitar al mal a tu casa, es una de las reglas. Le disparé cuatro veces con mi Marlin 444 cargado con plata. Le di al menos tres veces sin que ni siquiera le afectara. Tenéis que alejaros de él. Ahora mismo está escondido. El aumento de la violencia es un efecto secundario. Si lo sacáis a la luz, habrá muchos más cadáveres. Estamos intentando contenerle sin que mate a nadie más. Con suerte, lo haremos pronto.

—¿Quiénes son «nosotros»? —me preguntó.

—Algunos conocidos míos. —Le miré directamente a los ojos y recé para que zanjara el asunto ahí. El gran énfasis que utilicé lo saqué directamente de las películas de gánsteres. No tenía que saber los pocos recursos con los que contábamos; la policía tendría aún menos posibilidades que Andre y yo—. Te prometo que no te mentaría sobre la comunidad sobrenatural —le dije—. Puede que omita algunas cosas, tengo que hacerlo, pero no te mentaría.

Aquello no le gustó, no le gustó en absoluto. Golpeó con los dedos sobre el escritorio, descontento, pero no me hizo más preguntas.

Se bajó de la mesa y se acercó a un armario empotrado en la pared que había detrás de mi silla. Me moví cuando lo abrió de par en par y vi una pizarra blanca en el centro y tablonces de corcho en la parte interior de cada puerta. En uno de los corchos, había enganchado un mapa de Tri-Cities cubierto con chinchetas de colores. La mayoría eran verdes, algunas azules y unas diez eran rojas.

—Esto no es todo —dijo—. Hace un par de semanas, algunos nos preguntamos si la oleada de violencia seguía algún patrón, así que sacamos todos los informes desde abril. Las marcas verdes son casos normales. Daños en la propiedad, peleas que suben de tono y alguien las denuncia, un tío que le pega a su novia. Ese tipo de cosas. Las azules indican los casos en los que alguien acabó en el hospital. Las rojas marcan los casos en los que murió alguien. Algunas son suicidios. —Puso el dedo sobre un grupo de chinchetas rojas cerca de la autopista en Pasco—. Estos son los asesinatos y el suicidio del mes pasado en el motel de Pasco. —Movié la mano hasta una chincheta verde sola en el extremo este del mapa—. Esta es tu caravana.

Observé el mapa. Esperaba conseguir una lista de direcciones pero esto era exactamente lo que necesitaba, y al mismo tiempo, no. No distinguía ningún patrón. Las chinchetas estaban colocadas de forma desigual por todo Tri-Cities. La densidad aumentaba en los lugares de mayor población, escaseaba en Finley, Burbank y West Richland, donde no vivía tanta gente. No había ningún círculo claro de chinchetas como los que se ven en las películas.

—Nosotros tampoco somos capaces de ver ningún patrón —dijo—. Al menos, no uno general. Pero los incidentes parecen darse en grupos. Ayer ocurrió en East Kennewick. Dos peleas a puñetazos y una disputa familiar que despertó al vecindario. La noche anterior, fue en West Pasco.

—Se está moviendo —comenté. Eso no era bueno. ¿Dónde tenía retenidos a Adam y a Samuel si se movía por ahí?—. ¿Hay algún momento del día en el que la violencia sea peor? —le pregunté.

—Después del anochecer.

Miré de nuevo las chinchetas y conté las rojas en silencio. Faltaban algunas para llegar a la cifra del tío Mike y no creo que ninguno de los dos supiera lo de la familia que murió durante la experiencia de Daniel con Littleton.

—¿Se te ocurre algo? —me preguntó.

—Buscar a asesinos en serie parece más fácil en la televisión —respondí con amargura.

—¿Es eso lo que está pasando?

Me encogí de hombros y entonces recordé la cara de Littleton cuando mató a la mujer en el motel.

—Eso creo. Más o menos. La violencia secundaria es algo muy malo, Tony, pero a este monstruo le gusta matar. Si decide que ya no necesita esconderse, la cosa

podría empeorar. ¿Qué puedes decirme sobre los asesinos en serie?

—Nunca he visto uno aquí —me dijo—. Aunque eso no significa que no tengamos uno del que no conozcamos su existencia. Pero vigilamos algunas cosas.

—¿Como qué?

—La mayoría empieza con víctimas fáciles para practicar.

¿Fácil como Daniel?, pensé.

—Tengo un amigo en el Departamento de Policía de Seattle que me comentó que todo el Departamento está a la espera de que asesinen a alguien. Llevan tres años encontrándose mascotas muertas por la ciudad. Patrullan con mayor frecuencia cerca de las poblaciones de riesgo: sin techo, fugitivos y prostitutas.

Me estremecí. ¿Habría sido Littleton un asesino antes de convertirse en hechicero y en vampiro? ¿Qué fue primero, vampiro o hechicero? ¿Era malo antes o se convirtió? Tampoco importaba demasiado.

Alguien llamó a la puerta. Tony pasó por delante de mí y la abrió.

—Entra, Sargento —dijo—. Ya hemos terminado. Sargento, ella es Mercedes Thompson. Mercy, él es el sargento Owens, el encargado de la vigilancia. Esta es su oficina.

—El sargento Owens era delgado y estaba en forma, era una versión mayor y más cínica del joven sonriente de la foto de boda. Me tendió la mano y se la estreché. Tardó un momento en soltarme mientras examinaba las manchas de grasa que jamás podría quitarme de debajo de las uñas.

—Mercedes Thompson —dijo—. He oído que tuvo problemas anoche. Espero que no se repitan.

Asentí.

—Creo que se desahogaron bien —le respondí con una sonrisa fingida.

No me la devolvió.

—Tony me ha dicho que tiene relación con las comunidades de licántropos y hadas y que ha accedido a ayudarnos.

—En lo que pueda —acepté—. Aunque seguramente estoy más cualificada para poner a punto los coches patrulla que para darles consejos.

—Mejor sea una buena mecánica —dijo—. Mi gente se juega la vida, así que no necesito malos consejos.

—Arregló el coche de Sylvia —comentó Tony. Además de ser la madre de Gabriel, Sylvia era operadora de la policía—. Es muy buena mecánica, sus consejos estarán a la altura.

A decir verdad, Zee había arreglado el coche de Sylvia, pero eso no venía a cuento.

El Sargento se relajó.

—Muy bien, muy bien. Ya veremos cómo van las cosas.

Cuando estuvimos de vuelta en el pasillo, me detuve.

—¿Qué? —me preguntó Tony.

—Quita las chinchetas de los incidentes ocurridos por la noche. Necesitamos conocer la violencia por el día —le dije. Su misma presencia despertaba la violencia —. Esa cosa se mueve por la noche, pero no creo que pueda actuar durante el día.

—Muy bien —respondió—. Pero tardará un poco. Se lo encargaré a un novato. ¿Quieres esperar?

Negué con la cabeza.

—No puedo permitírmelo. ¿Me llamarás?

—Sí.

Pensé que me acompañaría hasta la sala de espera pero vino conmigo hasta la salida. Esta vez, en la pequeña entrada no había ningún estudiante.

—Gracias —le dije al subir en mi coche.

Sujetó la puerta abierta y vio lo que Stefan le había hecho a mi salpicadero.

—Alguien ha dado un puñetazo ahí —comentó.

—Sí, provoqué ese efecto en la gente.

—Mercy —dijo sombríamente—. Asegúrate de que no te pegue a ti así.

Toqué el vinilo roto donde Stefan había clavado el puño.

—No lo hará —le dije.

—¿Estás segura de que no puedo ayudarte?

Asentí.

—Te prometo que si eso cambia, te llamaré en seguida.

Hice una parada en un restaurante de comida rápida y pedí la comida. Me comí un par de hamburguesas con queso y una ración doble de patatas fritas, aunque no tenía demasiada hambre. No había dormido nada, así que necesitaba reponer fuerzas para poder estar alerta. El refresco grande con cafeína también ayudaría.

Cuando terminé de comer, me metí en el coche y conduje en círculos, pensando. No tenía la información suficiente para poder encontrar al hechicero y necesitaba encontrarle antes del anochecer, antes de que matara a Samuel y Adam... me negaba a creer que tal vez ya estuvieran muertos. Él aún no había tenido tiempo de jugar con ellos.

¿Por qué me había enviado Marsilia a buscar a Littleton sabiendo que era demasiado estúpida como para encontrarle?

Con un movimiento brusco, paré de golpe el coche en el arcén de la carretera. Estaba demasiado ocupada pensando como para conducir con seguridad.

Nunca confíes en un vampiro. Fue lo primero que aprendí sobre ellos. A pesar de su comportamiento durante el juicio de Stefan, Marsilia afirmaba creerle cuando le dijo que había un vampiro hechicero suelto en Tri-Cities. Podía haber enviado a todo el nido en su busca, pero en cambio mandó a Stefan y a Daniel. No, Stefan había elegido a Daniel. Ella esperaba que Stefan eligiera a Andre, al igual que Andre.

Incluso después de creer que Stefan había muerto, siguió sin enviar a todo el nido en busca de Littleton. Nos encargó la misión a mí y a Andre. A mí. Debía encontrar a Littleton, o eso decía ella. Andre se aseguraría de que siguiera con vida mientras le buscaba, o me seguiría para que Marsilia estuviera al corriente de lo que hacía en cada momento.

Andre pensaba que Marsilia quería intentar controlar a Littleton en vez de matarle. ¿Era eso lo que Marsilia quería que hiciera? ¿Era eso lo que debería haber hecho si Stefan le hubiera elegido para perseguirle?

Si Marsilia le hubiera dicho que no lo matara, no lo haría. Ella era su creadora y no podía desobedecerla, aunque aparentemente Stefan sí podía.

Me froté la cara e intenté aclararme la mente. Saber lo que pretendía Marsilia podría resultar importante a la larga, pero no me ayudaría a encontrar a Littleton.

No había dejado ninguna pista que pudiera seguir.

—¿Qué se hace cuando buscas a alguien y no encuentras pistas ni puedes oler ningún rastro? —me pregunté en voz alta. Era una pregunta básica, Samuel la utilizaba con los nuevos licántropos que estaban listos para su primera cacería—. Se va a los lugares que atraerían a su presa —respondí—. Venga ya, Samuel, eso no me va a ayudar. Para empezar, no sé qué atrajo al hechicero hasta aquí.

Para saber cómo encontrarla, tienes que entender a tu presa.

De repente, se me ocurrió algo. Littleton no era de Tri-Cities. Iba de viaje cuando se topó con Daniel. Volvió y Stefan y yo le encontramos. Estaba esperando a Stefan. ¿Por qué?

Se me encendió la bombilla.

Había leído la historia de Fausto en varias versiones, desde *The Devil and Daniel Webster* de Benet, hasta Marlowe y Goethe. Los hechiceros se venden a los demonios a cambio de sabiduría y poder.

No había nada en las acciones de Littleton que pudiera calificar como una búsqueda de sabiduría o poder.

Los demonios ansían el caos, la violencia y la muerte. Littleton atraía todo eso en abundancia, pero si el demonio dirigía por completo sus acciones, debería haber más cuerpos. Los demonios no son criaturas pacientes; un demonio no habría dejado marchar a Warren, ni a Stefan y a mí la primera noche.

Pero Littleton era un vampiro nuevo, y los nuevos vampiros hacen lo que les mandan sus creadores.

¿Qué sacaría un vampiro de las acciones de Littleton entonces?

Casi con toda seguridad, Littleton había matado a Stefan y a Ben, y casi a Warren, pero estaba prácticamente segura de que los licántropos eran daños colaterales. Nadie habría imaginado que los lobos se involucrarían.

Entonces, ¿de qué le servirían la desgracia de Daniel y la muerte de Stefan a un vampiro? Stefan era el favorito de Marsilia. ¿El hechicero suponía un ataque indirecto a la Señora?

Tamborileé con los dedos sobre el volante. Si el nido fuera una manada de lobos, podría haber interpretado mejor sus acciones. Aun así, envió a Stefan fingiendo que era un castigo. ¿Fingir en beneficio de quién? Si todo el nido eran sus vampiros, obedientes a sus deseos según me había dicho Andre, no tendría por qué haber fingido. Quizá se topaba con problemas para controlar a su gente.

Tal vez alguien había enviado a Littleton para destruirla, para adueñarse de su nido. ¿Cómo se convertía un vampiro en líder? ¿Podría estar el creador de Littleton en Tri-Cities? Si así era, ¿lograría esconderse del resto de los vampiros?

Necesitaba más información. Más información sobre Marsilia y su nido. Más información sobre cómo funcionaban los vampiros. Solo conocía un lugar donde podía conseguirla.

Arranqué el coche de nuevo y me dirigí a casa de Stefan.

Capítulo 11

Había una Harley Davidson roja y reluciente en la entrada que no estaba allí la noche anterior. Aparqué detrás de ella y apagué el motor. El pobre y viejo Golf se veía fuera de lugar en aquel barrio tan exclusivo.

Llamé al timbre y esperé mucho tiempo. Mi madre me enseñó a ser educada y parte de mí se sintió culpable por molestarlos en un momento en el que probablemente estarían durmiendo. La culpa no evitó que llamara de nuevo.

Fue Rachel quien abrió la puerta y, como yo, tenía aspecto de haber pasado una mala noche. Llevaba una camiseta fina de color amarillo vivo que dejaba un hueco de diez centímetros entre el dobladillo y el borde de los vaqueros de corte bajo. Llevaba un *piercing* en el ombligo y la piedra azul zafiro brillaba cuando se movía. No pude evitar bajar la vista, tuve que obligarme a mirarla a la cara, donde lucía varios moratones en la mandíbula que no tenía anoche. En la parte superior del brazo, la marca de una mano indicaba por dónde la había sujetado alguien.

No dijo nada. Dejó que la observara hasta que tuve suficiente mientras ella hacía lo mismo conmigo. Sin duda, se habría dado cuenta de mi cara hinchada y de los círculos oscuros que delataban mi falta de sueño.

—Necesito más información —le dije.

Asintió y se apartó de la puerta para que pudiera entrar. En cuanto estuve dentro, escuché a alguien llorar: un hombre. Sonaba joven y desesperado.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunté mientras la seguía hacia la cocina, el origen de los sollozos.

Naomi estaba sentada sobre la mesa de carnicero con aspecto de ser diez años mayor que la noche anterior. Vestía de la misma forma conservadora, aunque la ropa no lucía su mejor estado. Levantó la vista brevemente cuando entramos, pero después centró su atención en la taza de café que tomaba con una calma deliberada.

Ni ella ni Rachel le prestaban atención al joven acurrucado en un rincón de la sala, junto al fregadero. No le veía la cara porque nos daba la espalda. Se mecía, movía bruscamente los hombros hacia adelante con cada uno de los frecuentes sollozos que interrumpían el ritmo del balanceo. Murmuraba algo en voz baja; incluso yo era incapaz de captar exactamente qué decía.

—¿Café? —me preguntó Rachel ignorando mi pregunta.

—No. —La comida que había tomado parecía un bloque de cemento en mi estómago. Si le añadía café, no estaba segura de si podría aguantarlo dentro.

Cogió una taza para ella y se sirvió un poco de una cafetera de tamaño industrial que había sobre la mesa. Olía bien, a vainilla francesa, pensé. El aroma resultaba

relajante, mejor de lo que me habría provocado el sabor. Cogí una silla de cerca de Naomi, la misma en la que me senté la noche anterior.

—¿Qué os ha pasado? —pregunté de nuevo mirando al chico hecho un ovillo en el rincón.

Naomi me miró y adoptó un aire despectivo.

—Vampiros. ¿Qué te ha pasado a ti?

—Vampiros —respondí. La expresión desdeñosa de Naomi le quedaba extraña, parecía impropia de ella, pero no la conocía lo suficiente como para estar segura.

Rachel cogió una silla y se puso delante de Naomi y de mí.

—No la tomes con ella. Acuérdate de que es amiga de Stefan, no uno de ellos. Naomi miró de nuevo su taza y me di cuenta de que no estaba nada tranquila; se encontraba en ese lugar más allá del miedo donde nada de lo que hagas importa porque lo peor ya ha ocurrido y no puedes hacer nada para cambiar eso. Reconocí esa mirada. Es una expresión que veo mucho entre los licántropos.

Fue Rachel quien me contó lo que había pasado.

—Cuando Stefan no volvió ayer por la mañana, Joey, diminutivo de Josephine, decidió marcharse mientras aún podía. —Rachel no se tomaba el café, solo movía la taza hacia un lado y hacia el otro—. Pero después de que te marcharas, escuché su moto en la entrada. El sonido de la burra de Joey es inconfundible. —Quitó las manos de la taza y se las limpió en los muslos—. Fui una estúpida, debería habérmelo imaginado. Sobre todo, después de lo de Daniel. Pero era Joey...

—Joey es la que más tiempo llevaba aquí —dijo Naomi cuando resultó obvio que Rachel había terminado de hablar—. Ya estaba unida a Stefan.

Notó mi perplejidad porque me lo explicó.

—Eso significa que ya casi era uno de ellos, en todos los aspectos menos en el cambio. Cuanto más tiempo estén unidos antes de morir, más posibilidades hay de que vuelvan a levantarse. Stefan es paciente, su gente casi siempre se levanta porque espera más años que la mayoría de los vampiros.

Me contaba todo esto para no tener que continuar con la historia.

—¿Daniel?

Asintió.

—Apenas estaba unido a él. No nos pasa a todos, pero Daniel aún era demasiado nuevo para estar seguros de que superara el cambio. Fue un milagro que sobreviviera. Stefan se enfureció. —Dio un sorbo del café e hizo una mueca—. Odio el café frío. —Dio otro sorbo de todas formas—. Andre lo hizo a propósito, fue uno de esos juegos estúpidos de hombres. Estaba terriblemente celoso de Stefan porque era el favorito de Marsilia y, al mismo tiempo, le quería como a un hermano. Así que, cuando se enfadaba, nos atacaba a uno de nosotros en vez de a él. A los vampiros no suelen importarles demasiado las ovejas de sus rebaños. No creo que Andre fuera consciente de lo que se enfadaría Stefan.

—¿Qué le ha pasado a Joey? —pregunté.

—Está muerta —le dijo Naomi a su taza de café.

—Permanentemente muerta —puntualizó Rachel—. Creí que era su moto. Llevaba casco y no deja que nadie, ni siquiera Stefan, toque su moto. Cuando por fin me di cuenta de que la motorista era demasiado bajita para ser ella, intenté correr de vuelta a casa.

—¿Te cogió del brazo? —sugerí. No resultaba difícil de adivinar con los moratones que tenía.

Rachel asintió.

—Y me tapó la boca para que no pudiera gritar. Justo entonces, llegó un coche, uno de los del nido.

Como el que Andre condujo la noche anterior. Trabajaba en ellos de vez en cuando en vez de pagar en efectivo al nido. Todos los negocios de Tri-Cities que no estaban afiliados a grupos más poderosos pagaban a los vampiros por protección. Así es como conocí a Stefan. Me ayudó a negociar mi método de pago: en vez de pagar en metálico (lo que no podía permitirme), trabajaría para ellos. Al final, resultó que me dediqué sobre todo a su furgoneta, aunque también me encargaba del mantenimiento del resto de los coches del nido. Eran Mercedes y BMW, sedanes grandes, negros, con los cristales tintados, el tipo de coche que se espera que conduzca un vampiro.

—Abrieron el maletero, pensé que me iban a meter dentro pero fue peor que eso. Joey estaba ahí. —Saltó de repente de la silla y salió corriendo de la sala. La escuché vomitar.

—Habían matado a Joey, le cortaron la cabeza para que jamás se convirtiera en uno de ellos. —Naomi hablaba con regularidad, pero tuvo que dejar el café para no derramarlo—. Le dijeron a Rachel que debíamos quedarnos dentro de casa hasta que decidieran qué hacer con nosotros. No tenían que matar a Joey para darnos ese mensaje. Simplemente, podían haberla traído de vuelta, o alguien podría haberla transformado, como Andre hizo con Daniel.

—Rachel ha dicho «ella». ¿Fue Marsilia? —pregunté.

Naomi negó con la cabeza.

—Fue la Maestra. Marsilia... Stefan era uno de sus favoritos. No creo que matara a uno de nosotros.

—¿La Maestra? —pregunté.

—Su nombre real es Estelle, me recuerda a Mary Poppins, pero en mala.

Sabía de quién hablaba.

—Todos tienen apodos entre ellos —me explicó—. Stefan era el Soldado. Andre es el Cortesano. Stefan me contó que tenía que ver con una vieja sospecha de que, si pronuncias el nombre del mal, atraerás su atención. Stefan no creía en eso pero algunos de los vampiros más mayores no utilizan nombres reales cuando hablan de otros.

—Entonces, ¿Estelle —dije su nombre deliberadamente— contradijo los deseos de Marsilia?

—No. Bueno, probablemente, pero no sus órdenes.

—Intento entender cómo funciona el nido —le dije—. Por eso he venido hasta aquí.

Rachel volvió a la cocina más pálida aún que antes.

—Pensaba que estabas buscando a Stefan.

Asentí. Samuel y Adam no les importarían.

—Creo... Creo que está pasando mucho más que un simple vampiro hechicero. Me pregunto, por ejemplo, quién convirtió al hechicero en vampiro.

—¿Crees que hay otro vampiro involucrado? —me preguntó Naomi.

—Stefan dijo que el hechicero era un vampiro nuevo. Se me ocurrió pensar que quizá su creador tiraba de los hilos del monstruo. Pero no sé suficiente sobre vampiros como para plantear una hipótesis factible.

—Yo sí —dijo despacio Naomi al erguirse en la silla. Algo en su expresión cambió y vi cómo la mujer competente de ayer tomaba el control de nuevo—. Puedo ayudarte, pero todo tiene un precio.

—¿Qué precio? —le pregunté.

Dudaba que quisiera que cantara para ella; no tenía el sentido del humor del tío Mike. Entonces me di cuenta de que, una vez el tío Mike me identificó como su invitada, las hadas no podrían hacerme daño sin enfrentarse a él, por eso la enorme mujer suspiró decepcionada cuando el tío Mike les dijo que era su invitada, incluso si me había condenado a cantar frente a todo el mundo.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que casi no me entero de la respuesta de Naomi a mi pregunta.

—Tienes contactos entre los licántropos. Quiero que le pidas al Alfa que interceda por nosotros. Si Stefan está muerto, entonces nosotros también. Marsilia nos repartirá entre el resto de rebaños de los demás vampiros que nos encerrarán hasta que muramos.

—¿Todos los demás vampiros matan a su...? —Casi digo comida, pero no se me ocurría ningún término más diplomático para referirme a ellos, así que no terminé la frase.

Negó con la cabeza.

—A propósito, no, pero la mayoría de ellos no tiene el control de Stefan. Nosotros somos de Stefan. Eso significa que sus trucos mentales no funcionarán tan bien con nosotros, y aquellos de nosotros que estemos unidos como Joey... Cuando alguien unido es convertido por otro al que no lo estaba, ocurren cosas extrañas. He oído a gente decir que por eso Stefan no se mostraba servil con Marsilia, que estaba unido a un vampiro diferente. No querrán mantenernos mucho tiempo con vida.

—Entonces, si Stefan está muerto permanentemente...

Me sonrió sin esperanza.

—Todos lo estamos.

—¿Y crees que los licántropos podrían hacer algo al respecto?

Asintió.

—Marsilia les debe sangre. El hechicero es un vampiro y eso lo convierte en problema de la Señora. Cuando los dos licántropos se unieron a la caza, pasaron a ser responsabilidad suya. Puesto que uno está herido y el otro... —Se encogió de hombros de forma expresiva—. Si tu Alfa nos reclama como precio que debe pagar Marsilia, tendrá que entregarnos.

—¿No le preocupará que guardéis silencio? —pregunté.

—Si pertenecemos a los licántropos, nuestro silencio sería su problema.

—Hablaré con los licántropos —le prometí—. Pero no tengo mucha influencia. —Sobre todo, si Adam y Samuel también estaban muertos. Al pensar en eso me costaba respirar, así que alejé esa idea—. Háblame de los vampiros y de cómo funciona el nido.

Naomi se recompuso visiblemente y, cuando habló, sonó como la profesora que aparentemente fue una vez.

—Empezaré desde lo general para ir centrándome en temas más específicos, ¿te parece? Entenderás que las generalidades no tienen en cuenta diferentes variantes posibles; que la mayoría de los vampiros sigan este patrón, no significa que todos lo hagan.

—Muy bien —le dije. Ojalá tuviera un cuaderno en el que tomar notas.

—A un vampiro le gusta tener a mano con qué alimentarse así que viven con un pequeño grupo de humanos, normalmente con un número entre tres y siete. Tres son suficientes para proveer alimento durante un mes antes de que mueran, siete dan para seis meses porque si los vampiros se alimentan poco de cada uno, las presas duran más tiempo.

—No desaparecen cuarenta personas al mes de Tri-Cities —le rebatí—. Sé que Marsilia tiene a más de diez vampiros.

Naomi sonrió de forma sombría.

—No cazan en su propio territorio. Stefan me encontró en Chicago mientras enseñaba en Northwestern. Rachel es de Seattle. Creo que el único al que Stefan encontró en Tri-Cities era Daniel y venía haciendo autoestop desde Canadá.

Por alguna razón, cuando habló de Daniel me hizo mirar al fregadero pero el joven debió marcharse en algún momento durante nuestra conversación. Al pensarlo, me di cuenta de que llevaba rato sin escucharle. Me inquietó no haberle oído al marcharse.

—Entonces, ¿los vampiros tienen que ir reemplazando su reserva?

—La mayoría —asintió Naomi—. Stefan, como ya sabes, actúa de forma diferente. Aquí vivimos catorce y hay unos diez más que vienen de visita ocasionalmente. Stefan no suele matar a sus presas.

—Tommy —dijo Rachel en voz baja.

Naomi hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Tommy estaba enfermo de todas formas. —Me miró—. Cuando las hadas salieron a la luz, a Stefan empezaron a preocuparle las mismas cosas que habían hecho a las hadas darse a conocer. Le dijo al nido, y al consejo gobernante de los vampiros, que no podrían seguir viviendo como hasta entonces y pretender sobrevivir. Él ya mantenía a una reserva bastante grande porque no mataba a los suyos, tenía la reputación de ser blando de corazón. Me han dicho que a Marsilia le parece «mono» que se preocupe por nosotros. —Me miró irónicamente.

—Empezó a experimentar, a buscar formas en las que los vampiros beneficiaran a la raza humana. Cuando me encontró, me moría de leucemia y me ofreció una oportunidad de vivir.

Conté mentalmente y fruncí el ceño.

—Rachel dijo que eras profesora y que te encontró cuando las hadas se dieron a conocer. ¿Cuántos años tenías?

Sonrió.

—Cuarenta y uno. —Eso significaba que ahora tendría unos sesenta; no los aparentaba en absoluto. No parecía mucho mayor que yo—. Stefan ya sabía que la longevidad era algo que podía ofrecer. Una de las suyas estuvo unido a él durante casi un siglo antes de que otro vampiro la matara.

—¿Por qué alimentar a un vampiro te hace vivir más tiempo? —pregunté.

—Es por el intercambio de sangre —dijo Rachel. Se llevó un dedo a los labios y lo lamió de forma sugerente—. Él toma la tuya y luego te da un poco de la suya. Desde que empecé con esto, puedo ver en la oscuridad, incluso puedo doblar una llave para quitar neumáticos. —Me miró por debajo de las pestañas para comprobar cómo me tomaba su revelación.

Puaj, me lo pensé detenidamente y ella frunció el ceño, decepcionada por mi reacción. Quizá esperaba que me hubiera horrorizado más o que me intrigara.

—Mi leucemia ha remitido desde 1981 —añadió Naomi de forma prosaica—. Joey afirmaba que siempre había tenido ligeros poderes psíquicos, pero después de pertenecer a Stefan podía mover cosas sin tocarlas.

—No mucho —dijo Rachel—. Solo conseguía deslizar una cuchara sobre una mesa.

—Entonces, ¿los vampiros pueden curar enfermedades? —pregunté.

Naomi negó con la cabeza.

—Los vampiros ayudan mucho con las enfermedades de la sangre, con la anemia falciforme y otras enfermedades menores. Stefan tuvo éxito con alguna enfermedad autoinmune, como la esclerosis múltiple o el VIH. Excepto con la leucemia, Stefan descubrió que no podía ayudar a los enfermos de cáncer ni a los pacientes con el sida muy desarrollado, como Tommy.

—Entonces, ¿Stefan intentaba crear un vampiro políticamente correcto? —pregunté. La idea me dejó atónita—. Ya me imagino los titulares, «Vampiro difamado

solo quiere salvar vidas». O mejor aún, «Centro Vampírico, venga a nuestra moderna comunidad. Curaremos sus enfermedades, le fortaleceremos y le otorgaremos la vida eterna».

—«Venga a comer con nosotros» —comentó Rachel con una sonrisa que dejaba ver todos sus dientes.

Naomi me dedicó una mirada seca.

—No es tan ambicioso y, además, le han surgido algunos problemas.

—¿Marsilia?

—Mmm. —Naomi parecía pensativa—. Durante mucho tiempo, Marsilia fue más una especie de mascarón de proa que una líder. Stefan decía que no paraba de hacer pucheros por estar exiliada. Tras el último invierno, empezó a destacar. Él esperaba que le apoyara en sus esfuerzos, que gracias a ella otros trataran a sus reservas de forma más humana.

—Pero... —empecé.

—Pero lo que Stefan intenta hacer acarrea muchos problemas. Primero, no muchos vampiros pueden permitirse mantener a tanta gente como él, y con menos de doce empezamos a morir. Además, la mayoría de los vampiros no pueden controlar a tanta gente como Stefan. No existen muchos vampiros capaces de lograr que sus rebaños los quieran. —Miró deliberadamente a Rachel al pronunciar la última frase.

—Stefan dice que el mayor problema es el autocontrol —dijo Rachel ignorando el comentario de Naomi—. Los vampiros son depredadores. Matan.

Naomi asintió.

—Muchos de ellos deciden no controlarse, dicen que eso estropea el disfrute de la comida. Pero todos pierden el control en algún momento cuando se están alimentando. Incluso Stefan. —Por un segundo capté un atisbo de horror en su mirada, pero cerró los párpados y desapareció—. Cuanto más tiempo pertenece una persona a un vampiro, más difícil le resulta a este no matarle. Stefan dice que con los que está unido, el deseo de matar es muy, muy fuerte, y con el tiempo empeora. Al final, solía enviar a Joey con su familia en Reno durante meses. Ese deseo afecta a todos los vampiros, no solo al que se está unido. Por eso Stefan no mató a Andre en el acto. Daniel estaba unido, pudo ser un accidente.

—Las reservas de Andre no duran mucho —me dijo Rachel—. Antes de Daniel, nunca había creado a ningún vampiro porque los mata antes de que llegue su momento.

No sé qué me vio en la cara, solo oí que comenzaba a hablar con rapidez, para darme la impresión de que Andre no era malo.

—... no como Estelle o algunos de los otros a quienes les gusta jugar con la comida.

Pero no la estaba escuchando. Observaba la cara surcada de lágrimas de Daniel. Solo le había visto una vez, pero reconocí su olor más que sus rasgos. Estaba de pie, detrás de Rachel, me miraba y susurraba. Tardé unos segundos en darme cuenta de

que era él a quien había visto acurrucado junto al fregadero. No había reconocido su olor entonces, pero no siempre percibo a los muertos con todos mis sentidos.

Entonces, entendí lo que estaba diciendo y dejé de preocuparme de por qué no le había reconocido la primera vez que le vi.

—Me devoró —susurró en voz baja, desesperado—. Me devoró —repetía una y otra vez.

—¿Dónde? —pregunté al ponerme de pie—. ¿Dónde está, Daniel?

Pero no sirvió de nada. Daniel no era como la señora Hanna que había muerto en paz y seguía con su rutina habitual. Algunos fantasmas tienen asuntos urgentes que llevar a cabo, aparecerse durante unos minutos para entregar un último mensaje de amor, de ira, a alguien importante. Algunos, especialmente los que morían de forma traumática, se quedan atrapados en el momento de su muerte. Esos son del tipo más frecuente, como la quinta mujer de Enrique VIII, Catalina Howard, que corre por los pasillos de la Torre de Londres gritando.

—¿Daniel? —pregunté, aunque su falta de reacción le restó urgencia a mi voz.

Rachel dejó de hablar, saltó del taburete y miró a Daniel. Naomi me miraba fijamente a mí.

Desapareció un momento después e incluso aún cuando ya no podía verlo, seguía escuchando su voz.

—¿Le has visto? —susurró Rachel.

—Es una broma muy cruel —me soltó Naomi.

La miré.

—¿Vives con vampiros y no crees en fantasmas? —le pregunté.

—Daniel está muerto —susurró Rachel.

Asentí. Me preguntaba cómo un vampiro podía ser un fantasma, ¿no estaban ya muertos? La falta de sueño empezaba a pasarme factura.

Naomi se dirigió a la chica.

—Rachel...

—Yo también le he visto —dijo con voz apagada—. Solo durante un segundo, pero era él. Si Daniel está muerto... Stefan no dejaría que le pasara nada, no si estuviera vivo. —Miró a su alrededor como una loca y salió de la habitación. Escuché sus rápidos pasos escaleras arriba.

—¿Qué te ha dicho? —Por sus palabras, no era capaz de saber si Naomi me creía o no, pero tampoco importaba.

—Nada. —Decidí no compartir lo que me había dicho. No ayudaría a nadie de la casa, y no parecía que Rachel le hubiera oído. Me levanté y abrí los armarios al azar hasta que encontré un vaso. Lo llené de agua y bebí, fingí que tenía la boca seca porque tenía sed, no porque estaba asustada. ¿El hechicero había devorado a Daniel en serio?

El recuerdo de Littleton matando a la mujer en el hotel me golpeó de forma inoportuna como un *flashback* a toda velocidad: lo sentí con la vista, el olfato y el

oído. Fue solo un momento, pero durante ese momento volví a la habitación del hotel. No debí actuar de forma extraña porque, cuando me giré hacia Naomi, no me miraba como si estuviera observando a alguien que había gritado. Dejé el vaso con cuidado sobre la mesa.

—Si los vampiros viven con su reserva —dije, orgullosa de mi tono tranquilo—, ¿quién vive en el nido?

—Solo los vampiros más fuertes pueden vivir solos y sobrevivir únicamente de sangre humana. Los demás viven en el nido. Son la reserva de la Señora —me dijo Naomi un momento después.

Descifré sus palabras.

—¿Se alimenta de vampiros?

Naomi asintió.

—Y les da un poco de sangre suya a cambio, muy poco. Sin esa sangre, los vampiros más débiles morirían, solo a la Señora se le permite alimentar a los demás vampiros y alimentarse de ellos. Allí también viven humanos para poder abastecer a todos, pero sin ella, los vampiros menores morirían.

—¿Se le permite alimentar? —pregunté—. Si hay una ley que lo prohíba, eso debe significar que ella saca partido de chupar la sangre a los demás vampiros.

—Sí. No estoy segura de qué es, aunque creo que es fuerza y poder. Y la capacidad de limitar las acciones incluso de los vampiros que no ha engendrado ella. Creó a Stefan y me parece que a Andre también. Pero Estelle y la mayoría de los demás no son suyos. Cuando dejó de prestarle atención al nido, Stefan y Andre lo dirigieron por ella. Pero algunos de los vampiros más viejos se volvieron rebeldes.

—Estelle y Bernard —sugerí al recordar al hombre del traje elegante.

Naomi asintió.

—Los cuatro, Stefan, Andre, Estelle y Bernard son los únicos vampiros lo suficientemente fuertes como para vivir solos fuera del nido. Stefan dice que desde que pueden vivir sin alimentarse de la Señora, los vampiros se vuelven territoriales, así que se los manda fuera para que formen sus propias reservas. —Hizo una pausa—. En realidad son cinco. El Mago vive solo.

—¿El Mago? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Wulfe. Le has visto porque Stefan nos dijo que estuvo presente en el juicio. Parece más joven que Daniel y tiene el pelo rubio, casi blanco.

El chico que realizó la magia de la silla.

—Mientras Marsilia no se preocupaba demasiado, Estelle y Bernard consiguieron crear algunos vampiros nuevos que se quedaron para ellos.

—Se alimentan de nuevos vampiros —dije, siguiendo la historia—. Eso los hace más poderosos de lo que lo serían normalmente.

—Exacto. De esto no estoy muy segura.

—Vale.

—Hay alguna razón por la que Marsilia no puede quitarles a los vampiros nuevos. Creo que es porque, si los vampiros han intercambiado sangre con su creador varias veces, enfermarían y probablemente morirían sin la sangre de ese vampiro en particular. Los vampiros se reproducen muy lentamente, así que tienen mucho cuidado con los nuevos, incluso si eso significa que Bernard y Estelle aumentan su poder más de lo que Marsilia se puede permitir.

—Entonces —continuó Naomi— hay disensión en las filas. Stefan creía que Marsilia estaba perdiendo su influencia sobre el nido. Nadie ha iniciado una rebelión abierta, pero la Señora tampoco tiene el control absoluto.

—¿En qué afecta el hechicero a su posición? —pregunté y ella me sonrió como a una estudiante que ha llegado a la conclusión correcta.

—Hay un vampiro en la ciudad que está causando problemas —respondió—. Es un asunto que debe tratar Marsilia, pero este ha demostrado ser más fuerte que Stefan. Cuanto mayor es un vampiro, más miedo le tiene a la muerte. Stefan me dijo que creía que la razón por la que le envió a él solo tras el hechicero no fue como castigo sino porque creía que no podía enviar a nadie más, no hubieran ido. De los cinco vampiros más poderosos, solo Stefan y Andre son verdaderamente suyos.

Entonces estaba muy desesperada cuando acudió a mí.

—¿Por qué no va Marsilia a buscarle ella misma? Es la Señora, la más poderosa de todos.

Naomi frunció los labios.

—¿Tu Alfa iría en busca de una criatura peligrosa teniendo guerreros que lucharán en su lugar?

—Ya lo ha hecho —le dije—. Un Alfa que delega la responsabilidad de luchar en sus batallas no dura mucho como Alfa.

—No está muerto. —Me di la vuelta al oír una voz masculina detrás de mí.

El hombre parado en la puerta parecía tener unos cincuenta, ocultaba una fuerza subyacente bajo su robusto torso. Le miré las manos y no me sorprendió verlas ásperas tras una vida de trabajo duro. Como yo, aquel era un hombre que se había ganado la vida con sus manos.

—¿Quién no está muerto, Ford? —le preguntó Naomi, pero él la ignoró por completo.

Sus ojos brillantes estaban fijos en los míos cuando dio otro paso dentro de la cocina. No podía apartar la vista de su mirada.

—No está muerto —repitió con intensidad—. Si lo estuviera, el umbral habría desaparecido. Yo estaba aquí cuando Andre no pudo entrar. Este lugar es un hogar por Stefan. Yo lo sabría si él estuviera muerto.

—Déjalo ya, Ford —dijo bruscamente Naomi y el olor de su miedo me distrajo de la mirada brillante y cristalina de Ford.

Parpadeé y aparté la vista bruscamente. Seguía siendo de día así que Ford no podía ser un vampiro, pero supuse que estaba solo a un paso de convertirse.

Me cogió del brazo y me bajó del taburete con menos esfuerzo del que debería haberle costado. Estaba acostumbrada a los hombres grandes —Samuel medía más de un metro ochenta—, pero este hombre me hacía sentir pequeña. Sin embargo, no sabía pelear porque no me costó nada soltarme.

Retrocedí dos pasos y Naomi se colocó entre los dos.

—Daniel se ha ido —le dije—. Yo misma he visto su fantasma. A Warren, uno de los licántropos que acompañaban a Stefan, lo hirieron de gravedad y lo dejaron tirado para que lo encontrara su manada. No sé cómo estará el otro lobo o Stefan, pero pretendo descubrirlo.

Naomi se le acercó aún más y le dio un toquecito en el pecho.

—Shh, no pasa nada. —Sus palabras tranquilizadoras tenían un tono muy parecido al que utilizaba Adam con sus lobos cuando se alteraban demasiado—. Será mejor que te marches, Mercedes —me dijo en el mismo tono tranquilizador—. Ford es uno de los unidos.

Y vi que eso significaba más que el hecho de ser capaz de transformarse en vampiro al morir. La viveza de sus ojos no era una casualidad genética, sino el antecedente de las joyas brillantes que les había visto a los vampiros poseídos por la ira o el deseo.

Cogió a Naomi con impaciencia, creo que con intención de apartarla para poder llegar hasta mí. Pero ella inclinó la cabeza y le mostró el cuello, y él dudó, claramente atraído por la visión del pulso de su sangre.

Si la hubiera sentido mínimamente asustada, me habría quedado para intentar ayudarla, pero sus ganas de él me resultaron incómodamente fuertes. Me di la vuelta y me marché justo cuando él se inclinó sobre su cuello.

Me encontraba a casi un kilómetro de distancia de casa de Stefan cuando respiré profundamente por primera vez. Me había enterado de muchas cosas, más de las que esperaba, pero de nada que me ayudara a encontrar a Littleton. No tenía ni idea de dónde se situaban las reservas de los demás vampiros, pero aunque lo supiera, dudaba que el hechicero viviera con su maestro, suponiendo que Littleton fuera la creación de uno de los vampiros de Marsilia.

Había varios vampiros que podían haber creado al hechicero para causarle problemas a Marsilia. También podía haber sido un vampiro de otro nido que se hubiera percatado del mal momento que pasaban y que hubiera enviado al hechicero para debilitar la situación antes de una toma de poder hostil.

Todo eso era problema de Marsilia, no mío. Necesitaba encontrar dónde se escondía el hechicero.

Estaba tan distraída con especulaciones inútiles que no me di cuenta de que guiaba el Golf por el camino serpenteante desde las colinas hacia la llanura de East Kennewick y de que había recorrido medio camino hacia mi casa.

Quizá Warren supiera qué había movido a Adam y a Samuel a perseguir a Littleton ellos mismos. Me dirigí a casa de Adam. Solo habían pasado unas horas, pero los licántropos se curan muy rápido una vez son capaces de transformarse.

El licántropo con el que me peleé la noche anterior estaba de nuevo de servicio, pero bajó la vista y me abrió la puerta principal sin pronunciar palabra. Había algunos de la manada sentados por los sofás del salón, pero ninguno con el que me llevara particularmente bien.

—¿Mercy?

Jesse estaba en la cocina con una taza de chocolate caliente entre las manos.

—¿Ha llamado tu padre o Samuel? —le pregunté aunque la respuesta era obvia a juzgar por su expresión.

Negó con la cabeza.

—Darryl me ha dicho que los estabas buscando. —Su tono me hacía numerosas preguntas delicadas. ¿En qué tipo de peligro andaba metido su padre? ¿Por qué era yo quien le estaba buscando y no toda la manada?

—¿Cómo se encuentra Warren? —le pregunté porque no tenía ninguna respuesta que quisiera darle a la hija de Adam.

—Sigue mal —me respondió—. A Darryl le preocupa que no lo supere, porque no se está curando como debería y no quiere comer.

—Necesito ver si puedo hablar con él.

Dejé a Jesse con el chocolate y sus preocupaciones.

La puerta del sótano estaba cerrada, pero la abrí sin llamar. Cualquiera que estuviera en la habitación, con la posible excepción de Kyle, me habría escuchado hablando con Jesse. Los ojos oscuros de Darryl se cruzaron con los míos desde la mecedora en la que estaba sentado. Me quedé en la puerta y le miré fijamente a los ojos.

—¿Mercy? —La voz de Kyle era tensa y sonaba casi tan cansada como me sentía yo.

—Un momento —murmuré sin apartar los ojos de los de Darryl. No sé por qué él sentía la necesidad de desafiarme en ese momento, pero yo hoy no quería tener que aceptar órdenes suyas.

Finalmente, Darryl bajó la vista. No fue un gesto tan sumiso como desdeñoso, pero a mí me bastó. Le di la espalda sin decir nada y me dirigí hacia los barrotes en los que todavía se apoyaba Kyle.

—¿Qué pasa? —preguntó Kyle.

—Estúpidos juegos de licántropos. —Me agaché delante de la puerta de la jaula. Warren había recuperado la forma humana y estaba acurrucado dándonos la espalda. Alguien le había tapado con una manta—. Darryl está un poco confundido ahora mismo.

Darryl resopló.

No le miré, pero noté como mi cara adoptaba una expresión compasiva.

—Seguir las órdenes de un coyote alteraría a cualquier lobo —dije—. Quedarse sentado esperando cuando sería necesario hacer algo es incluso peor. Si Darryl fuera un lobo menor, me habría matado cuando entré aquí.

El resoplido de Darryl se convirtió en una carcajada sincera.

—Conmigo no corres peligro, Mercy, aunque sí que estoy confundido.

Me arriesgué a mirarle, pero me relajé porque la mirada de perezosa preparación había desaparecido de los ojos de Darryl y ahora se le veía simplemente cansado.

Le sonreí.

—¿Puede hablar?

Darryl negó con la cabeza.

—Samuel dijo que tal vez tardara unos días. Aparentemente, tiene la garganta dañada. No sé qué efecto ha tenido el cambio en su pronóstico. Se niega a comer.

—Ha hablado mientras dormía —me dijo Kyle.

Observaba a Darryl sin preocuparse por esconder su antipatía. Darryl siempre había tenido un problema con Warren, incluso antes de descubrir que no se mostraba servil ante él. Los lobos dominantes siempre se alteran cuando están juntos, a menos que uno de ellos sea el Alfa, lo que significaba que Darryl solía ser asquerosamente autocrático cuando Warren estaba cerca.

—¿Qué ha dicho? —soltó Darryl, y la silla se meció bruscamente hacia delante.

—Nada que te importe —respondió Kyle sin preocuparse del peligro que suponía irritar a un licántropo.

A mí me interesaba más cómo se tensaban los músculos de los hombros de Warren.

—Si os peleáis, solo conseguiréis alterarle —dije—. Darryl, ¿sabes algo de Bran? Asintió con su atención aún fija en Kyle.

—Viene para acá. Tiene unos asuntos que terminar así que no podrá llegar hasta última hora de la noche.

—Bien —dije—. Quiero que vayas arriba y comas algo.

Me miró, sorprendido.

Le sonreí.

—Un licántropo hambriento es un licántropo irritable. Ve a comer algo antes de que te comas a alguien.

Se levantó y se estiró, la rigidez del movimiento me indicó que llevaba mucho tiempo sentado allí.

Esperé hasta que se marchó para abrir la puerta de la celda.

—Me he pasado la mayoría de las últimas horas escuchando a Darryl decirme que eso no es una buena idea —me comentó Kyle.

—Probablemente tenga razón —accedí—. Pero Warren me escuchó esta mañana.

Me senté al final del colchón y tiré de la manta para tapanle mejor los pies. Después, me subí a la cama y me puse entre la pared y Warren.

Su cara estaba a unos centímetros de la mía, vi cómo movió rápidamente la nariz así que le soplé para que supiera que era yo. Las horas que habían pasado desde la última vez que le vi no le habían mejorado, los moratones se habían oscurecido y la nariz y los labios estaban más hinchados. Darryl tenía razón, debería estar curándose más rápido.

Pero Kyle dijo que había hablado.

—No pasa nada —le dije a Warren—. Aquí solo estamos Kyle y yo.

Movió los párpados, abrió un ojo ligeramente pero volvió a cerrarlo.

—Adam y Samuel han desaparecido —le dije—. Daniel ha muerto.

Abrió el ojo un poco y emitió un ruido suave.

—¿Estaba vivo la última vez que le viste? —Hizo un movimiento que podía ser un sí. Le toqué la mejilla donde parecía no tener ningún moratón y se relajó mínimamente. Entre los lobos, el lenguaje corporal puede decirme casi tanto como las palabras.

—¿Les dijiste a Adam y a Samuel dónde encontrar a Littleton? —le pregunté.

El corazón de Warren latió más rápido y se movió en la cama, abrió un ojo y derramó una lágrima de pura frustración.

Le toqué los labios.

—Shh, shh. Tú, no, ya lo sé. Pero alguien más se lo dijo.

Se me quedó mirando fijamente, atormentado.

—¿Sabes adónde han ido?

—Samuel recibió una llamada anoche antes de que se marcharan —comentó Kyle.

Estupefacta, levanté la cabeza para mirar fijamente a Kyle que estaba arrodillado en el suelo al otro lado de la cama de Warren.

—¿Por qué no se lo has dicho a nadie?

—Darryl no me preguntó —respondió—. Supuso que me pasé todo el tiempo durmiendo y no estaba de humor para escucharme cuando intenté hablar con él. Te lo debería haber dicho antes, pero para serte sincero, estaba un poco distraído.

Volví a relajarme. Malditos licántropos. Supongo que a Darryl no se le ocurrió prestarle atención a un humano. Darryl tenía un puto doctorado. Cabría esperar que sería lo suficientemente listo como para prestarle atención a un hombre con la inteligencia para ser uno de los mejores abogados del Estado, un abogado educado en la Ivy League.

—Si crees que ser humano es frustrante en este ambiente, prueba a ser un coyote —le dije—. ¿Qué dijo Samuel? —No esperaba que me contara nada útil. Si hubiera dicho adónde se dirigían, por ejemplo, Kyle no habría dejado que el orgullo evitara darle esa información a Darryl.

—Samuel no tuvo tiempo de decir nada a quienquiera que llamara. Llamaron, dijeron unas palabras y colgaron. Samuel cogió a Adam y le dijo «vámonos».

Le miré con tristeza.

—Ellos también te ignoraron.

Esta vez me sonrió, fue una sonrisa cansada.

—No estoy acostumbrado a que me ignoren.

—Me molesta que me lo hagan a mí también. —Volví a mirar a Warren—.

¿Escuchaste lo que dijo el que llamó?

No esperaba que así fuera, por lo que su quietud me cogió por sorpresa.

Su boca destrozada intentó pronunciar una palabra. Escuché con atención pero fue Kyle, apoyado sobre la cama, quien le entendió.

—¿Trampa?

—Warren, sé que los licántropos no deberían acercarse a Littleton —le dije—.

¿Los llamó para que fueran a por él?

Movió la cabeza lo justo para un gesto afirmativo.

—¿Escuchaste adónde? —Permaneció inmóvil—. Warren, no dejaré que ninguno de los lobos se le acerquen. Ni Kyle ni yo les diremos al resto de la manada dónde están, no hasta que llegue Bran. Solo se lo diré a los vampiros, es problema suyo.

Lo intentó pero ni Kyle ni yo entendimos lo que dijo.

—Obviamente, no es ni un sí ni un no —dijo finalmente Kyle—. Warren, cielo, ¿escuchaste parte de lo que dijo?

Visiblemente agotado por el esfuerzo, Warren asintió. Se relajó y dijo algo más.

—¿Iglesia? —dije y por la expresión de Warren supe que había entendido bien—.

¿Eso es todo? —Le toqué la cara y se relajó—. Vuelve a dormirte, Warren. Nos aseguraremos de que Bran lo sepa todo.

Se estremeció al suspirar y se relajó hasta quedarse dormido.

—Kyle, ¿te encargas de contarle todo esto a Bran cuando venga? Debería llegar a última hora de la noche o a primera de la mañana. —Me levanté de la cama de Warren lo más despacio que pude.

—Claro. ¿Qué vas a hacer tú?

Me froté la cara. Necesité mucha fuerza de voluntad para levantarme de la cama cuando lo único que todo mi cuerpo quería hacer era acurrucarse con Warren y dormir.

—Si puedo encontrar a Littleton antes del anochecer, tal vez pueda matarle. —Con el práctico kit mata vampiros que tenía en el maletero del coche.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí, quedándote aquí con Warren. Intenta que coma algo la próxima vez que se despierte.

Kyle miró a Warren, y en su cara no había ni rastro de su humor sardónico habitual cuando habló.

—Cuando encuentres al cabrón que le ha hecho esto, mátale y asegúrate de que le duela.

Le hice levantarse y salir de la celda conmigo. No creía que Warren le hiciera daño, pero no quería correr ese riesgo.

Me sonó el móvil. Era Tony.

—No te lo vas a creer —dijo—. Aunque no sé si servirá de algo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Los incidentes durante el día, con alguna excepción, se dan en Kennewick. Hay un patrón amplio que parece desarrollarse alrededor del Departamento de Policía.

—¿De la comisaría? —le pregunté.

—Eso es. Aunque supongo que también podría centrarse alrededor del instituto o de tu casa. Pero la comisaría está justo en el centro.

—¿Cómo de amplio es el patrón? —le pregunté.

—De unos cuatro o cinco kilómetros. Algunos incidentes se dieron al otro lado del río, en Pasco. Hay excepciones, nuestro especialista me dice que son suficientes como para significar algo. Algunas en Richland, Benton City y Burbank. ¿Te sirve de ayuda?

—No lo sé —le respondí—. Tal vez. Gracias, Tony. Te debo unos cuantos favores por esto.

—Solo detén a esa cosa.

—Haré lo que pueda.

Me encontré con Darryl al final de las escaleras.

—Tenías razón —me dijo—. La comida ayuda.

—Mmm —dije—. Samuel recibió una llamada anoche, pero Warren no sabe adónde fueron.

—¿Warren se ha despertado y ha hablado?

Negué con la cabeza.

—Yo no lo llamaría hablar y se ha vuelto a dormir. Fue Kyle quien escuchó la llamada de teléfono. Aparentemente, intentó contártelo. —Observé cómo las palabras hacían efecto—. Puede que debieras considerar escuchar a Kyle —le dije amablemente y después, para que saliera del paso, le pregunté—: ¿Sabes por qué el hecho de que yo pueda hablar con los fantasmas asusta a los vampiros?

Gruñó una negativa.

—No sé en qué puede ayudar eso. Lo último que supe era que los fantasmas evitaban el mal. —Pasó por mi lado sin tocarme.

No creo que se diera cuenta de lo que me había dado.

Los fantasmas no son personas. Por muy bien que conversara la señora Hanna, solo era un recuerdo de la persona que fue.

Qué estúpida era.

Me había dicho que había cambiado de rutina y lo único que pensé fue en lo triste que me parecía porque, sin sus costumbres habituales, pronto desaparecería. No me había preguntado por qué había cambiado de rutina. Los fantasmas, los que siguen un patrón, no hacen eso. Alguien le había dicho que lo hiciera, me contó, pero no

recordaba quién, solo que era el nombre de un hombre. Su ruta recorría todo Kennewick. Si el hechicero estaba allí, tal vez se hubiera topado con él.

Jesse levantó la vista de la mesa de la cocina cuando yo bajé corriendo las escaleras.

—¿Mercy? ¿Has descubierto algo?

—Quizá —le respondí mientras seguía avanzando hacia la puerta—. Pero tengo que encontrar a alguien. —Miré mi reloj. Las ocho y veintisiete. Aún me quedaba una hora hasta el anochecer, si es que el hechicero tenía que esperar a que oscureciera por completo para despertarse.

Capítulo 12

Durante la mayor parte del tiempo que he vivido en Tri-Cities, la señora Hanna ha empujado su carrito de la compra por el mismo camino desde el amanecer al anochecer. Nunca la había seguido, pero la había visto en diferentes lugares y más o menos me hacía una idea de su ruta. No sabía cómo la había variado, así que tuve que buscarla por todas partes.

Cuando pasé por delante de la primera iglesia, paré al lado de la carretera, saqué un cuaderno que llevaba en el coche y apunté el nombre y la dirección. Una hora después, había confeccionado una lista de once iglesias que se encontraban a una distancia razonable del Departamento de Policía, pero ninguna tenía ningún cartel envuelto en llamas que dijera «Aquí descansa un hechicero». El sol estaba bastante bajo y el miedo me cerraba el estómago.

Si me equivocaba sobre que el motivo que había obligado a la señora Hanna a cambiar de ruta era evitar a Littleton, habría malgastado la última hora. Si estaba en lo cierto, se me acababa el tiempo.

También se me agotaban los lugares en los que buscar. Aparqué junto al Instituto Kennewick e intenté pensar. Si la señora Hanna no hubiera cambiado de ruta, sería más fácil encontrarla. Si no estuviera muerta, habría resultado más fácil aún. Contaba con ser capaz de verla, pero los fantasmas a veces solo se manifiestan a algunos sentidos: voces incorpóreas, escalofríos o un simple olor.

Si no la encontraba pronto, oscurecería y tendría que enfrentarme a Littleton durante el momento álgido de su poder, como vampiro y como demonio.

Me detuve en Garfield con la Décima en uno de esos semáforos que permanecía largo tiempo en rojo incluso cuando no había mucho tráfico.

—Al menos, no tendré que enfrentarme a Littleton yo sola, puedo llamar a Andre. —Aporreé el volante con las manos, ansiosa por que cambiara el semáforo—. Pero si no encuentro a la señora Hanna antes de que caiga la noche, ya no la veré. —La señora Hanna se iba a casa por la noche.

Lo dije en voz alta porque no podía creer lo estúpida que había sido.

—La señora Hanna se va a casa por la noche.

Seguía sin haber tráfico así que pisé a fondo el acelerador y, por primera vez en mi vida de adulta, me salté un semáforo en rojo. La señora Hanna vivía en un pequeño parque de caravanas junto al río, al este de Blue Bridge. Llegar a esa zona me costó cinco minutos y tres semáforos en rojo que también me salté.

La encontré empujando su carrito por la acera delante del concesionario Volkswagen. Aparqué el coche al otro lado de la calle, salté fuera y me mordí la lengua para no gritar su nombre. Los fantasmas asustados suelen desaparecer.

Sin olvidarme de eso, no pronuncié palabra cuando la alcancé. En vez de eso, caminé a su lado menos de la mitad de la manzana.

—Qué tarde tan agradable —dijo finalmente—. Creo que el tiempo está a punto de cambiar.

—Eso espero. —Tomé aire profundamente—. Señora Hanna, perdone que me entrometa, pero me preguntaba por qué ha cambiado el paseo que daba siempre.

—Por supuesto, querida —dijo, ausente—. ¿Qué tal está ese chico tan majo?

—Esa es la cuestión —le dije—. Creo que tiene problemas. ¿Puede decirme otra vez por qué pasó por el taller a una hora diferente?

—Sí, muy triste. Joe me dijo que mi ruta habitual no era segura. Nuestro pobre Kennewick se está convirtiendo en una gran ciudad, ¿no es así? Es terrible cuando deja de ser seguro que una mujer pasee de día.-

—Terrible —le concedí—. ¿Quién es Joe y por dónde no quiere que pase?

Detuvo el carrito y me sonrió dulcemente.

—Conoces a Joe, querida. Es el conserje de la iglesia congregacional desde siempre. Está muy enfadado por lo que le ha pasado a su edificio, pero a fin de cuentas, ¿quién consulta al conserje?

—¿Dónde está?

Me miró de arriba abajo con expresión de desconcierto.

—¿Te conozco, querida? Tu cara me resulta familiar. —Antes de que pudiera dar con una respuesta adecuada, levantó la vista al sol que se ponía—. Me temo que debo marcharme. No es seguro andar por ahí de noche.

Me dejó allí sola en el patio del parque de caravanas.

—Iglesia congregacional —dije mientras corría hacia el coche. Sabía que ninguna de las iglesias que había apuntado llevaba «Congregacional» en el nombre, pero guardaba una guía telefónica en el coche.

No había ninguna entrada para Iglesia Congregacional en las páginas amarillas, así que lo intenté con las blancas y encontré un solo número en Pasco. No me fue de mucha utilidad; la ruta de la señora Hanna no cruzaba el río.

Saqué el móvil y llamé a Gabriel. A una de sus hermanas pequeñas le fascinaban los fantasmas. Si su madre no estaba y le dabas pie, se pasaba todo el tiempo de trabajo en la oficina contando historias de fantasmas.

—Hola, Mercy —respondió—. ¿Qué pasa?

—Tengo que hablar con Rosalinda sobre unas historias de fantasmas locales —le dije—. ¿Está en casa?

Hizo una breve pausa.

—¿Tienes problemas con fantasmas?

—No, tengo que encontrar a uno.

Se apartó del auricular.

—Rosalinda, ven aquí.

—Estoy viendo la tele. ¿No puede hacerlo Tia? No ha movido un dedo en todo el día.

—No es trabajo. Mercy quiere exprimerte el cerebro.

Escuché algunos sonidos cuando Gabriel le pasó el teléfono.

—¿Diga? —Su voz sonaba más dubitativa al hablar conmigo que cuando se dirigió a su hermano.

—Me dijiste que habías hecho un trabajo sobre los fantasmas locales para clase el año pasado, ¿verdad?

—Sí —respondió con algo más de entusiasmo—. Saqué un sobresaliente.

—Necesito saber si encontraste algo sobre el fantasma de un conserje llamado Joe que trabajaba en una iglesia. —No tenía por qué ser un fantasma, pensé. Después de todo, yo hablaba con la señora Hanna y tampoco lo era. Y aunque sí lo fuera, eso no significaba que hubiera historias sobre él.

—Sí, sí. —Gabriel no tenía nada de acento, pero las claras vocales españolas de su hermana le daban color a su voz al entusiasmarse—. Joe es muy famoso. Trabajó toda su vida limpiando su iglesia hasta los sesenta y cuatro, creo. Un domingo, cuando el cura... No, le llamaban de otra forma. Pastor, creo, o ministro. Bueno, cuando fue a abrir la iglesia se encontró a Joe muerto en la cocina. Pero se quedó allí. Hablé con gente que solía ir a aquella iglesia. Me contaron que a veces, por la noche, las luces seguían encendidas pero que el lugar estaba vacío. Las puertas se cerraban solas. Una persona me dijo que lo había visto en las escaleras, pero no sé si crérmelo. A esa persona le gustaba contar historias.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—No muy lejos de tu apartamento —respondió—. En la Segunda o la Tercera, a unas manzanas de Washington. —Tampoco quedaba lejos de la comisaría—. Fui a hacerle fotos. Ya no es una iglesia. Los feligreses construyeron otra y le vendieron el terreno a otra iglesia hace unos veinte años. Estos se la vendieron después a otra gente que intentó montar un colegio privado. Entraron en bancarrota, se divorciaron y uno de ellos, no recuerdo si el marido o la mujer, se mató. La iglesia estaba vacía la última vez que pasé por allí.

—Gracias, Rosalinda —dije—. Es exactamente lo que necesitaba saber.

—¿Crees en fantasmas? —me preguntó—. Mi madre dice que son tonterías.

—Quizá lo sean —respondí intentando no contradecir a su madre—. Pero hay mucha gente que cree en un montón de tonterías. Cuídate.

Soltó una carcajada.

—Tú también. Adiós, Mercy.

Le di al botón de finalización de llamada y me quedé observando el cielo que se oscurecía. Había una forma de saber si los vampiros ya se habían levantado. Saqué la tarjeta de Andre del bolsillo y le llamé.

—Hola, Mercy —me respondió—. ¿Qué haces esta noche?

En cuanto Andre respondió al teléfono, supe que mis posibilidades de encontrar al hechicero en un letargo diurno habían desaparecido. Podría esperar hasta la mañana siguiente y entonces iríamos a por él con Bran. Tenía la idea de que Bran era inmune a los efectos del demonio; no se me ocurría nada capaz de alterar su fría calma.

Pero si esperábamos a que llegara la ayuda, si esperábamos a la mañana siguiente, estaba casi segura de que Adam y Samuel morirían.

—Sé dónde está —le dije a Andre—. Reúnete conmigo en el taller.

—Estupendo. Estaré allí lo antes posible —respondió—. Tengo que preparar algunas cosas, pero no me llevará mucho tiempo.

Conduje hasta el taller para esperarle. Llamé al móvil de Bran, pero me saltó el contestador. Me lo tomé como una señal de que llegaría demasiado tarde como para servir de ayuda. Le dije que mirara en la caja fuerte de mi taller y le di la combinación. Acto seguido, me senté delante del ordenador y escribí todo sobre adónde me dirigía y lo que pensaba hacer. No quería dejar a todo el mundo preguntándose qué me había ocurrido como había pasado con todos los que salieron en busca de Littleton.

Cuando terminé, Andre aún no había llegado, así que miré mi correo personal. Mi madre me había enviado dos *e-mails*, pero el tercero procedía de una dirección desconocida con archivos adjuntos. Estaba a punto de borrarlo cuando me di cuenta de que el asunto rezaba «Cory Littleton».

Beckworth, fiel a su palabra, había recopilado información sobre Littleton para mí. Su *e-mail* era corto y directo.

Señorita Thompson,

Esta es toda la información que he podido encontrar. Me la ha facilitado un amigo de la policía de Chicago que me debía algunos favores. Littleton desapareció de Chicago hace un año más o menos cuando estaba siendo investigado como sospechoso de asesinato. Mi amigo me ha dicho que, si averiguo dónde se encuentra, me agradecería que se lo comunicara. El FBI también le está buscando.

Gracias de nuevo.

Beckworth

Había cuatro archivos PDF y un par de imágenes. Abrí las imágenes. La primera foto era una toma en color de Littleton en la esquina de una calle. En el extremo inferior derecho de la foto, la fecha la situaba en abril del año pasado.

Pesaría fácilmente unos veinte kilos más que la última vez que le vi. No había forma de estar segura, pero algo en su postura me hizo pensar que por aquel entonces

era humano.

Abrí la segunda foto. Littleton en un bar hablando con otro hombre. Su expresión era animada, como nunca le había visto en la vida real. El hombre con quien charlaba estaba girado así que solo pude verle de perfil. Sin embargo, fue suficiente. Era Andre.

Andre apareció justo cuando acabé de imprimir una segunda carta para Bran. La tiré dentro de la caja fuerte, cogí la mochila con el equipo cazavampiros de Zee y salí a encontrarme con mi destino.

Andre nos condujo fuera de mi aparcamiento en su BMW Z8 negro. Le pegaba, igual que la versión de la Máquina del Misterio a Stefan. Me sorprendió ligeramente porque Andre nunca me había parecido elegante y poderoso. Le miré rápidamente por debajo de las pestañas y me di cuenta de que aquella noche irradiaba ambas cosas, lo que me recordó que era uno de los seis vampiros más poderosos del nido.

Había convertido a un hechicero en vampiro para llegar a ser el más poderoso y yo apostaba mi vida a que había perdido el control de Littleton la noche en que Stefan y yo le vimos.

Andre era un enigma para mí así que decidí fiarme del juicio de la reserva de Stefan que decía que Andre era leal a Marsilia, pero que sentía celos de él.

Daniel había sido un anzuelo para probar qué podía hacerle a un vampiro nuevo. De no haber salido bien, Andre se habría ocupado del asunto; después de todo, Daniel era suyo. Pero Littleton había demostrado su poder así que Andre le puso contra Stefan. Pero si Andre siguiera siendo el hombre de Marsilia, no habría justificado el baño de sangre en el hotel. Casi con toda seguridad, eso habría centrado la atención en el vampiro. Pero lo que me hacía pensar que Littleton no seguía órdenes fue que esa noche Stefan sobrevivió. Andre habría acabado con él, pensé. No por el afecto de Marsilia sino porque, sin duda, Stefan era el mejor, siempre.

Así que me subí al coche con el vampiro que había creado a Littleton porque creía que quería acabar con el hechicero tanto como yo, no podía permitirse que Littleton siguiera libre y le causara más y más problemas. Y me subí al coche porque sabía que Andre era mi única posibilidad de mantener a Adam y a Samuel con vida.

—Una iglesia es suelo sagrado —me informó Andre cuando le dije adónde nos dirigíamos—. No puede estar en una iglesia, es un vampiro.

Me froté la cara, ignoré la vocecilla que no paraba de repetirme «tenemos que encontrarlos» e intenté pensar. Estaba muy cansada. Me di cuenta de que llevaba despierta unas cuarenta horas seguidas.

—Vale —dije—, recuerdo haber oído que los vampiros no pueden soportar el suelo sagrado. —Entre un montón de cosas que tampoco eran ciertas como, por ejemplo, lo de los vampiros cruzando el agua—. Pero si Littleton se escondiera en una iglesia, ¿cómo lo explicarías? Giró por la Tercera y disminuyó la velocidad para

que pudiéramos buscar el edificio en cuestión. La hermana de Gabriel no me había dicho a qué lado de Washington estaba la iglesia. Como mi taller estaba al este, empezamos por ahí. Pulsé varios botones y finalmente conseguí bajar la ventanilla para poder olfatear.

—Bueno —comentó—, tal vez los demonios cambien las reglas, pero en principio tampoco pueden pisar terreno sagrado. La iglesia ha podido ser profanada.

—Fue un colegio durante un tiempo —le dije, esperanzada.

Negó con la cabeza.

—No, a menos que fuera un prostíbulo. Se necesita un pecado más grave para profanar una iglesia: adulterio, asesinato, algo de ese tipo.

—¿Qué tal un suicidio? —le pregunté. La hermana de Gabriel no me había dicho que el suicidio se produjera en la iglesia, pero tampoco lo contrario.

Me miró.

—En ese caso, creo que un demonio disfrutaría al vivir en una iglesia profanada.

Esa noche, el tráfico en Washington era escaso y Andre fastidió a todos los pequeños deportivos saltándose los cruces sin detenerse en los *stops*.

—Cuando esto haya acabado —murmuré en tono sombrío—, no volveré a subirme en un coche que conduzca un vampiro.

Rosalinda tenía razón. La iglesia estaba a dos manzanas de Washington. No tenía ningún cartel pero era inconfundible.

Era más grande de lo que esperaba, casi tres veces mayor que la iglesia a la que iba yo los domingos. La vieja iglesia tuvo una vez un patio bastante grande, pero lo único que quedaban eran hierbajos quemados que no sobresalían apenas del suelo. El aparcamiento no estaba en condiciones mucho más aceptables, el asfalto se había desgastado hasta quedar convertido más en piedras que en alquitrán por cuyas grietas sobresalía hierba descolorida. Miré a mi alrededor, pero no vi ni rastro del BMW que conducía Littleton.

En cuanto vimos la iglesia, Andre aparcó al otro lado de la calle, enfrente de una casa victoriana de dos pisos que parecía haber sido una granja en algún momento.

—No veo su coche —dije.

—Quizá ya haya salido de caza —comentó Andre—. Pero creo que tienes razón, se esconde aquí. Este parece un lugar en el que se quedaría. —Cerró los ojos y tomó aire. Entonces me di cuenta de que no había respirado excepto un par de inspiraciones poco profundas antes de hablar. Me estaría acostumbrando a estar rodeada de vampiros. ¡Uf!

Yo también respiré profundamente, pero había demasiados olores en el ambiente. Perros, gatos, coches, alquitrán recocado tras un largo día bajo el sol y plantas. Sabía, sin mirar, que había un jardín de rosas detrás de la casa en cuyo frente habíamos aparcado y que alguien había abonado no muy lejos de allí. No olía a licántropo, a demonio ni a vampiro, excepto a Andre. No me había dado cuenta de lo mucho que esperaba encontrar algún rastro de que Adam o Samuel habían estado allí.

—No huelo nada.

Andre arqueó una ceja y me di cuenta de que, en ciertas circunstancias, era muy guapo. Y tenía razón, esta noche había algo diferente en él, algo más.

—No es estúpido —dijo—. Solo un vampiro estúpido deja un rastro que lleve hasta su puerta. —Había cierto orgullo en su voz.

Miró un momento a la iglesia y entonces se dispuso a cruzar la calle, me tocó seguirle a paso rápido.

—¿No deberíamos ser un poco más sigilosos? —pregunté.

—Si está ahí dentro, ya sabrá que hemos venido —me dijo amablemente—. Y si no está, no importa.

Agudicé mis sentidos todo lo que pude y deseé que las rosas no tuvieran un perfume tan intenso. No podía oler nada. Ojalá estuviera segura de que Andre lucharía de mi lado esta noche.

—Entonces, si no intentamos pillarle por sorpresa —pregunté—, ¿por qué hemos aparcado al otro lado de la calle?

—El coche me costó unos cien mil —me dijo Andre suavemente—. Le tengo bastante cariño. No me gustaría verlo destrozado en un arranque de carácter.

—¿Por qué no tienes más miedo de Littleton? —le pregunté. Yo lo tenía. Podía oler mi propio miedo sobre el perfume de las rosas que, extrañamente, se había intensificado al cruzar la calle.

Andre subió a la acera, se detuvo y me miró.

—Esta noche me he alimentado en abundancia —dijo con una extraña sonrisa—. La misma Señora me ha concedido ese honor. Con los lazos que ya nos unen y su sangre fresca en mi interior, puedo invocar sus dones y su poder si lo necesito. Haría falta algo más que un vampiro nuevo, incluso uno ayudado por un demonio, para derrotarnos.

Recordé lo fácilmente que había sometido Littleton a Stefan y albergué mis dudas.

—Entonces, ¿por qué no ha venido Marsilia en persona?

Se quedó boquiabierto, realmente sorprendido.

—Marsilia es una dama. Los enfrentamientos no son cosa de mujeres.

—Y por eso me has traído a mí.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla; parecía algo avergonzado por lo que había estado a punto de decirme.

—¿Qué? —le pregunté, ligeramente divertida, cosa que estaba mucho mejor que asustada—. ¿No es educado decirle a alguien que es sacrificable por no ser vampiro?

Sin posibilidad de réplica, comenzó a subir los escalones de cemento que conducían hasta dos puertas que llevaban años sin pintarse. Le seguí pero me quedé un paso por detrás.

—No —dijo finalmente con la mano en el pomo—. Y prefiero ser educado. —Se dio la vuelta para mirarme—. Mi Señora estaba segura de que eras la única capaz de

encontrar a este vampiro. A veces, ve imágenes del futuro, no muy a menudo, pero rara vez se equivoca con lo que visualiza.

—Entonces, ¿sobreviviremos? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No lo sé, pero sí entiendo que has corrido un gran riesgo por el honor del nido. Eres tan frágil... —Alargó la mano y me tocó la mejilla con la punta de los dedos—. Casi humana. Por mi honor te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para mantenerte a salvo.

Fijó sus ojos en mí durante un momento antes de que yo retrocediera dos pasos. Casi me caigo por las escaleras. Me fiaba del honor de Stefan, el de Andre era cuestionable. Las dos puertas estaban cerradas, pero ninguna había sido diseñada para que un vampiro no pudiera entrar. Apoyó un hombro sobre una de ellas y rompió el marco; la puerta quedó abierta. Aparentemente, la noche no iba de sutilezas.

Deslicé la mochila de Zee por los brazos y saqué la estaca y la daga. También había incluido el cinturón y la funda para que no tuviera que ir por ahí corriendo con la daga en una mano y la estaca en la otra. Esperaba que Andre me preguntara qué hacía con una daga, pero me ignoró. Centraba toda su atención en la iglesia.

Se quedó esperando en el umbral, preparado.

—¿Qué pasaría si aún fuera suelo sagrado? —le pregunté mientras me abrochaba el cinturón a toda prisa.

—Que estallaría en llamas —respondió—. Pero si fuera suelo sagrado debería haberlo sentido antes. —Mientras hablaba, avanzó unos pasos y entró totalmente en la iglesia—. No es terreno santo —me dijo de forma redundante.

Le seguí hasta un gran vestíbulo donde miré a mi alrededor; era lo bastante grande como para que diez o veinte personas pudieran pasearse por allí cómodamente. Baldosas de linóleo cubrían el suelo agrietado y picado por el paso del tiempo. Una amplia escalera con un pasamanos con un bonito tallado conducía hacia arriba. Junto a la escalera había un par de puertas dobles abiertas de par en par que daban a una sala grande y vacía que debió ser el santuario.

Toda la iglesia estaba a oscuras, pero en lo alto había ventanas que dejaban entrar ligeramente la luz de las farolas de la calle. Un humano habría tenido problemas para avanzar, pero la iluminación era suficiente para Andre y para mí.

Se acercó a la puerta del santuario y olfateó.

—Ven aquí, cambiante —dijo con voz oscura y áspera—. Dime qué hueles.

Se lo podría haber dicho desde donde me encontraba, pero metí la cabeza en el santuario.

El techo se elevaba dos pisos por encima de nuestras cabezas con ventanas de cristal mate en ambas paredes que brillaban con destellos plateados bajo la tenue luz de la noche de la ciudad. El suelo era de madera noble con arañazos donde una vez hubo bancos.

Las paredes y algunas ventanas del santuario estaban pintadas con grafitis, probablemente obra de los chicos del barrio. No me imaginaba a un vampiro o a un demonio escribiendo cosas como «Para pasar un buen rato, llama a...» o «Juan quiere a Penny». También había algunos lemas de bandas.

En el extremo más apartado de nosotros había una tarima. Como el resto de la sala, estaba vacía, el podio y el órgano habían desaparecido hacía mucho tiempo. Pero alguien había montado una mesa con bloques de cemento. No tuve que acercarme más para saber para qué habían utilizado la mesa.

—Sangre y muerte —dije. Cerré los ojos, me ayudaba a captar los olores más débiles y evitó que llorara—. Ben —continué—. Warren. Daniel. Y Littleton.

Habíamos encontrado la guarida del hechicero.

—Pero no Stefan. —Andre estaba detrás de mí, su voz resonó en las vigas de la sala.

No pude leer nada en su voz, pero no me sentía cómoda teniéndolo a la espalda. Me acordé de cuando Naomi me contó que todos los vampiros pierden el control alguna vez, y la sala olía a sangre y a muerte.

Pasé a su lado y salí al vestíbulo.

—No, Stefan, no —dije—. Al menos, no ahí dentro.

Había un pasillo al otro lado del vestíbulo con puertas a ambos lados. Las abrí y descubrí tres salas y un armario con un calentador de agua y una gran caja de fusibles.

—No estará ahí arriba —dijo Andre—. Hay demasiadas ventanas. —No me había seguido, se limitó a esperar en el vestíbulo a que terminara con mi inspección.

Me tomé como buena señal que no le brillaban los ojos.

—Hay un sótano —le dije—. Vi las ventanas desde fuera.

Encontramos las escaleras que bajaban al sótano encajadas limpiamente detrás de las escaleras que daban al altílo del coro. No parecía importarle que yo fuera detrás, incluso con la estaca que llevaba, así que le seguí escaleras abajo. Nuestros pasos, por muy silenciosos que fueran, resonaban en el hueco de la escalera. El aire era seco y polvoriento. Andre abrió la puerta que había al final y el perfume del aire cambió por completo.

Ahora olía a Stefan, Adam y Samuel y también a Littleton, pero el olor más fuerte era el del demonio. Al igual que me ocurrió en el hotel, tras inhalar varias veces, su hedor ahogó todo lo demás. La puerta había contenido los olores.

Avanzamos más sigilosamente aún, aunque como había dicho Andre, si Littleton estaba allí, nos habría oído entrar.

El sótano estaba más oscuro que arriba y alguien sin una vista sobrenatural no habría podido ver nada. Nos encontrábamos en una entrada similar al vestíbulo de arriba.

Había un par de baños junto a la escalera, el cartel de «Hombres» se cayó cuando abrí la primera puerta. La luz de las farolas se filtró a través de las ventanas

permitiéndome ver que la sala estaba vacía excepto por un urinario roto apoyado contra la pared.

Dejé que la puerta se cerrara. Andre había comprobado el otro baño y, dejando atrás un guardarropa, avanzó hacia un corto pasillo, una copia del de arriba con puertas y todo.

Le dejé a lo suyo y me dediqué al otro lado de las escaleras. La primera sala en la que entré era una cocina bastante grande, aunque en el lugar del frigorífico y de la cocinilla solo había huecos. Los armarios colgaban, abiertos y vacíos. A lo largo de la pared interior, una puerta plegable se extendía sobre la encimera. Al abrirla, los miembros de la iglesia podrían servir la comida desde la cocina a la sala contigua sin tener que salir de allí.

Algo pasó rápidamente por detrás de mí así que me di la vuelta, pero era solo un ratón. Nos quedamos mirándonos durante un momento antes de que siguiera su camino. Escuchaba los latidos de mi corazón como un tambor, estúpido ratón.

Salí y me encontré a Andre de pie junto a una puerta doble al lado de la cocina. Estaba cerrada con cadenas y un candado nuevo y brillante.

Puso la mano sobre la puerta y algo detrás de ella gruñó ligeramente, un licántropo.

—No debe haberlos dejado sueltos —comentó Andre, aunque no hizo ningún esfuerzo para romper la cadena—. La puerta no contendría a un licántropo que quisiera salir.

—¿Andre? —gritó Stefan—. ¿Eres tú? ¿Quién está contigo?

—¿Stefan? —susurró Andre, que se quedó petrificado.

—Abre la puerta. —Le empujé por el hombro con urgencia. Stefan estaba vivo. De haber podido arrancar la puerta de las bisagras, lo habría hecho. Stefan y al menos uno de los lobos seguían con vida.

Andre cogió con cuidado la cadena y estiró hasta que uno de los eslabones se rompió.

Le aparté y tiré de la cadena dejándola caer al suelo mientras abría una de las pesadas puertas. Me colé dentro y vi que aquello era un gimnasio del tamaño del santuario de arriba. Las pequeñas ventanas de un lado estaban tapadas con papel negro pegado con cinta aislante pero había una lámpara con una tenue bombilla conectada a la batería de un coche que proporcionaba la luz suficiente.

En el centro de la sala, Stefan estaba sentado con las piernas cruzadas dentro de una jaula grande para perros de las que se compran en las tiendas de animales. A unos metros, había más jaulas alineadas unas junto a las otras. Algo tenso y enfadado se relajó cuando mis ojos se toparon con un lobo rojizo de largas patas, otro musculoso de color plateado y negro y un enorme lobo blanco de ojos cristalinos: Ben, Adam y Samuel.

Andre pasó corriendo a mi lado y se arrodilló delante de la jaula de Stefan. Tocó el seguro y la débil bombilla parpadeó. La magia a veces tiene un efecto extraño

sobre la electricidad, escuché un zumbido y Andre apartó la mano de golpe sacudiéndola enérgicamente.

—Las jaulas están encantadas —dijo Stefan de forma seca—. De lo contrario, ¿no crees que mis compañeros las habrían hecho pedazos?

Me di cuenta de que tenía cuidado de no tocar las barras laterales de la jaula. Estaba más demacrado y pálido de lo que jamás le había visto. Su camiseta tenía manchas de sangre seca pero, aparte de eso, parecía él mismo.

—Mucha gente te cree muerto —dijo Andre.

—Ya —exclamó Stefan centrando su melancólica mirada en mí—. Pues se equivocan.

Stefan estaba vivo, se encontraba bien, pero no estaba tan segura del resto.

Me acerqué un paso hacia los lobos pero el rojizo, que se encontraba en la jaula más cercana, se lanzó contra mí. La luz se apagó del todo durante unos segundos y, cuando se encendió de nuevo, Ben estaba encogido en medio de la jaula gruñendo y mirándome con ojos hambrientos. A pesar de la ferocidad de su embestida y de las leyes de la física, la jaula no se movió. Magia.

Ben no quería escaparse sino comerme. El tío Mike tenía razón. Los demonios provocan un efecto muy negativo sobre los lobos.

—La magia del demonio hace que resulte imposible escapar de las jaulas —dijo Stefan detrás de mí. Su voz era suave, pero de alguna forma, supe que estaba más enfadado de lo que nunca le había visto.

—¿Sam? —dije al acercarme al lobo blanco. Era demasiado grande para la jaula y tenía que encogerse de forma extraña para evitar tocarla. Al acercarme, empezó a temblar. Me gimió y después gruñó.

En la jaula más alejada, Adam gruñía pero miraba a Samuel, no a mí.

—¿Adam? —pregunté y me miró. Estaba muy enfadado, el olor de la furia frustrada de los licántropos se elevó sobre el hedor del demonio. Pero sus ojos marrones eran claros y fríos. Adam se controlaba; de Samuel no estaba tan segura.

Estiré la mano y toqué la jaula de Adam. No pasó nada. Ningún destello de poder ni parpadeos de luces. La magia no me afectaba, aunque noté las barras calientes entre los dedos. Dejé la estaca en el suelo y probé con la daga de Zee pero no conseguí tocar las barras; solo hizo que la luz se apagara de nuevo.

La puerta estaba cerrada con un candado sólido, pero en las esquinas había una especie de alfileres que mantenían unida la jaula. Intenté sacar uno, pero fui incapaz de moverlo.

Adam gimió. Metí la mano entre las barras y le acaricié el pelo suave.

—Cuando Littleton está aquí, Adam también se descontrola —me advirtió Stefan—. De haber sabido el efecto que provoca un demonio sobre los licántropos, los habría dejado fuera de esto. Warren y Daniel están muertos.

—Warren no está muerto. Se encuentra gravemente herido, pero se recupera en casa de Adam —dije—. Ya sabía lo de Daniel.

Andre me miró de forma extraña y me di cuenta de que no le había dicho que Daniel había muerto.

—Me alegro de estar equivocado sobre Warren. Esperaba que Andre viniera antes o después. —Stefan se inclinó hacia mí y su voz adquirió un tono de reprimenda—. Pero, Mercedes Thompson, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

De repente, como si todos fueran marionetas colgadas de las mismas cuerdas, los licántropos giraron la cabeza bruscamente hacia una puerta que no había visto en una pared exterior. Adam gruñó y Samuel golpeó el lateral de su jaula. Despacio y con cuidado, saqué la mano de la jaula de Adam pero no me prestó atención. Recogí la estaca pero me pareció un arma endeble para luchar contra un vampiro.

La puerta se abrió dejando ver la noche exterior y una silueta oscura dudó durante un segundo y después entró. Cerró la puerta de golpe a sus espaldas.

—Andre, qué alegría verte —canturreó Littleton. Al ver su cara a la luz, me di cuenta de que Zee tenía razón; antes o después, todos los hechiceros dejan de albergar a un demonio para dejarse controlar por él. Littleton seguía al mando, porque sus prisioneros estaban vivos, pero no duraría mucho tiempo—. Siento que hayáis llegado mientras estaba fuera tomando un aperitivo. —La camiseta que llevaba tenía una mancha oscura. Se detuvo antes de llegar al centro y sonrió a Andre—. Pero ya he llegado así que todo va bien. Ven aquí.

Dejé que Andre me convenciera de que no se equivocaba, de que Marsilia le había otorgado el poder suficiente para manejar a Littleton. Estaba tan segura de ello que pensé que tenía algún plan en mente cuando rodeó la jaula de Stefan.

Sujeté mejor la estaca que mantenía escondida de Littleton con mi cuerpo mientras dejé con cuidado la mochila en el suelo, lista para que Andre actuara. Andre era más bajo que Littleton, así que podía verle la cara aún cuando Andre se puso entre los dos. Aún esperaba que Andre hiciera algo cuando Littleton le ladeó la cabeza y le mordió mientras el vampiro no se movía.

No se alimentó; solo le clavó los colmillos en el cuello y lamió la sangre. Soltó una carcajada.

—Gracias. No me lo esperaba. ¿Quién iba a pensar que esa zorra egoísta compartiría su poder contigo? ¿En serio pensó que podría superarnos cuando tenemos al encantador y poderoso Stefan para alimentarnos? —Le dio un beso a Andre en la mejilla—. Su sabor es mejor que el tuyo —susurró.

Sujetó a Andre junto a él durante un momento.

—Si dependiera de mí, dejaría que nos sirvieras. Pero mi amigo, el que comparte mi cabeza, el innumerable, se está aburriendo mucho. Ayer nos entretuvimos con Daniel y con el lobo. Hoy había pensado utilizar al Maestro de los lobos, pero entonces has llegado tú a jugar.

Andre no se resistió, no se apartó. Se quedó quieto igual que hizo Stefan mientras Littleton mataba a la camarera.

Mi miedo atrajo la atención de Littleton.

Dejó a Andre donde estaba y se acercó hasta donde yo me agachaba frente a la jaula de Adam.

—La muchachita que Marsilia ha enviado en mi busca —dijo—. Sí, sabía lo tuyo. Un maestro vampiro puede escuchar a sus hijos, ¿lo sabías? Ahora, yo soy el amo y él el hijo. Conozco todos sus planes. —Solo podía estar hablando de Andre.

Littleton se inclinó demasiado sobre mí. Me temblaban las manos, podía oler la peste que desprendía mi miedo incluso por encima del hedor del demonio. Debería haber utilizado la estaca, pero mi propio temor me paralizó donde estaba.

—¿Por qué pensaría Marsilia que tú podrías acabar conmigo? ¿Qué es un cambiante? —preguntó.

«Citar las escrituras no funciona demasiado bien con los vampiros» —me dijo una vez Zee—, «aunque a veces resulta efectivo con los demonios y criaturas similares».

—«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito» —dije, tan asustada que solo conseguí susurrar. Lanzó un grito y se tapó las orejas. Cogí el colgante del cordero y lo saqué por el cuello de la camiseta. Lo sostuve en el aire a modo de escudo. Cuando pronuncié la siguiente parte, mi voz se volvió más fuerte—. «Para que todo aquel que en Él cree...».

Taparse los oídos no debió servirle de mucho porque se quitó las manos, me cogió con una por el hombro y me golpeó con la otra.

Abrí los ojos y sentí como si no hubiera pasado el tiempo, excepto por el hecho de que estaba tumbada en el suelo a unos cuatro metros detrás de la jaula de Stefan, con la cara apoyada sobre las frías y oscuras baldosas de linóleo. Al lamerme los labios, saboreé mi propia sangre; tenía la cara húmeda.

Alguien luchaba.

Moví la cabeza para ver mejor.

Eran Andre y Ben. El pelaje de Ben se veía negro bailando entre las sombras en busca de una oportunidad contra el vampiro. Se abalanzó hacia delante, pero Andre era más rápido y le dio en el hocico con la mano abierta. Ben resbaló prácticamente intacto.

Creo que de haberse enfrentado sobre tierra o en algún lugar en el que las zarpas de Ben tuvieran un mejor agarre, Ben habría llevado ventaja. Pero en la oscuridad, sobre el linóleo resbaladizo, estaban casi empatados.

Littleton permanecía de espaldas a la luz, observando.

—Esperad —dijo en un tono parecido al de un director de cine decepcionado—. Deteneos.

Ben gruñó enfadado y se giró para encarar a su torturador. Andre se detuvo donde estaba como un muñeco a pilas que alguien había apagado de repente.

—Desde aquí no puedo ver bien —dijo Littleton—. Venid arriba. Podréis jugar en la capilla mientras yo os observo desde el altillo.

Se dio la vuelta y salió a grandes zancadas por la puerta que habíamos dejado abierta. No se giró para comprobar si los demás le seguían, aunque lo hicieron. Andre caminaba unos metros por detrás del hechicero con la sangre de Ben goteando de las puntas de los dedos. Ben fue menos obediente.

Se detuvo para gruñirles a Adam y a Samuel quienes le devolvieron los rugidos. Samuel golpeó su jaula con todas sus fuerzas provocando que la luz se apagara unos segundos.

Cuando la luz volvió, Ben estaba delante de mí.

—Lobo —exclamó Littleton impaciente desde fuera.

Ben se acercó un paso más a mí y se lamió los labios.

—Ven, lobo. —Había poder en la voz, yo misma pude sentirlo.

Ben contrajo los labios dejando ver los colmillos, pero se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Escuché el sonido de sus garras por las escaleras.

—Mercy, ¿puedes venir hasta aquí? —me preguntó Stefan con un susurro urgente.

Buena pregunta. Intenté moverme, pero algo le pasaba a mi hombro. No podía mover el brazo izquierdo. Lo intenté con las piernas, pero vi las estrellas. Rápidamente eché la cabeza hacia atrás, apoyada en el suelo, y me concentré en respirar. Tenía la espalda empapada de sudor frío.

Tras contar hasta veinte, lo intenté de nuevo. Esta vez, creo que me desmayé pero no durante más de un instante.

—No —respondí—. Y no creo que pueda hacerlo pronto. No sé qué le pasa a mi hombro y las piernas tampoco parecen tener muchas ganas de moverse.

—Entiendo —dijo Stefan un momento después—. ¿Puedes mirarme al menos?

Incliné la barbilla y dejé que mi cabeza reposara sobre el suelo, donde quería permanecer. Me miraba con los ojos brillantes como un río de fuego.

—Sí —dije, y esa fue toda la invitación que necesitó.

—Mercy —dijo, su voz se filtró a través de todas las células de mi cuerpo y me llenó de determinación—. Ven a mí.

No importaba que el brazo no me respondiera o que no fuera capaz de ponerme de pie. Stefan me quería y necesitaba llegar hasta él.

Alguien gruñía y la luz parpadeaba sin parar. Vagamente me di cuenta de que Adam se lanzaba una y otra vez contra su jaula.

Lancé unos gemidos de dolor al levantar mi cuerpo nada cooperante sobre el frío suelo usando el codo del brazo bueno porque aún tenía la estaca en la mano.

—Cállate, lobo —la voz de Stefan era suave—. ¿Quieres que vuelva a bajar? Tengo un plan, pero si vuelve demasiado pronto, todos moriremos. Incluida Mercy.

Cuando su voz dejó de llamarme, descansé sin apartar la mirada de Stefan. Me lo pidió y volví a moverme.

Me llevó mucho tiempo y me dolió profundamente, pero conseguí apoyar la mejilla contra la jaula de Stefan.

—Buena chica —me dijo—. Ahora, mete los dedos entre las barras. No. Tendrás que soltar la estaca de momento. Bien. Bien. Eso es. Ahora descansa.

Mientras Adam gruñía ligeramente, algo afilado se me clavó en el dedo índice. El dolor pasó demasiado rápido como para preocuparme, era solo un pequeño mal entre otros muchos. Pero cuando la boca de Stefan se cerró a su alrededor, sentí una euforia repentina y todo el dolor desapareció.

Capítulo 13

Algo frío y amargo me goteó en la boca. Lo habría escupido, pero eso suponía demasiado esfuerzo. Unos dedos delicados. Unos dedos fríos como el hielo me acariciaron la mejilla y alguien me susurró palabras de amor al oído.

Un gruñido se coló en mi mundo al tiempo que el líquido helado se volvía fuego mientras se deslizaba por mi garganta en dirección a mi estómago obligándome a recuperar el conocimiento. La ira salvaje del tono del lobo provocó una oleada de miedo que me despertó por completo.

Estaba acurrucada junto a la jaula de Stefan. La estaca se había deslizado debajo de mí y se había colocado incómodamente entre mis costillas y el suelo. La luz estaba apagada de nuevo y olía a carne quemada incluso por encima del hedor del demonio.

Parte de mí sabía que no debería ver con tanta claridad pero, por alguna razón, mi visión nocturna era incluso mejor de lo normal. Vi a Adam mirando fijamente por encima de mi cabeza con el hocico arrugado y los brillantes ojos amarillos encendidos de una ira que prometía muerte.

Giré la cabeza ligeramente para poder ver qué miraba Adam. Lo único que vi fue a Stefan.

El vampiro había colado los dedos a través de las barras a unos centímetros sobre mi mano y se había hecho un corte en la suya del que goteaba sangre. Parte de ella se quedó en las barras, pero la mayoría le chorreaba por los dedos y caía al suelo. Tenía el cuello y la mejilla empapados. Me lamí los labios y saqué algo que bien podría ser sangre o el elixir más exquisito de algún alquimista medieval. Un momento, sabía a sangre, a hierro, dulce, y al siguiente me quemaba la lengua.

Saltaban chispas de la sangre oscura que manchaba las barras y en los lugares donde su piel tocaba la jaula.

Escondía la cara detrás de la rodilla de su pierna doblada.

—Ya está hecho —murmuró.

Me aparté de la jaula y después apoyé mi mano buena sobre el miembro de Stefan humeante y frío al tacto para empujarle torpemente hacia adentro, lejos de las barras.

Despacio, se acercó la mano al cuerpo y levantó la cabeza, cerró los ojos cuando la tenue bombilla, libre del extraño efecto del hechizo de la jaula, se encendió de nuevo.

—Solo durará un rato —me dijo—. Aún estás herida así que ten cuidado de hacerte el menor daño posible.

Iba a preguntarle pero Samuel rugió y Adam, que apartó su atención de Stefan y de mí, se unió al coro. Cuando sus rugidos se apagaron, escuché a alguien bajando por las escaleras. Sonaba como si Littleton arrastrara algo.

Me tiré al suelo y me cubrí la cara con el pelo, solo entonces me di cuenta de que me sentía mejor. Mucho mejor. Increíblemente mejor.

Una de las puertas del pasillo se abrió de golpe. A través de la cortina de pelo vi a Andre volar a través de la puerta y aterrizar de forma poco elegante en el suelo.

A Littleton le gustaba tirar cosas.

—No lo has hecho bien —se quejó el hechicero mientras arrastraba de la pata trasera a un lobo rojizo y débil a través de la puerta—. Tienes que hacer lo que yo te diga. No te he ordenado que mataras al lobo, aún no es ni medianoche. No me vas a arruinar la diversión con una muerte temprana.

Nos miró, mejor dicho, miró a Stefan. Cerré los ojos casi del todo con la esperanza de que el pelo los tapara lo suficiente como para que no se diera cuenta de que estaba consciente.

—Lo siento mucho —dijo con remordimiento al acercarse a Stefan sin soltar a Ben—. No he sido un buen anfitrión. No me he dado cuenta de que tienes sed ni te he traído de comer. Pero creo que acabo de hacerlo.

Tiró a Ben delante de mí y me dio un golpecito con el pie.

—Podría haber jugado con esta —dijo con un suspiro—. Pero los humanos no duran demasiado. Quizá te traiga unos cuantos más para que te alimentes. Puede ser divertido soltarles por aquí y obligarte a llamarlos.

Ben no estaba muerto, vi cómo sus costillas se levantaban y volvían a bajar. Aunque tampoco se encontraba en buenas condiciones. Tenía un gran trozo de piel arrancado de la cadera del que manaba sangre y una de las patas delanteras se le doblaba de forma extraña de la articulación hacia abajo. No podía verle la cabeza porque el resto de su cuerpo me la tapaba.

Littleton volvió a por Andre. Le cogió del suelo y le llevó como a un amante hasta la luz en medio de las jaulas.

Con Andre aún en los brazos, se sentó cerca de la luz. Dejó al vampiro en el suelo como a un muñeco y le apoyó la cabeza sobre su rodilla. La cara de Andre estaba cubierta de sangre.

Me lamí el labio superior e intenté no disfrutar del cosquilleo de la sangre de vampiro en la lengua.

Littleton se mordió en la muñeca, lo que me permitió verle los colmillos fugazmente, y acercó la herida abierta a la boca de Andre.

—Tú lo entiendes —le murmuró a Andre—. Solo tú. Entiendes que la muerte es más poderosa que la vida. Más poderosa que el sexo. Si controlas la muerte, controlas el universo.

Debería haber sonado melodramático, pero el susurro enfebrecido me erizó el pelo de la nuca.

—La sangre —le dijo al inconsciente Andre—. La sangre es el símbolo de la vida y la muerte.

Finalmente, Andre se movió, cogió la muñeca de Littleton, se la acercó y se acurrucó a su alrededor del mismo modo que Daniel, muerto de hambre, había hecho con la muñeca de Andre durante el juicio a Stefan. Deseaba que el sabor persistente de la sangre de Stefan no supiera tan bien.

Andre abrió los ojos y levantó la vista. Esperaba que sus ojos brillaran, como hicieron los de Daniel. En cambio, como habían hecho los de Adam, sus ojos fijos se centraron en Stefan.

Littleton murmuraba entre el pelo de Andre con los ojos cerrados. Aproveché para mover mi cuerpo ligeramente con lo que atraje la atención de Andre. Cuando me miró, me moví un poco más para que pudiera ver la estaca.

Cerró los ojos de nuevo, y entonces soltó bruscamente el brazo de Littleton y se puso a cuatro patas consiguiendo dejar a Littleton entre los dos, de espaldas a mí.

—La sangre es vida —dijo Andre con una voz que nunca le había escuchado. Fluyó por la habitación como una niebla y se posó sobre mi piel—. La sangre es muerte.

—Sí. —Littleton sonó aturdido y recordé cómo me sentí cuando Stefan se alimentó de mí. Hasta ese momento, casi había olvidado que se había alimentado de mí.

—La sangre es la vida y la muerte —dijo Littleton, ajeno a mis miedos.

—¿Quién controla la muerte? —preguntó Andre, su voz pedía una respuesta que mi boca quería pronunciar.

Littleton se le acercó a las rodillas y pude ver la marca de la columna a través de la ropa.

—¡Yo! —gritó. Estiró la mano, cogió a Andre por debajo de la mandíbula y tiró del vampiro para colocarle donde quería. Mordió en las mismas heridas que había infligido antes al cuello de Andre.

Era la mejor oportunidad que iba a tener. Intenté ponerme de pie, pero casi me caigo. Uno de mis tobillos no podía soportar peso, aunque no me dolía.

No tenía que ir lejos.

Inclinado sobre Andre, las costillas de Littleton se marcaban claramente bajo la ropa. Alguien debería decirle que, estando tan delgado, no debería vestir tejidos que se marcaran y transparentaran. Elegí un lugar entre los delicados y arqueados huesos, justo a la izquierda de la columna, y golpeé con todo mi cuerpo, como me había enseñado a atacar el *Sensei*.

Si me hubiera funcionado el tobillo, tal vez lo habría conseguido. El entrenamiento jugó en mi contra e intenté usar mi peso instintivamente para ayudarme a clavar la madera afilada. Me falló la pierna bajo mi peso y la estaca apenas se hundió un par de centímetros antes de atascarse en las costillas en lugar de hundirse entre ellas.

Littleton se tiró al suelo bruscamente con un grito colérico. Lanzó un golpe a ciegas que no me alcanzó porque ya me estaba alejando de él lo más rápido que

podía. Por suerte, era más rápida que el vampiro. Rodé hasta que choqué con la batería de coche que alimentaba la luz.

—Zorra —bufó Littleton.

Me toqué el cuello pero mi colgante del cordero había desaparecido; se debió caer cuando me tiró a través de la sala. Mientras lo buscaba, el hechicero se lanzó sobre mí.

Andre le atrapó en el aire y los dos cayeron con fuerza al suelo justo delante de mí. Littleton consiguió tumbar a Andre debajo y vi que seguía teniendo la estaca clavada en la espalda.

Cogí la batería del coche por el asa de plástico y la levanté con la mano derecha. Gruñí por el esfuerzo, la sujeté suspendida sobre los vampiros que luchaban y la dejé caer sobre el extremo de la estaca.

La luz, aún unida a la batería, cayó al suelo sumiendo la sala en la oscuridad una vez más. Esta vez me costó ver con claridad; los efectos de la sangre de Stefan empezaban a desaparecer.

Me retorcí hasta que logré sacar la daga de Zee de su funda. Me costó más esfuerzo del que debería.

Littleton cayó desfallecido; su cuerpo quedó tendido boca arriba cuando Andre se lo quitó de encima de un empujón. La estaca había atravesado al hechicero y sobresalía algunos centímetros del pecho. También había herido a Andre, justo encima del cuello, pero no pareció importarle. Permanecía tumbado de espaldas, riéndose, aunque no parecía feliz.

El dolor volvió con intensidad provocándome náuseas y mareos. Tragué bilis y me senté utilizando el brazo bueno para levantarme y colocarme en una posición útil. La daga de mi mano resonó contra el suelo. Había matado ratones, conejos y, una vez, a un ciervo mientras corría como coyote. Había matado a dos hombres, a tres ahora. Pero eso no ayudaba a la hora de llevar a cabo el siguiente paso de la misión. Bryan, mi padre adoptivo, solía cazar tanto como lobo como con una escopeta. Él y Evelyn, su mujer, despedazaban la carne y yo la envolvía en bolsas para el congelador. Nunca había tenido que despedazar la res yo misma.

La daga de Zee cortó el cuello de Littleton con un ruido húmedo, como el de un sorbo. Pensé que el hechicero estaría muerto... más muerto que antes, quiero decir. Pero cuando la daga le cortó, su cuerpo se agitó en un espasmo.

El movimiento atrajo la atención de Andre, quien se incorporó.

—¿Qué? ¡No, espera!

Su mano se cerró alrededor de la mía con la fuerza suficiente como para dejarme marcas y me apartó con un movimiento brusco. La cabeza de Littleton cayó hacia un lado. El efecto resultó más truculento que si le hubiera cortado la cabeza entera.

—Suéltame —dije casi sin reconocer el tono ronco de mi propia voz. Moví la mano con fuerza pero no me soltó.

—Marsilia le necesita. Ella puede controlarle.

El metal cayó produciendo un fuerte sonido: el poder del hechicero se debilitaba, lo que permitió a los prisioneros escapar. Adam se agachó a mi lado un segundo antes de que Samuel apareciera al otro. Ambos gruñían prácticamente en silencio y supe, casi sin mirarlos, que su lado humano había desaparecido; solo quedaba la parte depredadora.

Prueba de lo traumatizada que estaba fue que al darme cuenta de eso no me asustara mortalmente.

—Suéltame la mano —dije de nuevo, esta vez con voz más tranquila para no alarmar a los lobos que temblaban de impaciencia ante el olor de la sangre fresca. No estaba muy segura de por qué no habían atacado todavía.

Andre se quedó mirando fijamente primero a Adam y después a Samuel. No sé si lo que intentaba era controlarlos pero, de ser así, no dio resultado. Adam gruñó y Samuel rugió, impacientes, y avanzaron un paso más.

Andre me soltó la mano. No esperé ni un segundo más y atravesé carne, cartílago y hueso con la daga hasta que la cabeza de Littleton rodó libre y la daga raspó el linóleo.

Me equivoqué, la impresión fue peor con toda la cabeza cortada.

Vomita después, pensé. Ahora, destruye el cuerpo.

La mochila no estaba a más de un cuerpo de distancia, pero no era capaz de reunir la energía necesaria para llegar a ella.

—¿Qué necesitas? —me preguntó Stefan, agachado al otro lado del cuerpo, junto a Andre. No me había dado cuenta de que también había salido de la jaula, de que se había movido. De repente, le vi delante de mí.

—La mochila —le dije.

Se levantó como si le doliera y se movió sin su energía habitual, volvió con la mochila en la mano. Los dos lobos se pusieron tensos cuando me acercó la mochila sobre el cuerpo de Littleton. Stefan se movía despacio porque no se encontraba bien, pero probablemente, eso era algo bueno. Moverse rápido entre licántropos habría resultado ser una mala idea, incluso si se hubieran relajado mínimamente cuando le corté la cabeza al hechicero.

Al estirar la mano para coger la mochila, Andre habló de nuevo.

—Marsilia le necesita, Stefan. Si tuviera a un hechicero a su disposición, el resto tendrá que agachar la cabeza en su presencia.

—Marsilia ya es capaz de intimidarles por sí misma —respondió Stefan, cansado—. Un hechicero no es una mascota fácil. Marsilia ya ha permitido que la codicia se impusiera a su sentido común.

El medallón no era muy grande y se me escurría. Pero era pesado, así que conseguí encontrarlo finalmente en el fondo. Lo saqué y se lo coloqué a Littleton en el pecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Stefan.

En vez de responderle, me incliné sobre el pecho del hechicero.

—*Drachen* —susurré.

Arde, cabrón, arde.

El disco de metal brilló con un rojo cereza. Por un momento, pensé que no haría más que eso, pero unos segundos después, el cuerpo ardió con las llamas azules casi invisibles de un mechero Bunsen con el gas ajustado a la perfección. Durante un momento, me quedé pensando en lo inesperado de todo aquello, entonces Stefan saltó sobre el cuerpo, me cogió por debajo de los brazos y me apartó antes de que las llamas hambrientas me devoraran.

Al cogerme, me recordó que mi hombro no estaba en su mejor forma. El dolor repentino fue tan intenso que grité.

—Shh —me dijo Stefan ignorando a los lobos que le observaban con ojos hambrientos—. Se te pasará en un momento.

Me sentó y me puso la cabeza entre las piernas. Sus manos seguían frías, como las de un cadáver. Justo lo que era.

—Respira —me dijo.

No pude evitar reírme de forma nerviosa ante la escena de un hombre muerto diciéndome que respirara.

—¿Mercy? —me preguntó.

Me libré de tener que explicar por qué me reía ya que las puertas exteriores se abrieron con el crujido del metal al doblarse.

Stefan se giró para enfrentarse a aquella nueva amenaza, con un licántropo a cada lado. Andre también se levantó. Entre todos me tapaban la vista de la puerta, pero podía olerlos.

Darryl y dos más. La niña asustada de mi interior, que no se había calmado ante la desaparición de Littleton, se relajó por fin.

—Llegas tarde, Bran —le dije mientras la luz del vampiro en llamas parpadeaba y se extinguía.

No fue el Marrok quien me respondió sino su segundo hijo, Charles.

—Le dije a Darryl que no corriera tanto. Si la policía no nos hubiera parado, habríamos llegado hace diez minutos.

Bran pasó al lado de los vampiros como si no existieran. Tocó a Samuel y después a Adam.

—Charles os ha traído ropa —les dijo. Acto seguido desaparecieron en la oscuridad, presumiblemente para transformarse y vestirse. La presencia de Bran les permitió recuperar el control suficiente para volver a la forma humana, al menos tanto como influyó la muerte de Littleton, su muerte permanente, quiero decir.

La tenue luz del exterior iluminaba a Bran desde detrás, por lo que resultaba difícil verle la cara.

—Has estado muy ocupada —me dijo en un tono neutral.

—No me quedaba otra —le respondí—. ¿Has leído las notas que te dejé?

¿Sabes que no todos los malos se han convertido en ceniza?

—Sí —comentó Bran y algo en mi interior se relajó. No podía saber cuál de los dos vampiros era Andre, pero estaba segura de que él conseguiría distinguirlos.

Indiferente al polvo de vampiro, o a cualquier otra parte de Littleton que hubiera por el suelo, Bran se arrodilló delante de mí para poder inclinarse y besarme en la frente.

—Ha sido una gran estupidez —dijo con una voz tan suave que resultaba casi inaudible.

—Pensaba que no llegarías hasta por la mañana —comenté.

—Me he dado prisa. —Me puso la mano en el hombro.

—Ay —me quejé y me hundí aún más en el suelo.

—Samuel —le llamó—. Si pudieras darte prisa, creo que tienes una paciente.

Solo tenía el hombro dislocado y Samuel me lo colocó lo más delicadamente que pudo. Aún dolía como si me clavaran cristales. Me estremecí, me sacudí y conseguí no vomitar encima de nadie mientras Adam, con la voz áspera cargada de ira apenas controlada, contó a todos lo que había ocurrido después de que llegáramos Andre y yo.

Andre parecía sorprendido ante la muerte de Littleton. Stefan se arrodilló a su lado, le puso una mano en el hombro y no apartó la vista de todos los lobos que acechaban.

Esperé hasta estar segura de que podía hablar sin sonar demasiado alterada y Adam terminó su relato.

—Andre es quien convirtió a Littleton —dije entonces mirando a Stefan.

Andre me miró, sorprendido, y en ese momento se lanzó hacia delante con todo su cuerpo, no sé si pretendía atacarme o simplemente escapar, pero Stefan le sujetó. Antes de que se convirtiera en una verdadera lucha, Charles y Darryl le ayudaron a agarrarlo.

—Iba a preguntarte si estabas segura —dijo Stefan dejando a Andre en manos de los licántropos, que se encontraban en mejor forma para conseguir contenerle—. Pero Andre ha respondido a la pregunta él solo.

—Tengo pruebas —le dije.

—Me gustaría verlas —comentó Stefan—. Aunque solo sea para presentárselas a la Señora. Pero de momento, ¿alguien tiene un móvil que pueda usar para llamar al nido? Por mucho que aprecie tu ayuda, Adam, creo que no sería buena idea llevar a los lobos al nido mientras los ánimos sigan tan alterados.

Llegaron los vampiros y se llevaron a Andre en un abrir y cerrar de ojos. Esperaba que Stefan se fuera con ellos, pero no lo hizo. Samuel insistió en llevarme al hospital, aunque Charles y Darryl se llevaron a Ben, que se encontraba mucho peor que yo, a casa de Adam en el coche de Darryl.

—¿Por qué no puedo irme a casa y ya está? —me quejé. Me dolía el hombro y solo quería meterme en mi habitación y taparme hasta la cabeza.

—Porque no eres un licántropo —dijo Stefan—. Si tienes el tobillo roto, necesitas una escayola.

Los licántropos que no conducían (Adam y Samuel) le miraron fríamente. Bran había venido en el SUV de Adam y apretujarme en él con tres licántropos y un vampiro era toda una nueva experiencia de testosterona. Después de que Samuel y Adam se sentaran conmigo en la parte de atrás, Stefan se coló delante. Bran seguía ignorando al vampiro, así que este permaneció donde estaba.

Los cinco entramos en urgencias y todo el mundo se quedó estupefacto. El único con aspecto mínimamente decente era Bran, pero él me llevaba en brazos. Hasta que no estuvimos bajo la intensa luz del hospital no me di cuenta del mal aspecto que teníamos. Yo estaba cubierta de sangre, Stefan también y además tenía la cara demacrada, cansada, aunque con expresión tranquila. No quería saber qué aspecto tenía yo.

Samuel, incluso vestido con ropa limpia, parecía haber pasado una semana de fiesta salvaje y Adam... La enfermera de la recepción de urgencias miró a Adam y presionó un botón negro de aspecto inocente que había debajo del mostrador.

No fue su aspecto horrible lo que la asustó, sino la expresión de sus ojos. Me alegraba enormemente de que Bran estuviera con nosotros.

—No pasa nada, Elena. —Samuel consiguió hablar con un gruñido ronco que apenas sonó humano—. Yo los llevaré dentro.

Le miró de nuevo y su cara adoptó una expresión sorprendida.

—¿Doctor Cornick? —No le había reconocido cuando entró.

—Llama a la policía de Kennewick —le dije—. Pregunta por Tony Montenegro. Dile que Mercy tiene noticias para él si trae su culo hasta aquí.

Pensé que la administración del hospital le haría algunas preguntas a Samuel. No sabía si se había perdido algún turno o no, pero no pasarían por alto que llegara con aquel grupo. El tema de la policía cubriría aquel desliz, y pensé que a Tony le iría bien ver que los licántropos se habían tomado en serio aquel asunto y los lobos, por su parte, se darían cuenta de que contaban con aliados en la policía, gente en quien se podía confiar. Eso era importante si querían llegar a integrarse del todo en la ciudadanía.

Había varias personas en la sala de espera y todas dejaron lo que estaban haciendo para mirar a Adam. El olor del miedo superaba al de la enfermedad y la sangre. Incluso Bran se tensó un poco ante la avalancha de olores provocada.

Samuel cruzó la sala ignorando a la mujer que valientemente se acercó a nosotros para preguntarnos sobre el seguro médico.

Bran se detuvo antes de seguir a Samuel a través de la puerta giratoria.

—No se preocupe, querida —le dijo amablemente a la mujer—. El doctor Cornick se encargará de que no falte ningún impreso.

Tony entró en la sala de urgencias como si acabara de marcharse de allí no hacía mucho. Iba vestido de paisano, con vaqueros y una camiseta, pero un joven de cara alegre vestido de uniforme caminaba a su lado.

Se coló en mi cubículo con paredes de cortinas y miró a su alrededor. Samuel se había marchado a hacer cosas de médicos, pero los demás seguían allí. Stefan y yo nos habíamos limpiado la sangre. Yo llevaba una de esas estúpidas batas de hospital, pero la ropa de Stefan seguía cubierta de sangre. Bran estaba sentado en la silla del médico, dando vueltas despacio; parecía un adolescente aburrido. Como la gente de la sala de espera, Tony y su acompañante ignoraron a Bran y se centraron en Adam, que se apoyaba contra la pared. Stefan se había desplomado en un rincón; los dos policías le dedicaron un rápido vistazo de evaluación antes de centrarse de nuevo en Adam.

—Tony, él es Adam Hauptman, hablamos de él el otro día. Adam, este es mi amigo Tony. —No me molesté en presentar a los demás.

La cara de Tony se heló y se quedó paralizado donde estaba. Supongo que no había reconocido a Adam de las fotos del periódico hasta que utilicé su nombre. En la imagen publicitaria, Adam aparecía como un hombre de negocios conservador. No había nada conservador ni ejecutivo en su aspecto de esa noche. Irradiaba ira en oleadas que incluso los humanos serían capaces de sentir.

—Oye, John —dijo Tony despreocupadamente al apartar la vista rápidamente del Alfa. Supongo que la información que tenían sobre los licántropos decía que no era muy buena idea iniciar un reto de miradas con uno—. ¿Por qué no vas a por un café?

El otro policía miró a Tony con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto quieres que tarde? —se limitó a preguntar.

Tony me miró. Me encogí de hombros y me arrepentí inmediatamente de aquel gesto.

—No tardaremos más de diez minutos.

Cuando el otro policía se marchó, Tony cerró las cortinas. No nos daba demasiada privacidad, pero el sonido cacofónico de todas aquellas máquinas misteriosas esconderían lo que tuviéramos que decir de oídos humanos.

—Pareces una muerta recalentada —me dijo.

—No era la comisaría de policía —comenté, demasiado cansada para los jueguitos habituales—. Pero tampoco estaba muy lejos de allí.

—Lo encontraste.

—Maté a esa cosa —puntalicé—. Creo que a partir de ahora notarás cómo la vida nocturna se calma un poquito.

Tony frunció el ceño.

—¿Cosa?

—Sí. —La voz de Stefan sonó cansada—. Algo que nunca debió haber pisado la calle. No fue asesinato, señor. Fue defensa propia.

—No te preocupes —comentó Bran tranquilamente—. No hay ningún cadáver. — Lo dijo porque vio la cabeza de Littleton suelta y porque utilizamos el medallón de Zee para deshacernos del cuerpo. Se me había olvidado. Presumiblemente, solo habría conseguido dar un susto de muerte a cualquiera que la encontrara, puesto que el cuerpo había desaparecido, pero me alegré de que alguien más se ocupara de los últimos detalles.

Tony miró a Bran con más atención.

—¿Quiero preguntar quiénes sois todos vosotros?

—No —le dije.

—Entonces, ¿para qué me has llamado? —me preguntó.

Abrí la boca para responder, pero justo entonces Samuel abrió las cortinas y entró con un aparato de rayos X en la mano.

—Doctor Cornick —le saludó Tony como si fueran viejos amigos; supongo que los policías veían muy a menudo a los médicos de urgencias. Entonces, la cautela del resto de las personas de la sala le dio la pista.

—Samuel necesita el escudo de la policía para cubrirse las espaldas —le dije antes de que pudiera preguntar si Samuel también era licántropo.

Tony frunció el ceño y miró con cuidado a la gente que le rodeaba evitando el contacto visual.

—Muy bien —dijo lentamente—. ¿Estás segura de que todo volverá a la normalidad?

Comencé un ademán de encogerme de hombros pero, en lugar de eso, asentí con la cabeza.

—Todo lo normal que pueda llegar a ser.

—Bien. —Miró a Samuel—. Solo dime que no representas ningún peligro para los pacientes.

Esperé ansiosa algún comentario impertinente, pero Samuel también estaba demasiado cansado.

—No represento ningún peligro para mis pacientes —se limitó a responder.

—Muy bien —dijo Tony—. Muy bien. Doctor Cornick, si alguien pregunta acerca de este asunto, solo di que colaborabas con asuntos de la policía. —Sacó su cartera y cogió una tarjeta—. Dales mi número si es necesario.

Samuel cogió la tarjeta.

—Gracias.

Entonces, Tony se dirigió a Adam.

—Señor Hauptman —dijo—. Mercy me dijo que debería hablar primero con usted para asuntos relacionados con los licántropos.

Adam se frotó la cara, cansado. Tardó tanto en responder que me preocupó. Finalmente habló en un tono casi educado.

—Sí. ¿Le ha dado Mercy mi número?

—No llegamos tan lejos.

Adam se recompuso y consiguió dibujar una leve sonrisa que le dio el aspecto de un tigre hambriento. Tony retrocedió un paso discretamente.

—Hoy no llevo tarjetas encima, pero si llama a mi oficina, dejaré un aviso para que le den mi número de móvil. Si no, Mercy normalmente sabe cómo contactar conmigo.

Solo tenía un esguince en el tobillo. Stefan se marchó mientras Tony hablaba con Adam. Nadie más pareció percatarse. No sé si hizo algún truco de vampiro o si es que a nadie más le importaba.

Adam quería que me quedara en su casa, pero ya alojaba a la mitad de la manada local, aparte de la de Montana y a Kyle. No tenía intención de unirme a aquella multitud.

Después de que los demás se marcharan a casa de Adam, Samuel me llevó hasta la caravana destrozada y, una vez allí, se dirigió a mi habitación. Pero yo no quería dormir, nunca más.

—¿Puedes llevarme al estudio mejor? —le pedí.

Seguía sin hablar mucho, pero cambió de dirección obedientemente y me llevó hasta la tercera pequeña habitación en la que zumbaban varios aparatos electrónicos.

Me dejó en la silla y después se puso de rodillas delante de mí. Las manos le temblaban cuando las posó sobre mis piernas y las abrió para poder ocupar el espacio del medio. Le ardía el cuerpo cuando se pegó a mí y enterró la cabeza en mi cuello.

—Sabía que vendrías —me susurró y el poder de su lobo me erizó la piel al recorrer todo mi cuerpo—. Estaba muy preocupado. Y entonces... Entonces nos convertimos en lobos. Adam mantuvo el control, intentó ayudarme, pero yo estaba en peores condiciones que Ben, quien llevaba allí más tiempo. Estoy perdiendo el control de mi lobo, soy un peligro para ti. Le he dicho a mi padre que en cuanto te recuperes, volveré a Montana.

Le cogí con mi brazo bueno.

—Los demonios no causan un buen efecto sobre el control de un lobo.

—De los tres que estábamos allí, yo era el que menos control tenía —le dijo a mi cuello.

Eso no era cierto. Yo estaba allí y le vi seguir luchando cuando Ben ya se había rendido por completo al lobo. Pero antes de iniciar una discusión, me di cuenta de algo.

—Esa iglesia está muy cerca del hospital —le dije—. El tío Mike me dijo que la presencia del demonio causa violencia a su alrededor, y los informes de la policía lo confirman. Cuando Tony me ayudó, descubrimos que el área de influencia se extendía a casi cinco kilómetros de diámetro. Llevas luchando contra el demonio desde la primera noche en que me topé con él. Derrotó a Ben en unos días; a ti llevaba semanas afectándote.

Se quedó quieto, pensando.

—La noche que perdiste el control después del accidente del bebé —continué—. No eras tú, sino el demonio.

Los brazos de la silla crujieron a modo de protesta bajo sus manos. Inhaló profundamente de mí y se apartó ligeramente para poder mirarme a la cara. Muy despacio, dándome el tiempo suficiente para apartarme, me besó.

Pensaba que quería a Adam. Samuel me había hecho daño antes, mucho. Sabía que ahora podía seguir queriéndome por las mismas razones que entonces. Aun así, no pude resistirme.

Había estado muy cerca de perderle. Le devolví el beso con interés, inclinándome sobre su cuerpo y enredando los dedos entre su fino pelo. Fue Samuel quien puso fin al beso.

—Te prepararé un chocolate caliente —me dijo, y me dejó allí, en la silla.

—¿Sam? —le llamé.

Se detuvo en la puerta, de espaldas a mí y con la cabeza agachada.

—Estaré bien, Mercy. Esta noche, deja que prepare un chocolate.

—Que no se te olviden los bizcochos.

Capítulo 14

—¿Aún no ha ido a juicio?

—No. —Stefan tomó un sorbo del té que había pedido. No sabía que los vampiros podían beber té—. ¿Qué tal el tobillo?

Hice un sonido grosero.

—Mi tobillo está bien. —No era del todo cierto, pero no tenía intención de dejarle cambiar de tema—. Solo tardaron un día en llevarte a ti a juicio, pero ya llevan dos semanas con Andre.

—Tiempo que está pasando en las celdas que hay debajo del nido —comentó Stefan con suavidad—. No está de vacaciones. Y en cuanto a lo que se está tardando, me temo que es culpa mía. He estado en Chicago intentando averiguar todo lo posible sobre las actividades de Andre allí para asegurarme de que Littleton era la única persona que consiguió convertir.

—Pensaba que Andre no tenía el control necesario para convertir a su gente en vampiros.

Stefan dejó el té en la mesa y me dedicó una sonrisa llena de interés.

—Rachel me contó que les hiciste una visita. No me había dado cuenta de cuánto has aprendido.

Entorné los ojos.

—Crecí rodeada de licántropos, Stefan, la intimidación no te va a funcionar. Cuéntame cómo consiguió Andre convertir a un hechicero cuando no es capaz de hacerlo con uno de sus subordinados.

Se le iluminó la cara con una de sus generosas sonrisas.

—Ni idea, pero te contaré lo que sí sé. Cory Littleton llevaba flirteando con el mal desde que era muy pequeño. Su apartamento en Chicago, que Andre tenía pagado hasta el próximo diciembre, cuenta con una habitación secreta en la que husmeé. Estaba llena de cosas interesantes como velas negras y libros sobre ceremonias antiguas que más hubiera valido haber descatalogado. Los quemé junto con los cuadernos que usaba como diarios escritos de forma espejada. Al menos, no estaba en griego.

—¿Sabe Andre cómo se convirtió Littleton en hechicero? ¿Podría crear más? —preguntó Samuel desde el pasillo con la voz ronca por el sueño.

—Hola, Samuel —dijo Stefan. Medea apareció primero de entre las sombras del pasillo maullando a modo de queja, trotó por el suelo de la cocina y se subió al regazo de Stefan.

Samuel la siguió, medio vestido y con barba de un día. No había sido el mismo desde que Littleton le capturó, o quizá desde la noche en la que me contó que su

novia había abortado. Tenía menos paciencia y estaba demasiado serio, y cuando intentaba sacar el tema del beso, no quería hablar de ello. Me tenía preocupada.

—¿Sabe Andre cómo crear un hechicero?

Stefan asintió despacio.

—Según los diarios, sí. Littleton le contó cómo.

Samuel cogió una silla y le dio la vuelta antes de sentarse.

—¿Tiene algo que ver que Littleton fuera hechicero con que sobreviviera a la conversión?

Medea le dio con la patita en la mano a Stefan quien, en vez de coger la taza de té, la rascó entre las orejas. Ronroneó y se acomodó aún más en su regazo.

—No lo sé —respondió finalmente Stefan—. Se alimentó de Littleton durante varios años antes de convertirle. No creo que tenga a más Littletons por ahí a la espera. No es tan fácil encontrar a alguien dispuesto a venderle su alma al diablo.

Samuel se relajó.

—¿Era hechicero antes que vampiro? —pregunté.

—Sí. —Stefan movió los dedos delante de la nariz de Medea y ella le dio con la patita—. Era hechicero antes de conocer a Andre. Pensó que convertirse en vampiro le daría más poder, o eso le dijo Andre. Ni a él ni al demonio les gustó descubrir que ser un vampiro significaba tener que acatar las órdenes de Andre.

—No obedecía sus órdenes aquella noche en la iglesia. —Samuel estiró la mano para coger una taza y servirse un poco de té de la tetera que había en la mesa.

—No. Es posible romper el vínculo de control que el creador tiene sobre sus subordinados, pero es difícil. —Stefan dio un sorbo del té y me pregunté qué escondía su expresión cautelosa.

—Hablando de vínculos —comenté sacando por fin el tema que me había perseguido desde la noche en que maté a Littleton—. ¿Habrás algún efecto permanente tras compartir tu sangre conmigo aquella noche?

Quería que me dijera que no, pero simplemente se encogió de hombros.

—Probablemente, no. Un intercambio de sangre no supone mucha conexión y cualquier efecto que haya desaparecerá. ¿Has notado algo extraño?

Negué con la cabeza, nada de trucos telequinéticos para mí.

—¿Por qué conseguiste llamarla a ti? —preguntó Samuel—. Pensaba que era inmune a los poderes de los vampiros.

—Prácticamente inmune —murmuró Stefan—. Pero no tienes que preocuparte por eso. Ese es uno de mis talentos. Si Mercy no hubiera estado casi inconsciente, o si no hubiera deseado venir, no podría haberla llamado. No va a ser de repente incapaz de resistirse a mi llamada o a la de otro vampiro.

No le pregunté sobre el recuerdo que tenía de él susurrándome palabras de amor al oído. Esperaba que solo tuviera que ver con cómo me llamó.

—¿Por qué has venido? —le pregunté.

Stefan me sonrió con tanto poder que no estaba segura de que respondiera con sinceridad.

—Tenía que reforzar mi estómago. Venir aquí de visita siempre resulta reconfortante, Mercedes, aunque no del todo cómodo. —Bajó la vista a su reloj—. Pero he de irme. Mientras tú duermes toda la noche, yo tengo que preparar el informe detallado que espera la Señora.

Dejó a la gata tras una última caricia y se levantó para marcharse. Al llegar a la puerta abierta, dudó y, sin mirarme, habló.

—No te preocupes, Mercy. He descubierto todo lo que he podido y ella no retrasará más el juicio. Andre se enfrentará a la justicia.

Esperé a que se hubiera marchado para preguntarle a Samuel.

—Tienen una silla que te obliga a decir la verdad. ¿Por qué tendría que investigar?

Samuel me dedicó una mirada oscura.

—A veces me olvido de lo joven que eres —me dijo.

Le lancé una mirada fulminante.

—No creas que regañándome te vas a librar de responder. ¿Por qué ha retrasado el juicio?

Samuel dio un sorbo, hizo una mueca y dejó la taza sobre la mesa. No le gustaba mucho el té.

—Creo que le preocupa qué preguntas se harán y cuáles no. Si sabe lo suficiente, podrá testificar él mismo.

Me sonó aceptable, pero no entendía por qué había intentado no decirme eso. Debía haber algo más.

Me miró a la cara y se rio de forma cansada.

—«Basta a cada día su propio mal». Vete a dormir, Mercy. Tengo que prepararme para ir a trabajar.

—Mi padre me ha pedido que te pregunte cuándo piensas arreglar el desastre que el hechicero le hizo a tu casa —me preguntó Jesse al subirse a uno de los mostradores del taller.

—Cuando me toque la lotería —le dije, cortante, y volví a apretar el cinturón del viejo BMW en el que trabajaba.

Jesse se rio.

—Me dijo que responderías eso.

Aún me dolía bastante el hombro y cojeaba, pero al menos ya podía trabajar. Zee se había encargado del taller dos semanas y no quería que le pagara. Pero me había salvado la vida con su equipo cazavampiros, le debía mucho. Con un poco de suerte, después de pagarle aún podría cubrir los gastos de las facturas, pero no mucho más.

Tardaría unos meses más antes de poder pensar siquiera en reemplazar la cubierta de la caravana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Estoy esperando a que Gabriel salga de trabajar.

Levanté la vista al oír sus palabras.

Se rio aún más.

—Tendrías que verte la cara. ¿De quién te preocupas más, de él o de mí?

—Cuando le rompas el corazón, seré yo la que tenga que aguantar sus lloriqueos.

—Si mi voz reflejaba un temor real era porque el hijo de Zee, Tad, el predecesor de Gabriel, había tenido una vida amorosa muy movidita.

—¿Cuando me rompa el corazón? Si se rompe algún corazón, será el suyo —me informó Gabriel con grandilocuencia desde la puerta de la oficina—. Incapaz de resistirse a mis encantos, se quedará destrozada ante mi crueldad cuando le diga que tengo que irme a la universidad. La pérdida la obligará a resignarse a una larga y solitaria vida sin mí.

Jesse soltó una risita.

—Si mi padre viene por aquí, dile que llegaré a casa sobre las diez.

Miré a Gabriel, seria.

—Ya sabes quién es su padre.

Se rio.

—Un hombre que no arriesga nada por amor, no es un hombre. —Guiñó un ojo—. Pero me aseguraré de que llega a casa antes de las diez, por si acaso.

Sola, preparé el BMW y cerré el taller. Stefan no me había llamado por la mañana antes de ir a trabajar, así que no sabía si había pasado algo con Andre.

No había nada de qué preocuparse. Sin duda, Andre era culpable de crear un monstruo. De todos modos, había cierto desánimo en el comportamiento de Stefan que me preocupaba. Si era un caso cerrado, ¿por qué se había pasado semanas investigando en Chicago?

Tenía compañía esperándome en el aparcamiento. Warren había perdido peso y aún cojeaba, incluso más que yo. Pero eso no le impidió limpiar el suelo con Paul —que ahora se encogía cada vez que Warren pasaba—. Y aunque sufriera alguna pesadilla ocasional, se le veía más feliz que nunca.

Gran parte de la culpa la tenía el hombre atractivo apoyado en el guardabarros del destrozado camión de Warren y que vestía un traje de vaquero color lavanda a juego con un sombrero morado. Lo único bueno que había surgido del asunto de Littleton fue que Warren y Kyle volvían a estar juntos.

—¿A qué viene eso? —le pregunté a Kyle, quien tenía un gusto exquisito.

—He tenido una reunión con el marido de una cliente y con su importante abogado de Seattle. Cuanto más piensen que soy una loca inofensiva, desde más alto los colgaré en el juicio.

Me reí y le di un beso en la mejilla.

—Me alegro de veros.

—Vamos a ver una película en mi casa —dijo Kyle—. Pensamos que tal vez te apetecería apuntarte.

—Solo si te cambias de ropa —le dije, seria.

El camión se sacudió ligeramente y Ben sacó la cabeza del espacio de la cama donde estaba descansando. Tenía todo el pelo enmarañado y los ojos apagados. Me dejó tocarle la cabeza antes de volver a acurrucarse en la cama del camión.

—Adam pensó que a Ben le vendría bien salir un poco. Nos pareció que a ti tampoco te iría mal —dijo Warren cuando subí a la cabina.

—¿Aún no se ha transformado? —le pregunté.

—No, y tampoco quiere cazar con nosotros con luna llena.

Miré por la ventana de atrás pero, aunque indudablemente nos escuchaba hablando sobre él, Ben no levantó la cabeza de encima de las patas delanteras.

—¿Come?

—Bastante.

Lo que significaba que no perdería el control y me devoraría como hizo con Daniel —eso es lo que Daniel me dijo—. Los vampiros, ni siquiera los poseídos por demonios, no comen otros vampiros.

Me sorprendía que Ben se lo estuviera tomando tan mal. Siempre me había parecido capaz de estrangular a su abuela para robarle las perlas y después comerse un sándwich de mantequilla de cacahuete en su cocina. Quizá me equivocaba, o comerse a alguien era algo peor. Warren me contó que Ben y Daniel habían entablado una extraña amistad mientras buscaban a Littleton. No fue lo bastante fuerte como para salvar a Daniel, pero sí como para destrozar a Ben.

Vimos anime japonés, pedimos comida mexicana y contamos chistes crueles mientras Ben nos observaba con ojos vacíos. Warren nos llevó a los dos a casa no muy entrada la noche y me dejó a mí primero.

Encontré una nota de Samuel en la nevera. Le habían llamado del trabajo porque uno de los médicos estaba enfermo. Sonó el teléfono mientras leía la nota.

—Mercedes —dijo la voz de Stefan—. Siéntate.

—¿Qué pasa? —No me tomo bien las órdenes así que me quedé donde estaba.

—Juzgaron a Andre anoche —respondió—. Confesó haber convertido a Littleton, lo confesó todo: la creación de Littleton, el incidente con Daniel, la trampa que me tendió en el hotel para que me encontrara con Littleton.

—Todo fue por ti —comenté—. Estaba celoso.

—Sí. Littleton debía matarme, pero esa fue la noche en la que rompió el vínculo de control con su creador. Andre cree que la matanza fortaleció el poder del demonio y que Littleton ya no tenía que escucharle. Andre no pudo encontrarle después de esa noche, pero no se preocupó demasiado hasta que Littleton empezó a dejarle regalos en la puerta.

—¿Regalos?

—Partes de cuerpos. —Al no responder, Stefan continuó—. Andre empezaba a estar muy desesperado y cuando Littleton capturó a Daniel, Warren, Ben y a mí, convenció a Marsilia de que tú eras la única esperanza de encontrar al hechicero. Él estuvo presente cuando los cambiantes casi echaron a los vampiros de los territorios occidentales. Te alegrará saber que se sorprendió mucho cuando le encontraste tan rápido.

—Ha confesado —comenté—. Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Nadie del nido ha sufrido ningún daño permanente —dijo abarcando con sus palabras más de lo que podía decir.

Me senté en el suelo de la cocina. Ya había escuchado antes esas palabras.

—Le ha liberado. —No lo podía creer—. ¿Le ha dejado marchar sin más?

Samuel sabía que pasaría, pensé. Tanto él como Stefan sabían que existían muchas posibilidades de que le liberaran, por eso Stefan trabajó tan duro para reunir pruebas.

—Les dije que al involucrarte a ti en la búsqueda, el nido era responsable de los daños causados a tu caravana y de haberte visto obligada a faltar al trabajo durante casi dos semanas. El nido ha solicitado los servicios de un contratista para que arregle la caravana, aunque puede tardar un tiempo, es su época de mayor trabajo. Aun así, en los próximos días, nuestros administradores te extenderán un cheque que te compensará por la pérdida de trabajo.

—Le han dejado libre.

—Envió a Littleton aquí con la esperanza de destruir a los considerados enemigos de Marsilia. La silla fue testigo de su sinceridad.

—Pero tú no eres enemigo de Marsilia.

—No, solo me interpuse entre él y lo que quería. Esas cosas se entienden en el nido.

—¿Y qué hay de toda la gente que ha muerto? —le pregunté—. Las familias de los trabajadores, la gente del hotel. —La pobre mujer cuyo único crimen fue tener un mal trabajo en el momento y el lugar equivocados. ¿Qué pasaba con Warren, gritando de agonía, y con Ben que se negaba a ser humano otra vez?

—El nido considera que la vida humana no es muy valiosa —dijo Stefan en voz baja—. A Marsilia le intriga la idea de un hechicero vampiro. Cree que una criatura así podría poner punto final a su exilio aquí. Tri-Cities no es la tierra yerma y desierta de hace doscientos años, cuando la enviaron aquí por ofensas al Ser Antiguo que gobierna Italia, pero tampoco es Milán. El Viejo Maestro tendrá curiosidad por el poder de una criatura que puede conseguir que un vampiro tan antiguo como yo se doblegue ante su voluntad. Quizá tenga tanta curiosidad que nos convoque para que volvamos.

—Quiere que convierta a otro —susurré.

—Sí.

Samuel me llamó desde el trabajo a la mañana siguiente. Habían encerrado a Ben en la celda de casa de Adam. Había atacado a otro licántropo macho sin provocación, es decir, intentó suicidarse al estilo de los lobos. Estaba muy mal herido pero se recuperaría.

Pensé en los ojos vacíos de Ben, en la cojera de Warren y en la mujer asesinada que me perseguía en sueños. Pensé en las «casi cuarenta» muertes que el tío Mike atribuía a Littleton, la mayoría asesinadas mientras Andre aún le controlaba. Recordé que Stefan admitió que los vampiros no consideraban valiosas las vidas humanas.

Con la sentencia de los vampiros, si los lobos le hacían algo a Andre, se consideraría un ataque contra el nido e iniciaría una guerra que costaría muchas más vidas en ambos bandos. Así que, aunque Bran y Adam estaban furiosos, tenían las manos atadas. Si Samuel no hubiera sido el hijo del Marrok, podría haber hecho algo.

Stefan no podía mover un dedo, incluso si quisiera. Debía obedecer a Marsilia. También tenía las manos atadas.

Pero yo, no.

Me alegré de no haberle devuelto a Zee el kit cazavampiros. Lo necesitaría. Lo primero sería encontrar la casa de Andre y contaba con todo lo necesario para conseguirlo, un buen olfato y tiempo.

Corrí detrás de la pelota, la cogí y aflojé el paso para que los niños que me perseguían pensaran que tenían alguna posibilidad. Reían mientras avanzaban, lo que no era muy eficiente si pretendían cogermé. Pasé a toda velocidad entre ellos y corrí por el campo dejando la pelota a los pies de su padre, moviendo la cola, algo que los coyotes salvajes no suelen hacer.

—Buena chica —dijo y fingió tirar la pelota.

Le dediqué una mirada de reproche y él se rio.

—Cuidado, gamberros —les gritó a los chicos—. Os la mando para allá.

Corrí a través de los árboles en busca de la pelota y entonces me di cuenta de que los gritos de alegría de los niños ya no se oían. Me di la vuelta para ver qué había pasado, pero los dos estaban bien, solo miraban fijamente al hombre que se había bajado de un SUV negro.

Adam causaba ese efecto en la gente.

Me di la vuelta y busqué la pelota que estaba escondida bajo un rosal. Crucé el campo con la pelota en la boca y la dejé a los pies de Adam.

—Gracias —me dijo, seco. Entonces, se giró hacia el hombre que le había llamado—. Le agradezco mucho que me haya avisado de dónde estaba. Mi hija se la llevó a casa de su novio y se olvidó de vigilarla.

—No hay problema.

Se estrecharon las manos en uno de esos apretones de hombres, fuerte pero no doloroso.

—Debería vigilarla bien —le dijo el hombre a Adam—. Se parece mucho a un coyote. Si se hubiera alejado unos kilómetros más, alguien podría haberle disparado antes de ver el collar.

—Lo sé. —Adam se rio con tristeza—. Creemos que es medio coyote, aunque su madre era una pastor alemán.

Salté al SUV cuando Adam me abrió la puerta. Se subió al coche y saludó amistosamente a la familia que me había «encontrado». Entonces, puso el coche en marcha y nos marchamos.

—Es la tercera vez este mes que tengo que ir a buscarte —me dijo. Dos veces en Richland y hoy en Benton City. Le estaba costando una pequeña fortuna en gasolina y recompensas. Le había visto darles dinero a los niños.

Moví la cola.

—Esta vez, te he traído ropa —me dijo—. Salta a la parte de atrás y transfórmate para que podamos hablar.

Volví a mover la cola.

Arqueó una ceja.

—Mercy, llevas mucho tiempo evitando hablar conmigo. Es hora de dejar de huir. Por favor.

Reacia, salté al asiento de detrás. Tenía razón. Si no estuviera preparada para hablar con él, no habría recorrido Tri-Cities con un collar en el que aparecía su número de teléfono. Aunque también tenía que ver con escapar del Refugio de Animales.

Había traído un chándal que olía a él. Era grande pero pude abrocharme el cordón del pantalón para que no se me cayera. Me enrollé las mangas y volví al asiento delantero.

Esperó a que me hubiera abrochado el cinturón antes de hablar. Esperaba que me interrogara sobre mi reciente hábito de correr por la ciudad transformada en coyote.

—Te doy miedo —me dijo en vez de eso.

—No es cierto —resoplé, indignada.

Me miró a mí y después a la carretera. Me di cuenta de que se había decantado por el camino de vuelta largo, por la estrecha carretera que seguía el río Yakima y que nos dejaría en la parte norte de Richland.

Una sonrisa se dibujó en su cara.

—Vale. ¿Y si te dijera que tus reacciones hacia mí te asustan?

Se me aceleró el corazón. Eso no era justo, se suponía que las mujeres éramos un misterio para los hombres.

—Eres un obseso del control —le dije, acalorada—. Tendrás que perdonarme, pero no me gusta que me controlen.

—No te controlo —dijo con aquella voz misteriosa como la noche que utilizaba cuando quería. Qué cabrón. Por muy enfadada que estuviera, seguía afectándome—. Tú elegiste someterte.

—Yo no me someto ante nadie —le solté mirando por la ventanilla para darle a entender que quería terminar con aquella conversación.

—Pero quieres hacerlo.

No tenía respuesta para eso.

—He tardado todo este tiempo en encontrar una solución a nuestro problema —dijo—. ¿Qué me dices si te dejo a ti el control?

Lo miré con recelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir lo que he dicho. Cuando salgamos, tú decidirás adónde vamos. Si nos besamos, o cualquier otra cosa, será porque tú habrás empezado. Así, aunque quieras someterte a mí, no podrás porque no te estaré pidiendo nada.

Me crucé de brazos y fijé la vista en el río.

—Deja que me lo piense.

—Me parece justo. Entonces, ¿vas a decirme qué hacías en Benton City?

—Cazar.

Respiró profundamente.

—Así no vas a encontrarlo.

—¿Encontrar a quién? —le pregunté con inocencia.

—Al vampiro. Andre. Así no le encontrarás. Tienen formas de mezclar su olor y utilizan la magia para esconder sus lugares de descanso durante el día, incluso de los demás vampiros. Por eso Warren y Ben no pudieron encontrar a Littleton cuando le buscaban.

—Su magia no funciona tan bien conmigo —le dije.

—Y tú puedes hablar con fantasmas que el resto de nosotros no podemos ver —me soltó, impaciente—. Por eso Marsilia te envió a buscar a Littleton. —Aún estaba enfadado conmigo por aquello, incluso, o especialmente, porque había funcionado—. ¿Cuánto tiempo llevas buscando a Andre? ¿Desde que Marsilia le liberó?

No le respondí. No quería responderle. Me di cuenta de que era la primera vez que me sentía yo misma desde que salimos en la primera cita. Quizá era la sangre de vampiro.

—¿Qué he hecho para merecerme esa mirada? —me preguntó.

—¿Por qué no siento que deba obedecerte? —le pregunté yo.

Me sonrió y se desvió hacia el cinturón que rodeaba las afueras de Richland. Eran las cuatro y media y la carretera estaba atascada por el tráfico.

—Ser el Alfa es diferente de ser dominante —dijo.

Resoplé.

—Ya lo sé. No te olvides de dónde crecí.

—Si estoy lejos de la manada, puedo dejar al Alfa aletargado, por así decirlo. Bran puede hacerlo siempre que quiera, pero al resto de nosotros nos supone mucho esfuerzo.

No sé cómo esperaba que reaccionara ante eso, pero no me hizo sentir muy feliz.

—Entonces, ¿me hacías sentir de esa forma de manera intencionada?

Negó con la cabeza y yo dejé escapar el aire que había retenido sin darme cuenta. No me gusta en absoluto que me manipulen y ser manipulada por medios sobrenaturales es mucho peor.

—No. Te he dicho que supone esfuerzo y... el efecto que tú tienes sobre mí lo hace más difícil. —Ahora no me miraba. Él era un producto de su tiempo. Podía tener aspecto de casi treintañero pero nació justo después de la segunda guerra mundial y un hombre criado en 1950 no habla de sus sentimientos. Resultaba interesante verle retorcerse de vergüenza. De repente, me sentía mucho más contenta.

—No puedo evitar ser como soy —dijo tras un momento—. Ni siquiera sé cuánto de mí es un licántropo Alfa y cuánto soy solo yo, pero cuando estoy contigo, despiertas al depredador que hay en mí.

—¿Y por eso tenías que conseguir que me gustaras? —Me aseguré de que escuchara qué me parecía eso.

—¡No! —Respiró profundamente y después continuó—. Por favor, no me contraríes ahora. Quieres una explicación. Quieres que deje de influenciarte. Intento hacer ambas cosas, pero no es fácil. Por favor.

Fue el «por favor» lo que me llegó. Apoyé la espalda contra la puerta, lo más lejos de él que pude.

—Pues cuéntame.

—Bran puede controlar el efecto de su Alfa hasta el punto de que alguien que no le conozca no sepa quién o qué es. Yo no tengo esa capacidad, pero puedo amortiguarlo para que no interfiera en mi vida diaria. Cuando negocio contratos, no me gusta ejercer una influencia indebida en la gente con la que trato. Incluso en la manada, no lo utilizo mucho. La cooperación siempre es mejor que la coacción, especialmente cuando la coacción solo dura hasta que se alejan de mi presencia. Solo saco las armas cuando hay algún problema en la manada que no puede solucionarse hablando. —Me miró y casi choca contra el coche que había delante cuando el tráfico se detuvo de repente.

De no haber tenido el oído tan desarrollado, no le habría escuchado decir lo siguiente.

—Cuando estoy contigo, mi control se satura. Creo que eso es lo que sientes.-

Así que podía obligarme a obedecerle siempre que quisiera. Solo disponía de mi libre elección porque él no quería ejercer ese poder.

—Antes de que actúes según ese miedo que puedo oler —me dijo con más seguridad—, me gustaría señalar que no tuviste ningún problema en rechazar a Samuel cuando tenías dieciséis, y él es más dominante que yo.

—Él no es Alfa y no le rechacé a la cara. Me marché sin hablar con él.

—Te he visto aguantarle la mirada cara a cara a Bran y no echarte atrás.

—No, no me has visto. —No era estúpida, nadie se enfrentaba así a Bran.

Se rio.

—Te he escuchado. ¿Recuerdas cuando Bran te dijo que fueras buena chica y que dejaras a los lobos ocuparse de la parte oscura asegurándose así de que fueras a buscar al cabrón que se llevó a Jesse?

—No discutí con él —señalé.

—Porque no te importaba contar con su permiso o no. La única razón por la que te sometes a mí es porque alguna parte de ti así lo quiere. Admito que el hecho de que sea Alfa saca esa parte de ti al frente, pero eres tú quien baja la guardia conmigo.

No le hablé durante el resto del camino a casa. Era justa como para reconocer que estaba enfadada porque estaba casi segura de que tenía razón, pero no lo suficiente como para decírselo.

Era un maestro estratega y me había dejado frita. Ni siquiera se bajó del coche para abrirme la puerta, cosa que solía hacer. Bajé de un salto y me quedé unos segundos con la puerta abierta.

—Creo que van a estrenar una buena película —murmuré—. ¿Te gustaría venir conmigo el sábado por la tarde? —No tenía intención de pedírselo, la invitación se me escapó. Sonrió con esa sonrisa lenta que empezaba en sus ojos y no acababa de llegar nunca a los labios. Me moví, incómoda, porque esa sonrisa me producía un efecto inquietante.

—¿En qué cine?

Tragué. No era una buena idea. En absoluto.

—El que está detrás del centro comercial, creo. Lo miraré.

—Vale. Llámame más tarde y dime la hora.

—Conduciré yo.

—Vale. —Sus labios empezaban a dibujarla.

Estúpida, pensé. Eres una oveja estúpida que va canturreando hacia el matadero. Cerré la puerta sin decir nada más y entré en casa.

No he salido de una que ya me meto en otra peor, pensé al encontrarme con la mirada de Samuel.

—¿Vais al cine? —me preguntó tras haber escuchado, obviamente, lo que le había dicho a Adam.

—Sí. —Levanté la barbilla y me negué a rendirme al nudo que sentía en el estómago. Samuel no me haría daño. El problema era que yo tampoco quería hacérselo a él.

Tenía los ojos medio cerrados y respiró profundamente.

—Hueles a él otra vez.

—Fue a buscarme porque estuve corriendo por ahí como coyote, así que me llevó ropa.

Samuel se movió con la velocidad de un depredador nato y me puso las manos detrás del cuello. Me quedé muy quieta cuando acercó la nariz debajo de mi oreja. No pude evitar olerle también. ¿Cómo podía afectarme tanto su olor como la sonrisa de Adam? Aquello estaba mal.

—Cuando estés con él —gruñó; le temblaba el cuerpo por la predisposición o de dolor, no era capaz de distinguirlo porque olía las dos cosas—, quiero que recuerdes esto.

Me besó. Fue totalmente serio, precioso, y dada la ira que se leía en sus ojos al inicio, sorprendentemente suave.

Se apartó hacia atrás y me dedicó una leve sonrisa de satisfacción.

—No te preocupes tanto, Mercy, cielo.

—No soy un animal de cría —le dije intentando no hiperventilar.

—No —me concedió—. No te mentiré sobre cómo me siento. La idea de tener hijos que no mueran antes de nacer es muy atractiva, pero deberías saber que al lobo que hay en mí no le interesan esas cosas. Solo te quiere a ti.

Se marchó mientras seguía buscando una respuesta. No fue a su habitación, sino que salió de casa. Le escuché arrancar el coche y alejarse.

Me senté en el sofá y abracé uno de los cojines. Intentaba con todas mis fuerzas no pensar en Samuel o en Adam; tenía que centrar mis pensamientos en otra cosa. En algo como encontrar a Andre.

Marsilia me había dicho que la razón por la que los vampiros temían a los cambiantes era que su magia no nos afectaba y que podíamos hablar con fantasmas.

Pero, como me recordó Darryl, los fantasmas evitan el mal, como a un vampiro. Puede que no fuera susceptible a su magia, pero evidentemente esa misma magia evitaba que oliera dónde se encontraba su guarida. Quizá los otros cambiantes eran más poderosos que yo.

Medea saltó al sofá a mi lado.

Marsilia no podía referirse a algo parecido a cómo utilicé al fantasma de la señora Hanna para encontrar a Littleton. Ese era un caso especial. La mayoría de los fantasmas no son capaces de comunicarse.

No hay muchos fantasmas en Tri-Cities, es una ciudad demasiado joven para eso. No hubo mucha gente aquí hasta la segunda guerra mundial, cuando los esfuerzos para desarrollar una bomba nuclear generaron el Proyecto Hanford. A pesar de eso, o quizá a causa de eso, los militares provocaron el crecimiento de la ciudad; en Tri-Cities no hubo mucha violencia en el pasado, y las muertes violentas y sin sentido eran la principal causa de la presencia de fantasmas.

Las muertes violentas y sin sentido se daban entre las reservas de los vampiros.

Dejé el cojín a un lado y Medea se me subió al regazo.

Yo no era la única persona capaz de ver fantasmas. Hay muchos lugares encantados en Portland, donde fui al instituto, y la gente normal los veía. Por supuesto, la mayoría de los humanos no los ve tan bien como yo, y normalmente lo hacen solo de noche. Nunca lo he entendido. Los fantasmas aparecen tanto de día como de noche, aunque hay muchas «cosas» que no son capaces de aguantar la luz del día.

Como los vampiros.

No podía ser tan fácil.

Al día siguiente, después de trabajar, salí a buscar a Andre a dos patas en vez de a cuatro. No estaba segura de si buscar fantasmas funcionaría. En primer lugar, los fantasmas no son tan comunes. Podían morir mil personas en una batalla y no quedar ninguno. Incluso si los había, no tenía garantías de verlos, o de identificarlos como tal si me los encontraba. Algunos muertos, como la señora Hanna, mantenían el aspecto que tuvieron en vida.

Buscaba una aguja en un pajar para poder matar a Andre.

Sabía que no sería como acabar con Littleton, y aquello ya resultó lo suficientemente horrible. Andre estaría dormido e indefenso. Incluso si conseguía encontrarle, no sabía si podía ejecutarle.

Y si le mataba, el nido de Marsilia vendría a por mí después.

Entonces, al menos no tendría que elegir entre Andre y Samuel. No hay mal que por bien no venga.

Salía en su búsqueda cada tarde y volvía después de que anocheciera. Samuel no se dejaba ver mucho, pero empezó a dejarme comida en la nevera. A veces era comida para llevar, pero casi siempre la había preparado él. Cuando estaba en casa, actuaba como si nunca me hubiera besado, nunca me dijo que aún se interesaba por mí. No sabía si eso era tranquilizador o todo lo contrario. Samuel era un cazador muy paciente.

Fui al cine con Adam el sábado. Se comportó muy bien. Después condujimos hasta la Reserva Hanford y corrimos como lobo y coyote campo a través. No tenía la capacidad de Samuel para despojarse de toda humanidad y deleitarse con la felicidad de ser un animal salvaje. En vez de eso, jugaba con la misma intensidad con la que hacía todo lo demás y esto significaba que, cuando le perseguía, no estaba muy segura de si quería alcanzarle y, cuando lo hacía él, me sentía como un conejo.

Estábamos agotados cuando le dejé en casa antes de la hora de la cena. No me besó, pero me dedicó una mirada que fue casi tan buena.

No quería volver a casa con Samuel después de esa mirada, así que conduje hasta Kennewick y me dediqué a dar vueltas. Ver a Adam jugar a la bestia domada fue... Me desgarró el corazón. Adam no era como Bran, a quien le gustaba jugar a representar diferentes papeles. No me sentía contenta conmigo misma por obligarle a hacerlo. Jugar en la Reserva estuvo mejor, allí no tuvo que someter a su lobo.

Me detuve en una señal de *stop* en medio del montón de nuevas construcciones que habían surgido en los últimos años y allí estaba. Con los ojos vacíos y tristes, el hombre de mediana edad permanecía de pie en el porche de una casa de aspecto respetable, mirándome.

Aparqué el Golf y le devolví la mirada. Mientras continuaba allí sentada, apareció otro a su lado, una anciana. Cuando llegó el tercer fantasma, bajé del coche. La casa solo tenía un par de años de antigüedad: tres personas eran demasiadas pérdidas en un único hogar en un par de años, especialmente tres personas que se habían convertido en fantasmas en vez de pasar al otro lado, como hace la mayoría de gente.

Cogí la mochila que contenía el kit cazavampiros de Zee y crucé la calle. Hasta que no empecé a subir al porche, no me di cuenta de que allí había más gente. Por alguna razón, se me había olvidado que tendría que enfrentarme a la reserva del vampiro antes de poder matarle.

Llamé al timbre e intenté con todas mis fuerzas no mirar a los fantasmas; ahora había bastantes más: podía olerlos aunque no pudiera verlos.

Nadie acudió a la puerta aunque podía oírlos dentro. No olía a miedo o a ira, solo a cuerpos sucios. Cuando giré el pomo, la puerta se abrió.

Dentro, olía fatal. Si los vampiros tenían el sentido del olfato tan desarrollado como el mío, no entiendo cómo cualquier vampiro soportaba vivir allí. Pero ellos no necesitan respirar.

Intenté utilizar mi olfato para saber en casa de quién estaba. Su perfume se camuflaba parcialmente entre el olor agrio del sudor y la muerte, así que no podía estar segura de si era el vampiro correcto; solo sabía que era hombre.

Los fantasmas me siguieron. Les sentía pasando a mi lado, empujándome como si supieran por qué estaba allí y quisieran ayudarme. Me empujaron y tiraron de mí hasta que llegué a una puerta cerca del baño del primer piso. Era más estrecha que las demás; obviamente su función habría sido la de guardar ropa de cama. Pero, instada por mis guías, abrí la puerta y no me sorprendí al encontrar unas escaleras de caracol que bajaban hacia un agujero oscuro.

Nunca me había dado miedo la oscuridad. Incluso cuando no puedo ver, mi olfato y mi oído me guían bastante bien. Tampoco soy claustrofóbica. Aun así, bajar por aquellas escaleras es una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida porque, aun sabiendo que estaría inactivo durante el día, la idea de matar a un vampiro me asustaba.

No me había traído una linterna. No esperaba necesitarla; después de todo era de día. Entraba una pequeña luz por la escalera. Vi que la sala no era muy grande, había algo más de espacio que en un baño normal. Vi algo, una cama o un sofá, colocado contra la pared más apartada de la sala.

Cerré los ojos y conté un minuto, cuando volví a abrirlos, veía un poco mejor. Era una cama y el vampiro que descansaba en ella no era Andre. Tenía el pelo más claro. El único hombre rubio del nido que tenía su propia reserva era Wulfe, el Mago. No tenía ninguna cuenta pendiente con él.

Tuve que enfrentarme a los fantasmas cuando volví a subir por las escaleras. Sabían para qué había ido hasta allí y querían ver morir al vampiro.

—Lo siento —les dije cuando llegué al pasillo—. No puedo matarle sin ningún motivo.

—Entonces, ¿por qué has venido?

El corazón me dio un vuelco y me giré; esperaba encontrarme con un vampiro detrás de mí, pero solo vi la escalera vacía. No pude achacar la voz a mi imaginación porque todos los fantasmas habían desaparecido. Toqué el colgante de cordero que había comprado para sustituir al que me rompió Littleton.

Soltó una carcajada.

—¿Has venido en busca de Andre? Él no vive por aquí. Pero podrías matarme a mí en su lugar.

—¿Debería? —le pregunté, enfadada porque me había asustado.

—Sé cómo se crea a un hechicero —comentó—. Pero nadie me ha preguntado.

—Entonces, ¿por qué no has creado a un hechicero y lo has convertido después? —le pregunté, cada vez con más seguridad. El pasillo estaba medio a oscuras, pero vi que entraba luz por las ventanas de la casa. Si Wulfe estaba despierto, no podría salir de la oscuridad donde permanecía a salvo.

—Porque no soy imbécil. Marsilia también sabe que es mejor no hacerlo, pero está demasiado obsesionada con volver a Milán.

—Entonces no tengo motivos para matarte —le dije.

—Pero, de nuevo, quizá no habrías podido hacerlo —dijo mientras subía lentamente por la escalera. Se movía muy despacio, como un lagarto demasiado frío.

Escuché un gimoteo desde detrás de una de las puertas cerradas junto al baño y lo entendí. Yo también quería gimotear.

—No he venido a por ti —le dije con firmeza, aunque retrocedí hasta llegar a un círculo de luz al final del pasillo.

Se detuvo a mitad de camino fuera de las escaleras, tenía los ojos transparentes, como los de un muerto.

—Bien —comentó—. Si matas a Andre, no diré nada y nadie hará preguntas.

Y desapareció, se retiró por las escaleras tan rápido que apenas percibí el movimiento, aunque le miraba fijamente.

Salí caminando de la casa porque, si me marchaba más rápido, sería corriendo y gritando.

Capítulo 15

Encontré otra guarida de vampiro en Pasco, pero esta vez actué de forma más inteligente. Volví a medio día del día siguiente, cuando el sol estaba bien alto y en forma de coyote porque tenía mejor olfato a cuatro patas.

Salté la valla y busqué por los alrededores, pero la magia que utilizaban los vampiros para ocultar su guarida casi funcionó. No pude encontrar ningún olor con claridad alrededor de la casa, pero el coche olía a un vampiro mujer, Estelle.

La tercera guarida que encontré unos días después fue la de Andre.

Vivía en una pequeña y bonita casa prácticamente escondida detrás de una enorme valla. Se extendía por un par de acres de terreno junto a una reserva natural cerca del parque Hood, justo a las afueras de Pasco.

No se me había ocurrido buscar tan lejos porque los vampiros, a diferencia de los licántropos, son criaturas de ciudad. Fue pura casualidad que estuviera probando una furgoneta Volkswagen por esa zona. Paré para hacer unos cuantos ajustes y, en cuanto bajé del coche, supe que había muerto gente dentro de esa casa, mucha gente.

Entré en la parte de atrás de la furgoneta para convertirme en coyote.

O Andre era descuidado o no llegaba a la altura de Estelle o Wulfe porque encontré su olor por toda la propiedad. Le gustaba sentarse en una mesa de pícnic y observar la reserva de animales. Las vistas eran preciosas. No vi ningún fantasma pero podía sentirlos, montones de ellos, esperando a que hiciera algo.

Pero volví al taller y seguí trabajando.

Si hubiera podido matarle la noche en que Marsilia le liberó, o incluso la noche en que acabé con Littleton, habría resultado más fácil. Había matado animales para comérmelos porque forma parte de la naturaleza del coyote que los ratones y los conejos sean sus presas. En tres ocasiones, había matado en defensa propia o de alguien más. Un asesinato a sangre fría resultaba más difícil.

Una hora antes de cerrar, dejé a Gabriel a cargo del taller y conduje hasta casa. Samuel no estaba, lo que no me venía nada mal. Me senté en mi habitación y escribí una lista de las personas que sabía que habían matado entre Littleton y Andre. No conocía todos los nombres pero incluí a Daniel dos veces, puesto que Andre le mató una vez y Littleton fue el responsable de la segunda. Al final de la lista, escribí el nombre de Warren. Debajo, el de Samuel, Adam, Ben y Stefan. Todos ellos habían sufrido a manos del hechicero.

Andre pretendía crear otro monstruo como Littleton. ¿Podría matarle mientras permanecía indefenso durante el día?

Stefan no podía tocarle porque estaba unido a Marsilia bajo juramento. Los lobos tampoco porque si lo hacían, moriría mucha gente.

Si lo mataba yo, la única persona que podría sufrir sería yo misma. Antes o después, Marsilia averiguaría quién había matado a Andre, incluso si Wulfe no se lo contaba, aunque me fiaba menos de él que del mismísimo diablo. Cuando se enterara, acabaría conmigo. Solo esperaba que no fuera tan estúpida como para hacerlo de una forma que involucrara a Adam o Samuel; ella tampoco quería provocar una guerra, no con el nido envenenado y a la espera una rebelión.

¿Merecía la pena arriesgar mi vida por matar a Andre?

Recordé deliberadamente la cara de la camarera y el sonido de sus gritos roncocos mientras Littleton la mataba lentamente delante de mí. Recordé la expresión destrozada que Adam intentó esconder detrás de la ira bajo las brillantes luces del hospital, y los largos días que siguieron a aquella noche hasta que Samuel por fin pronunció dos palabras seguidas. También estaba Daniel, roto y muerto de hambre, en el juicio de Stefan. Andre le había sacrificado dos veces, una por venganza y una segunda para comprobar lo poderoso que era su monstruo.

Fui a la caja fuerte de las armas y saqué los dos revólveres, el SIG Sauer de 9 milímetros y la Smith & Wesson de 44. Tuve que ponerme una chaqueta de lino sobre la camiseta para poder llevar la SIG en la funda del hombro. La 44 tendría que ir en la mochila junto con el resto del kit cazavampiros. Estaba casi segura de que las armas no me servirían de mucho con Andre, pero acabarían con su rebaño humano aunque, si podía hacerme una idea gracias a la reserva de Wulfe, no tendría que preocuparme por los donantes de sangre de Andre.

Esperaba que no se interpusieran en mi camino. La idea de matar a más gente me ponía enferma, especialmente porque la reserva de Andre no tenía culpa de nada, solo eran sus víctimas.

Incluso con las armas, cuando subí al Golf, no estaba del todo segura de ir tras Andre. Impulsivamente giré en la calle de Adam y conduje hasta su casa.

Jesse abrió la puerta.

—¿Mercy? Papá aún no ha vuelto del trabajo.

—Bien —le dije—. Necesito ver a Ben.

Se apartó de la puerta invitándome a entrar.

—Sigue encerrado —me dijo—. Siempre que mi padre no está aquí para detenerle, se lanza sobre el lobo más cercano.

La seguí escaleras abajo. Ben estaba acurrucado lo más lejos posible de la puerta dando la espalda.

—¿Ben? —pregunté.

Movió la oreja y se estiró ligeramente. Me senté en el suelo delante de las barras y apoyé la frente contra la puerta.

—¿Estás bien? —me preguntó Jesse.

El sufrimiento de Ben olía a agrio, casi como una enfermedad.

—Estoy bien —le respondí—. ¿Puedes dejarnos solos un momento?

—Claro. De todas formas, me has pillado en mitad de una película. —Me dedicó una rápida sonrisa—. Estoy viendo *Un hombre lobo americano en Londres*.

Esperé hasta que se hubo marchado y entonces susurré para que ninguno de los demás licántropos que podía oler en la casa me escucharan.

—He encontrado a Andre —le dije. No estaba segura de cuánto se había sumergido en su lobo, pero al mencionar el nombre del vampiro, se puso a cuatro patas y gruñó—. No, no puedes venir conmigo —le dije—. Si Marsilia cree que uno de los lobos tiene algo que ver con la muerte de Andre, tomará represalias. He venido... Supongo que porque tengo miedo. No se cómo matar a Andre mientras duerme y seguir siendo yo misma después.

Ben dio dos pasos hacia mí, lentamente. Alargué la mano y toqué la jaula con la punta de los dedos.

—No importa. Es algo que tiene que hacerse y yo soy la más indicada.

De repente, me sentí impaciente conmigo misma y me levanté.

—No dejes que ganen, Ben. No dejes que te destruyan a ti también.

Gimió pero no me quedé para charlar más. Tenía que matar a un vampiro.

El hombre del tiempo había pronosticado un cambio de temperatura para los próximos tres días y, cuando dejé la casa de Adam, las nubes negras que se habían estado acercando durante todo el día, se habían espesado muchísimo. Un viento cálido me revolvió el pelo y me golpeó la cara con él.

Cuando subí al coche, tuve mucho cuidado de sujetar bien la puerta para que el viento no golpeará con ella el flamante Toyota nuevo junto al que había aparcado.

Aún no había empezado a llover cuando conduje el Golf por el camino de grava que llegaba hasta casa de Andre y llegué a la enorme puerta motorizada del garaje. Había casas adyacentes, pero estaban más cerca de la carretera que la de Andre. El garaje y una vegetación estratégicamente plantada protegían su privacidad.

Cualquiera que pasara podría ver mi coche pero no me importaban demasiado los vecinos. Destruiría el cuerpo de Andre y los vampiros nunca permitirían que la policía humana encontrara los restos de nadie más, incluidos los míos. La hierba me llegaba hasta la rodilla y crujía al pisarla. Nadie había regado el césped desde hacía un mes o más. Las flores plantadas alrededor del borde de la casa habían muerto hacía mucho tiempo. Supongo que a Andre no le importaba qué aspecto tenía su casa durante el día.

Me eché la mochila a la espalda y rodeé la valla para ir a llamar a la puerta. Nadie respondió; la puerta estaba cerrada con llave. Rodeé la casa y encontré la puerta de un patio al otro lado. También estaba cerrada pero el uso adecuado de una losa del suelo arregló la situación.

Nadie vino a investigar el sonido del cristal al romperse.

El comedor al que entré estaba inmaculado y apestaba a desinfectante. El olor me hizo estornudar y camuflaba cualquier otro aroma que pudiera haber.

Al igual que la casa, la sala era pequeña pero bonita. El suelo era de roble envejecido con un lavado blanco que daba la sensación de que la sala fuera más grande. A un lado había una chimenea de ladrillos. La repisa estaba cubierta de fotos de familia. Las observé con curiosidad. Hijos y nietos, pensé, ninguno de ellos emparentado con Andre. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguno de ellos se diera cuenta de que hacía tiempo que no sabían nada de sus abuelos? ¿Cuánto tiempo llevaba allí para dejar detrás tantos fantasmas?

Quizá los dueños de la casa se habían ido de viaje por el campo en la caravana para la que se había construido el garaje. Eso esperaba.

Me di la vuelta, pero algo tiró una de las fotos de la repisa. El cristal se rompió al chocar con el suelo y una fría brisa me rozó la cara.

Dejé el comedor y me dirigí a la cocina, que era sorprendentemente grande en comparación con el tamaño de la casa. Alguien había pintado los armarios de madera de blanco con flores y hojas de vid por todas partes. La ventana de encima del fregadero estaba tapada con grandes bolsas de basura verdes selladas con cinta adhesiva para que no se filtrara la luz.

Tampoco había vampiros en el salón aunque no estaba tan limpio como el comedor y la cocina. Alguien había dejado un vaso sucio en una mesita y había manchas oscuras en la alfombra *beige*. Sangre, pensé, pero el desinfectante aún me inutilizaba el olfato.

La puerta del baño estaba abierta, pero las dos de al lado, no. No creía que Andre estuviera detrás de ninguna de ellas porque alguien había colocado pestillos nuevos y relucientes para mantener encerrado a quienquiera que estuviera dentro.

Abrí con cuidado la primera puerta y tuve que retroceder un paso rápidamente, incluso con la nariz inutilizada, debido al fuerte olor a desperdicios humanos.

Había un hombre acurrucado sobre un montón de sacos de dormir sucios. Se acurrucó aún más cuando abrí la puerta y murmuró algo entre gemidos.

—Vienen a por mí, Señor. No dejes que me lleven. No les dejes.

—Shh —le dije—. No voy a hacerte daño.

El olor era horrible, pero tendría que ser mucho más fuerte para mantenerme fuera. Lanzó un grito cuando le toqué el hombro.

—Vamos —le dije—. Hay que sacarte de aquí.

Se puso de espaldas y me cogió la cabeza con las dos manos.

—Vampiro. —Me sacudió despacio, con los ojos desorbitados—. Vampiro.

—Lo sé, pero ahora es de día. Ven afuera conmigo donde no pueda cogerte.

Pareció entender esa parte y me ayudó a ponerle de pie. Le puse el brazo sobre mi hombro y nos dirigimos hacia el salón como un par de borrachos. Abrí la puerta de entrada y le saqué fuera.

El cielo se había oscurecido, parecía mucho más tarde de lo que en realidad era. Le senté en la mesa de pícnic y le ordené que no se moviera de allí, pero no estaba

segura de que me hubiera escuchado porque no paraba de murmurar sobre el hombre oscuro. No importaba. No estaba en condiciones de llegar muy lejos.

Dejé abierta la puerta del salón y corrí a la segunda sala. Esta vez, la ocupante era una señora mayor. Marcas de colmillos le recorrían los brazos. Si los pinchazos no fueran de dos en dos, habría parecido una yonqui. Estaba más alerta que el hombre y no olía tan mal; no estaba mucho más cuerda que él, pero me ayudó a sacarla de la habitación. Me costó mucho más que me soltara una vez llegamos a la mesa de pícnic.

—Corre —me dijo—. Corre.

—Voy a ocuparme de él —la tranquilicé—. No pasa nada.

—No —exclamó, aunque me soltó—. No.

La casa les protegía del terrible viento y aún no había empezado a llover aunque escuché estallar un trueno. Si no empezaba a llover pronto, tal vez el césped se incendiara con la tormenta.

Aquella banal preocupación me tranquilizó al entrar de nuevo en la casa para buscar a Andre. Dejé las habitaciones para el final en parte porque no tenía prisa en volver a entrar y en parte porque estaba casi segura de que Andre tendría que estar fuera para poder cerrarlas.

En el baño no vi ningún pasadizo secreto y en el armario de al lado estaban la calefacción y el calentador de agua; no había sitio para un vampiro. Salí de nuevo al salón y escuché otro golpe en el comedor.

Llegué justo cuando la última foto enmarcada cayó al suelo frente a una pequeña alfombra. Algo me empujó entre los hombros y avancé un paso más.

—¿Debajo de la alfombra? —pregunté—. Qué poco original. —Me he dado cuenta de que el sarcasmo hace el terror más soportable. Esperaba que Andre estuviera indefenso durante el día incluso si Wulfe se despertó. Andre tenía la misma edad que Stefan y Stefan me había dicho que moría durante el día.

Aparté la alfombra y vi la típica trampilla con el tirador circular de hierro. Saqué la linterna antes de abrirla.

No encontré nada tan sofisticado como la escalera de caracol de Wulfe. Una escalerilla de madera suelta empezaba justo en la trampilla. Metí la cabeza en el agujero con la esperanza de que el fantasma que me había empujado antes no hiciera lo mismo mientras me colgaba la cabeza.

No era tanto un sótano como un gran y profundo agujero excavado en la tierra para permitir el acceso a las tuberías de la casa. Había unas cuantas baldas en una de las paredes maestras de la casa y algo de material para la valla. Al otro lado del espacio, había una cama con dosel sacada directamente de una novela rosa un poco subida de tono.

La linterna captó un patrón bordado en una tela de terciopelo oscuro que rodeaba la cama ocultando a su ocupante, si es que había alguno.

Me coloqué en la parte superior de la escalera y bajé con cuidado dos travesaños. A partir de ahí, fue una bajada fácil hasta el suelo. Abrí la mochila y saqué la estaca y un mazo que había cogido del taller: ahora sabía que era más difícil de lo que parecía clavar una estaca en el corazón de un vampiro.

Dejé la mochila y el resto de su contenido cerca de los pies de la escalera. No me servirían para nada hasta que le clavara la estaca a Andre y ya no podía cargar nada más aparte del mazo, la linterna y la estaca.

Sobre mi cabeza, escuché caer un rayo cerca y salté del susto. Si no me tranquilizaba, me daría un ataque al corazón antes de matar a Andre, y eso sería un desperdicio, ¿no?

Me quedé lo más lejos de la cama que pude y utilicé la estaca para abrir las cortinas.

Allí descansaba Andre. Cuando la luz de la linterna le dio en la cara, abrió los ojos. Al igual que Wulfe, los tenía velados y ciegos. Retrocedí un paso, lista para echar a correr, pero se quedó donde estaba con los ojos abiertos. Iba vestido con una chaqueta de punto rosa y unos pantalones *beige*.

Con el corazón en un puño, meforcé a acercarme y a dejar la linterna en la cama colocada para que aún me alumbrara, pero de forma que no pudiera caerse y cegarme. Le puse la punta de la estaca en el pecho. Probablemente, habría sido más inteligente abrir la chaqueta pero no fui capaz de tocarle. La estaca había traspasado la ropa de Littleton, también debería atravesar la de Andre.

Aunque las dudas me habían atacado durante todo el día, encontrar a sus prisioneros me había liberado por fin de mi conciencia. Andre tenía que morir.

Movió ligeramente las manos, el gesto me sorprendió así que el primer golpe se desvió ligeramente y dio contra las costillas en vez de clavarse. Abrió la boca dejando ver los colmillos y movió las manos hacia el pecho. Rápidamente, coloqué la estaca de nuevo y esta vez la golpeé sin fallos con el mazo. Sentí cómo la madera alcanzaba el hueso y atravesaba los tejidos más blandos de debajo. Volví a golpear y la estaca se enterró en su pecho.

Al igual que Littleton, el cuerpo de Andre sufrió espasmos. Corrí hacia la mochila murmurando «daga, daga, daga» y me tropecé en el suelo irregular. Seguía a cuatro patas cuando Andre tiró la linterna que rodó debajo de la cama sumiéndonos en las sombras.

Avancé gateando hasta encontrar la mochila con las manos y mi olfato. Con la daga de Zee en la mano, caminé despacio hasta el rincón oscuro que ahora permanecía en silencio. La luz amortiguada de la linterna me mostró dónde se encontraba la cama pero dificultaba la visión del interior donde las cortinas envolvían al vampiro en sombras.

¿De verdad creíste que resultaría tan fácil?

La voz carente de tono me quemaba la cabeza. Intenté bloquearla instintivamente tapándome los oídos con las manos, pero resultó inútil.

Pensaste que sería una presa fácil como mi pobre Cory, que era solo un niño.

Quería darme la vuelta y correr. Quería esconderme del vampiro lo más lejos posible. No era rival para un vampiro, especialmente para este. La vieja mordedura de mi cuello empezó a latir y el dolor se extendió hasta el hombro que Littleton me había herido.

Ese fue su error porque el dolor borró el miedo y me permitió darme cuenta de que ese temor me lo imponían desde fuera. Una vez lo tuve claro, me resultó más fácil ignorarlo.

Seguí avanzando y me detuve al tocar el borde de la cama con las rodillas. Encontré su pecho con los dedos, después la estaca, seguí avanzando con la mano en la oscuridad hasta que le toqué la garganta.

Giró la cabeza rápido como una serpiente y me mordió en la muñeca. El dolor floreció como una seta en mi cabeza. Aparté la mano pero su cabeza la siguió, se extendió como si lo único que pudiera controlar fuera la mandíbula.

A la daga de Zee no le costó cortarle la piel y los huesos del cuello. La utilicé después con más cuidado para liberar mi muñeca de su mordisco, no quería cortarme más de lo que los dientes de Andre ya habían hecho. Tuve que cortarle la mandíbula para soltarme. Cuando terminé, me concedí un momento para vomitar y después utilicé de nuevo la daga para cortar tiras de la manga de mi chaqueta de lino con las que taparme la muñeca. De todas formas, no había nada que consiguiera limpiar la chaqueta.

Me sentía desorientada y alterada y me costó un rato encontrar de nuevo la mochila. El medallón del dragón estaba más caliente que mis dedos.

Esta vez me resultó más fácil encontrar la cama. Se me habían acostumbrado los ojos a la oscuridad, la linterna, por tenue que fuera, era la única luz de la sala.

Le coloqué el medallón en el pecho.

—Drachen —dije y de repente había más luz de la que mis ojos podían soportar.

Cegada, tuve que quedarme un momento donde estaba. Para cuando pude ver de nuevo, el fuego se había extendido del vampiro a la ropa de cama y la habitación se llenaba de humo. No podía esperar para recoger el medallón ni la estaca sin ahogarme con el humo así que lo dejé todo y subí corriendo por la escalera. Seguía sujetando la daga de Zee.

El cielo oscuro bullía de energía cuando salí tambaleándome por la puerta del patio, el viento arrancó la rama de un árbol. El mismo viento, u otra cosa, tiró de mí y me apartó de la casa. Tuve que cubrirme los ojos porque el ambiente estaba lleno de tierra y pedazos de plantas.

Me tambaleé hacia la mesa de pícnic y toqué al hombre en el hombro.

—Vamos —le dije—. Tenemos que llegar al coche.

Pero se cayó del banco al suelo. Solo entonces mi cerebro identificó lo que mi olfato y mi oído habían estado intentando decirme. Estaba muerto. La mujer se

recostaba sobre la mesa como si hubiera apoyado la cabeza y se hubiera quedado dormida. El único corazón que latía era el mío. Ella también estaba muerta.

Estupefacta, me di cuenta de que faltaba algo. Todo el tiempo que estuve allí había sentido el peso de la muerte jugando con los límites de mis sentidos. Ahora ya no había fantasmas allí.

Lo que significaba que algún vampiro andaba cerca.

Me di la vuelta, observando, pero nunca le habría visto si él no hubiera querido.

Wulfe se apoyaba contra la pared, mirando al cielo, golpeando la casa con la cabeza al ritmo de los rápidos latidos de mi corazón.

Se detuvo y me miró. Tenía los ojos como empañados, pero estaba segura de que me veía.

—Es de día —le dije.

—Algunos de nosotros no estamos tan limitados como los demás —me respondió—. Los gritos mortales de Andre habrán despertado al nido. Marsilia sabrá que ha muerto, llevan unidos mucho tiempo, ella y Andre. No tendrá que oscurecer mucho más para que el resto de nosotros venga. Tienes que sacarla de aquí.

Me quedé mirándole fijamente y entonces me di cuenta de que no me hablaba a mí porque una mano helada se cerró sobre mi brazo.

—Vamos —me dijo Stefan con la voz tensa—. Tienes que salir de aquí antes de que llegue el resto.

—Los habéis matado —le acusé clavando los talones. No quería mirarle porque no quería verle con el aspecto que Wulfe y Andre tenían de día—. Estaban a salvo y los habéis matado.

—Él no —comentó Wulfe—. Me dijo que no le perdonarías jamás que hiciera algo así. Ha sido una muerte limpia, no han sentido miedo, pero tenían que morir. No podía permitir que corrieran por ahí gritando «vampiro». Y necesitamos culpables que presentar ante la Señora. —Me sonrió y me acerqué un paso más Stefan—. Cuando llegué, la casa estaba ardiendo —dijo—. Vi a dos humanos, la reserva actual de Andre, fuera de la casa. Siempre le he dicho a Andre que la forma en la que mantenía a su rebaño le costaría la muerte algún día. —Soltó una carcajada.

—Vamos —me dijo Stefan—. Si te sacamos de aquí en los próximos diez minutos más o menos, nadie sabrá nunca que estuviste aquí.

Le dejé que me alejara de Wulfe aún sin mirarle.

—Sabías que estaba buscando a Andre.

—Lo sabía. Siendo como eres, no podías haber hecho otra cosa.

—Os interrogará con la silla —le dije—. Sabrá que he sido yo.

—No me interrogará porque llevo una semana encerrado en las celdas que hay bajo el nido por mi «actitud desafortunada» hacia los planes de la Señora para crear otro monstruo. Nadie puede escapar de las celdas porque la magia de Wulfe asegura que lo que está ahí encerrado, permanezca así.

—¿Y si interroga a Wulfe?

—La silla es creación suya —dijo Stefan al abrirme la puerta—. Él le dirá que ningún vampiro, licántropo o cambiante es responsable de la muerte de Andre y la silla lo verificará porque Andre provocó su propia muerte.

Entonces no pude evitar mirarle. Tenía el aspecto de siempre excepto por un par de gafas de sol negras e impenetrables que le tapaban los ojos.

Se inclinó hacia delante y me besó en la boca, suavemente, confirmando que no me había imaginado las palabras apasionadas que me había murmurado mientras bebía de su sangre la noche en que maté a Littleton. Había deseado que fuera mi imaginación.

—Te di mi palabra de honor de que no sufrirías daño alguno —me dijo—. No he podido cumplirlo completamente, pero al menos no tendrás que perder la vida porque yo eligiera involucrarte en esto. —Me sonrió—. No te preocupes, pequeña loba —dijo y cerró la puerta.

Arranqué el coche y me alejé a toda velocidad por el camino de entrada de Andre; huía de Stefan más que de la cólera de Marsilia.

La casa de Andre se quemó hasta los cimientos antes de que llegaran los bomberos. El periodista entrevistó al jefe de bomberos bajo una lluvia torrencial. La lluvia, según dijo el jefe de bomberos, evitó que el fuego se extendiera a través de la hierba seca. Encontraron dos cuerpos en el interior de la casa. Contactaron a los dueños que pasaban el verano en su cabaña de Coeur d'Alene. Probablemente, los cuerpos pertenecerían a dos vagabundos que descubrieron que la casa estaba vacía.

Veía el reportaje especial en las noticias de las diez cuando alguien aporreó la puerta.

—Si dejas marcas —dije consciente de que Adam podía oírme a pesar de la puerta cerrada—, tendrás que cambiarla.

Apagué la televisión y abrí la puerta.

—Tengo galletas con trocitos de chocolate —le dije—. O *brownies*, pero aún están demasiado calientes para comérselos.

Temblaba de ira con los ojos amarillos y brillantes del lobo. Tenía manchas blancas en las mejillas por la fuerza con la que apretaba los dientes.

Le di otro mordisco a la galleta.

—¿Dónde has estado? —me preguntó con una voz suave y amenazadora. El peso de su poder me envolvió y me obligó a responder.

A pesar de su promesa de no ejercer una influencia indebida.

Por suerte, tras haber sido aterrorizada y traumatizada más allá de mis límites, no me quedaba nada que me obligara a responder a la pregunta del Alfa. Me acabé la galleta, me lamí el chocolate caliente de los dedos y le hice un gesto para que entrara.

Me cogió la mano y subió la manga. Me había curado con el botiquín de Samuel, que estaba mucho mejor equipado que el mío. Me limpié la herida que me había

infligido Andre con agua oxigenada; le debía una botella a Samuel. Con una venda limpia, la herida no tenía tan mal aspecto, aunque me sentía como si me hubieran arrancado el brazo de un bocado.

—Ben me dijo que habías salido en busca de Andre —me contó Adam mientras me observaba la muñeca. Le vibraba un músculo en la mejilla—. Me estaba esperando transformado en humano. Pero no le dijiste dónde lo habías encontrado así que salimos en tu busca, Ben y yo, hasta que Jesse me llamó para decirme que tu coche había vuelto.

—Andre ya no está —le dije—. Y no volverá nunca.

Me sujetó la muñeca con una mano y me cubrió la cara con la otra, su dedo gordo se detuvo justo sobre el pulso de mi cuello.

—Si te matara yo, al menos sería rápido y limpio. La Señora se tomará mucho más tiempo si te pone las manos encima.

—¿Por qué iba a hacerlo? —le pregunté en voz baja—. Dos miembros del rebaño de Andre quemaron la casa mientras él dormía.

—Nunca se lo tragaré —me dijo.

—Stefan cree que sí.

Se me quedó mirando hasta que aparté la vista. Entonces, me acercó a él y me abrazó.

No le dije que aún estaba asustada porque él ya lo sabía. No le dije que había vomitado cuatro veces desde que llegué a casa. No le dije que tuve que encender todas las luces de casa, que no podía quitarme de la cabeza las caras de las dos personas que el Mago había matado porque Stefan quería protegerme. No le dije que seguía pensando en la sensación de la estaca al atravesar la carne, ni que no volvería a dormir nunca. No le dije que Stefan me había besado, Stefan, quien había matado a dos personas para salvarme. Tenía razón en que no le habría perdonado de haberlo hecho él, pero no se había dado cuenta de que le consideraba responsable, no importaba quién lo hubiera llevado a cabo. A Wulfe no le importaba si vivía o moría. Si se encontraba en casa de Andre, sería por algún intercambio de favores con Stefan.

Adam olía demasiado bien. Él nunca mataría a una persona inocente, ni siquiera para salvarme. Enterré la nariz entre su hombro y su mandíbula y dejé que la calidez de su cuerpo me llegara hasta el alma.

Después, le di galletas y leche hasta que Samuel llegó a casa.

Me desperté a la mañana siguiente porque alguien golpeaba el lateral de mi casa. Me estaba poniendo los vaqueros cuando escuché que se abría la puerta delantera y que los golpes paraban.

También habían despertado a Samuel.

Había dos enormes camiones rojos aparcados delante de mi casa con CONSTRUCCIÓN HICKMAN escrito en el lateral con letras blancas. Tres hombres vestidos

con mono y grandes sonrisas charlaban con Samuel.

—No tengo ni idea de cómo lo hicieron —dijo Samuel—. Yo no estaba en casa. Mi novia les asustó con una escopeta, pero está claro que la armaron buena en la casa mientras estuvieron aquí.

Todos miramos obedientemente la caravana.

—Saldría más barato comprar una nueva y deshacerse de esta —dijo el más mayor de los tres hombres. Llevaba un sombrero que rezaba «El Jefe» y sus manos tenían callos sobre callos.

—Los padres de los chicos pagarán la reparación —dije—. Y reparar esta nos supone mucho menos lío que mudarnos a una nueva.

El Jefe escupió un poco de tabaco de mascar al suelo.

—Eso está claro. Vale. Terminaremos en un día o dos, dependiendo de los daños en la estructura. El pedido también dice algo de agujeros en el suelo, ¿no? Tengo que arreglarlos y cambiar la alfombra.

—Es en mi habitación —dije—. No quise herir a ningún vecino así que disparé al suelo.

Gruñó. No pude distinguir si lo aprobaba o no.

—Nos encargaremos de eso mañana. ¿Podemos entrar en la casa?

—Yo estaré aquí —dijo Samuel—. Esta semana, trabajo de noche.

—¿Dónde?

—En el hospital.

—Es mejor que una tienda de alimentación —dijo el Jefe.

—También he trabajado en una —comentó Samuel—. Pagan mejor en el hospital, pero el Stop and Rob era menos estresante.

—Mi Joni es enfermera en el hospital Kadlec —dijo uno de los otros hombres—. Dice que esos médicos son unos compañeros de trabajo horribles.

—Sí, terribles —comentó el doctor Samuel Cornick.

Levanté la vista de la furgoneta en la que estaba trabajando y vi a la señora Hanna empujando su carrito. No la había vuelto a ver desde la noche en que me ayudó a encontrar a Littleton, aunque había percibido su olor un par de veces. Me limpié las manos y salí a verla.

—Hola —le dije—. Precioso día, ¿verdad?

—Hola, Mercedes —me dijo con su cálida sonrisa habitual—. Me encanta el olor del ambiente justo después de llover, ¿a ti no?

Se quedó pálida durante un segundo.

—¿Qué ha sido eso, querida? —Entonces, sonrió otra vez—. Encontré la foto que estaba buscando.

—¿Cuál?

Pero había terminado de hablar conmigo.

—Tengo que irme, querida. Ten cuidado.

—Adiós, señora Hanna —la despedí.

Desapareció pero pude escuchar el traqueteo de su carrito y el sonido de sus talones contra el suelo durante un tiempo después de que se marchara.

Terminé de trabajar en la furgoneta cerca de la hora de comer, así que volví a la oficina. Gabriel apartó la vista de la pantalla del ordenador.

—Tienes correo en tu mesa —me dijo.

—Gracias.

Cogí el paquete. No había dirección del remitente, pero había visto la escritura de Stefan suficientes veces como para reconocerla. Esperé hasta que Gabriel se marchó a comprar comida antes de abrirlo.

Había tres paquetitos envueltos en papel de Scooby Doo: una estaca chamuscada, un pequeño medallón de oro con un dragón grabado y una furgoneta Volkswagen de chocolate negro.

Recogí el papel y la caja y lo tiré todo a la basura; entonces me di cuenta de que había algo más en la mesa, un dibujo a lápiz de la cara de un hombre. Le di la vuelta y vi que era Adam con los ojos vigilantes y un esbozo de sonrisa en los labios. En la parte inferior de la hoja, el artista había firmado con su nombre, «Marjorie Hanna».

Agradecimientos

Tengo que darle las gracias a Barry Bolstad por dejarme hurgar en su cabeza sobre el trabajo policial en Tri-Cities, y a su mujer, Susan, por la paciencia que tuvo con nosotros mientras hablábamos de negocios a la hora de comer. Gracias también a mi hermana, Jean Matteucci, que revisó mi alemán. Este libro no sería lo que es sin las contribuciones a lo largo de los años de nuestros mecánicos de Volkswagen y de la gente de www.opelgt.com. Muchas gracias también de todo corazón a aquellos cuya ayuda siempre he sospechado que va más allá de lo que dicta el deber: Collin y Mike Briggs, Michael y Dee Enzweiler, Ann Peters, Kaye y Kyle Roberson y John Wilson, y a mi editora, Anne Sowards. Ellos leyeron el libro cuando aún no estaba pulido, para que los lectores no tuvieran que hacerlo. Un agradecimiento especial para mi magnífica agente, Linn Prentis, que se ocupa de todo para que yo pueda dedicarme a escribir. Sobre todo, me gustaría dar las gracias a mi familia que se está acostumbrando a escuchar «hacedos vosotros la cena» y a «dejadme tranquila, el martes hizo tres semanas que tenía que haber acabado esto». Sin ellos, nunca habría escrito este libro.

Como siempre, todos los fallos son culpa de la autora.



PATRICIA BRIGGS (Montana, EE. UU., 1965) es una escritora estadounidense de fantasía. Su madre bibliotecaria le inculcó desde pequeña el amor a los libros y los cuentos de hadas. Al crecer, estudió Historia y Alemán en la Montana State University, y trabajó algunos años como profesora suplente. En 1990 comenzó a escribir y en 1993 publicó su primera novela, *Masques*.

En sus primeros años como escritora se dedicó a la fantasía épica con las series *Sianim*, *Hurog* y *Raven*. Sin embargo, animada por su editor, probó suerte en el género de la fantasía urbana. En 2006 publicó *La llamada de la luna*, primera novela de la exitosa serie *Mercy Thompson*, que no tardó en convertirse en un *best-seller*. En 2008 publicó *Cry Wolf*, el primer libro de la serie *Alfa y Omega*, ambientada en el universo de *Mercy Thompson*. También ha escrito relatos cortos para diversas antologías de fantasía urbana.

Actualmente vive en Montana con su marido, sus hijos y seis caballos, y allí se dedica a la escritura a tiempo completo.